



SERIE

EL CICLO DE LA PUERTA DE LA MUERTE

EN EL
LABERINTO

MARGARET WEIS - TRACY HICKMAN



folio
TIMUN MAS





SERIE
EL CICLO DE LA PUERTA DE LA MUERTE

EN EL
LABERINTO

MARGARET WEIS - TRACY HICKMAN



folio
TIMUN MAS



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni el registro en un sistema informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Diseño de cubierta: Singular

Título original: Into the Labyrinth (Volume 6 The Death Gate Cycle)

Traducción: Hernán Sabaté

© 1993 by Margaret Weis and Tracy Hickman

*Published by arrangement with Bantam Books, a división of
Bantam Doubleday Dell Publishing Group, Inc., New York.*

© Grupo Editorial Ceac, S.A. 1994

Para la presente versión y edición en lengua castellana.

Timun Mas es marca registrada por Grupo Editorial Ceac, S.A.

ISBN: 84—413—0275—8 (Obra completa)

84—413—0677—X (volumen 61) Depósito legal: B. 14852—1997

Impreso en:

Litografía Roses, S.A. (15—10—1997)

Gavá (Barcelona)

Encuadernado en:

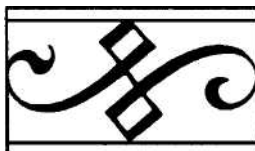
Primer. Industria Gráfica, S. A.

Sant Vicenc deis Horts (Barcelona)

Printed in Spain



CAPÍTULO 26



LA CIUDADELA PRYAN

Xar se quedó mirando, asombrado. Las dos criaturas habían desaparecido. De golpe. Extendió su mente para encontrar su rastro. Buscó en la Puerta de la Muerte. Buscó en los otros mundos. Se habían esfumado por completo. Y no tenía idea de adonde habían ido.

Si había que creer a Haplo...

Pero no lo hizo. Xar apartó tal idea de su cabeza.

Estaba desconcertado, enfurecido..., intrigado. Si el dragón y su rival habían desaparecido de aquel mundo, tenían que haber encontrado una salida de él. Lo cual significaba que tal salida *existía*.

— ¡Pues claro que existe! —Una mano dio una sonora palmada en la espalda de Xar—. Una salida. Un camino al Inmortal.

El Señor del Nexo se dio la vuelta rápidamente y frunció el entrecejo:

— ¡Tú!

— ¿Quién? —Al anciano se le iluminó el rostro.

— ¡Zifnab! —Xar escupió el nombre.

— ¡Oh! —El viejo hundió los hombros, desalentado—. ¿Seguro que no soy otro? ¿No estabas esperando a otra persona? ¿A un tal señor Bond, quizás?

Xar recordó la advertencia de Sang-drax: «Cuidado con el viejo». Casi resultaba gracioso. Con todo, el anciano había escapado de las prisiones de Abarrach.

— ¿Qué estás diciendo? —preguntó, observando a su interlocutor con más interés.

—No tengo ni idea —respondió Zifnab, tan contento—. ¿De qué estaba hablando? Apenas me acuerdo. En realidad, intento no recordar.

Su tez se volvió cenicienta. Sus ojos perdieron la expresión vaga y, de pronto, miraron con fijeza, con un destello de dolor.

—Recordar... duele. No lo hago. Mis recuerdos, no. Los de otros... Sí, los de otros son más fáciles, mucho más fáciles...



Xar lo miró, ceñudo.

—«Una salida», has dicho. «Un camino al Inmortal»...

Zifnab entrecerró los ojos.

—La pregunta final del concurso, ¿verdad? Tengo treinta segundos para escribir la pregunta. Tictac, tictac, ¡tachan! ¡Ya está! Creo que ya la tengo. —Miró a Xar con aire triunfante—. ¿Qué es la Séptima Puerta?

— ¿Qué es la Séptima Puerta...? —repitió Xar con indiferencia.

— ¡Ésa es la pregunta!

— ¿Pero cuál es la respuesta? —La paciencia de Xar se estaba agotando.

— ¡Ésa es la respuesta! A la pregunta. ¿He ganado? —inquirió Zifnab esperanzadamente—. ¿Tendré ocasión de concursar en el próximo programa?

— ¡Quizá te dé ocasión de terminar vivo el día de hoy! —exclamó Xar. Extendió el brazo, asió el del mago y apretó con fuerza—. ¡Basta de tonterías, anciano! ¿Dónde está la Séptima Puerta? Es evidente que tu compañero lo sabía...

— ¡Bueno, el tuyo también! —Replicó Zifnab—. ¿No te lo dijo él? Oye, haz el favor de no arrugarme la ropa...

— ¿Mi compañero? ¿Sang-drax? Tonterías. Sólo sabe que la estoy buscando. Si Sang-drax conociera su paradero, me habría conducido hasta ella.

Zifnab adoptó una expresión de extrema perspicacia e inteligencia; al menos, ésa fue su intención. Acercó el rostro al oído de Xar y le susurró:

—Al contrario. La serpiente no hace más que despistarte y confundirte.

Como respuesta, Xar retorció dolorosamente el brazo del viejo.

— ¡Vamos! ¡Tú sabes dónde está la Séptima Puerta!

— Sé dónde no está —repuso Zifnab dócilmente—. Si eso te sirve de ayuda...

— ¡Déjalo en paz!

Ocupado con el viejo sartán, Xar se había olvidado por completo de los mensch, uno de los cuales había tenido la osadía de entrometerse. El Señor del Nexo volvió la cabeza.

La mujer elfa (Xar no lograba recordar su nombre) intentaba obligarlo a abrir la mano y soltar el brazo de Zifnab.

— ¡Le haces daño! ¡Déjalo en paz! No es más que un viejo chiflado. ¡Paithan, ven a ayudarme!

Xar se recordó otra vez que necesitaba a aquellos mensch, por lo menos hasta que le hubieran enseñado los secretos de la ciudad. Retiró la mano del brazo de Zifnab y se dispuso a improvisar unas palabras de disculpa cuando otro mensch se acercó corriendo. Éste parecía escandalizado.

— ¡Aleatha! ¿Qué estás haciendo? Esto no es asunto tuyo. Señor, te ruego que disculpes a mi hermana. Es un poco... en fin, un poco... —el elfo titubeó.

— ¿Testaruda? —apuntó un humano, varón, al tiempo que se colocaba detrás de la elfa. Ésta, al oírlo, se volvió en redondo y le cruzó la cara de un bofetón.

En aquel punto, entró en la disputa una mujer humana.

— ¿Por qué has pegado a Roland? ¡No te ha hecho nada!

— Rega tiene razón —asintió el humano llamado Roland mientras se acariciaba una mejilla enrojecida—. No he hecho nada.

— ¡Me has insultado! —declaró Aleatha con arrogancia.

— Sólo ha dicho que eres testaruda, hermana —intentó explicar Paithan—. Los humanos no emplean esa palabra en el mismo sentido que nosotros...

— ¡Vamos, Paithan, no intentes disculparla! —Intervino Rega—. Aleatha sabe perfectamente qué ha querido decir Roland. Tu hermana domina el idioma humano mejor de lo que aparenta.

—Disculpa, Rega, pero éste es un asunto entre Aleatha y yo...

—Sí, Rega —terció la elfa, arqueando las cejas—. No necesitamos que ninguna *intrusa* se entremeta en nuestros asuntos familiares.

— ¡Intrusa! —Rega, sofocada, dirigió una mirada iracunda a Paithan—. ¿De modo que eso es lo que opinas de mí? ¡Me consideras una intrusa! Roland, ven conmigo. Tú y yo, los *intrusos*, nos volvemos a *nuestra* parte de la ciudad.

La humana agarró del brazo a su hermano y tiró de él, arrastrándolo calle abajo.

—Rega, yo no he dicho en ningún momento... —Paithan corrió unos pasos tras los humanos; después, se detuvo y volvió la vista a Xar—. ¡Hum...! Discúlpame un momento, ¿quieres?

— ¡Oh, Paithan, por el amor de Orn, un poco de seriedad! —exclamó Aleatha.

Paithan no respondió. Continuó en pos de Rega mientras Aleatha se alejaba en otra dirección, contoneándose.

El único mensch que no se movió fue el enano, que no había dicho una sola palabra. Drugar estudió con mirada ceñuda y sombría a Xar y a Zifnab; después, sin un gruñido de despedida, dio media vuelta sobre los talones y se marchó.

Mucho tiempo atrás, sartán y patryn habían combatido por el control de aquellas criaturas. ¿Para qué molestarse?, se preguntó Xar. Lo que deberían haber hecho con ellas era meterlas todas en un saco y echarlas a un pozo.

—Haplo lo sabe —anunció Zifnab.

—Eso me han dicho —asintió Xar con irritación.

—No sabe que lo sabe, pero lo sabe. —Zifnab se quitó el desvencijado sombrero y se frotó la cabeza hasta que los cabellos le quedaron de punta.

—Si estás probando alguna estratagema para intentar que Haplo siga vivo, no te dará resultado —masculló Xar, colérico—. Haplo morirá. Tal vez haya muerto ya. Y su cadáver me conducirá a la Séptima Puerta.

—Una estratagema... —Zifnab suspiró—. Me temo, colega, que el lazo te lo estás echando tú. Morir... Sí, Haplo podría morir, sin duda... ¡en un lugar donde tú nunca lo encontrarás!

— ¡Ah! Entonces, sabes dónde está... —Xar no lo creía, pero le seguía la corriente al anciano con la esperanza, todavía, de descubrir algo que le resultara útil.

— ¡Pues claro que lo sé! —afirmó Zifnab en tono ofendido—. Está en... ¡gulp!

El anciano se cubrió la boca con una mano.

— ¿Sí? —probó Xar.

—No puedo decírtelo. Es un asunto confidencial.

Xar tuvo una idea.

—Quizá me he precipitado en mi decisión de ejecutar a Haplo —dijo, meditabundo—. Es un traidor, pero puedo permitirme ser generoso. Sí, seré generoso. Perdono a Haplo. Ya lo ves: lo perdono... como un padre debe perdonar los yerros de un hijo. Y ahora dices que corre alguna clase de peligro. Iremos a encontrarlo, tú y yo. Tú me conducirás a él.

Xar empezó a guiar al viejo hacia la puerta de la ciudad.

—Acudiremos a rescatar a Haplo en mi nave y...



—Estoy conmovido, verdaderamente conmovido —murmuró Zifnab con los ojos humedecidos—. Mi dragón dice a menudo eso mismo de mí, ¿sabes?, pero es de todo punto imposible, realmente...

Xar empezó a trazar un signo mágico.

—Vendrás conmigo, viejo...

— ¡Oh!, te acompañaría gustosísimo —dijo Zifnab en tono jovial—si fueras a alguna parte. Pero no es así. Como ves, tu nave...

El anciano levantó la vista al cielo. La nave de Xar se elevaba por encima de las copas de los árboles, alejándose cielo arriba. El Señor del Nexo la observó unos instantes con asombro; después, se apresuró a formular un hechizo que debería haberlo llevado a bordo instantáneamente. Las runas de su cuerpo emitieron su resplandor y Xar inició el salto a través del tiempo y del espacio, pero quedó frenado como si hubiera topado con una pared. Magia sartán, se dijo. Hizo un nuevo intento y volvió a chocar contra la barrera invisible.

Enfurecido, se volvió en redondo hacia el anciano, dispuesto a lanzarle un hechizo que abrasara la carne que cubría sus frágiles huesos.

El caballero de aspecto imponente vestido de negro de pies a cabeza reapareció de entre las sombras. Esta vez venía ensangrentado y desgredado, con las ropas desgarradas y aspecto agotado. Pese a ello, asió la muñeca de Xar entre sus dedos y la retuvo con una fuerza que ni el Señor del Nexo con toda su magia fue capaz de vencer.

— ¡Déjalo en paz! —Dijo el caballero—. Él no tiene la culpa. Tu amigo, la serpiente dragón a quien conoces como Sang-drax, se me ha escapado. Es él quien anula tu magia. Y quien te ha robado la nave.

— ¡No te creo!

La nave de Xar ya no era más que una mota de polvo en el cielo.

—Ha tomado tu aspecto, Señor del Nexo —insistió el caballero—. Tu gente ha caído en el engaño. Obedecerá todas sus órdenes... y Sang-drax, probablemente, los recompensará a todos con la muerte.

—Si es cierto lo que dices, Sang-drax debe de tener urgente necesidad de la nave por alguna razón —afirmó Xar, en tono confiado, e intentó tranquilizarse, aunque se le escapó una mirada ceñuda hacia la nave que desaparecía.

El caballero de negro estaba hablando con Zifnab.

—No tienes buen aspecto, señor.

—No es culpa mía—respondió el anciano, enfurruñado. Señaló a Xar con dedo acusador y añadió—: Le he dicho que era Bond, James Bond, pero no me ha creído.

— ¿Qué más le has dicho, señor? —preguntó el caballero con tono severo—. Nada que no debieras, espero.

—Bueno, eso depende. —Zifnab se frotó las manos con gesto nervioso y rehuyó la mirada de su interlocutor—. La verdad es que hemos tenido una conversación muy agradable.

El caballero imponente asintió lúgubremente.

—Me lo temía. Ya has hecho suficiente daño por hoy, señor. Es hora de que entres a tomar tu reconstituyente. La humana te lo preparará con mucho gusto.

— ¡Desde luego que le gustaría! ¡La haría feliz! ¡Pero no dejaré que lo haga! —Zifnab soltó un gemido quejumbroso—. La mensch no sabría prepararlo. Nadie lo hace como tú...



—Sí, señor. Gracias, señor, pero lo siento mucho. No voy a poder... prepararte la bebida esta noche. —El caballero de negro mostraba una palidez extrema. Consiguió esbozar una débil sonrisa y añadió—: No me siento muy bien. Te acompañaré a tu alcoba, señor...

Cuando se hubieron marchado, Xar pudo dar rienda suelta a su cólera y contempló con rabia las murallas de la ciudad, unas murallas que, de pronto, se habían transformado en muros de prisión pues, aunque podía cruzar su puerta con facilidad (si no tenía en cuenta a los titanes, convertidos ahora en la menor de sus preocupaciones), se había quedado sin nave y no tenía modo de volver a cruzar la Puerta de la Muerte. No tenía modo de llegar a Haplo, vivo o muerto.

Esto es, si tenía que creer lo que había dicho el anciano.

Xar se sentó en un banco bajo la extraña oscuridad que parecía estar cayendo sobre la ciudadela y solamente sobre ella. Se sentía débil, viejo y cansado, sensaciones insólitas para el Señor del Nexo. Intentó de nuevo ponerse en comunicación con Marit, pero no tuvo respuesta a sus urgentes llamadas.

¿Lo habría traicionado su esposa? ¿Lo habría hecho Sang-drax?

— ¿Vas a creer la palabra de mi enemigo?

El susurro surgió de la noche y sobresaltó a Xar. Escrutó las sombras y observó el resplandor rojo de un único ojo. Se puso en pie.

— ¿Eres tú? ¡Sal donde pueda verte!

—No estoy aquí en presencia tangible, mi Señor. Sólo mis pensamientos están contigo.

—Preferiría tener conmigo mi nave, Sang-drax —dijo Xar, irritado—. Devuélvemela.

—Si así lo ordenas, lo haré —asintió Sang-drax con humildad—. Pero permíteme que te proponga un plan alternativo. He oído tu conversación con ese viejo chiflado, que quizá no es tan estúpido como quería hacernos creer. Permíteme a mí buscar a Haplo mientras tú prosigues el asunto que te ha traído aquí.

Xar meditó la propuesta. No era una mala idea. Tenía demasiado que hacer, demasiado en juego, como para marcharse en aquellos momentos. Su gente estaba en Abarrach, presta para la guerra. Tenía que seguir buscando la Séptima Puerta; aún tenía que determinar si había dominado el arte de resucitar a los muertos. Varios de aquellos objetivos podía alcanzarlos allí. Además, así descubriría si Sang-drax era leal.

Empezaba a perfilar el esbozo de un plan.

—Si accedo a dejarte buscar a Haplo, ¿cómo volveré a Abarrach? —inquirió. Quería evitar que Sang-drax pensara que tenía el dominio de la situación.

—Existe otra nave de la cual puedes disponer, mi Señor. Los mensch conocen su paradero.

«Supongo que en algún lugar de la ciudad», pensó Xar. El Señor del Nexo concedió magnánimamente su permiso.

—Está bien. Tan pronto como tenga noticias de Marit, te lo comunicaré. Mientras tanto, haz lo que puedas para encontrarlo por tu cuenta. Recuerda que quiero el cadáver de Haplo... ¡y en buen estado!

—Sólo vivo para servirte, Xar —declaró Sang-drax. El ojo rojo se cerró en una muestra de respeto y, al instante, la presencia se desvaneció.

—Discúlpame, señor —dijo una voz en el idioma de los elfos.



Hacía bastante rato que Xar había percibido la presencia del joven mensch pero, abstraído en su conversación mental con Sang-drax, no le había prestado atención. Sin embargo, había llegado el momento de empezar a poner en marcha su plan.

El Señor del Nexo dio un respingo de fingida sorpresa y escrutó las sombras.

—Disculpa, joven elfo. No te he oído llegar. ¿Puedes repetirme tu nombre? Perdona que lo pregunte, pero soy viejo y me falla la memoria.

—Paithan —respondió el elfo de buen grado—. Paithan Quindiniar. He vuelto para disculparme por nuestro comportamiento. De un tiempo a esta parte, todos hemos estado bajo una gran tensión. Y, además, con la presencia de Zifnab, del dragón y de esa horrible serpiente... Por cierto, ¿has visto al anciano, últimamente?

—No, me temo que no —respondió Xar—. Debo de haberme quedado dormido. Cuando he despertado, ya no estaba.

Paithan, con una mueca de alarma, dirigió una nerviosa mirada a su alrededor.

—Ese viejo bribón chiflado, ¡que Orn lo lleve! Me pregunto dónde se habrá metido. De todos modos, no merece la pena buscarlo esta noche. Estarás cansado y hambriento. Ven, si gustas, y comparte la cena con mi hermana y conmigo. Normalmente..., normalmente comemos con los demás, pero me temo que esta noche no van a acompañarnos.

— ¡Oh!, gracias, muchacho. —Xar extendió la mano—. ¿Te importaría ayudarme? Estoy un poco débil...

—Desde luego, señor —Paithan le ofreció su brazo.

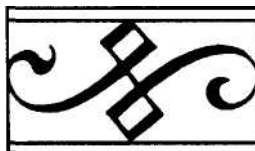
El Señor del Nexo se asió del elfo y, pegado a él, avanzaron lentamente por las calles hacia la ciudadela.

Y, mientras caminaban, Xar recibió por fin una respuesta a sus llamadas.

Marit, dijo en silencio. Llevo mucho tiempo esperando noticias tuyas...



CAPÍTULO 27



PERDIDOS

Marit se sentó con la espalda contra una fría pared de piedra y observó al asesino humano que la vigilaba. El hombre estaba apoyado en la pared de enfrente, y de su boca sobresalía una pipa que despedía un humo tremendamente pestilente. Tenía los párpados cerrados, pero la patryn sabía que, con sólo apartarse un mechón de cabello del rostro, alcanzaría a ver el negro brillo de los hundidos ojos de su vigilante.

Tumbado en el suelo entre los dos, sobre un jergón, Haplo se revolvía en un sueño agitado, inquieto, muy distinto del sueño reparador propio de su raza. A su lado, otro par de ojos mantenía una atenta guardia, repartiendo la atención entre Marit y su amo. Hugh *la Mano* dormía esporádicamente. El perro, nunca.

Cada vez más irritada ante la vigilancia permanente, Marit volvió la espalda a los dos observadores y, acurrucada, empezó a afilar la daga. No necesitaba hacerlo, ni tampoco volver a trazar las runas grabadas en ella, pero jugar con la daga era la única alternativa a pasear por el suelo helado, dando vueltas y vueltas y vueltas hasta que le dolían las piernas. En realidad no tenía muchas esperanzas de conseguirlo pero, si dejaba de mirarlos, quizá sus vigilantes se relajarían y cometerían algún descuido.

Podría haberles explicado que no debían preocuparse. No iba a hacerle daño. Ahora, no. Sus órdenes habían cambiado. Haplo tenía que vivir.

Una vez afilada, Marit introdujo la hoja en una rendija minúscula entre dos de los grandes bloques de piedra blanca pulimentada que formaban el suelo, las paredes y el techo en cúpula de la extraña estancia en la que habían sido encerrados. Deslizó la daga a lo largo de la rendija, hurgando en busca de algún punto débil que, estaba segura, no encontraría. Todos los bloques tenían grabadas runas sartán. Los signos mágicos del enemigo ancestral la rodeaban por todas partes, tapizaban el suelo y estaban allí donde posaba la vista. Las runas no le

causaban daño, pero evitaba tocarlas. La hacían sentirse incómoda y nerviosa; toda la estancia le producía aquellas sensaciones.

Y evadirse de ella era imposible.

Lo sabía. Lo había intentado.

La estancia era amplia y estaba bien iluminada por una luz blanca difusa que surgía de todas partes a la vez y de ninguna en concreto. Una luz irritante que ya empezaba a molestarla. Había una puerta, pero estaba cubierta de signos mágicos sartán. Y, aunque las runas tampoco reaccionaban a su proximidad, a Marit le repugnaba tocar la puerta que guardaban. No sabía leer la escritura sartán; nunca había aprendido. Haplo, en cambio sí. Esperaría a que despertara para que le tradujera lo que decían. Hasta entonces, era preciso que viviera.

Haplo tenía que vivir. Marit hundió con rabia la hoja en la hendidura, hizo palanca con la daga contra el bloque de piedra en un intento absolutamente inútil de desencajarlo. No se movió un ápice. Era más probable que rompiera el arma en el intento. Irritada, frustrada y (aunque se negara a admitirlo) atemorizada, extrajo la daga de la rendija y la arrojó lejos de sí. El arma resbaló por el suelo pulimentado, rebotó en la pared y se deslizó de nuevo hasta el centro de la estancia.

El asesino abrió los ojos, dos rendijas brillantes. El perro levantó la testuz y miró a Marit con cautela. La patryn se despreocupó de ellos y se volvió de espaldas a ambos.

— ¿Y Haplo? ¿Está muerto?

—No, mi Señor. Me temo que he fallado mi...

—No está muerto... ¿Se te ha escapado?

—No, mi Señor. Estoy con él...

—Entonces, ¿por qué no está muerto?

Por culpa de un puñal, podría haberle explicado. Un puñal sartán maldito. Haplo me salvó la vida, podría haberle dicho. Me salvó aunque yo había intentado matarlo. Todas estas cosas podría haberle contado mentalmente.

—No tengo disculpa, mi Señor—fue lo que dijo—. Fracase.

—Quizá la tarea es demasiado difícil para ti, Marit. He enviado a Sang-drax para que se encargue de Haplo. ¿Dónde estás ahora?

Marit se ruborizó de nuevo, hasta el sofoco, antes de ofrecer su azorada respuesta:

—En una prisión sartán, mi Señor.

— ¡Una prisión sartán! ¿Estás segura?

—Lo único que sé es que estoy en una sala blanca cubierta de runas sartán y que no hay salida. Aquí hay un sartán que hace de carcelero. Es ése que tú describiste, ése que se hace llamar Alfred. Un amigo de Haplo. Alfred fue quien nos trajo aquí. Nuestra nave quedó destruida en Chelestra.

—Los dos están juntos en esto, no hay duda. Cuéntame qué ha sucedido.

Así lo hizo Marit: le habló del extraño puñal cubierto de runas sartán, de los titanes, de las aguas de Chelestra, de la piedra de gobierno que había tenido en sus manos, de las serpientes dragón...

—Por fin, hemos sido traídos aquí, mi Señor. Ha sido cosa del sartán.

— ¿El sartán? ¿Cómo...?

—El... puso el pie en el hueco de la puerta. No encuentro otra manera de describirlo.

»Recuerdo que el agua subía; la nave estaba desmontándose y nuestra magia empezaba a debilitarse. Cogí la piedra de gobierno; todavía estaba seca y su magia

aún se mantenía intacta. En mi mente centellearon imágenes de los mundos. Me agarré a la primera que vi y me concentré en ella hasta que la Puerta de la Muerte se abrió para mí. En aquel instante, el agua me alcanzó y me cubrió, ahogando la magia y casi ahogándome a mí. La puerta empezó a cerrarse. La nave empezó a deslizarse bajo las aguas y a su alrededor se enroscaron las serpientes dragón.

»Una de éstas abrió un boquete en el casco, introdujo la cabeza y se lanzó directamente hacia Haplo. Yo alargué la mano, lo agarré y lo puse a salvo de las fauces del monstruo, cuyos espantosos ojos rojos barrieron la cabina hasta localizarme. La puerta estaba cerrándose rápidamente, demasiado como para que pudiera evitarlo. Y, entonces, se detuvo y permaneció entreabierta, como si algún obstáculo le impidiera terminar de cerrarse.

»Una luz brillante me bañó. Recortada contra ella vi la silueta de un hombre larguirucho y encorvado que nos miraba con preocupación. El hombre extendió sus manos hacia Haplo. Yo seguí cogida a él y me vi impulsada a través de la puerta. Y, cuando empezó a cerrarse de nuevo, me sentí caer y caer interminablemente.

Marit tenía la sensación de que había habido algo más, pero su palpito apenas era una vaga sombra en los límites de la conciencia y, por tanto, la patryn no consideró pertinente mencionárselo a Xar. En cualquier caso, carecía de importancia. No era más que una voz —una voz cordial y benigna— que le había dicho: «Ya está, ya lo tengo. Está a salvo; ya puedes soltarlo». Salvo esto, sólo recordaba el alivio de sentirse liberada del peso de Haplo antes de sumirse en un apacible sueño.

— ¿Qué te está haciendo el sartán?

—Nada, mi Señor. Va y viene como un ladrón, entrando y saliendo de la estancia. Evita mirarme y dirigirme la palabra. El único por quien muestra interés el sartán es Haplo. Y no, mi Señor, no he cambiado una palabra con nuestro captor. ¡Ni pienso darle esa satisfacción!

— ¡Bien! Eso te haría parecer débil y vulnerable. ¿Cómo es ese Alfred?

—Parece un ratón, un conejo asustado. Pero imagino que sólo era un disfraz, mi Señor, para provocar en mí una falsa sensación de seguridad.

—Tienes razón, sin duda, pero hay algo que me intriga, esposa mía. Parece que le salvaste la vida a Haplo en Chelestra. Por lo que has contado, podrías haberlo dejado morir.

—Sí, lo salvé, mi Señor. Tú querías su cadáver.

Por no mencionar el terror que le habían producido las serpientes dragón. O el hecho de que ella misma se había creído al borde de la muerte, junto con Haplo. Xar confiaba en las serpientes dragón. Las conocía mejor que ella y no le correspondía a Marit poner en cuestión...

—Las serpientes dragón me habrían traído su cuerpo —replicó Xar—. Pero supongo que no podías saberlo. Descríbeme esa posición.

Marit obedeció. Describió la sala vacía, de piedra blanca pulimentada y cubierta de runas sartán.

—Por eso mi magia no surte efecto aquí —añadió con pesar—. Incluso me sorprende que, a pesar de todo, podamos comunicarnos, esposo.

—Eso se debe a que la magia que nos une es interna. No pretende sondear en las posibilidades y, por tanto, la magia sartán no la afecta. Como dices, Haplo sabrá interpretar las runas sartán. Sabrá dónde estáis. O quizá se lo dirá su

«amigo». Haplo no tendrá intención de matarte, ¿verdad? Tú intentaste acabar con él, de modo que...

—No, mi Señor. Haplo no me matará.

Era una suerte que Xar, a través de la magia, sólo pudiera captar las palabras; así no llegó a sus oídos el suspiro de Marit.

—Excelente. Pensándolo bien, creo que sería mejor que te quedaras con él.

— ¿Estás seguro, mi Señor? Cuando logre escapar de este lugar, encontraré una nave. Sé que la encontraré. Yo...

—No. Quédate con Haplo. Infórmame de todo lo que él y su amigo sartán comenten acerca de esa estancia, de Pryan y de cualquiera de los otros mundos. En adelante, Marit, infórmame de todo lo que diga Haplo.

—Sí, mi Señor. —Ahora, Xar la convertía en espía. La humillación final para ella—. ¿Pero qué debo decirle? Se preguntará por qué no intento matarlo...

—Duerme con él. Tuviste un hijo suyo y él te ama todavía. ¿Tengo que ser más explícito, querida?

No; no tenía que serlo. Y así terminó su conversación.

A Marit se le hizo un nudo en el estómago. Se sentía casi físicamente enferma. ¿Cómo podía pedirle Xar una cosa así? ¡Fingir que se congraciaba con Haplo! Hacer el amor con él, pegarse a su lado y, mientras tanto, chuparle la sangre como una sanguijuela... ¡No! ¡Una maquinación tan perversa resultaba deshonrosa! Ningún patryn accedería a ella. Marit se había llevado una amarga desilusión con Xar; la había decepcionado el mero hecho de que insinuara una maniobra tan...

La cólera y la decepción se aplacaron por fin.

—Comprendo —dijo en un susurro al ausente Xar—. No crees que fingiera, si hiciese lo que dices. Te he fallado, es cierto. He salvado la vida de Haplo... y tú crees que aún estoy enamorada de él, ¿no es eso, mi Señor? De lo contrario, no se te habría pasado por la cabeza pedírmelo.

Tenía que haber un modo —otro modo— de convencer a Haplo de que, si no exactamente de su parte, al menos ya no estaba contra él.

¡La ley patryn! Marit levantó la cabeza y casi esbozó una sonrisa, pero se contuvo y dirigió una mirada furtiva al asesino mensch. No era conveniente parecer, de repente, satisfecha y complacida consigo misma.

Continuó sentada tranquilamente en su prisión hasta perder el sentido del tiempo. Alfred entraba y salía. Marit lo observó con desconfianza. Hugh *la Mano* la observó a ella con desconfianza. El perro los observó a todos (a excepción de Alfred) con desconfianza. Y Alfred parecía sumamente perturbado e incómodo con todo aquello.

Al cabo, rendida de cansancio, Marit se echó a dormir. Casi había conciliado el sueño cuando una voz la devolvió a la realidad con un sobresalto.

— ¿Cómo te sientes, Haplo?

La pregunta la formulaba Hugh *la Mano*. Marit cambió ligeramente de posición para poder observar la estancia. Haplo estaba sentado en el camastro y miraba a su alrededor con perplejidad. El perro, con un ladrido de alegría, se había plantado ante su amo y restregaba su hocico contra él con fruición. Haplo le dio unas palmaditas cariñosas y le frotó el hocico y las mandíbulas. El animal agitó la cola como un loco.

— ¿Cuánto tiempo he pasado sin sentido? —preguntó Haplo.

— ¿Quién sabe? —Respondió *la Mano* con desdén—. ¿Cómo puede uno saberlo, en este lugar? Supongo que no tendrás idea de dónde estamos, ¿verdad?



Haplo dirigió una nueva mirada en torno a sí y frunció el entrecejo.

—Creo haber visto un lugar como éste en alguna ocasión... pero no consigo recordar...

Su mirada alcanzó a Marit y se detuvo en ella. La había sorprendido observándolo. Era demasiado tarde para fingir que seguía dormida; se enderezó y apartó la mirada. De pronto, advirtió la presencia de la daga en el suelo, entre ella y Haplo.

—No te preocupes —gruñó Hugh, siguiendo la mirada de Haplo—. Entre Alfred, el perro y yo, no dejaremos que la mujer se acerque a ti.

Haplo se echó hacia atrás y se apoyó en un codo. Estaba débil, demasiado débil para acabar de salir del sueño curativo de los patryn. La herida de la runa del corazón... En el Laberinto, una herida semejante lo habría condenado irremisiblemente.

—Ella me salvó la vida —declaró.

Marit notaba sus ojos fijos en ella. Deseó tener algún lugar donde ocultarse en aquella maldita celda, algún modo de escapar. Incluso estaba dispuesta a probar la puerta, aunque quedaría como una estúpida si no conseguía forzarla. Hizo rechinar los dientes y, con un firme dominio de sí misma, se sentó en el borde del camastro y fingió concentrarse en anudar los cordones de las botas. Al fin y al cabo, lo que Haplo acababa de decir la favorecía.

El asesino emitió un gruñido. Apartó la pipa de los labios, golpeó la cazoleta contra la pared y dejó caer las cenizas al suelo.

Haplo dirigió la atención al humano.

—¿Has mencionado a Alfred?

—Sí, he mencionado a Alfred. Está aquí. Ahora ha ido a alguna parte, por comida. —Hugh indicó la puerta con un gesto del pulgar.

Haplo estudió de nuevo la estancia.

—Alfred... Ahora recuerdo qué me recuerda este lugar: el mausoleo de Ariano.

Recordando la orden de Xar, Marit prestó atención a lo que decía. Las palabras no significaban nada para ella, pero notó que la embargaba un escalofrío. Mausoleo... El término le recordaba Abarrach, un mundo que era un inmenso mausoleo.

—¿Ha dicho Alfred dónde estamos?

Hugh le dirigió una sonrisa; una sonrisa terrible que tensó sus labios y le nubló los ojos.

—Alfred no parece tener mucho que decirme. De hecho, me ha estado evitando.

—No me sorprende.

Haplo se sentó erguido y se miró la mano que había empuñado el maldito puñal sartán. Antes de su sueño reparador la tenía negra, con la carne quemada. Ahora, el brazo estaba ileso, intacto. Volvió la vista a Marit.

Ella comprendió lo que pasaba por la cabeza de Haplo con la misma claridad que si éste lo anunciara en voz alta. Aún se sentía próxima a él, y eso la irritaba.

«Rastreas mis pensamientos como un lobuno sigue el rastro de un hombre herido», le había dicho Haplo una vez, en broma.

Lo que ella no le había contado nunca era lo mucho que él habría podido rastrear los suyos. Al principio, Marit había anhelado aquella intimidad; ésta había sido una de las principales razones de que se hubiera quedado junto a Haplo tanto tiempo, más que con cualquier otro hombre. Pero entonces había descubierto que

se sentía demasiado atraída por él, que contaba demasiado con él, que empezaba a depender de él. Y, poco después, había descubierto que iba a tener un hijo suyo. Había sido entonces cuando se había marchado de su lado.

Saber que acabaría perdiéndolo a manos del Laberinto le resultaba suficientemente terrible; tener que afrontar, además, la pérdida de un hijo...

«Sé la que abandona, no la abandonada.» La frase se había convertido en su credo.

Así pues, Marit miró a Haplo y supo exactamente lo que estaba pensando. «Alguien me ha curado. Alguien ha cerrado el círculo de mi ser.»

Haplo la miró, deseando que hubiera sido ella. ¿Por qué?, se dijo Marit. ¿Por qué no se daba cuenta de que lo suyo había terminado?

—Ha sido el sartán quien te ha curado, no yo —le dijo y, con premeditada lentitud, le volvió la espalda otra vez.

Lo cual quedó muy digno y muy propio pero, a no tardar, iba a tener que explicar que ya no tenía intención de matar a Haplo.

Marit trazó las runas con la esperanza de atraer la daga que aún seguía en el suelo en mitad de la estancia. Pero su magia chisporroteó y se apagó; la maldita magia sartán de aquel desagradable lugar contrarrestaba sus hechizos.

Haplo dirigió de nuevo su atención a Hugh *la Mano*.

—Cuéntame qué ha sucedido. ¿Cómo hemos llegado aquí?

El humano dio una chupada a la pipa, que se había apagado. El perro se tumbó al lado de Haplo, apretado a él todo lo posible y con los ojos fijos en el rostro de su amo con aire impaciente. Haplo lo tranquilizó con unas palmaditas, y el animal soltó un suspiro y se apretó aún más a él.

—No recuerdo gran cosa —respondió *la Mano*—. Unos ojos rojos y unas serpientes gigantes y tú con la mano ardiendo. Y terror. Recuerdo haber estado más asustado que nunca en mi vida... o en mi muerte. —El asesino ensayó una sonrisa irónica—. La nave estalló en pedazos. El agua me llenó la boca y los pulmones y lo siguiente que recuerdo es que estaba en este lugar, a cuatro manos en el suelo, sacando el estómago por la boca. Y tú estabas tendido a mi lado con la mano y el brazo como madera carbonizada. Y esa mujer estaba de pie encima de ti, con la daga, y el perro se disponía a saltarle al cuello. Y entonces Alfred entró por la puerta bamboleándose.

»Le dijo algo a la mujer en ese extraño idioma que habláis y ella parecía a punto de contestarle cuando se derrumbó en el suelo, sin sentido.

»Alfred te miró y movió la cabeza en gesto de negativa; después, la miró a ella y repitió el gesto. El perro se había callado y yo había conseguido ponerme en pie.

»"Alfred", le dije, y di un paso hacia él, pero no podía caminar demasiado bien. Más que caminar, me abalancé hacia él.

La sonrisa de *la Mano* se hizo siniestra.

—Él volvió la cabeza y me vio. Entonces, soltó un graznido... ¡y cayó al suelo desmayado! Después de esto, debí de perder el sentido, porque no recuerdo nada más.

— ¿Y cuando volviste a despertar? —inquirió Haplo.

—Me encontré aquí —respondió Hugh con un encogimiento de hombros—. Alfred estaba cuidándote y la mujer observaba la escena, ahí sentada, sin decir palabra. Tampoco Alfred abrió la boca. Me puse en pie y me acerqué a él; esta vez, me aseguré de no asustarlo.



»Pero, antes de que pudiera abrir la boca, él dio un respingo como una gacela asustada y escapó a través de la puerta murmurando no sé qué sobre comida y de que yo tenía que montar guardia hasta que volvieras en ti. De eso hace ya bastante rato y no lo he vuelto a ver. Ella ha estado aquí todo el rato.

—Se llama Marit —dijo Haplo sin alzar la voz. Tenía la vista en el suelo y con un dedo seguía, sin tocarlo, el dibujo de una runa sartán.

—Se llama Muerte, amigo mío, y tú eres su objetivo.

Marit exhaló un suspiro profundo y tembloroso. Era la ocasión de acabar de una vez con aquello.

—Ya no —dijo.

Se puso en pie, dio unos pasos y recogió la daga del suelo.

El perro dio un salto, se plantó ante su amo en actitud protectora y emitió un ronco gruñido. Hugh se puso en pie también, con cuerpo ágil y movimientos rápidos. No dijo nada; se limitó a seguir donde estaba, observando a Marit con los ojos entrecerrados.

Marit, sin prestar atención a ninguno de los dos, llevó la daga a Haplo. Hincó una rodilla ante él y le presentó el arma, ofreciéndole la empuñadura.

—Tú me salvaste la vida —declaró con voz fría, a regañadientes—. Según la ley patryn, esto decide en tu favor cualquier disputa entre nosotros.

— ¡Pero tú has salvado la mía, también! —Replicó Haplo y la miró con una extraña intensidad que hizo sentirse sumamente incómoda a la patryn—. Estamos en paz.

—Yo no he salvado nada. —Marit lo dijo con tono burlón—. Ha sido tu amigo sartán quien te ha curado.

— ¿Qué está diciendo? —intervino Hugh *la Mano*. Marit había utilizado el idioma patryn.

Haplo tradujo sus palabras y añadió:

—Según la ley de nuestro pueblo, como le salvé la vida, cualquier disputa que surja entre nosotros se resuelve a mi favor.

—Yo no llamaría «disputa» a un intento de asesinato —declaró Hugh con sequedad; dio una chupada a la pipa y estudió a Marit con recelo—. Es un truco. No la creas.

— ¡No te metas en esto, mensch! —Intervino la patryn—. ¿Qué sabe de honor un gusano como tú? —Miró de nuevo a Haplo, sin dejar de ofrecerle la daga—. ¡Vamos, cógela de una vez!

— ¿No te indispondrás con Xar, haciendo esto? —preguntó él, sin dejar de contemplarla con aquella penetrante intensidad.

Ella se obligó a mantener su mirada.

—Eso es asunto mío. El honor me impide matarte. ¡Coge la daga, maldita sea!

Haplo obedeció lentamente. La empuñó y la hizo girar en la mano como si no hubiera visto nada parecido en su vida. Pero no era la daga lo que estaba inspeccionando. La examinaba a ella. Sus motivos.

Sí; lo que una vez hubiera habido entre ellos, había terminado.

Marit dio media vuelta y empezó a alejarse.

—Marit.

Ella volvió la cabeza.

Haplo le tendió la daga.

—Toma. No debes ir desarmada.



Marit mantuvo la calma, con las mandíbulas encajadas; volvió atrás, recuperó la daga y la guardó en la caña de la bota.

Haplo se disponía a añadir algo, y Marit volvía la cabeza para no tener que oírlo o que responderle, cuando un destello de luz rúnica y el ruido de una puerta de piedra que se abría con un crujido los sobresaltó a todos.

Alfred entró en la estancia pero, al ver a todo el grupo mirándolo, inició un rápido retroceso hacia la puerta.

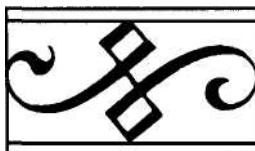
— ¡Perro! —ordenó Haplo. Con un ladrido gozoso, el animal echó a correr. Hincó los dientes en los faldones de la levita del sartán y tiró de Alfred, pese a su resistencia, hasta lanzarlo, tropezando y trastabillando, al centro de la sala.

La puerta se cerró a su espalda.

Atrapado, Alfred paseó una mirada sumisa y desconsolada por cada uno de sus rostros y luego, con una sonrisa de disculpa y un ligero encogimiento de sus enclenques hombros, se desmayó.



CAPÍTULO 28



PERDIDOS

Llevó algún tiempo recuperar a Alfred, que parecía profundamente reacio a recobrar la conciencia. Finalmente, sus ojos se abrieron con un parpadeo. Por desgracia, lo primero que vio fue a Hugh *la Mano* inclinado sobre él.

—Hola, Alfred —dijo *la Mano* con aire sombrío.

Alfred palideció y puso los ojos en blanco.

El asesino alargó la mano y asió a Alfred por el cuello de la camisa, de encaje deshilachado.

— ¡Desmáyate otra vez y te estrangulo!

— ¡No, no! Ya..., ya estoy bien. Aire, necesito... aire.

—Déjalo levantarse —intervino Haplo.

Hugh abrió la mano y retrocedió unos pasos. Alfred se puso en pie tambaleándose, entre jadeos. Su mirada estaba fija en Haplo.

—Me alegro mucho de verte...

— ¿Y te alegras también de verme a mí, Alfred? —inquirió Hugh.

Alfred dirigió por un instante la vista hacia el humano y, al parecer, lamentó haberlo hecho porque volvió a apartarla enseguida.

—Esto..., desde luego que sí, maese Hugh. Estoy sorprendido...

— ¿Sorprendido? ¿Por qué? —Replicó *la Mano* con un gruñido—. ¿Tal vez porque la última vez que me viste estaba muerto?

—Pues... sí; en efecto, ahora que lo pienso, estabas muerto. Muy muerto. — Alfred se sonrojó y balbuceó—: Es evidente que has tenido una... una recuperación mi... milagrosa.

—Supongo que tú no sabrás nada del asunto, ¿verdad?

— ¿Yo? —Alfred levantó la vista hasta la altura de las rodillas de Hugh—. Me temo que no. En aquellos momentos estaba muy ocupado. Tenía que ocuparme de la seguridad de la dama Iridal, ¿sabes?

—Entonces, ¿cómo explicas esto? —El asesino se rasgó la camisa para mostrar el pecho. La runa sartán era visible en su centro; despedía un fulgor

mortecino, como de complacencia—. ¡Míralo bien, Alfred! ¡Mira lo que me has hecho!

Alfred levantó los ojos despacio a regañadientes. Dirigió una mirada compungida a la runa y, con un gemido, se cubrió el rostro con las manos. El perro, entre gañidos compasivos, se le acercó trotando y posó una pata con suavidad sobre uno de los grandes pies de Alfred.

Hugh fulminó a éste con la mirada; después, bruscamente, agarró a Alfred y lo sacudió.

— ¡Mírame, maldita sea! ¡Mira qué has hecho! Yo estaba muerto: donde quiera que me hallase, me sentía contento y en paz. Entonces, tú me arrancaste de allí. ¡Ahora, ni estoy vivo ni puedo morir! ¡Pon fin a ello! ¡Devuélveme a ese lugar!

La Mano zarandeo a Alfred como si fuera un muñeco roto. El perro, estrujado entre los dos, miró alternativamente a uno y otro sin saber muy bien a quién atacar y a quién proteger.

— ¡No sabía que hubiese hecho lo que dices! —farfulló Alfred con un balbuceo casi incoherente—. ¡No lo sabía! Tienes que creerme. No lo recuerdo...

— ¿No... lo... recuerdas? —Hugh subrayó cada palabra con una sacudida que terminó por poner de rodillas al pobre Alfred.

Haplo rescató al perro, que corría peligro de llevarse un pisotón, antes de hacer lo mismo con Alfred.

—Déjalo en paz —avisó a Hugh—. Por extraño que te resulte, está diciendo la verdad. La mitad de las veces, no sabe lo que hace. Como transformarse en dragón para salvarme la vida. Vamos, Hugh, suéltalo. Alfred es nuestra vía de escape. Al menos, así lo espero. Además si nos quedamos encerrados aquí, nada de esto tendrá importancia.

— ¿Que lo deje en paz? —Casi incapaz de respirar de pura rabia, Hugh lanzó una mirada furibunda a Haplo y, por fin, arrojó al suelo al sartán—. ¿Y quién me devolverá la paz a mí?

La Mano dio media vuelta en redondo, avanzó hasta la puerta, la abrió de un empujón y salió de la celda. Marit, que no se perdía detalle, observó con interés que la magia sartán no hacía, al parecer, el menor intento de detener al mensch. Acarició la idea de seguirlo y, así, escapar también ella de su encierro, pero descartó enseguida tal posibilidad. Tenía que permanecer con Haplo. Su señor se lo había ordenado.

—Perro, ve con él —ordenó Haplo.

El animal salió disparado tras Hugh *la Mano*. Haplo hincó la rodilla al lado de Alfred. Marit aprovechó el revuelo para retirarse discretamente a un segundo plano, tratando de pasar lo más inadvertida posible en la estancia vacía.

Alfred, patético y lastimoso, seguía en el suelo hecho un ovillo. Marit lo miró con desdén. Aquel sartán, que parecía incapaz de levantar una masa de pan, ¿cómo iba a poder levantar a los muertos? Hugh *la Mano* se había confundido, sin duda.

Alfred era un hombre de edad mediana, con la coronilla calva y un cabello fino que le caía a mechones por los costados de la cabeza; tenía un cuerpo larguirucho y desgarrado y unas manos y pies muy grandes, que muchas veces se movían como si parecieran creer que pertenecían a otro. Iba vestido con unos calzones de terciopelo descoloridos, una casaca del mismo tejido que no era de su talla, unas medias raídas y una camisa arrugada, con adornos de encaje deshilachados.



Haplo lo vio sacar un pañuelo andrajoso de un bolsillo roto para secarse el rostro.

— ¿Te encuentras bien? —preguntó en tono hosco, con una especie de preocupación rencorosa.

Alfred levantó la vista hacia él y enrojeció.

—Sí, gracias. Él... Hugh tenía todo el derecho a portarse así, ¿sabes? Lo que le hice... si es verdad que fui yo y, sinceramente, no me acuerdo... estuvo mal. Muy mal. ¿Recuerdas lo que te conté en Abarrach sobre la nigromancia? —pronunció esta última palabra con un susurro.

—«Por cada persona devuelta a la vida cuando ya no le corresponde, otra persona muere cuando aún no era su hora.» Estas fueron tus palabras. Pero, escucha, ¿puedes hacer algo para ayudarlo?

Alfred titubeó un momento. Parecía a punto de responder que no, pero se limitó a suspirar y hundir sus huesudos hombros.

—Sí, creo que podría... —murmuró por fin. Moviò la cabeza y añadió—: Pero no aquí.

— ¿Dónde, entonces?

— ¿Recuerdas la cámara... en Abarrach? ¿Ese sitio que llaman la Cámara de los Condenados?

—Sí —respondió Haplo con visible incomodidad—. Lo recuerdo.

Me propuse volver allí. Quería llevar a Xar para demostrarle que era cierto lo que le había contado acerca de un poder superior...

— ¡Oh, no amigo mío! —protestó Alfred, alarmado—. No creo que sea nada aconsejable hacer lo que dices. Verás, he descubierto qué es esa cámara. Orla me lo ha revelado.

— ¿Qué te ha revelado?

—Está convencida de que estuvimos en la Séptima Puerta —explicó Alfred en voz baja y con tono reverente.

— ¿Ah, sí? ¿Y qué? —Haplo se encogió de hombros.

Alfred pareció sorprenderse de su reacción; después, exhaló un suspiro.

—Supongo que desconocías la historia, en ese punto. Verás, cuando los sartán produjeron la separación de los mundos...

—Sí, sí —lo interrumpió Haplo, impaciente—. La Puerta de la Muerte. La Última Puerta. He cruzado todas las puertas imaginables en mi vida. ¿Qué sucede con ésta? ¿Qué tiene de especial?

—Bien, esa cámara era el lugar donde estaban cuando procedieron a la Separación —continuó Alfred en voz baja—. Estaban en la Séptima Puerta.

— ¿De modo que Samah, Orla y el resto del Consejo se reunieron en esa cámara...?

—Más que eso, Haplo —continuó Alfred con expresión grave—. No sólo se reunieron allí, sino que impregnaron de magia esa cámara. Desde ella, destruyeron un mundo para construir otros cuatro...

— ¡Y todavía existe, con toda su magia... con todo su poder! —Haplo lanzó un silbido y movió la cabeza—. No me extraña que la rodearan de runas de protección para impedir el acceso a cualquiera.

—Según Orla, Samah no fue responsable de eso —indicó Alfred—. Verás, cuando la magia se hubo completado y los cuatro mundos quedaron formados, Samah se dio cuenta de lo peligrosa que podía resultar la Cámara...

—Los mundos que podían ser creados también podían ser destruidos.



—Exactamente. En vista de lo cual, envió la Cámara al olvido.

—¿Por qué no se limitó a destruirla?

—Lo intentó —dijo Alfred con voz queda—. Y descubrió que no podía.

—¿El poder superior se lo impidió?

Alfred asintió.

—Temeroso de lo que había descubierto sin proponérselo, incapaz de entenderlo o reacio a hacerlo, Samah ocultó la Cámara con la esperanza de que jamás sería encontrada. Ésa fue la última noticia que Orla tuvo de ella. Sin embargo, la Cámara terminó por ser descubierta por un grupo de sartán de Abarrach; un grupo desesperado y desconsolado por lo que estaba sucediendo a su propio pueblo. Por fortuna, creo que no tenían la menor idea de lo que habían encontrado.

—Sí, de acuerdo, estuvimos en esa Séptima Puerta. Pero ¿qué tiene que ver eso con Hugh *la Manó*?

—Creo que si Hugh pudiera entrar en ella, quedaría libre.

—¿Cómo?

—No estoy seguro —fue la respuesta evasiva de Alfred—. De todos modos, poco importa eso. No vamos a ir a ninguna parte...

Haplo recorrió la estancia con la mirada.

—¿Dónde diablos estamos? ¿Y cómo hiciste para escapar de Samah? Este lugar me resulta familiar; se parece a esa tumba de Ariano. Supongo que no estamos otra vez en Ariano...

—No, no estamos ahí.

Haplo aguardó pacientemente a que el sartán continuase.

Alfred permaneció callado.

—¿Sabes dónde estamos? —inquirió el patryn, indeciso.

Alfred asintió a regañadientes con un gesto de cabeza.

—¿Y bien, dónde?

Alfred se retorció las manos y respondió:

—Déjame pensar el mejor modo de explicarlo. En primer lugar, debo aclararte que no escapé de Samah.

—No me interesa saber...

—Déjame terminar, por favor. ¿Has cruzado la Puerta de la Muerte desde que ha sido abierta?

—Sí. He vuelto a Ariano. ¿Por qué?

—Durante la travesía, pasaban velozmente ante tus ojos imágenes de cada uno de los mundos, dándote oportunidad de escoger a cuál de ellos querías ir. ¿Recuerdas un mundo de gran belleza, un lugar que nunca habías visto y que jamás habías visitado? Un mundo de cielos azules, días soleados, árboles verdes y enormes océanos. Un mundo antiguo, muy antiguo.

—Sí que lo vi —respondió Haplo—. Y recuerdo que me pregunté...

—Pues ahí es donde estamos ahora —apuntó el sartán—. En el Vórtice.

Haplo paseó la mirada por las losas desnudas de mármol blanco.

—Cielos azules, días soleados... Maravilloso. —Su mirada volvió a Alfred—. Hoy divagas aún más de lo normal.

—El Vórtice. El centro del universo. Una vez, este lugar conducía al mundo antiguo...

—Un mundo que ya no existe.

—Es cierto, pero sus imágenes deben de haberse conservado casualmente...



—O colocadas ahí de forma deliberada; una trampa sartán para intrusos que cruzaran la Puerta de la Muerte —repuso Haplo en tono sombrío—. Yo mismo estuve muy cerca de decidirme por esas imágenes. Dime, ¿sería aquí donde habría terminado?

—Me temo que sí. Aunque ya te darás cuenta de que no está tan mal, una vez que te acostumbres. Todos tus deseos y necesidades serán cubiertos; la magia se ocupa de ello. Y es un lugar seguro. Absolutamente seguro.

Por enésima vez, Haplo recorrió la estancia con la mirada.

— ¡Y pensar que estaba preocupado por ti! Te imaginaba en el Laberinto, muerto o algo peor aún. Pero has estado aquí todo el tiempo. A salvo. Totalmente seguro.

— ¿Estabas preocupado por mí? —repitió Alfred, y su descolorido rostro se iluminó.

Haplo hizo un ademán de impaciencia.

— ¡Por supuesto! ¡Si eres incapaz de cruzar una sala vacía sin causar alguna catástrofe! Y, hablando de salas vacías, ¿cómo salimos de ésta?

Alfred no respondió. Agachó la cabeza y clavó la mirada en los zapatos. Haplo lo observó, pensativo.

—Samah dijo que os enviaba a Orla y a ti al Laberinto. O cometió un error, o no era tan malvado como aparentaba. Os envió aquí a los dos. —Un pensamiento pareció asaltarle de improviso—. Por cierto, ¿dónde está Orla?

—Samah no era malvado —contestó Alfred sin alzar la voz—. Sólo era un hombre muy asustado. Pero ya ha perdido el miedo. En cuanto a Orla, me dejó. Ahora está con él.

— ¿Y tú te has quedado aquí? ¿No fuiste con ella? Al menos, podrías haber vuelto para prevenir a los otros sartán de Chelestra...

—No comprendes, Haplo —lo cortó Alfred—. Sigo aquí porque no tengo más remedio. No hay salida.

Haplo le lanzó una mirada exasperada.

— ¡Pero has dicho que Orla se fue...!

Alfred empezó a entonar las runas. Su cuerpo desgarrado adquirió una inesperada agilidad, meciéndose y dando vueltas al ritmo de la tonada. Sus manos formaron los signos mágicos en el aire.

La melodía era triste, pero dulce. En su rincón, Marit evocó súbitamente la última vez que había tenido en brazos a su hija. El recuerdo le dolió, la tonada le dolió y el dolor la enfureció. Se disponía a saltar, a interrumpir el hechizo mágico que el sartán estaba trazando —un hechizo destinado, sin duda, a debilitarla—, cuando una sección de la pared de piedra desapareció.

Al otro lado de la pared, en una urna de cristal, yacía una mujer sartán. Su rostro estaba sereno; sus ojos, cerrados. Su boca parecía sonreír débilmente.

Haplo comprendió por fin.

—Lo siento...

—Ahora está en paz —musitó Alfred con una triste sonrisa—. Me dejó para hacer compañía a su esposo. —Volvió la mirada a Marit y su rostro adquirió una expresión severa—. Orla vio lo que le sucedió. Lo vio morir.

—Samah fue castigado por sus crímenes —dijo Marit en tono defensivo y desafiante—. Sufrió como nos hizo sufrir a nosotros. Recibió su merecido. No; merecía más, mucho más.



Alfred no dijo nada. Dirigió una cálida mirada a la mujer del ataúd de cristal y apoyó la mano en éste con suavidad. Después, lentamente, la mano se desplazó a otra urna situada al lado. Ésta estaba vacía.

— ¿Qué significa eso? —preguntó Haplo.

—Es para mí, cuando llegue el día —contestó Alfred—. Tienes razón, este lugar se parece mucho a Ariano.

— ¡Demasiado! —Asintió el patryn—. Has encontrado otra tumba. ¡«Absolutamente segura»! —Exclamó con un bufido—. ¡Pues bien, no sueñes con refugiarte ahí! ¡Te vienes conmigo!

—Me temo que no. No vas a ninguna parte, Haplo. Ya te lo he dicho: no hay salida. —Alfred volvió la cabeza hacia Orla—. Salvo la suya...

— ¡Miente! —exclamó Marit, combatiendo el pánico y un súbito impulso aterrador de ponerse a excavar en la roca maciza con las manos desnudas.

—No. Es un sartán; no puede mentir. Pero es un experto en no decir la verdad. —Haplo miró fijamente a Alfred—. La Puerta de la Muerte no debe de estar lejos. Escaparemos por ella.

—No tenemos nave —le recordó Marit.

—Construiremos una. —Haplo no apartó los ojos de Alfred, que volvía a tener la mirada fija en la punta de sus zapatos—. ¿Qué me dices, sartán? ¿La Puerta de la Muerte? ¿Es ésa la salida?

—La puerta se abre en una sola dirección —dijo Alfred en voz baja.

Frustrado, sin saber muy bien qué hacer, Haplo se quedó mirando al sartán.

Marit sí supo qué hacer. Se agachó y extrajo la daga de la bota.

—Yo lo haré hablar.

—Déjalo en paz, Marit. Así no conseguirás nada de él.

—Intentaré no hacerle demasiado daño a tu «amigo». Y no tienes por qué mirar.

Haplo se colocó ante ella. No dijo nada; se limitó a interponer su cuerpo entre ella y Alfred.

— ¡Traidor!

Marit intentó esquivar su presencia. Haplo la atrapó con un movimiento veloz y diestro, y la retuvo. Marit era fuerte, quizá más que él en aquel momento, y se debatió para soltarse. Los brazos y las manos de ambos se enredaron y, mientras se asían el uno al otro, un resplandor azulado empezó a surgir tenuemente de cada brazo, de cada mano.

Era la magia rúnica que cobraba vida.

Pero esta vez no era la magia que actuaba como protección o como arma de ataque. Esta vez era la magia que se ponía en acción cuando dos patryn se tocaban. Era la magia de la unión, de cerrar el círculo. Era una magia de curación, de fuerza compartida, de compromiso mutuo.

Y la magia empezó a penetrar en Marit.

Ella no la deseaba. Estaba vacía por dentro, vacía y hueca, oscura y en silencio. Ni siquiera alcanzaba ya a oír su propia voz; sólo el eco de unas palabras pronunciadas mucho tiempo atrás. La vacuidad era fría pero, al menos, no resultaba dolorosa. La patryn había expulsado de sí todo el dolor, lo había parido y había cortado el cordón umbilical.

Pero el resplandor azul, suave y cálido, se extendió de las manos de Haplo a las suyas. Empezó a progresar en ella. Una gota, como una lágrima solitaria, cayó en el vacío...



—Haplo, será mejor que vengas a ver esto.

Era Hugh *la Mano* quien hablaba, desde la puerta. Su voz era áspera, cargada de urgencia.

Incomodado, Haplo volvió la cabeza. Marit se desasíó. Él la miró de nuevo, y la patryn vio en sus ojos el mismo calor que había percibido en la magia rúnica. Haplo alzó la mano hacia ella. Marit sólo tenía que cogerla...

El perro apareció al trote. Meneando el rabo y con la lengua colgando, se encaminó hacia la patryn como si acabara de encontrar una amiga.

Marit le arrojó la daga.

Su puntería dejó mucho que desear. Estaba muy nerviosa y apenas podía ver nada. El arma rozó el flanco izquierdo del animal y le produjo un arañazo.

El perro lanzó un gáñido de dolor y se escabulló lejos de Marit. La daga fue a estrellarse contra la pared cerca de la pantorrilla derecha del asesino, quien la aplastó bajo su pie. Alfred observó la escena con espanto, tan pálido que parecía a punto de desmayarse otra vez.

Marit se volvió de espaldas a todos ellos.

—Mantén a ese perro lejos de mí, Haplo. La ley me impide matarte, pero puedo dejarte sin el maldito animal.

—Ven aquí, muchacho —Haplo llamó al perro y examinó la herida—. Está bien, sólo es un arañazo. Has tenido suerte.

—Por si le interesa a alguien —anunció Hugh *la Mano*—, he encontrado la salida. Por lo menos, creo que es una salida. Será mejor que vengáis a ver. Nunca he encontrado nada parecido.

Haplo miró a Alfred, que se había sonrojado bruscamente.

—¿Qué sucede? ¿Está protegida? ¿Hay alguna trampa mágica?

—Nada de eso —respondió Hugh—. Es más bien una especie de broma.

—Dudo que lo sea. Los sartán no tienen mucho sentido del humor.

—Pues hay alguien que sí lo tiene. La salida es a través de un laberinto.

—Un laberinto... —repitió Haplo en un susurro.

Y entonces supo la verdad. Y Marit la supo también, al mismo tiempo que él. El vacío de su interior se llenó, se llenó de miedo, de un miedo que se agitaba y debatía en su interior como un ser vivo. Se sintió casi enferma de miedo.

—Así pues, Samah cumplió su palabra, después de todo —comentó Haplo a Alfred.

El sartán asintió. Su rostro tenía una palidez mortal y una expresión sombría.

—Sí, la cumplió.

—¿Alfred sabe dónde estamos? —preguntó Hugh *la Mano*.

—Lo sabe —asintió Haplo sin alterarse—. Lo ha sabido desde el primer momento. En el Laberinto.



CAPÍTULO 29



EL LABERINTO

Dejaron la sala de mármol blanco y sus ataúdes de cristal. Encabezados por Hugh, atravesaron un angosto pasadizo excavado en una roca gris de cantos ásperos. El pasadizo, recto y de piso llano, descendía en una pendiente suave y constante. A su término, una entrada en arco, también tallada en la piedra, daba paso a una gigantesca caverna.

El techo abovedado de la caverna se perdía a la vista, envuelto en sombras. Una luz grisácea y mortecina que surgía de un punto muy lejano, opuesto a la entrada, se reflejaba en la superficie húmeda de las enormes estalactitas. Las estalagmitas se levantaban del suelo de la cavidad a su encuentro, como dientes de unas fauces abiertas. A través de los huecos entre los dientes húmedos serpenteaba un río de agua negra que corría hacia el origen de aquella luz triste.

Era una cueva bastante normal. Haplo estudió la boca en arco. Tocó el brazo de Marit y le indicó en silencio una marca allí grabada. Era una solitaria runa sartán. Marit la observó, se estremeció y se apoyó contra la pared helada.

Estaba temblando y se sujetaba con fuerza los brazos desnudos. Había apartado el rostro y el cabello colgaba sobre él, ocultándolo. Haplo comprendió que, si echaba hacia atrás aquellos mechones de cabello enmarañado y le tocaba la mejilla, encontraría lágrimas. No la censuró por ello. En otra ocasión, él mismo habría llorado. Pero esta vez sentía una extraña exaltación. Era allí, después de todo, donde se había propuesto llegar desde el primer momento.

Marit no sabía leer la escritura rúnica de los sartán, pero conocía muy bien aquella runa solitaria. Todos los patryn conocían su significado. La conocían y habían aprendido a odiarla y detestarla.

—La Primera Puerta—dijo Haplo—. Estamos en el inicio mismo del Laberinto.

—El Laberinto... —repitió Hugh *la Mano*—. Entonces, tenía razón. Aquí fuera hay uno de esos curiosos lugares —señaló más allá de la puerta.

Hileras de estalagmitas se perdían en la oscuridad. Un camino, húmedo y resbaladizo, arrancaba del arco hacia las columnas. Desde su posición, Haplo alcanzaba a distinguir la primera bifurcación del camino, dos senderos que tomaban direcciones distintas, ambos serpenteando entre formaciones rocosas que no eran obra de la naturaleza sino producto de la magia, del miedo y del odio.

Sólo había un camino bueno. Todos los demás conducían a la catástrofe. Y estaban en la primera de las innumerables puertas.

—He estado en muchas cuevas en mi vida —continuó *la Mano*. Movié la boquilla de la pipa en dirección a la oscuridad—, pero en ninguna como ésta. Antes he avanzado por el camino hasta la primera encrucijada; después, he echado un vistazo para tener una idea de adonde conducía. —Se frotó la barbilla. Empezaba a crecerle de nuevo el pelo en la cabeza y en el rostro; una barba corta negroazulada que debía picarle—. Pensé que era mejor volver, antes de perderme.

—Perderte habría sido la menor de tus preocupaciones. Un giro en falso en ese Laberinto conduce a la muerte. Fue construido con este propósito. Es una prisión. Y mi hija está atrapada en ella.

Hugh dio una chupada a la pipa y miró a Haplo.

— ¡Que me aspen...!

Alfred se acurrucó en la retaguardia, lo más lejos que pudo del arco de la entrada sin quedar separado del grupo.

— ¿Quieres hablarle tú del Laberinto, sartán, o prefieres que lo haga yo?

Alfred levantó la vista un instante con una expresión de dolor. Haplo se dio cuenta, comprendió la causa y escogió no razonar. Alfred ya no era Alfred. Era el enemigo. No importaba que ahora estuvieran todos juntos en aquel trance. Haplo necesitaba alguien a quien odiar, necesitaba su odio como un recio muro en el que apoyarse; de lo contrario, caería y quizá no volvería a levantarse más.

El perro había permanecido hasta entonces al lado de Haplo, cerca de la boca de la caverna, olfateando el aire con claras muestras de no gustarle lo que percibía. En aquel momento, se sacudió y se acercó a Alfred. El animal se frotó contra la pierna del sartán mientras movía despacio, suavemente, el rabo plumoso.

—Comprendo cómo te sientes —dijo Alfred. Alargó la mano y dio una tímida palmadita en la cabeza al animal—. Lo siento.

El muro de odio de Haplo empezó a desmoronarse y el miedo empezó a encaramarse sobre los restos. El patryn hizo rechinar los dientes.

— ¡Maldita sea, Alfred, deja de disculparte! ¡Ya te he dicho que no es culpa tuya!

Culpa tuya... culpa tuya... culpa tuya..., repitió un potente eco.

—Lo sé. No lo haré más. Lo s... —Alfred emitió un siseo como el de una vieja tetera, vio la mirada de Haplo y enmudeció.

La Mano los miró a ambos.

—Me da igual de quién sea la culpa. Que alguien me explique qué es todo esto.

Haplo se encogió de hombros.

—Hace mucho tiempo hubo una guerra entre el pueblo de Alfred y el mío. Nosotros perdimos y ellos ganaron...

—No —lo corrigió el sartán con tristeza, en un susurro—, nadie ganó.

—En cualquier caso, su gente nos encerró en esta prisión y nos abandonó para buscar sus propias prisiones. ¿No es así como lo explicarías, Alfred?

El sartán no contestó.

—Esta prisión es conocida como el Laberinto. En ella nací yo, y también ella —señaló a Marit—. En ella nació nuestra hija... y en ella vive todavía.

—Si sigue viva... —murmuró Marit para sí.

La patryn había recuperado un poco el dominio de sí misma y ya no temblaba, pero no se atrevió a mirar a los demás. Apoyada contra la pared, continuó con los brazos apretados con fuerza en torno al cuerpo, sujetándose a sí misma.

—Es un lugar cruel —prosiguió Haplo—, lleno de una magia cruel que se complace no sólo en matar, sino en hacerlo lentamente, torturándolo a uno hasta que la muerte llega como una amiga.³⁶ Nosotros dos conseguimos escapar con la ayuda de nuestro señor, Xar, pero muchos no lo han logrado. Muchos se han quedado en el camino. Generaciones de los nuestros han nacido, vivido y muerto horriblemente en el Laberinto.

»Y ni uno solo de los nuestros que iniciaron la marcha desde la Primera Puerta —concluyó en voz baja— ha logrado llegar hasta la Última.

La expresión del asesino se hizo sombría.

— ¿Qué estás diciendo?

Marit se volvió hacia él; la cólera había secado las lágrimas de sus ojos.

—Nuestro pueblo ha tardado cientos de años en alcanzar la Última Puerta. Y lo ha hecho pasando sobre los cuerpos de los que han caído antes. El padre agonizante señala a su hijo el camino que ha de recorrer. La madre al borde de la muerte entrega su hija a quienes se ocuparán de criarla. Yo logré escapar... y ahora he vuelto. —Emitió un gemido, un sollozo seco y desgarrador—. ¡Ah!, tener que soportarlo todo otra vez, el dolor, el miedo... Y sin esperanza de escapar. Estamos demasiado lejos.

Haplo sintió el impulso de consolarla, pero imaginó que su comprensión no sería bien acogida. Además, ¿qué consuelo podía ofrecerle? Marit sólo había dicho la verdad.

—Bien, es inútil quedarse aquí. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos —declaró, y no se dio cuenta del lúgubre sentido de sus palabras hasta que escuchó la risa amarga de Marit—. Yo me había unido a este viaje con el propósito de volver al Laberinto —continuó diciendo en tono deliberadamente enérgico y práctico—. Es cierto que no había proyectado entrar por este extremo, pero supongo que da igual hacerlo por uno o por otro. Quizás éste sea mejor, incluso. Esta vez, no me perderé nada.

— ¿Dices que te proponías regresar? —Marit lo miró con perplejidad—. ¿Por qué? ¿Para escapar de Xar? —Sus ojos se entrecerraron.

—No —contestó Haplo sin mirarla. Escrutó la caverna en dirección a la luz grisácea que se reflejaba en los remolinos del agua negra—. Estaba decidido a volver para buscaros. A ti y a nuestra hija.

Marit parecía a punto de decir algo. Entreabrió los labios, pero luego volvió a cerrarlos para evitar que escaparan las palabras. Bajó los ojos.

—Bien, voy a entrar ahí en busca de nuestra hija —anunció Haplo—. ¿Vendrás conmigo?

Marit alzó la cabeza y mostró sus pálidas facciones.

—Yo... no lo sé. Tengo que pensarlo...

—No tienes muchas alternativas, Marit. No hay más salida que ésa.



— ¡Eso es lo que dice el sartán! —Replicó ella con desdén—. Puede que tú confíes en él, pero yo no. Tengo que pensarlo.

Marit apreció una mirada de lástima en el rostro de su interlocutor. Muy bien. ¿Qué importaba la opinión que Haplo tuviera de ella, que la creyera asustada, que pensara que necesitaba tiempo para reunir el valor preciso?

Con el cuerpo rígido, la patryn retrocedió cautelosamente por el sendero hacia el mausoleo. Al llegar a la altura de Alfred, le dirigió una mirada colérica hasta que el sartán se apartó de su camino con un gesto temeroso, tropezando con el perro al mover los pies. Marit lo dejó atrás rápidamente y desapareció pasadizo arriba.

— ¿Adonde va? —preguntó Hugh, receloso—. Tal vez debería acompañarla alguno de nosotros.

—Déjala en paz. No lo entiendes. Los dos estuvimos a punto de morir, ahí fuera. Volver no resulta fácil. ¿Vendrás con nosotros?

—La alternativa es pasar la eternidad aquí —respondió el asesino con un gesto de indiferencia—. Y no creo que pudiera morir de aburrimiento... —añadió, con un guiño a Alfred.

—No, me temo... que no —respondió éste, tomando en serio el comentario.

Hugh soltó una risotada, seca y amarga.

—Muy bien, iré contigo. ¿Qué puede pasarme?

—Bien. —Haplo se animó un poco. Casi empezaba a pensar que tenían alguna posibilidad—. Podemos usar tus habilidades. ¿Sabes?, la primera vez que se me ocurrió la idea de volver al Laberinto, ya pensé en ti como compañero. Aunque resulta extraño cómo se ha producido todo. ¿Qué armas llevas?

Hugh *la Mano* se dispuso a contestar, pero Alfred lo interrumpió.

— ¡Hum...! Eso no importa —dijo con una vocecilla.

— ¿No importa? ¿A qué te refieres? ¡Por supuesto que importa!

—El humano no puede matar —explicó Alfred.

Haplo lo miró, paralizado de perplejidad. No quería creer lo que oía pero, cuanto más pensaba en ello, más claro le resultaba... por lo menos, desde el punto de vista de un sartán.

— ¿Lo entiendes? —inquirió Alfred. Haplo murmuró su asentimiento con unas breves palabras irreproducibles.

— ¡Pues yo, decididamente, no! —bramó Hugh *la Mano*.

Haplo se volvió hacia él.

—No puedes morir, no puedes matar. Así de sencillo.

—Reflexiona... —añadió Alfred en voz baja—. ¿Has matado algo, un insecto siquiera, desde tu... hum... retorno?

Hugh miró al sartán, y su tez adquirió un tono cetrino bajo los pelos negros de la barba incipiente.

—Por eso no me contrataba nadie —musitó ásperamente. Su piel brillaba por el sudor—. Triano quería que matase a Bane y no pude hacerlo. Tenía que acabar con Stephen y tampoco pude. Me contrataron para que te matase —continuó, dirigiendo una mirada turbada a Haplo— y no lo conseguí. ¡Maldita sea, ni siquiera fui capaz de matarme a mí mismo! ¡Lo intenté —se miró las manos— y no pude!

Se volvió hacia Alfred y, con los ojos entrecerrados, le preguntó:

— ¿Es posible que los kenkari lo supieran?

— ¿Los kenkari? —Alfred puso cara de desconcierto—. ¡Ah, sí!, los elfos que guardan las almas de los muertos. No; no creo que ellos estuvieran al corriente.

Pero los muertos, sí —añadió tras una breve reflexión—. Sí, los muertos debían de saberlo. ¿Por qué?

—Porque fueron los kenkari quienes me enviaron a matar a Haplo —contestó *la Mano* con voz lúgubre.

— ¿Los kenkari? —Alfred se mostró incrédulo—. No, esa gente no mataría a nadie, ni contrataría a un asesino para que se encargara de hacerlo. Puedes tener la certeza de que fuiste enviado por alguna otra razón...

—Sí —respondió Hugh con un brillo en los ojos—. Empiezo a comprender. Me enviaron a encontrarte a ti.

—Qué interesante, ¿verdad, Alfred? —Intervino Haplo, estudiando al sartán—. De modo que enviaron a Hugh *la Mano* a buscarte. Me pregunto por qué lo harían...

Alfred apartó la vista de la mirada de ambos.

—No tengo idea...

—Espera un momento —lo interrumpió Haplo—. Lo que has dicho no puede ser cierto. Hugh estuvo en un tris de matarme. Y a Marit también. Tiene un arma mágica...

—Tenía —lo corrigió *la Mano* con torva satisfacción—. El puñal ha desaparecido. Perdido en el agua del mar de Chelestra.

— ¿Un arma mágica? ¿De los kenkari? —Alfred movió la cabeza en gesto de negativa—. Eso elfos tienen profundos conocimientos de magia, pero no la utilizarían nunca para fabricar armas...

—No —murmuró Hugh a regañadientes—. No me lo dieron ellos. Lo conseguí... bueno, digamos sólo que procede de otra parte. Según parece, el puñal es una pieza antigua, de diseño y fabricación sartán. Tu pueblo lo utilizó en alguna guerra ancestral...

—Es posible —asintió Alfred con expresión de extremo desconsuelo—. Me temo que en esa época se fabricaron muchas armas mágicas. Por ambas partes. No sé nada de ésta en concreto, pero imagino que ese puñal tenía inteligencia propia y podía actuar por su cuenta. Supongo que utilizó tu mano, maese Hugh, como simple medio de transporte. Y que tu miedo y tu voluntad le sirvieron para guiarse.

—Bueno, ahora se ha perdido, de modo que no importa —dijo Haplo—. El puñal ha desaparecido en las aguas de Chelestra.

—Es una lástima que no podamos inundar el universo con esas aguas —comentó Alfred en voz baja.

Haplo contempló la caverna y las aguas oscuras que fluían por ella. Si aguzaba el oído podía captar el ruido del agua, su chapoteo, su gorgoteo, sus suaves golpes en las rocas de los márgenes. Y podía imaginar qué cosas horribles nadaban en su corriente inmunda, qué criaturas espantosas acechaban en sus oscuras profundidades.

—Tú no vendrás con nosotros, ¿verdad? —inquirió.

—No —respondió Alfred, bajando la vista a los zapatos—. Me quedo.

Casi enferma de miedo, Marit se tomó tiempo en volver a la sala de piedra blanca, sabiendo que debía recobrar el aplomo antes de ponerse en comunicación con Xar. Su señor la entendería; siempre era comprensivo. En incontables ocasiones, lo había visto consolar a los patryn incapaces de volver a entrar en el Laberinto. Xar era el único que se había atrevido. Sí, él la entendería, pero quedaría decepcionado.



Marit penetró en la estancia redonda. Los ataúdes de cristal ya no eran visibles, ocultos por la magia sartán, pero percibió su presencia. Y rondar entre sartán muertos no le producía el placer que hubiera imaginado.

Se detuvo lo más lejos posible de la zona donde estaban los ataúdes, en el extremo opuesto de la sala. Una vez allí, se llevó la mano al signo mágico tatuado en su frente e inclinó la cabeza hacia adelante.

—Xar, mi Señor—murmuró.

El Señor del Nexo estuvo con ella al momento.

—Ya sé donde estamos, mi Señor —dijo la patryn en un susurro, sin poder evitar un suspiro—. En el centro del Laberinto. Nos encontramos ante la Primera Puerta.

Hubo un silencio. Después, Xar preguntó:

— ¿Y Haplo va a entrar?

—Eso dice, pero dudo que tenga valor para hacerlo. —Marit dudaba de tenerlo ella misma, pero se abstuvo de mencionarlo—. Nadie ha regresado nunca al Laberinto, mi Señor, excepto tú.

«De todos modos —pensó—, ¿qué nos espera si nos quedamos aquí? Nuestras propias tumbas.»

Marit recordó el rostro de la mujer de la urna de cristal. La sartán, dondequiera que estuviese, descansaba en paz. Su muerte había sido dulce.

— ¿Qué razón ha dado Haplo para entrar en el Laberinto? —quiso saber Xar.

A Marit le costó articular una respuesta. Titubeó y tuvo la incómoda sensación de que su señor la apremiaba.

—La... su hija, mi Señor—contestó al fin, balbuceante. Había estado a punto de decir, *nuestra* hija.

— ¡Bah! ¡Una excusa ridícula! Se ha vuelto ambicioso, nuestro Haplo. Ha conseguido hacerse con el control de Ariano. Ahora, él y ese sartán amigo suyo se proponen subvertir a mi propio pueblo y volverlo contra mí. ¡Entrará en el Laberinto y formará su propio ejército! ¡Es preciso detenerlo...! ¿Dudas de mí, Marit?

Ella percibió su desaprobación, casi colérica, pero no podía evitar lo que sentía.

—Creo que habla en serio... Desde luego, no ha hecho la menor mención de...

—Claro que no. —Xar desechó sus débiles protestas—. Haplo es astuto e inteligente. Pero no conseguirá sus propósitos. Ve con él. Quédate con él. Lucha por sobrevivir. Y no temas, no tendrás que estar ahí mucho tiempo. Sang-drax va camino del Laberinto; a través de mí, os encontrará a ti y a Haplo. Sang-drax me traerá a Haplo.

Ya que tú has fallado.

Marit captó el reproche y lo aceptó en silencio. Lo tenía merecido. Pero la imagen de las espantosas serpientes dragón que había entrevisto en Chelestra asaltó, repulsiva, su mente. Reprimió enérgicamente la visión. Xar se interesaba ahora por otras cuestiones.

—Haplo y el sartán... ¿De qué hablaban? Cuéntame todo lo que dijeron.

—Hablaron de Hugh *la Mano*. El sartán decía que tal vez podría liberar al humano de la maldición de su vida inmortal. Hablaron de Abarrach y de cierta cámara que existe allí. La llaman la Cámara de los Condenados...

— ¡Otra vez ese maldito lugar! —Xar estaba irritado—. ¡Haplo no habla de otra cosa! ¡Está obsesionado con eso! Una vez quiso llevarme allí. Yo...



Hizo una pausa.

Una pausa muy larga.

—Yo... he sido un estúpido. Haplo me habría llevado allí —murmuró el Señor del Nexo. Sus palabras llegaron a Marit muy suaves, rozando su frente como alas de mariposa—. ¿Qué más contó de esa cámara? ¿Él o ese sartán hicieron alguna referencia a algo llamado la Séptima Puerta?

—Sí, mi Señor. —Marit se quedó perpleja, asombrada—. ¿Cómo lo has sabido?

— ¡Un estúpido! ¡He estado ciego! —Repitió con acritud; después, en tono urgente e imperioso, continuó—: ¿Qué dijeron de ese lugar?

Marit relató todo lo que recordaba.

— ¡Sí, eso es! ¡Una sala impregnada de magia! ¡De poder! ¡Lo que puede ser creado, también puede ser destruido!

Marit percibió la agitación de Xar, la sintió atravesar su cuerpo como una sacudida eléctrica.

— ¿Dijeron en qué lugar exacto de Abarrach estaba esa cámara, o cómo llegar a ella?

—No, Xar. —La patryn se vio obligada a decepcionar a su señor.

— ¡Sigue hablando con él de esa cámara! ¡Descubre lo que puedas: dónde está, cómo se entra...! —El Señor del Nexo se tranquilizó un poco—. Pero no despiertes sospechas, hija. Sé cauta y discreta. Por supuesto, es así como proyectan derrotarme. Haplo no debe llegar nunca a sospechar...

— ¿Sospechar qué, mi Señor?

—Sospechar que conozco la existencia de esa cámara donde estás ahora. Sigue en contacto conmigo, hija... o tal vez debería decir esposa.

Xar volvía a estar complacido con ella. Marit no tenía idea de la causa, pero era su señor y sus órdenes debían ser obedecidas sin objeciones. Además, le agradaba saber que tendría su consejo cuando estuvieran en el Laberinto. Sin embargo, lo siguiente que dijo Xar resultó perturbador para ella.

—Le haré saber a Sang-drax dónde estás.

El comentario no la reconfortó en absoluto, aunque Marit sabía que debería hacerlo. Lo único que le produjo fue inquietud.

—Sí, mi Señor.

—Y, naturalmente, no preciso decirte que no menciones a Haplo nada de lo que hemos hablado.

—Por supuesto que no, mi Señor.

La presencia de Xar se desvaneció. Marit se quedó sola. Muy sola. Eso era lo que quería, lo que había escogido. Quien viaja solo, viaja más ligero. Y ella había viajado ligera, muy ligera.

Y ahora volvía a estar en el punto de partida.

Los cuatro (y el perro) se detuvieron en la boca de la caverna, la entrada al Laberinto. La luz grisácea se había vuelto más intensa, pero no más brillante. Haplo calculó que era mediodía. Si querían emprender la marcha, debían hacerlo en aquel momento. Ningún momento era bueno para internarse en el Laberinto, pero era mejor hacerlo con la luz diurna que por la noche.

Marit había vuelto con ellos. Estaba pálida, pero su expresión era de firmeza, con las mandíbulas encajadas.

—Iré con vosotros —se limitó a anunciar, e incluso esto lo dijo con gesto hosco, de mala gana.

Haplo se preguntó qué la habría impulsado a decidirse, pero sabía que no serviría de nada interrogarla. Marit no se lo revelaría nunca y sus preguntas no harían sino alejarla aún más de él. Así era cuando la había conocido. Protegida con una muralla interior. Con paciencia y cuidado, había conseguido encontrar una puerta; una puerta estrecha, pero que le había permitido acceder al interior. Y, entonces, la puerta se había cerrado a cal y canto. El embarazo... Ahora, Haplo sabía que ésta había sido la causa de que Marit lo abandonara y creyó entenderlo.

Desengaño, le había puesto por nombre a la niña.

Y, ahora, la puerta seguía cerrada y atrancada. No había modo de penetrar su muralla. Era imposible entrar y, por lo que podía deducir, Marit había sellado la única salida.

El patryn alzó la vista hacia el signo mágico sartán que relucía sobre el arco de la entrada. Se disponía a penetrar en el Laberinto, el lugar más mortífero que existía, sin más armas que su magia. Pero esto, al menos, no era un problema. En el Laberinto había siempre muchas formas de morir.

—Tenemos que ponernos en marcha —anunció.

Hugh *la Mano* estaba preparado, impaciente por empezar de una vez. Naturalmente, no tenía idea de dónde se estaba metiendo. Aunque no pudiera morir. Además, ¿quién sabía? Tal vez la runa del corazón sartán no pudiera protegerlo de la cruel magia del Laberinto. Marit estaba atemorizada, pero decidida. Iba a seguir adelante, tal vez porque no podía volver atrás.

Eso, o bien albergaba todavía intenciones de matarlo.

Y la única persona..., la última persona cuya presencia Haplo habría pensado necesitar o desear...

—Me gustaría que vinieras, Alfred.

El sartán movió la cabeza.

—No, no te gustaría. Sólo sería un estorbo. Me desmayaría...

Haplo lo observó con aire sombrío.

—Has encontrado de nuevo tu tumba, ¿verdad? Igual que en Ariano.

—Y esta vez no voy a marcharme. —Alfred bajó la vista. A aquellas alturas, debía de conocer al detalle sus zapatos—. Ya he causado demasiados problemas. —Alzó el rostro, lanzó una fugaz mirada a Hugh *la Mano* y volvió a bajar los ojos—. Demasiados... —repitió—. Adiós, maese Hugh. Lo lamento..., lo lamento muchísimo.

—¿Adiós? ¿Eso es todo? —inquirió el asesino con irritación.

—No me necesitas para liberarte de... de la maldición —explicó Alfred en voz baja—. Haplo sabe adonde ir y qué hacer.

No, se dijo Haplo; no lo sabía pero, de todos modos, no importaba. No era probable que llegaran tan lejos.

De pronto, se sintió irritado. Que el maldito sartán se enterrara vivo, si quería. ¿A quién le importaba? ¿Quién lo necesitaba? Alfred tenía razón. No sería más que un estorbo.

Haplo penetró en el Laberinto. El perro volvió la cabeza y dirigió una mirada lastimera a Alfred; después, avanzó al trote tras los talones de su amo. Hugh *la Mano* echó a andar tras el patryn, ceñudo pero aliviado, siempre contento de entrar en acción. Marit cubría la retaguardia. Estaba muy pálida, pero no vaciló.

Alfred se quedó en la entrada, con la vista en los zapatos.

Haplo avanzó por el camino con cautela. Al llegar a la primera bifurcación, se detuvo y examinó ambas ramificaciones. Los dos caminos parecían idénticos y



ambos debían de ser igual de malos. Las formaciones rocosas como dientes se alzaban por todas partes, impidiéndole ver más allá. Sólo podía mirar hacia arriba, hacia lo que parecían incontables colmillos rezumantes. Se oía el murmullo de las aguas oscuras que se adentraban en el corazón del Laberinto.

Haplo sonrió para sí en la penumbra. Acarició la cabeza del perro y le hizo volverla hacia la entrada.

Hacia Alfred.

—Adelante, muchacho —ordenó al animal—. ¡Ve a buscarlo!



CAPÍTULO 30



LA CIUDADELA PRYAN

—Ese hechicero horrible no me gusta, Paithan. Creo que deberías decirle que se marche.

— ¡Por las orejas de Orn, Aleatha! No puedo decirle al Señor Xar que se vaya. Tiene tanto derecho como nosotros a estar aquí. No somos los dueños...

—Pero estábamos aquí primero.

—Además, no podemos arrojar al anciano caballero a los brazos de los titanes. Sería un asesinato.

El elfo bajó la voz, pero no lo suficiente como para que Xar no pudiera oír todo lo que hablaban.

—Y podría resultarnos útil. Podría ayudarnos y protegernos si los titanes consiguieran entrar. Ya visteis cómo se libró de esos monstruos la primera vez que apareció. ¡Zas! Las luces azules, el fuego mágico...

—Hablando del fuego mágico —intervino el humano, contribuyendo con su pizca de sentido común—, el hechicero podría hacernos lo mismo a nosotros, si lo sacamos de sus casillas.

Lejos de allí, Xar murmuró con una desagradable sonrisa:

—No es probable. El esfuerzo no merecería la pena.

Los mensch celebraban una reunión privada, en secreto. Al menos, creían. Xar estaba al corriente de todo, por supuesto. Se hallaba cómodamente sentado en la biblioteca sartán de la ciudadela. Los mensch estaban reunidos junto al jardín del laberinto, a considerable distancia, pero Xar escuchaba con nitidez cada palabra que pronunciaban.

— ¿Qué es lo que no te gusta de él, Aleatha? —oyó preguntar a la humana... Xar no lograba recordar su nombre. Nuevamente, no desperdició energías en intentarlo—. Fíjate en este precioso collar que me regaló. Creo que la piedra es un rubí. Y observa esta marca tan curiosa que lleva grabada.



—Yo también tengo un colgante —intervino el elfo, Paithan—. La piedra del mío es un zafiro. Y tiene grabada una marca idéntica. El Señor Xar dijo que, cuando lo llevara, alguien estaría pendiente de mí. ¿No te parece bonito, Aleatha?

—Me parece feísimo —replicó la elfa con desdén—. Y el hechicero, también...

—El Señor Xar no puede evitar tener el aspecto que tiene...

—Eso es algo que tú comprendes muy bien, Roland, estoy segura —comentó Aleatha con frialdad—. Respecto a esos «regalos», también a mí trató de darme uno, pero lo rechacé. No me gustó la mirada que vi en sus ojos.

— ¡Oh, Thea, vamos! ¿Desde cuándo devuelves joyas? Y, respecto a esa mirada, ya la has visto mil veces antes. Es la que te dedican todos los hombres —dijo Paithan.

—Pero luego la conocen y... —murmuró Roland.

Aleatha no lo oyó... o prefirió hacer oídos sordos.

—El viejo sólo me ofreció una esmeralda. ¡Me han ofrecido mejores regalos un centenar de veces en mi vida!

— ¡Y apostaría a que en ninguna de ellas los has rechazado...! —fue la réplica de Roland, en voz más alta.

—Vamos, dejadlo ya los dos —intervino Paithan—. ¿Qué dices tú, Roland? ¿A ti también te ha ofrecido una de esas joyas?

— ¿A mí? —Roland puso cara de perplejidad—. Escucha, Paithan, no sé cómo será entre los elfos pero entre nosotros, los humanos, los hombres no regalan collares a otros hombres. Y por lo que se refiere a los que *aceptan joyas* de otros de su sexo, en fin...

— ¿A qué te refieres?

—No es nada, Paithan —se apresuró a intervenir Rega—. No se refiere a nada. Y no te dejes engañar: Roland aceptó el collar. Lo vi preguntar a Drugar por la piedra, pedirle que la tasara.

— ¿Qué dices a eso, Drugar? ¿Qué valor tienen?

—Las gemas no son de origen enano. No sé cuál pueda ser su valor, pero yo no las llevaría. Me producen una sensación extraña.

La voz del enano era grave y ronca.

— ¡Desde luego! —exclamó Roland en tono burlón—. Una sensación tan extraña que te encantaría quedártelas todas para ti. Escucha, Drugar, amigo mío: no intentes nunca timar a un timador. Conozco todos los trucos. Estos collares tienen que ser obra de los enanos. No hay otra explicación: tu pueblo es el único que explota el suelo por debajo de la capa de vegetación y que excávalo suficiente como para encontrar piedras preciosas como éstas. Vamos, dínos cuánto valen.

— ¿Y qué importa eso? —rugió Rega, enfurecida—. ¡Nunca tendrás ocasión de cambiarla por dinero! ¡Estamos encerrados aquí por el resto de nuestra existencia y lo sabes!

Los mensch se quedaron callados. Xar bostezó. Se aburría y aquella, cháchara estúpida empezaba a irritarlo. Comenzaba a lamentar haberles entregado las gemas mágicas, que llevaban hasta él todo cuanto decían. Entonces, de pronto, escuchó lo que llevaba rato esperando oír.

—Supongo que esto nos lleva a la verdadera razón de esta reunión —dijo Paithan en voz baja—. ¿Le hablamos de la nave, o le ocultamos su existencia?

¡Una nave! Así pues, Sang-drax estaba en lo cierto. Los mensch tenían una nave oculta por allí. Xar cerró el libro sartán que estaba intentando leer y se concentró en escuchar.



—Da igual lo que hagamos —intervino Aleatha con tono lánguido—. Si es verdad que existe una nave, cosa que dudo, no podemos alcanzarla. Sólo tenemos la palabra de Cook, ¿y quién sabe qué creyeron ver ahí fuera, ella y sus mocosos? En cualquier caso, lo más probable es que los titanes ya la hayan reducido a astillas.

—No —dijo Paithan tras otro momento de silencio—. No lo han hecho. Y la nave existe.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Roland, receloso.

—Porque la he visto. Se puede ver desde lo alto de la ciudadela. Desde la Cámara de la Estrella.

—¿Quieres decir que sabías desde el principio que los demás tenían razón, que la nave estaba ahí fuera, todavía en buen estado, y no nos lo dijiste?

—¡No me grites! ¡Sí, maldita sea! ¡Y no te lo dije porque habrías reaccionado como haces ahora, como un estúpido! ¡Te habrías precipitado fuera como los demás y te habrían aplastado esa estúpida cabeza tuya!

—Bien, ¿y qué si lo hubiera hecho? ¡Es mi cabeza! ¡Que te acuestes con mi hermana no te convierte en mi hermano mayor!

—No te vendría mal un hermano mayor.

—¿Ah, sí?

—¡Sí!

—¡Basta los dos, por favor!

—Rega, quítate de en medio. Es hora de que aprenda...

—Os estáis portando como críos.

—¡Aleatha! ¿Adonde vas? No deberías entrar en el laberinto. Es...

—Voy a donde me da la gana, Rega. ¡Que te acuestes con mi hermano no te...!

¡Imbéciles! Xar apretó los puños. Por un instante, estuvo tentado de transportarse hasta donde estaban los mensch y sacarles la información a golpes. O retorciéndoles el pescuezo. Sin embargo, consiguió calmarse y no tardó en olvidarse de ellos. Pero no de sus comentarios.

—Se puede ver la nave desde lo alto de la ciudadela —murmuró—. Subiré a verlo personalmente. Quizás el elfo ha mentido. Y no es probable que los mensch regresen pronto.

Xar ya había sentido interés por echar un vistazo a lo que los mensch llamaban la Cámara de la Estrella, pero el elfo, Paithan, tenía la irritante costumbre de rondar por la estancia y de considerarla su propia creación, privada y personal. Con gran orgullo, se había ofrecido a Xar para mostrársela. Xar había tenido la cautela de no demostrar excesivo interés, para gran decepción de Paithan. El Señor del Nexo examinaría la Cámara de la Estrella a su debido tiempo... y a solas.

La magia sartán que se producía en la Cámara, fuera lo que fuese, era la clave para el control de los titanes. De eso no cabía ninguna duda.

«Es el tarareo», había oído decir a Paithan. «Creo que es eso lo que los atrae.»

Era tan evidente que incluso un mensch lo había visto. El sonido tenía un efecto asombroso sobre los titanes. Por lo que Xar había observado, el murmullo los sumía en una especie de trance. Y, cuando cesaba, las criaturas eran presa de un frenesí, como chiquillos asustados que sólo pudieran tranquilizarse si oían la voz de su madre.

—Una analogía interesante —comentó Xar, al tiempo que se transportaba a la Cámara de la Estrella pronunciando una fórmula mágica. No le gustaba subir

escaleras—. La voz tranquilizadora de una madre. Una canción de cuna. Los sartán utilizaban eso para controlar a los titanes y, mientras estaban bajo su influencia, éstos eran esclavos de su voluntad. Si consigo descubrir su secreto...

Se materializó ante la puerta que conducía a la Cámara de la Estrella y se asomó al interior con cautela. La máquina estaba parada. La luz cegadora se encontraba apagada. Desde su llegada, se dijo Xar, la máquina había funcionado de modo irregular. El elfo pensaba que era su comportamiento normal, pero él no lo consideraba así. El Señor del Nexo no sabía mucho de maquinaria y echó de menos sinceramente al pequeño Bane. El muchacho había determinado el funcionamiento de la Tumpa-chumpa; sin duda, podría haber resuelto el misterio de aquel artilugio, mucho más sencillo.

Xar confió en solucionarlo por su cuenta, con el tiempo. Los sartán habían dejado tras ellos, como tenían por costumbre, innumerables volúmenes, algunos de los cuales debían de contener algo más que sus constantes sollozos, sus lamentaciones sobre lo duras que eran las cosas, sobre lo penosas que se habían hecho sus vidas. Cada vez que intentaba leer un libro, montaba en cólera al toparse con aquello.

Pese a tanto bucear en libros llenos de verborrea inútil, escuchar las riñas e insultos de los mensch y mantener la vigilancia sobre los titanes, que una vez más se habían congregado ante las murallas exteriores de la ciudadela, Xar había hallado muy poca información que le fuese de utilidad.

Hasta aquel momento. Ahora, empezaba a llegar a alguna parte.

Entró en la Cámara de la Estrella, avanzó hasta la ventana y miró al exterior. Le costó unos momentos de intensa búsqueda localizar la nave, parcialmente oculta en la tupida vegetación selvática. Cuando la encontró, se preguntó cómo había podido pasarla por alto. El objeto atrajo su mirada al instante: era la única cosa ordenada en un mundo de absoluto desorden.

La examinó con interés, excitado y tentado. La nave estaba a plena vista. Podía transportarse hasta ella en aquel mismo instante. Podía abandonar aquel mundo, dejar a los mensch... Y regresar al Laberinto en busca de Haplo.

Haplo, que conocía la ubicación de la Séptima Puerta en Abarrach. Que no quería nada más que llevar a ella a su Señor...

Runas sartán.

Xar entrecerró los ojos y escrutó la embarcación con más detalle. No había confusión posible. El casco de la nave, cuya forma recordaba la de algún ave gigante, estaba cubierto de runas sartán.

Soltó una maldición. La magia sartán le impediría el paso con la misma firmeza con que le había negado el acceso a la ciudadela.

—Los mensch... —murmuró.

Ellos habían conseguido entrar; seguro que también podían abordar la nave. El enano, con su amuleto y su pequeño repertorio de rudimentaria magia sartán. Los mensch podían acceder a la nave y llevar a Xar con ellos. Seguro que estarían encantados de abandonar aquel lugar.

Pero entre los mensch y la nave, entre él y la nave, había un ejército de titanes.

Masculló otra maldición.

Las criaturas, cientos de ellas, estaban acampadas al otro lado de las murallas. Cada vez que la máquina cobraba vida, salían de la jungla y rodeaban la ciudadela, con su ciega cabeza vuelta hacia la puerta, esperando que se abriera.



Este arrobo duraba mientras seguía el canturreo y la luz cegadora. Cuando la máquina se detenía, los titanes salían del trance e intentaban irrumpir en la ciudadela.

Su rabia era realmente aterradora. Los titanes golpeaban las murallas con los puños y con ramas de árboles por garrotes. Sus gritos resonaban en la cabeza de Xar hasta que casi lo volvían loco. Pero las murallas resistían; Xar, a su pesar, tenía que concederles aquel mérito a los sartán. Finalmente, agotados, los titanes se replegaban de nuevo al abrigo de la jungla a aguardar.

En aquel momento, estaban al acecho. Xar alcanzaba a verlos, esperando para interrogar al primer ser vivo que saliera de la ciudadela, esperando para matarlo a garrotazos cuando no supiera darles la respuesta correcta.

Aquello era enloquecedor, absolutamente enloquecedor. Ahora, el Señor del Nexo conocía la ubicación de la Séptima Puerta. Estaba en Abarrach; Haplo podía conducirlo a ella. Sí, él lo guiaría. Cuando Sang-drax lo encontrara...

Pero ¿qué había de Sang-drax? ¿Lo sabía también? ¿Acaso la serpiente dragón le había mentido deliberadamente...?

Advirtió un movimiento al otro lado de la puerta. Unos pies que se arrastraban sobre el suelo... ¡Condenados mensch! ¿No podían dejarlo en paz ni un momento, malditos entremetidos?

Una runa salió llameando de su mano y disolvió la puerta. Un anciano de aspecto sobresaltado, vestido con ropas pardas, contemplaba la sala boquiabierto, con la mano levantada hacia el tirador de la puerta, ahora inexistente.

—Oye —dijo—, — ¿qué has hecho con la puerta?

— ¿Qué se te ofrece? —inquirió Xar.

— ¿Esto no es el aseo de caballeros? —El anciano echó un vistazo a su alrededor con lastimoso optimismo.

— ¿De dónde vienes?

El desconocido penetró en la sala, sin dejar de mirar en torno a él, todavía esperanzado.

— ¡Oh! Al fondo del pasillo, me han dicho. A la derecha al llegar a la maceta de la palmera. La tercera puerta a la izquierda. He pedido una habitación con baño, pero...

— ¿Qué haces aquí? ¿Me estás siguiendo?

—No lo creo. —El anciano adoptó una expresión meditabunda—. No se me ocurre por qué habría de hacerlo. No te lo tomes a mal, amigo, pero no eres mi tipo, precisamente. De todos modos, supongo que deberíamos tomarnos las cosas lo mejor posible. Dos novias abandonadas ante el altar, ¿no es eso lo que somos, mi buen amigo? Plantadas a la puerta de la iglesia...

El anciano había avanzado hasta las cercanías del pozo. Un empujón mágico, y Xar se vería libre de aquel chiflado irritante. Pero al Señor del Nexo lo intrigaba lo que estaba diciendo el viejo.

— ¿Abandonados? ¿A qué te refieres?

—Sí, arrojados aquí como sacos inútiles —respondió el anciano con creciente desaliento—. Para no sufrir daños. «Aquí estarás a salvo, señor» —añadió, en una imitación burlona—. Ese cretino cree que ya soy demasiado viejo y frágil para enredarme en una buena pelea. ¡Yo te enseñaré, sapo con hipertiroidismo...!

El viejo agitó un puño huesudo, sin dirigir la manaza a nada en concreto, y se volvió a Xar con un suspiro.

— ¿Qué excusa te dio el tuyo?



— ¿A quién te refieres? —Xar le siguió la corriente—. Me temo que no entiendo...

—Tu dragón, naturalmente. ¿Te llamó senil? ¿Débil? ¿Te acusó de estorbarlo, de retrasarlo? Yo... ¡Ah, claro! —La expresión vaga del anciano se volvió desconcertantemente incisiva—. Comprendo. Muy astuto. Te atrajo aquí. Te atrajo y te dejó aquí. Y ahora se ha marchado. Y no puedes seguirlo.

Xar se encogió de hombros. El viejo sabía algo. Tenía que seguir haciéndolo hablar.

— ¿Te refieres a Sang-drax?

—En Abarrach, estás demasiado cerca. Kleitus ya ha hablado demasiado. Podría decir más y Sang-drax está preocupado. Sugiere venir a Pryan. Pero no esperaba encontrar a mi dragón. Equipos rivales. Cara y cruz. Cambio de planes. Haplo, atrapado en el Laberinto. Tú, aquí. No es perfecto, pero menos es nada. Coge la nave. Y la gente. Te deja aquí, te abandona. Sang-drax va al Laberinto. Mata a Haplo.

Xar puso una mueca de indiferencia.

—Vivo o muerto, me da igual. No es eso lo que importa.

—Tienes razón —asintió el viejo tras reflexionar—. Lo importante es que Sang-drax te traiga el cuerpo. Pero eso..., eso es lo único que no hará.

Xar volvió la vista hacia la ventana y contempló fijamente, durante largo rato, el panorama que se divisaba desde ella. Contempló la nave protegida por las runas sartán y el ejército de titanes situado entre él y su medio de fuga.

—Sang-drax lo traerá —declaró por fin.

—No lo hará —replicó el anciano—. ¿Apuestas algo?

— ¿Por qué no habría de hacerlo? ¿Qué motivo podría tener?

— ¿Qué motivo? Impedir que Haplo y tú alcancéis la Séptima Puerta —expuso el viejo con gesto triunfal.

—Entonces... —murmuró Xar, volviéndose para mirar a la cara al anciano—. Entonces, tú conoces la existencia de la Séptima Puerta...

El viejo se dio unos nerviosos tirones de la barba.

—La cuarta carrera en el hipódromo. Una yegua. Séptima Puerta. Seis a uno. Prefiere las pistas embarradas.

Xar frunció el entrecejo y avanzó hacia el viejo hasta colocarse tan cerca que su aliento movía las sedosas canas de su desconocido interlocutor.

— ¡Vas a decírmelo! ¡De lo contrario, puedo hacer que los próximos minutos te resulten muy desagradables!

—Sí, no tengo la menor duda de que podrías.

La expresión vaga abandonó los ojos del viejo y los dejó llenos de un dolor indecible, un dolor que Xar no podía ni soñar en reproducir jamás.

—Pero todo lo que me hicieras sería inútil —continuó con un suspiro—. Te aseguro que no sé dónde está la Séptima Puerta. Nunca he estado allí. No estaba de acuerdo, ¿sabes? Quería detener a Samah, si podía. Así se lo dije. Los miembros del Consejo enviaron los guardias para llevarme por la fuerza. Necesitaban mi magia. Soy un hechicero poderoso, muy poderoso... —El anciano le dirigió una sonrisa breve y apenada—. Pero cuando los guardias se presentaron, yo ya no estaba. No podía abandonar a la gente. Esperaba poder salvarla. Y por eso me dejaron atrás. Me abandonaron. En la Tierra. Y lo vi. Vi el final, la Separación.

El anciano tomó aire con respiración temblorosa antes de proseguir:



—Yo no podía hacer nada. No había remedio. No había salvación posible para la gente, para ninguna de las «lamentables pero inevitables bajas civiles»... Samah dijo que era una cuestión de prioridades:

«No podemos salvarlos a todos. Y los supervivientes quedarán en mejor situación».

»Y, así, Samah los abandonó a la muerte. Yo lo vi... Lo vi todo...

Un pronunciado temblor recorrió el delgado cuerpo del anciano. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y una mueca de horror empezó a contraer su rostro; una mueca tan espantosa, tan horrible, que Xar, a pesar de sí mismo, se echó hacia atrás con repugnancia.

El anciano abrió sus finos labios como si fuera a lanzar un grito, pero no surgió de ellos ningún sonido. Sus ojos se abrieron más y más, reviviendo unos horrores que sólo él podía ver, que sólo él podía recordar.

—Los incendios que devoraban ciudades, llanuras y bosques. Los ríos que bajaban rojos de sangre. Los océanos en ebullición, cuyo vapor ocultaba la luz del sol. Los cuerpos quemados de los incontables muertos. Los vivos que corrían de un sitio a otro, sin lugar donde refugiarse.

— ¿Quién eres tú? —inquirió Xar, perplejo—. ¿Qué eres?

El viejo soltó el aire de los pulmones con una especie de estertor, y la saliva le salpicó los labios.

—Cuando todo terminó, Samah me atrapó y me envió al Laberinto, pero escapé al Nexo. Todos esos libros que leíste... eran míos. Escritos de mi puño y letra. —El anciano parecía vagamente orgulloso de ello—. Eso fue antes de la enfermedad. Yo no recuerdo la enfermedad, pero mi dragón me habla de ella. Fue después de ella cuando el dragón me encontró y me tomó a su cuidado...

— ¿Quién eres? —repitió Xar.

El Señor del Nexo clavó la mirada en los ojos del viejo... y lo que vio en ellos fue la locura.

Su constatación cayó como un telón final que amortiguó los recuerdos, apagó los fuegos, cubrió los cielos al rojo vivo y barrió el horror.

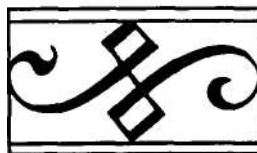
La locura. ¿Un don... o un castigo?

— ¿Quién eres? —preguntó por tercera vez.

— ¿Que cómo me llamo? —El viejo le dedicó una sonrisa inexpresiva, vacía—. Mi nombre es Bond, James Bond.



CAPÍTULO 31



LA CIUDADELA PRYAN

Aleatha cruzó velozmente la verja de acceso al laberinto. La falda se le enganchó en una zarza y tiró de ella con un juramento. Le produjo una siniestra satisfacción oír desgarrarse la tela. ¿Y qué si sus ropas terminaban en pedazos? ¿Qué importaba eso, si nunca más volvería a salir de allí, si nunca más volvería a hacer nada con alguien interesante...?

Irritada y abatida, se enroscó sobre el banco de mármol y se entregó al lujo de la autocompasión. A través de los setos le llegó el sonido de los otros tres, que seguían discutiendo fuera del laberinto. Roland preguntó si no deberían ir detrás de Aleatha, y Paithan dijo que no, que la dejaran en paz; su hermana no llegaría muy lejos y, en cualquier caso, ¿qué podía sucederle?

—Nada —intervino Aleatha melancólica—. No me sucederá nada. Nunca más.

Finalmente, sus voces se apagaron y sus pisadas se desvanecieron. La elfa estaba sola.

—Es como si estuviera en prisión —musitó mientras contemplaba los muros verdes de los setos, con sus ángulos y sus líneas rectas antinaturales, severas y enclaustrantes—. Aunque hasta una cárcel sería mejor que esto. Los presos, al menos, tienen alguna oportunidad de escapar; yo no. No tengo adonde ir, excepto este mismo lugar. Nadie a quien ver, salvo los de siempre. Un día y otro y otro... a lo largo de los años. Pasando el tiempo tediosamente hasta que todos estemos locos de atar.

Echada en el banco, encogida, rompió a llorar a lágrima viva. ¿Qué importaba si se le enrojecían los ojos o se le hinchaba la nariz? ¿Qué importaba quién la viera con aquel aspecto? No le importaba a nadie. Nadie la quería. Todo el mundo la odiaba. Y ella los odiaba a todos. Odiaba a aquel horrendo Señor Xar. Había algo alarmante en aquel hechicero...

—Vamos, no hagas eso —dijo, de pronto, una voz ronca—. Te pondrás enferma.



Aleatha se incorporó rápidamente hasta quedar bien sentada, parpadeó para contener las lágrimas y buscó lo que quedaba de su pañuelo, el cual, como consecuencia de haber sido destinado a diversos usos, era ahora poco más que un harapo de encaje deshilachado. No lo encontró y acabó secándose los ojos con el borde del chal.

— ¡Ah, eres tú! —murmuró.

Drugar se hallaba ante ella, observándola con una mueca ceñuda. Sin embargo, su tono de voz era amable y casi tímidamente tierno. Aleatha sabía reconocer la admiración de los hombres y, aunque procediera del enano, se sintió más tranquila.

—No pretendía decirlo en ese tono —se apresuró a añadir, dándose cuenta de que sus anteriores palabras no habían sido precisamente agradables—. En realidad, me alegro de verte a ti, y no a cualquiera de los otros. Tú eres el único razonable. ¡Los demás son estúpidos! Ven, siéntate aquí.

Dejó sitio al enano en el banco.

Drugar titubeó. Rara vez se sentaba en presencia de los humanos y de Tos elfos, debido a su estatura. Tenía las piernas tan cortas que, cada vez que tomaba asiento en algún mueble fabricado para ellos, los pies no le llegaban al suelo y le quedaban colgando en una postura que a Drugar le parecía indigna y pueril. En esas ocasiones, el enano apreciaba —al menos, creía apreciar— en la mirada de los otros una tendencia a infravalorarlo a causa de aquel detalle.

No obstante, no se sentía en absoluto así en compañía de Aleatha. La elfa le sonreía —cuando estaba de buen humor, por supuesto— y lo escuchaba con respetuosa atención, como si admirase lo que Drugar hacía y decía.

A decir verdad, Aleatha reaccionaba ante Drugar igual que ante cualquier otro hombre: flirteaba con él. Era un coqueteo inocente, casi inconsciente. El único modo de relacionarse con los hombres que conocía Aleatha era hacerlos enamorarse de ella. En cuanto a las mujeres, no conseguía establecer relación con ellas de ninguna manera. La elfa sabía que Rega deseaba su amistad y, muy en el fondo,

Aleatha pensaba que quizá sería divertido tener a otra mujer con la que hablar, reír y compartir esperanzas y temores. Pero, en una época anterior de su vida, había sufrido la envidia de su hermana mayor, Calandra —poco seductora y poco deseable—, a causa de su belleza, a pesar del amor ciego que le profesaba.

Aleatha había terminado por creer que las demás mujeres compartían los sentimientos de Calandra... y es preciso reconocer que así era en la mayoría de los casos. Aleatha hacía ostentaciones de su belleza, la arrojaba a la cara de Rega como un guante, convirtiéndola en un desafío. Convencida secretamente de ser inferior a Rega, sabiéndose menos inteligente, cautivadora y simpática que la humana, la elfa utilizaba su belleza como florete para mantener a distancia a la otra mujer.

En cuanto a los hombres, Aleatha sabía que, una vez que descubrían que por dentro no valía nada, la abandonaban. Por eso había convertido en costumbre anticiparse y dejarlos ella. Pero esta vez no tenía adonde ir. Lo cual significaba que, tarde o temprano, Roland lo descubriría y, en lugar de amarla, la odiaría. Si no lo hacía ya. Aunque poco le importaba a Aleatha lo que el humano opinara de ella.

Sus ojos se llenaron de lágrimas otra vez. Se sentía sola, desesperadamente sola...

Drugar carraspeó. Se había colgado del borde del banco, y sus pies rozaban a duras penas el suelo. Se le rompía el corazón viendo la pena de Aleatha; comprendía su desdicha y su miedo. En cierto extraño modo, se dijo, los dos eran parecidos: las diferencias físicas los mantenían aparte de los demás. A los ojos de éstos, él era bajo y feo. Y Aleatha era la bella. Alargó la mano y dio unas torpes palmaditas de consuelo en el hombro a la elfa. Para su sorpresa, ella se acurrucó contra él y, apoyando la cabeza en su recio hombro, sollozó en su espesa barba negra.

El corazón doliente de Drugar casi estalló de amor. Con todo, comprendió que, por dentro, Aleatha era una niña, una chiquilla perdida y asustada que recurría a él en busca de consuelo, nada más. Contempló los rizos rubios y sedosos que se mezclaban con sus ásperos cabellos negros y tuvo que cerrar los ojos para reprimir el escozor de las lágrimas. Siguió abrazándola suavemente hasta que los sollozos de Aleatha cesaron; entonces, para evitar a ambos un momento de apuro, se apresuró a hablar.

— ¿Te gustaría ver qué he descubierto? Está en el centro del laberinto.

Aleatha levantó el rostro, azorada.

—Sí, me encantaría. Cualquier cosa es mejor que no hacer nada.

Se puso en pie, se alisó el vestido y se enjugó las lágrimas.

— ¿No se lo contarás a los demás? —preguntó Drugar.

—No, claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo? —Respondió Aleatha con altivez—. Ellos me ocultan secretos. Paithan y Rega. Sé que lo hacen. Éste será nuestro secreto, tuyo y mío —añadió y tendió la mano al enano.

¡Por el Uno Enano, estaba enamorado de aquella elfa!, se dijo Drugar al tiempo que tomaba su mano. Aunque la suya era pequeña, la de ella cabía perfectamente en su palma. El enano la condujo de la mano por el laberinto hasta que el paso se hizo demasiado estrecho y no pudieron seguir avanzando uno al lado del otro. Entonces la soltó, advirtiéndole a Aleatha que no se separara de él, no fuera a perderse entre las mil y una vueltas y revueltas del lugar.

La advertencia era innecesaria. Los setos eran allí altos y excesivamente crecidos y formaban a menudo un dosel verde que borraba de la vista el cielo o cualquier otra cosa. En el interior reinaba una oscuridad verdosa, un agradable frescor y una gran quietud.

Al inicio de su recorrido por el laberinto, Aleatha había intentado seguir la pista de su avance: dos giros a la derecha, uno a la izquierda, otro a la derecha, otro a la izquierda, luego dos veces más a la izquierda, una vuelta completa en torno a la estatua de un pez... Pero a partir de allí se había confundido y se había perdido por completo. Se mantuvo tan cerca del enano que casi tropezó con él; la larga laida se enredaba constantemente en los tacones de Drugar, pero su mano no soltaba la manga del enano.

— ¿Cómo sabes por dónde vas? —inquirió la elfa, nerviosa.

Drugar se encogió de hombros.

—Mi pueblo ha vivido siempre en túneles. A diferencia de vosotros, no nos confundimos fácilmente cuando dejamos de ver el cielo o el sol. Además, hay un método. Se basa en las matemáticas. Si quieres, puedo explicártelo... —apuntó.

—No te molestes. Si no tuviera los dedos, sería incapaz de contar hasta diez. ¿Queda mucho para el centro?

Aleatha nunca había sentido un gran entusiasmo por el ejercicio físico.



—No mucho —gruñó Drugar—. Y, cuando lleguemos, hay un sitio para descansar.

Aleatha suspiró. Al principio, todo aquello había resultado emocionante. Allí, entre los setos, había un ambiente misterioso y era divertido imaginarse pérdida, sin olvidar por un solo instante la reconfortante certeza de que no lo estaba. Pero ahora empezaba a aburrirse. Y comenzaban a dolerle los pies.

Y todavía les quedaba todo el trayecto de regreso.

Cansada y malhumorada, miró a Drugar con cierta suspicacia. Al fin y al cabo, el enano había intentado matarlos a todos, en cierta ocasión. ¿Y si la había llevado allí con algún propósito atroz? Estaba lejos de los otros; nadie oiría sus gritos. Se detuvo y echó una mirada atrás, acariciando la idea de dar media vuelta y regresar por donde había venido.

Se le cayó el alma a los pies. No tenía idea de qué camino tomar. ¿Habían doblado a la derecha, o tal vez habían venido por el camino de en medio, sin desviarse...?

Drugar hizo un alto con tal brusquedad que Aleatha, todavía con la cabeza vuelta hacia atrás, tropezó con él.

—Lo..., lo siento —balbuceó, apoyando las manos en los hombros del enano para mantener el equilibrio y retirándolas luego apresuradamente.

Drugar la miró y su expresión se hizo sombría.

—No tengas miedo —dijo al notar la tensión en la voz de la elfa—. Ya hemos llegado. Esto es lo que quería enseñarte.

Aleatha miró a su alrededor. El laberinto había quedado atrás. Allí, unas hileras de bancos de mármol dispuestos en círculo rodeaban un mosaico de piedras de diversos colores que formaban el dibujo de una estrella radiante. En el centro de ésta había más extraños símbolos como los del colgante que el enano llevaba al cuello. Sobre sus cabezas se abría de nuevo el cielo y, desde su posición, Aleatha distinguió la cima de la torre central de la ciudadela. Exhaló un suspiro de alivio. Por lo menos, ahora tenía una idea de dónde estaba. El anfiteatro. Aunque saberlo no iba a ayudarla mucho a salir de aquel lugar.

—Muy bonito —murmuró mientras contemplaba de nuevo la estrella de mosaico multicolor, pensando que debía decir algo para dejar contento al enano.

Le habría gustado quedarse a descansar allí; el lugar producía una sensación de calma y de paz que la impulsaba a no dejarlo. Pero el silencio la ponía nerviosa; el silencio y el enano que no apartaba de ella sus oscuros ojos de mirada sombría.

—Bien, me he divertido mucho. Gracias por...

—Siéntate —dijo Drugar, indicándole un banco—. Espera. Todavía no has visto lo que quería enseñarte.

—Me encantaría, de veras, pero creo que deberíamos volver cuanto antes. Paithan se preocupará...

—Siéntate, por favor —repitió Drugar, al tiempo que arrugaba el entrecejo hasta unir sus pobladas cejas. Dirigió una mirada a la torre de la ciudadela y murmuró—: No tendrás que esperar mucho.

Aleatha inició un taconeo impaciente. Empezaba a sentirse irritada, como siempre que alguien le llevaba la contraria. Taladró al enano con una mirada severa e imperiosa que nunca dejaba de causar efecto en los hombres, sólo que esta vez perdió parte de su eficacia al tener que resbalar por su nariz en lugar de centellear hacia arriba desde unos ojos que producían escalofríos. Y, en cualquier

caso, no produjo la menor impresión en Drugar. El enano le había vuelto la espalda y se encaminaba a uno de los bancos.

Aleatha dirigió una última mirada desesperada hacia el camino y, con un nuevo suspiro, siguió a Drugar. Se dejó caer en un asiento próximo, jugó con la ropa, miró hacia la torre que quedaba a su espalda, lanzó un sonoro suspiro, arrastró los pies y dio todas las muestras posibles de que no se divertía, con la esperanza de que el enano se diera cuenta.

No fue así. Drugar permaneció sentado, impasible y callado, con la vista fija en el centro de la estrella solitaria.

Aleatha se dispuso a probar suerte en el laberinto. Perderse allí dentro no sería peor que morir de aburrimiento en aquel extraño lugar. De pronto, vio que empezaba a brillar la luz de la Cámara de la Estrella, en lo alto de la ciudadela. Y se escuchó de nuevo el extraño tarareo.

Un potente rayo de luz blanca se desvió hacia abajo desde la torre hasta incidir en el mosaico de la estrella.

Aleatha lanzó una exclamación, se levantó del asiento y habría retrocedido de no impedírselo el propio banco de mármol. Estuvo a punto de caerse. El enano alargó la mano y la sostuvo.

—No tengas miedo.

— ¡Gente! —Exclamó la elfa, con los ojos como platos—. ¡Ahí hay... hay gente!

El escenario del anfiteatro, vacío hasta aquel momento, se había llenado de pronto. Unas figuras. O, mejor dicho, jirones de figuras. No eran seres tangibles, de carne hueso, como ella y Drugar. Eran sombras transparentes. Aleatha podía ver, a través de ellos, los asientos del otro lado del escenario y los setos del laberinto, al fondo.

Notó que le Saqueaban las piernas; volvió a sentarse y contempló las figuras. Éstas formaban grupos, charlaban relajadamente, paseaban con calma desplazándose de grupo en grupo, aparecían ante sus ojos y desaparecían otra vez según entraban en el rayo de luz y salían de éste.

Gente. Otras personas. Humanos, elfos, enanos: todos juntos, hablando entre ellos en aparente armonía, salvo un par de grupos que parecían, por sus gestos y posturas, en desacuerdo acerca de algo.

Para Aleatha, semejante multitud sólo podía reunirse con un propósito:

— ¡Es una fiesta! —exclamó con júbilo, al tiempo que saltaba del asiento para unirse a ella.

— ¡No! ¡Espera! ¡No te acerques a la luz!

Drugar había asistido a la escena con expresión de temor reverente. Escandalizado, intentó retener a Aleatha cuando la elfa pasó ante él, pero se le escurrió de los dedos y, de pronto, Aleatha se encontró en el centro de la multitud.

El efecto fue el mismo que si se encontrara en mitad de una bruma densa. Las figuras etéreas fluían a su alrededor, a través de ella. Las veía hablar, pero no captaba sus voces. Las tenía muy cerca, pero no podía tocarlas. Sus brillantes ojos iban de uno a otro, pero nunca la miraban a ella.

— ¡Por favor, estoy aquí! —suplicó con frustración, al tiempo que extendía sus manos anhelantes.

— ¿Qué haces? ¡Sal de ahí! —Ordenó Drugar—. ¡Es un lugar sagrado!

— ¡Sí! —Aleatha continuó dirigiéndose a las sombras transparentes, sin prestar atención al enano—. ¡Yo puedo oírlos! ¿Por qué vosotros no? ¡Estoy aquí, delante de vosotros!



No hubo respuesta.

— ¿Por qué no pueden verme? ¿Por qué no me hablan? —reclamó la elfa, volviéndose hacia Drugar.

—Porque no son reales. Por eso —respondió el enano en tono hosco.

Aleatha miró otra vez. Las figuras se deslizaron sobre ella, a su alrededor, a través de su cuerpo.

Y, de pronto, la luz se apagó. Y las figuras desaparecieron.

— ¡Oh! —exclamó Aleatha, decepcionada—. ¿Dónde están? ¿Adonde han ido a parar?

—Cuando la luz se apaga, desaparecen.

— ¿Y vuelven cuando se enciende otra vez?

—A veces sí, a veces no. —Drugar se encogió de hombros—. Pero, habitualmente, a esta hora de la tarde los encuentro aquí.

Aleatha suspiró. En aquel momento se sentía más sola que nunca.

—Dices que no son reales. ¿Qué crees que son, entonces?

—Sombras del pasado, quizá. De los que vivieron aquí. —Drugar fijó la vista en la estrella. Se acarició la barba con expresión triste—. Un truco de la magia de este lugar.

—Has visto a tu gente, ahí —murmuró Aleatha, adivinando los pensamientos del enano.

—Sombras —repitió éste con voz áspera—. Mi pueblo ha desaparecido, destruido por los titanes. Soy el único que queda. Y, cuando yo muera, los enanos habrán dejado de existir.

Desde el escenario, Aleatha contempló de nuevo el anfiteatro, ahora vacío. Muy vacío.

—No, Drugar —dijo de improviso—. Te equivocas.

— ¿Qué quieres decir? —Drugar la miró con irritación—. ¿Qué sabes tú de esto?

—Nada —reconoció Aleatha—. Pero creo que uno de ellos me ha oído cuando le he hablado.

— ¡Imaginaciones tuyas! —Replicó Drugar con desdén—. ¿Crees que yo no lo he intentado? —inquirió, ceñudo. Sus facciones, demacradas, estaban transidas de pena—. ¡Ver a los míos! ¡Verlos hablar y reír! Casi alcanzo a entender lo que dicen. Casi puedo oír de nuevo la lengua de mi gente.

Cerró los ojos con fuerza. Bruscamente, volvió la espalda a la elfa y se alejó entre los asientos del anfiteatro.

— ¡Qué maldita egoísta he sido! —Murmuró Aleatha para sí mientras lo seguía con la mirada—. Yo, por lo menos, tengo a Paithan. Y a Roland, aunque éste no cuenta gran cosa. Y Rega tampoco está mal. El enano no tiene a nadie. Ni siquiera a nosotros. Hemos hecho todo lo posible por mantenerlo a distancia. Ha tenido que venir aquí, a las sombras, para encontrar consuelo.

—Drugar, escúchame —dijo en voz alta—. Cuando estaba en el mosaico de la estrella, dije: « ¡Estoy aquí, delante de vosotros!». Y entonces vi que uno de los elfos se volvía y miraba hacia mí. Movié los labios y juro que lo vi decir: « ¿Qué?». Hablé otra vez, y él pareció confuso y miró a un lado y a otro como si me oyera pero no pudiera verme. ¡Lo vi, Drugar!

El enano ladeó la cabeza, se volvió y la miró con expresión dubitativa pero con evidentes deseos de creerla.

— ¿Estás segura?



—Sí —mintió ella, y soltó una risilla alborotada y excitada—. ¿Cómo podría yo pasar inadvertida entre un grupo de hombres?

—No te creo. —Drugar había recaído en la melancolía. Observó a la elfa con suspicacia, receloso de su risa.

—No seas tonto, Drugar. Era una broma. Parecías tan..., tan triste. —Aleatha se acercó a él, alargó la mano y rozó la del enano con sus dedos—. Gracias por traerme. Me parece maravilloso. Yo... quiero volver aquí contigo. Mañana. Cuando se encienda la luz.

—¿De veras? —Drugar se animó—. Muy bien, volveremos. Pero no digas nada a los demás.

—No, ni una palabra —le prometió Aleatha.

—Ahora, deberíamos regresar. Los demás estarán preocupados por ti.

Aleatha percibió el amargo hincapié en esta última palabra.

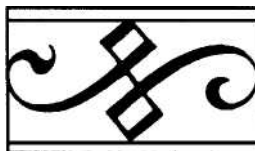
—Drugar, ¿qué significaría que esa gente fuera real? ¿Significaría que no estamos solos, como pensamos?

El enano volvió la mirada al escenario vacío.

—No lo sé —dijo, moviendo la cabeza—. No lo sé...



CAPÍTULO 32



LA CIUDADELA PRYAN

El súbito estallido de luz en la Cámara de la Estrella llevó a Xar a alejarse de la estancia. Consiguió librarse del viejo sartán enviándolo al elfo, que había subido a la torre a balbucear desatinos. Xar supuso que el mensch y el anciano chiflado se llevarían bien; los dejó a ambos ante la puerta de la Cámara de la Estrella, contemplando embobados la luz brillante que escapaba por debajo.

El viejo había iniciado la exposición de una teoría acerca del funcionamiento de la cámara, teoría que Xar, en otra ocasión, tal vez habría encontrado interesante. En aquel momento, sin embargo, lo dejaba totalmente indiferente. El Señor del Nexo buscó refugio en la biblioteca, el único lugar en el que tenía la certeza de que no lo molestarían los mensch. Si de él dependía, la luz sartán podía seguir brillando en aquella Cámara de la Estrella o en cualquier otro lugar semejante. Que llevara luz y energía a la Puerta de la Muerte. Que iluminara la terrible oscuridad de Abarrach, que fundiera las heladas lunas marinas de Chelestra... ¿Qué le importaba todo eso?

¿Y si el anciano tenía razón? ¿Y si Sang-drax era un traidor?

Xar desenrolló un pergamino y lo alisó sobre el escritorio. El pergamino era un documento sartán que contenía una imagen del universo como había quedado después de la Separación: cuatro mundos —del aire, del fuego, de la piedra y del agua— conectados por cuatro conductos. Al principio, la conquista de aquellos mundos había parecido muy sencilla. Cuatro mundos habitados por mensch que caerían en poder de Xar como frutos podridos que se precipitaban del árbol.

Pero las cosas, una tras otra, se habían torcido.

—El fruto de Ariano no está tan podrido —se vio obligado a reconocer—. Los mensch están maduros, fuertes y dispuestos a agarrarse al árbol con tenacidad. ¿Y quién podía haber previsto la existencia de los titanes de Pryan? Ni siquiera yo podía suponer que los sartán serían tan estúpidos como para crear a unos gigantes, dotarlos de magia y, después, perder el control sobre ellos.



» ¿Y el mar de Chelestra, destructor de la magia? ¿Cómo voy a conquistar un mundo en el cual los mensch sólo tienen que arrojarme encima un cubo de agua para hacerme inofensivo?

« ¡Necesito la Séptima Puerta! La necesito imperiosamente; sin ella, me arriesgo a fracasar.

Fracasar. En toda su larga existencia, el Señor del Nexo no había permitido que tal concepto entrara jamás en su cabeza y, desde luego, no había pronunciado la palabra en voz alta. No obstante, esta vez se veía obligado a reconocer que cabía tal posibilidad... a menos que encontrara la Séptima Puerta, el lugar donde todo había empezado.

El lugar donde, con su ayuda, todo terminaría.

—Haplo me lo habría enseñado, si lo hubiera dejado. La última vez que acudió al Nexo, lo hizo con este propósito. ¡Estuve ciego, ciego! —Sus dedos, como zarpas, se cerraron sobre el manuscrito y estrujaron el viejo pergamino, que se desintegró en polvo entre ellos—. Me dejé llevar de las emociones. Ahí estuvo el error. Su traición me dolió y no debería haber permitido tal debilidad. Emocionarse es perder; de todas las lecciones que enseña el Laberinto, ésta es la más importante. Si hubiera sabido escucharlo desapasionadamente, cortar hasta lo más profundo de su ser con el frío bisturí de la lógica.

»Haplo cumplió lo que le había encargado. Llevó a cabo lo que le había ordenado. Intentó explicármelo pero no quise escucharlo. Y, ahora, tal vez es demasiado tarde.

Xar repasó mentalmente las palabras de Haplo... las pronunciadas y las no dichas.

Desde que habíamos abandonado las mazmorras, los signos mágicos habían ido iluminándose uno tras otro, situados siempre en lo que sería el zócalo de las paredes. En cambio, en aquel punto, abandonaban Uparte baja de la pared y subían por ésta hasta formar un arco de brillante luz azul. Entrecerré los párpados para vencer el resplandor y miré más allá del arco de runas. No advertí otra cosa que oscuridad.

Avancé hacia el arco. Ante mi proximidad, las runas cambiaron de color; del tono azulado pasaron a un rojo flameante. Los signos mágicos humearon y estallaron en llamas. Me cubrí el rostro con la mano e intenté seguir avanzando. El fuego rugía y crepitaba; el humo me cegaba los ojos. El aire sobrecalentado me laceró los pulmones. Las runas de mis brazos incrementaron el resplandor azul en respuesta, pero mis escasas fuerzas no podían protegerme de las llamas que ya casi me chamuscaban la piel. Retrocedí, respirando entrecortadamente...

Runas de reclusión... No podía cruzar.

Estas runas son las más poderosas que es posible invocar. ¡Tras esa puerta existe algo terrible...!

La figura de Alfred, ridícula y desmañada, empezó una danza solemne ante el arco en llamas. La luz roja de las runas de reclusión parpadeó, se difuminó y terminó por apagarse.

Ya podíamos pasar...

El túnel era ancho y espacioso, con las paredes y el techo secos. El suelo de roca estaba cubierto de una capa virgen de polvo, sin marcas



de pisadas o de garras, ni rastros sinuosos como los dejados por serpientes y dragones. Allí no se había producido intento alguno de borrar las runas [sartán] y éstas brillaban con intensidad, iluminando el camino hacia lo que nos esperaba...

De no haberme parecido descabellado, mi Señor, habría jurado que experimentaba, en realidad, una sensación de paz, de bienestar, que relajaba mis músculos en tensión y calmaba mis nervios exacerbados... La sensación era inexplicable...

El túnel se extendía en línea recta, sin curvas ni recodos, sin otros pasadizos que se bifurcaran de él. Pasamos bajo varios arcos, pero ninguno de ellos estaba protegido por runas de reclusión como las que habíamos encontrado en el primero. Entonces, de pronto, las runas azuladas que nos guiaban desaparecieron bruscamente, como si el pasadizo quedara interrumpido por una pared.

Efectivamente, de eso se trataba.

Un muro de roca negra, sólida y firme, se alzaba ante nosotros. Sobre su pulida superficie se adivinaban unos trazos borrosos. Runas. Más runas sartán. Sin embargo, había algo raro en ellas.

Runas de santidad.

Y, dentro... un cráneo.

Cuerpos. Incontables. Asesinato en masa. Suicidio en masa.

Vi aparecer una serie de runas que formaba un círculo en torno a la parte superior de las paredes de la cámara.

«Quién traiga la violencia a este lugar... encontrará que se vuelve contra él mismo.»

¿Por qué es sagrada esta cámara, mi Señor? Casi tenía la respuesta... estaba tan cerca...

Y, entonces, Haplo y su grupo habían sido atacados por... Kleitus.

Kleitus sabía dónde estaba la Cámara de los Condenados... es decir, la Séptima Puerta (Xar ya se había convencido de que ambos lugares eran uno solo). ¡Kleitus había muerto en aquella cámara!

Una y otra vez, Xar repasó mentalmente el informe de Haplo. Algo acerca de una fuerza que se oponía a ellos, una fuerza antigua y poderosa... Una mesa, un altar, una visión...

El Consejo encargó a los sartán la tarea de establecer contacto con los otros mundos, de explicarles su situación desesperada en Abarrado y de rogarles que enviaran la ayuda prometida antes de la Separación. ¿Y cuál fue el resultado? Durante meses, no habían hecho nada. Luego, de pronto, se presentaron diciendo tonterías que ni un niño habría creído...

Por supuesto, se dijo Xar. Era absolutamente lógico. Aquellos miserables sartán de Abarrach, aislados de sus congéneres durante innumerables generaciones, habían olvidado gran parte de su magia rúnica y habían perdido mucho de su poder. Un grupo de ellos, que había dado casualmente con la Séptima Puerta, había redescubierto de improviso lo que había quedado en el olvido. No era de extrañar que quisieran ocultarlo y reservarlo para ellos solos. Y que inventaran historias sobre fuerzas antiguas y poderosas que se oponían. Incluso Haplo se había dejado embaucar por sus mentiras.

Los sartán no habían sabido qué hacer con aquel poder.



Pero Xar sí sabría.

Sólo tenía que encontrar la cámara. ¿No podría, tal vez, hacerlo sin la ayuda de Haplo? El Señor del Nexo evocó lo que había visto en la mente de Haplo al regreso de éste de Abarrach. Reconoció las mazmorras en las que Haplo había estado a punto de morir. Al escapar de las mazmorras, había recorrido un pasadizo guiado por el resplandor azulado de unas runas sartán.

¿Qué pasadizo? ¿En qué dirección? Allí abajo debía de haber cientos de corredores, el Señor del Nexo había explorado las catacumbas bajo el castillo de Necrópolis, una ratonera de túneles y pasadizos —unos de origen natural, otros horadados en la roca mediante la magia— digna del Laberinto. A un hombre podía llevarle toda una vida encontrar el bueno.

Pero Haplo lo conocería. Si escapaba del Laberinto.

Xar se limpió las manos del polvo del pergamino.

— ¡Y yo, aquí atrapado, sin poder hacer nada! Y con una nave a la vista. Una nave cubierta de runas sartán. Los mensch pueden abrir las runas. Lo hicieron para entrar aquí. Pero es imposible que lleguen vivos hasta la nave, a causa de los titanes. Tengo que...

» ¡Vivos!

Xar hizo una profunda inspiración y expulsó el aire de los pulmones lentamente, con expresión pensativa.

—Pero ¿quién ha dicho que los mensch tengan que estar vivos?



CAPÍTULO 33



EL LABERINTO

El sendero que conducía al Laberinto a través de la caverna era largo y tortuoso. Tardaron varias horas en recorrerlo, avanzando lentamente, obligados uno a uno a comprobar cada paso que daban, pues el suelo podía cambiar y hundirse bajo los pies de cualquiera de ellos después de que quien lo precedía hubiera pasado por aquel punto sano y salvo.

— ¿Acaso esta condenada roca está viva? —Preguntó Hugh *la Mano*—. Os juro que la he visto empujar a Marit deliberadamente.

Entre pesados jadeos, Marit contempló las aguas negras y turbias que formaban remolinos debajo de ella. La patryn estaba salvando un estrecho resalte rocoso que corría a lo largo de la pared de la caverna cuando, de pronto, el resalte había cedido bajo sus pies. Hugh *la Mano*, que la seguía pisándole los talones, la había agarrado cuando Marit ya empezaba a deslizarse por la húmeda pared. Tendido en el saliente rocoso, el asesino sostuvo con fuerza a Marit por la muñeca y el brazo hasta que Haplo pudo alcanzarlos desde el otro lado del resalte hundido.

—Está viva y nos odia —respondió el patryn tétricamente, al tiempo que alzaba a Marit a la relativa seguridad del punto del camino en el cual se encontraba.

Hugh salvó el hueco de un salto y aterrizó junto a ellos. Aquella parte del camino era estrecha y llena de grietas y serpenteaba entre un maremágnum de peñascos, bajo una cortina de estalactitas.

—Quizás ha sido su último golpe contra nosotros. Ya estamos cerca de la salida...

A unos pocos pasos quedaba la boca de la caverna y, tras ella, se divisaba una luz grisácea, unos árboles dispersos y una hierba empapada por la niebla. Una carrera a toda velocidad los llevaría hasta allí. Pero todos ellos estaban agotados, doloridos y asustados. Y aquello era sólo el principio.

Haplo dio un paso adelante.



El suelo tembló bajo sus pies. Los peñascos próximos empezaron a bambolearse. Del techo cayó una cascada de esquilas de roca y polvo.

— ¡Quietos! ¡Que nadie se mueva! —ordenó Haplo.

Todos obedecieron, y el temblor cesó.

—Es el Laberinto —murmuró el patryn—. Siempre te concede una oportunidad.

Miró a Marit, que estaba de pie junto a él. Tenía unos arañazos en la cara y unos cortes en las manos a consecuencia de la caída. Su expresión era firme y sus ojos estaban fijos en la salida. Marit sabía tan bien como él lo que les esperaba.

— ¿Qué hay? ¿Qué sucede? —inquirió Alfred con voz temblorosa.

Haplo volvió la cabeza muy despacio. Alfred se había quedado atrás, en el estrecho resalte de roca que ya había intentado precipitar a Marit a las turbulentas aguas oscuras. Parte del camino había desaparecido. El sartán tendría que salvar el hueco de un salto, y Haplo recordaba perfectamente lo maravilloso que era Alfred en la especialidad de salto de hendiduras. Sus pies eran más anchos que el reborde que tendría que recorrer. Hugh *la Mano* ya había salvado al torpe sartán, tan propenso a los accidentes, de caer en dos hoyos y en una grieta.

El perro se quedó cerca de Alfred, mordisqueándole los talones de vez en cuando para apremiarlo a seguir. El animal ladeó la cabeza con un gañido desconsolado.

— ¿Qué sucede? —repitió Alfred con voz temerosa, al comprobar que nadie respondía.

—La caverna va a intentar impedir que salgamos de ella —repuso Marit fríamente.

— ¡Oh, vaya! —exclamó Alfred, perplejo—. ¿Y puede..., puede hacerlo?

— ¿Qué crees que ha sido eso, si no? —repitió Haplo con irritación.

— ¡Oh, pero...! —Alfred avanzó un paso para discutir el asunto—. ¡Vamos, lo dices como si...!

El suelo se encabritó. Una ondulación sincopada lo estremeció como... Como si se estuviera riendo. Haplo habría jurado que eso hacía la caverna. Alfred soltó un grito, agitó los brazos y se contorsionó. Sus torpes pies no tardaron en resbalar, pero el perro hundió los colmillos en los calzones y lo sostuvo. Sin dejar de mover los brazos como aspas, Alfred consiguió recuperar el equilibrio con la ayuda del perro. Con los ojos cerrados de espanto, se aplastó contra la pared de roca mientras le caían gruesos regueros de sudor de la calva.

En el interior de la caverna, todo había quedado paralizado de pronto.

—No vuelvas a hacer eso —ordenó Marit, escupiendo las palabras entre dientes.

— ¡Sartán bendito! —murmuró Alfred mientras sus dedos trataban de hundirse en la roca.

Haplo soltó un juramento.

— ¡Fue tu sartán bendito quien creó esto! ¿Cómo vamos a salir ahora?

—No deberías haberme traído —dijo Alfred con voz temblorosa—. Te advertí que sólo retrasaría la marcha y os pondría en peligro. No te preocupes por mí. Seguid adelante. Yo volveré atrás...

— ¡No te mué...! —empezó a decir Haplo, pero calló antes de acabar la frase.

Alfred no hizo caso. Ya había empezado a desandar el camino y no sucedía nada. El suelo seguía quieto.

— ¡Alfred, espera! —exclamó.



— ¡Déjalo que se vaya! —Intervino Marit con desdén—. Ya nos ha retrasado bastante.

—Eso es lo que quiere el Laberinto. Quiere que se vaya, y no pienso seguirle el juego. ¡Perro, deténlo!

El perro, obediente, apresó entre sus dientes los faldones de la levita de Alfred y lo retuvo. El sartán se volvió a Haplo con una mirada lastimera.

— ¿Qué puedo hacer yo para ayudaros? ¡Nada!

—Eso es lo que tú crees, pero el Laberinto no opina igual. Por extraño que te parezca, sartán, tengo la sensación de que el Laberinto te tiene miedo. Quizá porque ve a su creador.

— ¡No! —Alfred se encogió—. ¡Yo, no!

—Sí, tú. Si te escondes en tu tumba, si te niegas a actuar, si te quedas «absolutamente sano y salvo», alimentas el mal y lo perpetúas.

Alfred rechazó sus palabras con un gesto de cabeza. Asió los faldones de la levita y tiró de ellos.

El perro lo tomó por un juego, gruñó alegremente y tiró también.

—A mi señal —dijo Haplo a Marit en un susurro—, tú y Hugh echad a correr hacia la salida. Tened cuidado. Ahí fuera puede haber algo esperándoos. No os detengáis por nada. No miréis atrás.

—Haplo... —musitó Marit—. No quiero... —vaciló, se ruborizó y dejó la frase a medias.

Sorprendido al escuchar un tono diferente en su voz, Haplo la miró.

— ¿No quieres qué? ¿Dejarme? No me sucederá nada.

Emocionado y complacido por su mirada de preocupación —la primera muestra de afecto que veía en ella— alzó la mano para apartar de la frente de Marit el cabello empapado en sudor.

—Estás herida. Deja que eche un vistazo...

Con un destello de furia en los ojos, ella lo apartó.

—Eres un estúpido —masculló, lanzando una mirada de desprecio a Alfred—. Que se muera. Que se mueran todos.

Marit se volvió de espaldas y fijó la vista en la abertura de la caverna.

El suelo tembló bajo los pies de Haplo. No tenían mucho tiempo. El patryn alargó la mano sobre el resalte roto.

—Alfred —dijo sin aspavientos—, te necesito.

Demacrado, ojeroso y contraído de dolor, Alfred contempló a Haplo con perplejidad. El perro soltó su presa a una señal silenciosa de su amo.

—No puedo hacer esto yo solo —continuó el patryn, sin apartar la mano—. Necesito tu ayuda para encontrar a mi hija. Ven conmigo.

A Alfred se le llenaron los ojos de lágrimas, mezcladas con una sonrisa trémula.

— ¿Cómo? No puedo...

—Dame la mano. Yo tiraré de ti.

Alfred se inclinó precariamente sobre el abismo y alargó una mano huesuda y desgarrada cuya muñeca sobresalía de los puños de encaje deshilachados de la levita, de mangas excesivamente cortas. Y, por supuesto, siguió lloriqueando:

—Haplo, no sé qué decir...

El patryn lo agarró por la muñeca y cerró la mano con fuerza. El suelo se bamboleó hasta que Alfred perdió pie.

— ¡Corre, Marit! —gritó Haplo, y empezó a invocar su magia.

A su orden, unos signos mágicos rojos y azules prendieron en el aire. Haplo trenzó las runas en una soga azul radiante que se deslizó de su brazo y se enroscó en torno al cuerpo de Alfred.

La caverna se estaba hundiendo. Haplo se arriesgó a volver la mirada un instante y vio que Marit y Hugh corrían como posesos hacia la salida. Una roca se desplomó del techo y rozó a Marit. Las runas de su cuerpo la protegieron de posibles heridas, pero la masa de la roca la derribó. Hugh *La Mano* se apresuró a incorporarla y los dos reemprendieron la carrera. El asesino volvió la cabeza una vez para comprobar si Haplo los seguía. Marit no miró.

Haplo tiró de la cuerda hasta recuperar al sartán —cuyos brazos y piernas colgaban como patas de una araña muerta— a su lado del resalte. Justo en aquel momento, el tramo que Alfred ocupaba instantes antes se desmoronó.

— ¡Perro! ¡Salta!

El perro se preparó y, cuando la roca ya cedía bajo sus patas, impulsó su cuerpo al aire cargado de polvo. El animal aterrizó sobre Alfred, y ambos cayeron de bruces al suelo.

Unos peñascos cayeron en el camino, y obstruyeron el acceso a la salida. Haplo ayudó a ponerse en pie al sartán y lo sacudió. Alfred empezaba a poner los ojos en blanco y su cuerpo flaqueaba.

—Si te desmayas, morirás aquí mismo. ¡Y yo también! —Le gritó Haplo—. ¡Usa la magia, maldita sea!

Alfred parpadeó y fijó la mirada. Después, hizo una sonora inspiración. Entonando las runas con voz temblorosa, abrió los brazos y empezó a volar hacia la salida, cuyo tamaño decrecía por momentos.

—Vamos, muchacho —ordenó Haplo, y se lanzó hacia adelante. Su magia rúnica golpeó las rocas que obstruían el paso, las reventó en pedazos y envió éstos rodando fuera del camino.

Alfred se coló volando por la abertura de la caverna. Con su manera de batir los brazos y las piernas extendidas hacia atrás, parecía una grulla con levita.

Una roca enorme se desplomó encima de Haplo, lo derribó y le atrapó una pierna. La abertura estaba cerrándose y la montaña se desmoronaba sobre él. Lo único que quedaba de la salida era un leve resplandor de luz grisácea. Utilizando la magia como cuña, Haplo liberó la pierna de debajo de la roca y se lanzó hacia adelante para introducir el brazo por el conducto casi obturado.

El túnel de luz se ensanchó. Unas runas sartán llameantes rodearon su mano, potenciando el fulgor de las runas patryn tatuadas en ella.

— ¡Tira de él! —Oyó gritar a Alfred—. ¡Yo mantendré abierto el conducto!

Hugh *la Mano* asió a Haplo y tiró de él a través del túnel forjado por la magia. Haplo se puso en pie al instante y echó a correr. El asesino y Alfred corrían a su lado y el perro los precedía entre excitados ladridos. Alfred, por supuesto, tropezaba continuamente con sus propios pies. Haplo no aminoró la marcha un ápice, pero ayudó al sartán a mantenerse en pie y seguir adelante.

Marit los esperaba, plantada en un saliente rocoso.

— ¡Ponte a cubierto! —le gritó Haplo.

Un alud de roca y árboles astillados se deslizó por la ladera con un estruendo atronador.

Haplo se arrojó de bruces al suelo y arrastró a Alfred junto a él. La magia rúnica del patryn lo protegería y esperaba que Alfred tendría suficiente buen juicio como para recurrir a la suya. Rocas y cascotes rebotaron en los escudos mágicos o



se estrellaron en torno a ellos. El suelo se estremeció hasta que, de pronto, todo quedó en calma.

Despacio, Haplo irguió el cuerpo hasta quedar sentado en el suelo.

—Me parece que ahora ya no podrás volver atrás, Alfred —murmuró.

Media montaña se había hundido sobre sí misma. Gigantescas losas de roca obstruían lo que había sido la entrada a la caverna, sellando ésta para siempre, quizás.

Haplo contempló el montón de cascotes con un extraño presentimiento. ¿A qué venía aquella inquietud? En realidad, no había pensado en ningún momento en volver atrás por aquel camino. Tal vez no era más que el temor instintivo que le producía ver que se cerraba una puerta a su espalda. Aun así, ¿por qué el Laberinto había decidido de pronto cerrarles aquella salida?

Marit, sin saberlo, expresó en voz alta los pensamientos del patryn.

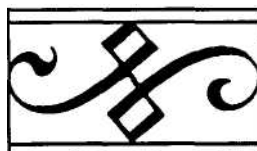
—Esto nos deja una única salida: la Última Puerta.

Un eco lúgubre le devolvió el sonido de sus palabras tras rebotar en la montaña desmoronada.

La Última Puerta.



CAPÍTULO 34



EL LABERINTO

No puedo más —dijo Alfred con un jadeo, al tiempo que se derrumbaba sobre una roca plana—. Tengo que descansar.

La última carrera, con la amenaza de que le cayera encima la montaña, había sido demasiado para el sartán, que se sentó en la roca con los hombros hundidos, entre jadeos y resoplidos. Marit le dirigió una mirada desdeñosa, que amplió a Haplo. Después, apartó el rostro.

Te lo dije, se leía en su mueca ceñuda. *Eres un estúpido*.

—Todavía no, Alfred —dijo el patryn sin aspavientos—. No podemos quedarnos aquí, al descubierto. Primero, busquemos un refugio; después podremos descansar.

—Sólo un momento —suplicó Alfred con un hilo de voz—. Esto parece tranquilo...

—Demasiado tranquilo —apuntó Marit.

Estaban en un bosquecillo de árboles achaparrados que, a juzgar por su tamaño atrofiado y por lo retorcido de sus ramas, parecían haber librado una lucha desesperada por la vida a la sombra de la montaña. Ralos marojos de hojas colgaban desmayadamente de los extremos de las ramas. Después del hundimiento de la montaña, el sol del Laberinto alcanzaba los árboles quizá por vez primera, pero aquella luminosidad grisácea no producía la menor alegría, el menor consuelo. Las hojas dejaban escapar un susurro doliente al moverse, y Marit advirtió con inquietud que aquél era el único sonido en la tierra.

La patryn extrajo la daga de la bota. El perro se incorporó de un brinco y emitió un gruñido. Hugh *la Mano* la observó con recelo. Sin prestar atención al mensch ni al animal, Marit dirigió unas palabras al árbol en su idioma, disculpándose por hacerle daño y explicándole su urgente necesidad. Después, empezó a desgajar una rama.

Haplo también se había percatado del silencio.



—Sí, todo está tranquilo. Demasiado tranquilo. El alud debe de haberse oído a leguas de distancia. Seguro que alguien ya se ha puesto en camino hacia aquí para investigar. Y no tengo intención de seguir aquí cuando llegue.

—Pero... sólo ha sido un deslizamiento de tierras. —Alfred estaba perplejo—. Una avalancha de rocas. ¿Por qué habría de interesarse nadie...?

—Pues el Laberinto, desde luego, parece muy interesado en nosotros. Acaba de arrojarnos encima una montaña, ¿no? —Haplo se limpió el sudor y el polvo del rostro.

Marit terminó de arrancar la rama y procedió a despojarla de brotes, ramitas y hojas medio muertas.

Haplo se colocó en cuclillas ante Alfred.

— ¿No lo entiendes todavía, maldita sea? El Laberinto es una entidad inteligente. No sé qué la gobierna, ni cómo, pero el Laberinto conoce... lo sabe todo. —Calló unos instantes, pensativo, antes de añadir—: Sin embargo, noto algo distinto en él. Capto algo... Miedo...

—Sí —dijo Alfred—. Estoy aterrizado.

—No, no me refiero a nuestro miedo, sino al suyo. El Laberinto está asustado.

— ¿Asustado? ¿De qué tiene miedo?

Haplo lo miró con una sonrisa tensa en los labios.

—Por extraño que parezca, de nosotros. De ti, sartán.

Alfred movió la cabeza en un gesto de negativa.

— ¿Cuántos sartán heréticos fueron enviados a través del Vórtice? ¿Unos centenares..., mil? —preguntó Haplo.

—No lo sé —susurró Alfred al encaje del cuello de su camisa desaseada.

— ¿Y cuántas montañas se derrumbaron sobre ellos? Ninguna, supongo. Esa montaña ha estado ahí muchísimo tiempo pero ahora legas tú, entras en el Vórtice y... ¡y *bam!* Y ten la seguridad de que el Laberinto no va a rendirse.

Alfred miró a Haplo con consternación.

— ¿Por qué? ¿Qué razón podría haber para que me tuviera miedo?

—Tú eres el único que conoce la respuesta —contestó Haplo.

Marit, que procedía a aguzar la punta de la rama con la daga, se mostró de acuerdo con Alfred. ¿Por qué iba a temer el Laberinto a un mensch, dos víctimas que volvían a su seno y un sartán débil y gimoteante? No obstante, la patryn conocía el Laberinto; lo conocía tan bien como Haplo. El Laberinto era inteligente y malévolo. El alud de rocas había sido un intento deliberado de acabar con ellos y, al no dar resultado, el lugar había cerrado su única vía de escape.

Aunque tampoco ésta resultaba muy prometedora, dado que no existía nave alguna que pudiera sacarlos de allí a través de la Puerta de la Muerte.

Miedo. Con un súbito regocijo embriagador, Marit se dio cuenta de que Haplo tenía razón. El Laberinto tenía miedo. Toda la vida había sido ella quien lo sentía, y ahora le tocaba a él. Estaba más atemorizado de lo que ella había estado nunca. Hasta aquel momento, el Laberinto no había intentado nunca impedir la entrada a nadie. Una y otra vez, había permitido que Xar entrase en la Última Puerta. El lugar siempre parecía acoger de buen grado el encuentro y la nueva oportunidad de destruirlo. A Xar nunca le había cerrado la puerta como había intentado hacerles a ellos. Y, en cambio, ninguno de ellos, ni todos juntos, podían compararse en poder con el Señor del Nexo.

Entonces, ¿por qué? ¿Cuál era la razón de que el Laberinto los temiera de aquella forma? El júbilo la abandonó y la dejó aterida. Necesitaba hablar con Xar e

informarle de lo sucedido. Quería su consejo. La patryn arrancó otra rama con la ayuda de la daga mientras se preguntaba cómo haría para encontrar una oportunidad de estar a solas.

—No comprendo nada de esto —dijo Hugh *la Mano*, al tiempo que miraba a su alrededor con expresión sombría—. Y no le habría dado crédito si no hubiese visto a esa condenada Hoja Maldita cobrar vida propia. Pero conozco el miedo. Sé lo que hace un hombre y supongo que no es muy distinto en un puñado de rocas inteligentes. El miedo hace a un hombre desesperado y temerario. —El asesino se contempló las manos con una sonrisa tétrica—: Yo me enriquecí con el miedo de otros.

—Y así es como reaccionará el Laberinto —asintió Haplo—. Con desesperación, temerariamente. Por eso no podemos permitirnos un descanso. Ya llevamos suficiente retraso...

Los signos mágicos de sus manos despedían un desvaído fulgor azulado, teñido de rojo.

Marit volvió la vista a los tatuajes de su cuerpo y apreció en ellos la misma advertencia. El peligro no estaba cerca, pero tampoco muy lejos.

Alfred se incorporó, pálido y conmocionado.

—Lo intentaré —musitó con gesto animoso.

Marit trazó un runa de curación sobre el árbol y arrancó otra rama. Sin una palabra, entregó a Haplo la primera tosca lanza que había fabricado. El patryn titubeó, sorprendido de que Marit pensara en él y complacido ante aquella muestra de preocupación. Aceptó la lanza y, al cogerla, sus manos se rozaron.

Él le dirigió aquella calmosa sonrisa suya. La luz de sus ojos, de su sonrisa, tan dolorosamente familiar, penetró en Marit hasta su corazón.

Pero el único efecto que produjo la luz fue iluminar el vacío. Marit alcanzó a ver hasta el último rincón de su interior, sus muros sombríos, sus ventanas atrancadas, sus puertas cerradas.

Era mejor la oscuridad. Apartó el rostro.

—¿Hacia dónde, ahora?

Haplo tardó en contestar. Cuando lo hizo, su voz sonó fría, tal vez decepcionada. O quizá Marit estaba consiguiendo su propósito, y Haplo empezaba a aprender a odiarla.

—Hacia lo alto de esos riscos —indicó—. Desde allí deberíamos tener una buena vista del terreno y hasta localizar un camino, tal vez.

—¿Existe un camino? —Hugh *la Mano* miró a su alrededor, incrédulo—. ¿Quién lo ha hecho? Este lugar parece desierto.

—Lleva desierto cientos de años, probablemente. Pero sí, existe un camino. Esto es el Laberinto, ¿recuerdas? Una creación artificial, realizada por nuestros enemigos. El camino lo recorre de parte a parte y conduce al final... de más de una manera. Hay un viejo dicho: «Uno abandona el camino bajo su propio riesgo. Uno se ciñe al camino bajo su propio riesgo».

—¡Maravilloso! —refunfuñó Hugh. Hurgó en los pliegues de su ropa, sacó la pipa y la miró con añoranza—. Supongo que en este condenado lugar no habrá estregno, ¿verdad?

—No, pero cuando llegemos a algún asentamiento de pobladores, allí tienen una mezcla de hojas secas que se fuma en ocasiones rituales. Te darán un poco. —Se volvió hacia Marit con una sonrisa—: ¿Recuerdas aquella ceremonia en el poblado, cuando...?



—Será mejor que te ocupes de tu amigo sartán —lo interrumpió ella. Marit había evocado la misma imagen en el mismo momento. Haplo tenía la mano en la puerta de su ser e intentaba abrirla por la fuerza. Ella arrimó el hombro para impedirle el paso—. Viene cojeando.

Apenas habían recorrido un breve trecho y el sartán ya empezaba a rezagarse.

—Me parece que me he torcido el tobillo —dijo Alfred en tono de disculpa.

—Mejor sería que se hubiera roto el cuello —murmuró Marit en tono despectivo.

—Lo siento terriblemente... —empezó a disculparse el sartán, pero advirtió la mirada amenazadora de Haplo y se tragó el resto.

— ¿Por qué no usas la magia, Alfred? —sugirió el patryn con laboriosa paciencia.

—Creía que no teníamos tiempo. El proceso curativo...

Haplo reprimió una exclamación exasperada.

— ¡No hablo de curar! Puedes flotar, volar como lo hiciste para salir de la caverna. ¿O ya se te ha olvidado?

—No, no lo he olvidado. Es sólo que...

—Incluso podrías resultarnos de utilidad —continuó Haplo rápidamente, pues no quería darle tiempo para pensar—. Puedes otear lo que tenemos delante.

—Bueno, si crees de veras que servirá de algo... —Alfred aún parecía tener sus dudas.

— ¡Limitate a hacerlo! —masculló el patryn con los dientes apretados.

Marit supo qué rondaba por la cabeza de Haplo. El Laberinto los había dejado en paz demasiado tiempo.

Alfred inició su danza con una especie de saltitos sobre el pie lesionado. Agitó las manos y entonó un tarareo con voz gangosa. Lentamente, sin esfuerzo, se alzó en el aire y se desplazó con suavidad hacia adelante. El perro, en un estado de gran excitación, lanzó un ladrido gozoso y saltó, jugueteando, tratando de morder los pies colgantes del sartán que lo sobrevolaban.

Haplo exhaló un suspiro, dio media vuelta y empezó a ascender los riscos. Casi había alcanzado la cima cuando lo alcanzó el viento, golpeándolo como un puño.

El viento surgió de la nada, como si el Laberinto hubiera llenado los pulmones y expulsara todo el aire de golpe. El impacto hizo tambalearse a Marit. Hugh, junto a ella, maldijo y se frotó los ojos, medio cegado por el polvo que levantaba el huracán. Haplo trastabilló, incapaz de mantener el equilibrio.

Encima de ellos, Alfred lanzó un grito sofocado. El viento se apoderó del sartán flotante. Agitando brazos y piernas furiosamente, Alfred se vio arrojado a increíble velocidad contra la montaña.

El único capaz de moverse fue el perro, que salió disparado tras el sartán y trató de atrapar con las mandíbulas los faldones de su levita.

— ¡Cógelo! —Gritó Haplo—. Tráelo a...

Pero, antes de que pudiera terminar, el viento lo golpeó por la espalda y lo derribó al suelo.

Al captar la urgencia de la voz de su amo, el perro dio un gran salto. Sus colmillos se cerraron sobre la tela. Alfred descendió un poco pero, entonces, la tela se desgarró. El perro rodó por el suelo en un ovillo de patas. El viento hizo rodar al animal una y otra vez. Alfred salió impulsado de nuevo pero, instantes después, se detuvo bruscamente. Su cuerpo, sus ropas, se habían enredado en las ramas de

uno de los árboles achaparrados. El viento lo agitó y lo azotó con frustración, pero el árbol se negó a soltarlo.

— ¡Que me aspen! —Exclamó Hugh *la Mano*, limpiándose los ojos de arena—. ¡Las ramas se han estirado para agarrarlo!

Alfred quedó colgado del árbol, desvalido e impotente, mirando a su alrededor con perplejidad. El viento extraño había dejado de soplar tan de improviso como se había levantado, pero en la atmósfera quedaba una sensación siniestra, una cólera hosca.

El perro se apresuró a plantarse debajo de Alfred en actitud protectora. El sartán empezó a cantar y mover las manos otra vez.

— ¡No! —gritó Haplo mientras se ponía en pie precipitadamente—. ¡No te muevas! ¡No hagas ni digas nada! ¡Sobre todo, nada de magia!

Alfred se quedó inmóvil.

—Es la magia —murmuró Haplo; después, masculló un juramento en voz casi inaudible—. Cada vez que usa su condenada magia. Pero, ¿qué será de él si no lo hace? ¿Cómo podrá atravesar el Laberinto sin recurrir a ella? Aunque, pensándolo bien, tampoco podrá sobrevivir con toda su magia. Todo es inútil. Inútil. Tienes razón —dijo a Marit con tono amargo—, soy un estúpido.

Ella podría haberle respondido: «El árbol lo ha salvado. Tú no lo has visto pero yo sí. He visto cómo lo cogía. Alguna fuerza está trabajando *a favor* nuestro. Algo trata de ayudarnos. Hay esperanza, Si no otra cosa, hemos traído esperanza».

Pero no dijo nada. No estaba segura de que fuera esperanza lo que deseaba.

—Supongo que tendremos que bajarlo de ahí —refunfuñó Hugh.

— ¿Para qué? —exclamó Haplo, descorazonado—. Lo he traído aquí para morir. Todos vamos a morir aquí, gracias a mí. Excepto tú. Y eso tal vez sea aun peor. Tú te verás obligado a seguir viviendo...

Marit se acercó a él y, con un gesto impulsivo, alargó la mano para consolarlo. Cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se detuvo, confusa. Se sentía como si fuera dos personas distintas, una que odiaba a Haplo y otra..., otra que no. Y ninguna de las dos le ofrecía mucha confianza.

¿Dónde quedaba ella en todo aquello?, se preguntó, irritada. ¿Qué era lo que ella quería?

Y le pareció oír la voz de Xar que le respondía: «Eso no importa, esposa mía. Lo que tú quieras es irrelevante. Tu deber es traerme a Haplo».

Sí, ella se encargaría de hacerlo. ¡Ella, no Sang-drax!

Con indecisión, Marit rozó el brazo de Haplo con las yemas de los dedos. Sorprendido, el patryn se volvió al notar el contacto.

—Lo que ha dicho el humano es cierto —dijo ella, reprimiendo un titubeo—. ¿No lo entiendes? El Laberinto actúa impulsado por el miedo, y ése nos iguala con él. —Se acercó aún más a Haplo—. He estado pensando en mi hija. A veces, por la noche, lo hago. Cuando estoy sola, me pregunto si ella también lo estará. Me pregunto si pensará en mí alguna vez, como yo pienso en ella. Si se pregunta por qué la dejé... Quiero encontrarla, Haplo. Quiero explicarle...

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Marit no había previsto tal cosa y bajó los párpados rápidamente para que él no las viera.

Pero era demasiado tarde. Además, como había dejado de mirarlo, no pudo apartarse de él a tiempo de impedir que sus brazos la rodearan.

—La encontraremos, te lo prometo —lo oyó murmurar con ternura.

Marit alzó la vista hacia él. Haplo se disponía a besarla.



La patryn evocó las palabras de Xar: «Te acostaste con él. Tuviste una hija con él. Haplo aún te ama». Así pues, aquello era perfecto; lo que Xar deseaba, ni más ni menos. Induciría a Haplo a sentirse seguro de ella y, entonces, lo incapacitaría y lo capturaría.

Cerró los ojos. Los labios de Haplo tocaron los suyos.

Marit se estremeció y, de repente, rehuyó el beso y se apartó.

—Será mejor que ayudes a tu amigo sartán a bajar del árbol. —Su tono de voz fue tan cortante como el filo de la daga que empuñaba con mano firme—. Yo vigilaré. Toma, necesitarás esto.

La patryn le entregó la daga y se alejó sin mirar atrás. Seguía temblando de pies a cabeza y la trepidación contraía los músculos de sus brazos y de sus muslos; con paso inseguro, avanzó ciegamente, llena de odio hacia él y hacia sí misma.

Cuando llegó a la cima del risco, se apoyó en un peñasco enorme y esperó a que cesaran los temblores. Desde allí, se permitió una breve mirada a su espalda para observar qué hacía Haplo. El patryn no la había seguido; se había encaminado hacia Alfred para intentar rescatar al sartán de la copa del árbol.

Bien, se dijo Marit. El tembleque ya remitía. Calmó su agitación interna y se obligó a estudiar el terreno con detenimiento, prestando mucha atención, en busca de posibles rastros de un enemigo.

Ya se sentía suficientemente tranquila como para hablar con Xar.

Pero no tuvo ocasión de hacerlo.



CAPÍTULO 35



EL LABERINTO

Alfred colgaba, desvalido, de la copa del árbol; una rama recia ensartada en la espalda de la levita sostenía al sartán como una segunda —y, en el caso de — Alfred, más firme— columna vertebral. Sus brazos y piernas se agitaban débilmente; el desmañado individuo era absolutamente incapaz de liberarse.

El perro deambulaba debajo, con la boca abierta en una sonrisa y la lengua colgando, como si hubiera acorralado a un gato. Cuando llegó al lugar, Haplo levantó la vista.

— ¿Cómo has hecho para terminar así?

—Yo... no tengo la menor idea. —Alfred abrió los brazos. Después, volvió la cabeza en un esfuerzo por mirar a su espalda—. Si no resultara demasiado extraño, diría que... que el árbol me ha cogido cuando pasaba volando junto a él. Por desgracia, ahora parece reacio a soltarme.

—Supongo que no habrá riesgo de que se rompa la costura de la espalda de la levita, ¿verdad? —dijo Haplo.

Alfred desplazó el peso de su cuerpo con cautela, hasta balancearse a un lado y a otro. El perro observó la escena fascinado, con la cabeza ladeada.

—Es una prenda muy bien confeccionada —respondió Alfred con una sonrisa de disculpa—. El sastre de su majestad, la reina Ana, me hizo la pieza original y quedé tan satisfecho con ella que... en fin, que desde entonces siempre me las he hecho iguales.

— ¿Que tú te haces la ropa?

—Me temo que sí.

— ¿Con la magia rúnica?

— ¡Soy un sastre bastante competente! —replicó Alfred en tono defensivo.

—Resucitar a los muertos y confeccionar ropa —murmuró Haplo—. Precisamente lo que necesito.

Los tatuajes mágicos de su piel seguían despidiendo su leve fulgor, pero ahora empezaban a escocerle con un hormigueo. El peligro, fuera lo que fuese, estaba



más cerca. Miró hacia el risco. No vio a Marit, pero no esperaba que estuviera visible. Imaginó que se había ocultado a la sombra de alguna roca.

—No recuerdo que este maldito árbol fuera tan alto —comentó Hugh *la Mano*, torciendo el cuello para mirar hacia arriba—. Aunque te encarames sobre mis hombros, no lograrás alcanzarlo. Si se desabrochara la levita y sacara los brazos de las mangas, caería a peso.

Alfred reaccionó a la sugerencia con considerable alarma.

—No creo que eso dé resultado, maese Hugh. No soy muy ducho en cosas de este tipo.

—En eso tiene razón —asintió Haplo con aire lúgubre—. Conociendo a Alfred, seguro que termina ahorcándose.

— ¿No podrías bajarlo con tu magia? —Hugh dirigió una mirada a la piel iluminada del patryn.

—Usar la magia desgasta mis fuerzas igual que correr o saltar consume las tuyas. Prefiero conservarla para cosas importantes como la supervivencia y no desperdiciarla en minucias como bajar de un árbol a un sartán. —Haplo guardó la daga en el cinto y se acercó hasta el pie del árbol—. Subiré a soltarlo. Tú quédate aquí debajo, preparado para cogerlo.

Hugh *la Mano* movió la cabeza en gesto de negativa pero no se le ocurrió ninguna solución alternativa. Retiró la pipa de sus labios, la guardó en el bolsillo y se situó justo debajo del sartán colgante.

Haplo se encaramó al árbol y probó la resistencia de la rama antes de avanzar por ella. El aspecto de la rama le había hecho temer que no resistiera el peso de los dos, pero resultó ser más fuerte de lo que había calculado. Soportó su peso, y también el de Alfred, sin dificultad.

—Lo ha cogido cuando pasaba volando junto a él —repitió Haplo con aversión. Sin embargo, había visto cosas más extrañas. La mayor parte de ellas, relacionadas con Alfred.

—Es..., es una caída tremenda—protestó el sartán con voz temblorosa—. Puedo utilizar la magia y...

—Utilizar la magia es lo que te ha llevado a esta situación —lo interrumpió Haplo mientras avanzaba con cautela por la rama, aplastándose contra ella para distribuir más el peso.

La madera crujió. Alfred lanzó una exclamación de pánico y agitó pies y manos. La rama emitió otro crujido amenazador.

— ¡Quédate quieto! —Ordenó Haplo con irritación—. ¡Harás que caigamos los dos!

Deslizó la daga entre la levita y la rama y empezó a cortar la costura.

— ¿Qué..., qué quieres decir con eso de que mi magia me ha llevado a esto? —quiso saber Alfred, que había cerrado los ojos con fuerza.

—El viento no ha cogido a ninguno de los demás para intentar estrellarlo contra la montaña. Sólo a ti. Y la montaña no empezó a derrumbarse hasta que tú te pusiste a cantar esas condenadas runas.

—Pero ¿por qué?

—Repito lo de antes: dímelo tú —replicó Haplo con un gruñido.

Ya estaba a media tarea, cortando despacio con la esperanza de dejar caer a Alfred lo más suavemente posible, cuando escuchó un silbido grave. El sonido lo traspasó, abrasador como un dardo de hierro candente.

—Qué trino tan extraño —dijo Alfred.



—No es ningún pájaro. Es Marit. La señal de peligro.



El patryn dio un tirón de la daga y segó el resto de la costura de un largo corte apresurado. Alfred tuvo tiempo de lanzar un grito de alarma; a continuación, se encontró cayendo. Hugh aguardaba debajo, con los pies firmemente plantados en el suelo y el cuerpo preparado. Cogió a Alfred y amortiguó su caída, pero los dos rodaron juntos por el suelo.

Desde su atalaya en el árbol, Haplo miró hacia el risco. Marit se dejó ver desde su escondite en las peñas lo suficiente como para señalar hacia su izquierda. Emitió otro silbido grave y añadió una serie de tres aullidos gatunos.

Hombres tigres.

Marit levantó las manos, mostró los diez dedos extendidos y repitió el gesto dos veces.

Haplo masculló un juramento. Una partida de caza; veinte, al menos, de aquellas bestias salvajes que no tenían nada de hombres, pero que eran llamadas de aquel modo porque caminaban erguidos sobre dos poderosas patas traseras y empleaban las garras delanteras, que contaban con pulgares oponibles, como manos.³⁷

Por lo tanto, podían utilizar armas y eran especialmente diestros con una conocida como zarpa de gato, cuyo propósito era más incapacitar que matar. La zarpa de gato era una pieza de madera en forma de disco con cinco afiladas «garras» de piedra en el borde, que se arrojaba con la mano o mediante una honda. Su magia era débil, en comparación con la patryn, pero muy efectiva. Allí donde golpeaba el cuerpo cubierto de tatuajes mágicos, la zarpa de gato clavaba las garras en los pequeños resquicios entre los signos, penetraba profundamente en el músculo y se adhería allí tenazmente. El arma solía lanzarse a las piernas de la víctima, y su efecto en los muslos y pantorrillas hacía caer a la presa con mortífera eficacia.

Los hombres tigres prefieren la carne fresca.

Haplo volvió la mirada fugazmente hacia la montaña desmoronada que tenía a su espalda, pero ya antes de hacerlo sabía que era inútil. No podían volver a la caverna. Escrutó el horizonte y advirtió que Marit agitaba la mano, urgiéndolo a darse prisa.

Bajó del árbol. Hugh tiraba de Alfred en un intento de ayudarlo a incorporarse, pero el sartán se desplomaba como un muñeco.

—Parece que, con la caída, se ha lesionado el otro tobillo —dijo *la Mano*.

Haplo soltó un nuevo juramento, más audible y más gráfico.

— ¿A qué vienen todos esos silbidos y gestos de mano? —preguntó el asesino, dirigiendo la mirada a Marit.

La patryn ya no era visible, pues se había retirado de nuevo tras las rocas para evitar que los hombres tigres la vieran. De todos modos, si las sospechas de Haplo eran ciertas, las bestias no necesitaban verla. Sabían lo que buscaban y, probablemente, dónde encontrarlo.

—Vienen hombres tigres —anunció Haplo, conciso.

— ¿Qué son?

37. Los hombres tigres superan en talla a la mayoría de los humanos y poseen un pelaje grueso y tupido y una cola larga. Pueden correr a dos patas o hacerlo a cuatro, son capaces de saltar distancias increíbles y se encuentran tan cómodos en el suelo como en los árboles. Suelen utilizar armas, pero prefieren matar con sus colmillos y sus zarpas: derribar la presa, clavar los dientes en el cuello y desgarrarle la garganta. Los hombres tigres conocen la magia rúnica y la utilizan principalmente para potenciar sus armas. No matan sólo por comida, sino también por diversión.



— ¿Tenéis gatos caseros en Ariano?

Hugh asintió.

— Imagina uno más grande, más fuerte y más rápido que yo, con dientes y garras proporcionados a su tamaño.

— ¡Maldición! —Hugh parecía impresionado.

— Es una partida de caza. Una veintena de esas bestias. No podemos plantarles cara; nuestra única esperanza es dejarlas atrás. Aunque no tengo idea de hacia dónde vamos a huir.

— ¿Por qué no nos ocultamos? No pueden habernos localizado todavía.

— Yo creo que saben que estamos aquí. Las han enviado para matarnos.

Hugh puso una mueca de incredulidad pero no discutió. Se llevó la mano al bolsillo, sacó la pipa, se la colgó de la boca y miró a Alfred, que se frotaba los tobillos y trataba de aparentar que el masaje le producía algún alivio.

— Lo siento de veras... —empezó a decir.

Haplo le volvió la espalda.

— ¿Qué hacemos con él? —Preguntó *la Mano* en voz baja—. No puede andar, y mucho menos correr. Yo podría cargar con él.

— No. Sería demasiado peso y te retrasaría. Nuestra única oportunidad es echar a correr y no parar hasta que caigamos exhaustos. Los hombres tigres son rápidos, pero sólo en distancias cortas. No aguantan una carrera de resistencia.

Un nuevo silbido urgente de Marit subrayó la necesidad de apresurarse. Haplo miró a Alfred, al perro y, de nuevo, al sartán.

— Has montado en dragón, ¿verdad?

— ¡Oh, sí! —Se pavoneó Alfred—. En Ariano. Maese Hugh lo recordará. Fue cuando seguía el rastro de Bane y...

Pero Haplo había dejado de prestarle atención. El patryn alargó el brazo en dirección al perro y empezó a pronunciar las runas en voz baja. El animal, consciente de que iba a suceder algo que tenía que ver con él, se incorporó a cuatro patas y meneó la cola. Todo su cuerpo pareció agitarse de excitación. Unos signos mágicos azules surgieron de la mano de Haplo, cruzaron el aire centelleantes y se unieron en torno al perro.

Las runas chisporrotearon sobre el cuerpo como lectrozumbadores de la Tumpa-chumpa que se hubieran vuelto locos. El perro empezó a crecer de tamaño, a expandirse y agrandarse. Pronto alcanzó la cintura del patryn; después, el hocico ya quedaba a la altura de la cabeza de aquél y, por último, se quedó mirando a su amo desde lo alto, con la lengua colgando, rociándolos a todos con una ducha de baba.

Hugh *la Mano* dio un paso atrás con una exclamación de asombro. Sacudió la cabeza y se frotó los ojos. Cuando volvió a mirar, el perro era aún mayor.

— He tenido pesadillas de borracho más agradables...

Alfred, sentado en el suelo con expresión dolorida, observó al animal transformado por la magia. Haplo interrumpió el hechizo y se volvió hacia el lesionado sartán. Alfred hizo un intento patético de ponerse en pie, ayudándose en una roca oportuna.

— Ya estoy mucho mejor. De verdad. Vosotros id delante. Yo...

Sus protestas dieron paso bruscamente a una exclamación de dolor. Habría caído otra vez pero Haplo encajó el hombro en la cintura del sartán, lo levantó en volandas y lo arrojó al lomo del perro antes de que Alfred supiera qué había sucedido, dónde se encontraba o si estaba boca arriba o boca abajo.



Una vez que hubo determinado todas estas cosas, se dio cuenta de que estaba encaramado a lomos del perro —cuyo tamaño era ahora el de un dragón joven— y a considerable altura del suelo. Exhaló un gemido lastimero, echó los brazos en torno al cuello del animal y casi lo estranguló, agarrado a él como si le fuera la vida en ello.

Haplo consiguió que el sartán aflojase la presión mortal lo bastante, al menos, como para permitir respirar al perro.

—Vamos, muchacho —dijo el patryn al animal. Después, se volvió hacia el asesino—. ¿Estás bien?

Hugh *la Mano* le dirigió una mirada inquisitiva.

—Tu pueblo podría adueñarse del mundo.

—Sí —masculló Haplo—. Vámonos.

El patryn y el asesino emprendieron la carrera. El perro, con Alfred montado sobre él, bien agarrado, gimoteante y con los ojos cerrados, avanzaba tras ellos con un trotecillo relajado.

Manteniéndose a cubierto, Haplo escaló el risco hasta llegar junto a Marit. Los demás permanecieron al pie de la escarpadura de rocas, pendientes de su señal para continuar el avance.

— ¿Qué tenemos aquí? —preguntó en un susurro aunque, para entonces, ya alcanzaba a verlo con sus propios ojos.

A la izquierda, un grupo numeroso de hombres tigres cruzaba la llanura a sus pies. Las bestias avanzaban con paso relajado, a dos patas. No se detenían a mirar a su alrededor, sino que venían directamente hacia allí. Y el grupo estaba formado por cuarenta individuos, por lo menos.

—Ésa no es una partida de caza normal —dijo Haplo.

—No —corroboró Marit—. Son demasiados, no se despliegan y no se detienen a olfatear el aire. Y todos van armados.

—El grupo entero se dirige de cabeza hacia aquí. Y nosotros, con la espalda contra la montaña. Y sin ayuda posible, ahí abajo. —Haplo contempló la extensa llanura con desánimo.

—No estoy tan segura de eso —dijo Marit, señalando con la mano a su derecha—. Mira allá, en el horizonte. ¿Qué ves?

Haplo fijó la vista donde decía. Las nubes grises flotaban a baja altura; hilos de niebla rozaban las copas de los abetos de un bosque lejano. Los picos mellados de unas montañas coronadas de nieve aparecían a la vista cuando se levantaba la niebla. Y allí, sobre el verde apagado de los abetos, a media altura en la ladera de una de las montañas...

— ¡Que me aspen! ¡Un fuego! —exclamó.

Ahora que el brillante punto anaranjado había atraído su atención, Haplo se extrañó de no haber advertido inmediatamente su presencia, pues era la única mancha de color de aquel mundo deprimente. Dejó que la esperanza, avivada por la llama, lo calentara unos instantes; después, se apresuró a apagarla a pisotones.

—Un ataque de un dragón —dijo—. Tiene que ser eso. Fíjate lo elevado que está por encima de los árboles.

Marit movió la cabeza.

—No. He estado observando el fuego mientras tú andabas ocupado con el sartán ahí abajo. Arde de forma constante, y la llama de los dragones se enciende y se apaga. Puede ser un asentamiento. Creo que deberíamos intentar llegar a él.



Haplo miró a los hombres tigres, que reducían progresivamente la distancia entre ellos y su presa, y volvió la vista de nuevo al fuego, que seguía ardiendo con llama firme, brillante, casi desafiante, iluminando la penumbra. Debían tomar una decisión y, fuera cual fuese, debían tomarla pronto. Para dirigirse hacia el fuego tendrían que bajar del risco y aventurarse en la llanura, a la vista de los hombres tigres. Sería una carrera desesperada.

Hugh *la Mano* se acercó a Haplo arrastrándose sobre el vientre.

— ¿Qué es eso? —preguntó con voz ronca. Sus ojos se abrieron como platos al observar a los grandes gatos que avanzaban con determinación hacia ellos, pero no añadió nada más, aparte de otro gruñido.

— ¿Qué te parece a ti? —Haplo señaló la llama.

—Un faro. Una luz de posición —aventuró Hugh—. Debe de haber una fortaleza cerca de aquí.

—No comprendes —murmuró Haplo, moviendo la cabeza—. Nuestra gente no construye fortalezas. Sólo cabañas de barro y hierba, fáciles de levantar y fáciles de abandonar. Nuestro pueblo es nómada... debido a razones como ésas —e indicó a los hombres tigres.

Hugh *la Mano* mascó la boquilla de la pipa, pensativo.

—Pues juraría que es una señal de posición. Aunque, desde luego —añadió secamente, al tiempo que retiraba la pipa de los labios—, en un lugar donde los gatos caseros tienen el tamaño de un hombre y donde los perros son grandes como árboles, podría equivocarme.

—Sea o no una señal, tenemos que intentar llegar hasta ella. No tenemos otra alternativa —insistió Marit.

Tenía razón. No quedaba otra opción. Ni tiempo para quedarse allí discutiendo. Además, si conseguían alcanzar el bosque sanos y salvos, era probable que sus perseguidores renunciaran a seguirlos. A los hombres tigres no les gustaban los bosques, territorio de sus enemigos ancestrales, los lobunos y los snogs.

Lobunos y snogs: otras amenazas que deberían afrontar. Pero... un poco de orden: una manera de morir después de otra, sin amontonarse.

—Nos descubrirán tan pronto como abandonemos nuestro escondite. Descended el risco lo más deprisa posible y echad a correr por la llanura. Dirigíos hacia los árboles sin desviaros. Si tenemos suerte, no nos seguirán dentro del bosque. No sirve de mucho marcar un orden de marcha. Intentemos ir agrupados.

Haplo miró a su alrededor y, con un gesto, indicó al perro que se acercara.

Alfred abrió los ojos, vio el grupo de hombres tigres que avanzaba hacia ellos y, con un gemido, volvió a cerrarlos.

—No te desmayes —le dijo Haplo—. Te caerías... ¡y, si lo haces, no esperes que me detenga a ayudarte!

Alfred asintió y se agarró aún más fuerte al pelaje del perro. Haplo señaló los árboles y ordenó al animal:

—Llévalo allí, muchacho.

El perro comprendió que esta vez el asunto iba en serio; lanzó una mirada ominosa a los hombres tigres y contempló el bosque con ceñuda determinación.

Haplo hizo una profunda inspiración.

—Vamos allá.

Se lanzaron hacia abajo por la ladera del risco. Casi al momento, unos maullidos feroces se alzaron en el aire con un sonido espantoso que erizaba el vello

de la nuca y causaba escalofríos en el espinazo. Por fortuna, la pendiente estaba compuesta de afloramientos de granito, sólido y fuerte, y pudieron descender con rapidez. Después, avanzando en una trayectoria que los mantenía a distancia de los nombres tigres, el pequeño grupo alcanzó el terreno llano con ventaja sobre sus perseguidores.

De pronto, el piso se hizo llano y uniforme; la vegetación que hasta el momento había cubierto el terreno parecía segada deliberadamente para permitirles avanzar sin obstáculos. Mientras corría a grandes zancadas sobre aquella tierra oscura, casi negra, a Haplo le produjo la impresión de encontrarse en las feraces tierras de labor que se extendían sobre los lechos de musgo suspendidos en las copas de los inmensos árboles de Pryan. La idea, naturalmente, era ridícula. El suyo era un pueblo de cazadores y recolectores, de luchadores y nómadas, no de agricultores. Apartó la idea de su mente, agachó la cabeza y se concentró en mover las piernas.

El terreno llano era una ventaja para Haplo y su grupo, pero también lo era para los hombres tigres. Cuando echó una mirada atrás, Haplo vio que las bestias se habían puesto a cuatro patas y galopaban con sus poderosas extremidades sobre la tierra y la hierba rala.

Los oblicuos ojos de las criaturas despedían un fulgor verde; los colmillos relucientes y húmedos asomaban de su jadeantes bocas, sedientas de sangre, con una mueca de excitación ante la caza. El perro se había adelantado al galope; agarrado a su lomo, Alfred saltaba y se bamboleaba, lanzado arriba y abajo y zarandeado de un lado a otro. El animal cobró ventaja fácilmente sobre los que avanzaban a pie. Entonces, tras volver la cabeza hacia su amo con inquietud, empezó a aminorar la marcha para darle tiempo a alcanzarlo.

— ¡Sigue adelante! —le gritó Haplo.

El perro obedeció, aunque no parecía muy conforme con dejar atrás al patryn, y reemprendió la carrera hacia el bosque.

Un ruido seco a la izquierda de Haplo hizo que éste volviera la mirada hacia donde había sonado. Los terribles bordes afilados de una zarpa de gato brillaban, muy blancos, en el suelo oscuro. El arma había fallado su objetivo, pero por muy poco. El patryn apresuró la marcha y recurrió a la magia para potenciar la fuerza y la resistencia de su cuerpo. Marit lo imitó.

Hugh *la Mano* se mantenía a su altura resueltamente cuando, de pronto, se inclinó hacia adelante y cayó de bruces al suelo, con un reguero de sangre procedente de una herida en la cabeza. A su lado yacía una zarpa de gato. Haplo se desvió de su curso para ayudar al humano. Otra de aquellas armas terribles pasó junto a él con un zumbido.

Haplo no hizo caso. Hugh estaba sin sentido.

— ¡Marit! —exclamó.

La patryn miró atrás, primero hacia él y luego hacia sus perseguidores, que acortaban rápidamente la distancia, e hizo un breve gesto con la mano que decía: « ¡Déjalo! ¡Está acabado! ».

Haplo tenía la mano bajo el hombro izquierdo de Hugh e intentaba poner en pie al humano inconsciente. Marit apareció al otro lado del asesino. Haplo notó que algo le golpeaba la espalda, pero no prestó atención. Era una zarpa de gato, pero se había estrellado contra él del revés, con las zarpas hacia afuera.

— ¡Cierra el círculo! —indicó a Marit.

— ¡Estás loco! —replicó ella—. ¡Conseguirás que nos maten a todos! ¿Y todo por qué? ¡Por un mensch!

Su tono era mordaz pero, cuando volvió el rostro hacia Haplo, éste apreció con sorpresa y placer cierta admiración mal reprimida en la mirada de la mujer.

Marit cogió a Hugh y musitó las runas en un susurro. El resplandor azul y rojo de su piel se extendió sobre el humano al tiempo que la magia de Haplo fluía también desde el otro costado. Hugh *la Mano* echó a andar otra vez, pero sus piernas obedecían ahora a las órdenes de la magia, no a su voluntad. Lanzado a la carrera como un sonámbulo, le recordó a Haplo el autómatas de Ariano.

La magia combinada de ambos bastó para mantener en marcha al humano, pero el esfuerzo mermó la velocidad de los patryn. El bosque parecía más lejano que al principio de su desenfundada fuga. Haplo ya alcanzaba a oír a los hombres tigres, que estaban cada vez más cerca; captaba el ruido sordo de sus patas en el suelo y los ronroneos de satisfacción ante la matanza que se avecinaba.

Habían dejado de arrojar zarpas de gato. Al principio, Haplo se preguntó por qué; después, comprendió con abatimiento que las bestias habían decidido que ya no era necesario recurrir a ellas. Era evidente que la presa estaba agotándose sola.

Haplo escuchó un gruñido. Marit lanzó un grito de advertencia y dejó caer a Hugh. Un bulto pesado impactó en Haplo por la espalda y arrojó al suelo al patryn. Un aliento fétido sobre su rostro lo puso al borde del vómito. Unas garras le rasgaron la carne. La magia defensiva de Haplo reaccionó con un chisporroteo de fuego rúnico azulado. El hombre tigre soltó un aullido de dolor, y el peso que soportaba el patryn desapareció de sus hombros.

Pero, si lo había alcanzado uno de los hombres tigres, los demás no andarían muy lejos. Haplo se incorporó ayudándose de las manos y se mantuvo en pie con dificultades. Escuchó los agudos gritos de batalla de Marit y la vio brevemente mientras plantaba cara a una de las bestias con una lanza. Haplo desenvainó la daga cuando otro hombre tigre lo atacó, esta vez por un flanco. Bestia y patryn rodaron por el suelo; Haplo hundió el arma una y otra vez en el cuerpo del hombre tigre mientras éste acuchillaba su rostro desprotegido con sus afiladas garras.

Un sonoro ladrido resonante, potente como un trueno, restalló encima de ellos. El perro había depositado en el suelo a Alfred y había regresado para participar en la reyerta. El animal agarró al hombre tigre que había asaltado a Haplo y empezó a sacudirlo con la intención de romperle el espinazo.

Y de pronto, para su asombro, Haplo escuchó gritos y voces procedentes del bosque. Unas flechas pasaron silbando sobre su cabeza y varios hombres tigres cayeron abatidos entre maullidos de dolor.

De entre los árboles apareció un grupo de patryn que hizo retroceder a los hombres tigres con una lluvia de lanzas y jabalinas. Otra andanada de flechas obligó a las bestias a huir a través de la llanura, llenas de rabia y frustración.

Haplo había quedado aturdido y ensangrentado; los cortes de su rostro lo abrasaban.

—Marit... —murmuró, tratando de localizarla entre la confusión.

La vio sobre el cuerpo de un hombre tigre, empuñando una lanza ensangrentada. Se relajó al encontrarla ilesa. Varios patryn se habían encargado de Hugh (*a Mano y*, aunque evidentemente perplejos a la vista de un hombre cuya piel carecía de tatuajes, lo transportaban con cuidado pero a toda prisa al abrigo del bosque.

Haplo se preguntó cansadamente qué opinión se habrían formado de Alfred. Una mujer hincó la rodilla a su lado.

— ¿Puedes caminar? Hemos tomado por sorpresa a esas bestias, pero una manada tan numerosa no tardará en recobrar el valor. Vamos, te ayudaré.

La mujer alargó su mano para tomar la de Haplo y ayudarlo a ponerse en pie, quizá para compartir su magia con él, pero alguien se adelantó a ella. La mano de Marit asió la de Haplo.

—Gracias, hermana. Ya tiene quien lo ayude.

—Está bien, hermana —respondió la mujer con una sonrisa y un encogimiento de hombros. Se incorporó y volvió la vista hacia las bestias, que se habían retirado pero acechaban a prudente distancia.

Haplo se puso en pie, magullado, con la colaboración de Marit. Se había torcido una rodilla al caer y, cuando intentó apoyar el peso en ella, una punzada de dolor le recorrió la pierna. Levantó una mano para tocarse el rostro con mucho cuidado y, al retirarlo, vio los dedos rojos de sangre.

—Has tenido suerte; por poco, las garras te vacían un ojo —le dijo Marit—. Ven, apóyate en mí.

La lesión de Haplo no era grave; podría haber probado a andar sin ayuda. Pero no tenía especiales deseos de hacerlo. Rodeó con su brazo los hombros de Marit y los fuertes brazos de la mujer le rodearon la cintura y lo sostuvieron.

—Gracias —dijo él en voz baja—. Por esto y por...

Ella lo interrumpió:

—Ahora estamos en paz. Tu vida por la mía.

Y, aunque el tono de su voz era gélido, su contacto era afectuoso. Haplo intentó sondear en sus ojos, pero Marit mantuvo la mirada apartada de él. El perro, que había recuperado su tamaño normal, retozaba de nuevo a su lado, alegremente. Cundo dirigió la vista hacia el bosque, descubrió a Alfred de pie, apoyado sobre una sola pierna como un ave desgarrada y retorciéndose las manos con inquietud. Los patryn habían trasladado a Hugh *la Mano* hasta los árboles. El asesino. El asesino había recuperado el sentido y ya intentaba incorporarse, rechazando la ayuda de los rescatadores y rehuyendo la curiosidad y el desconcierto que despertaba en ellos.

—Si no te hubieras detenido para ayudar al mensch, habríamos llegado al bosque sanos y salvos —dijo Marit bruscamente—. Ha sido una estupidez. Deberías haberlo dejado.

—Los hombres tigres lo habrían matado.

— ¡Pero si, según tú, no puede morir!

—Sí que puede —replicó Haplo. Posó la pierna herida en el suelo inadvertidamente, y una mueca de dolor le cruzó el rostro—. Luego, vuelve a la vida y recupera también la memoria. Y los recuerdos son peor aun que la agonía. —Hizo una breve pausa y añadió—: Nos parecemos mucho, ese humano y yo...

Marit permaneció callada y pensativa. Haplo se preguntó si habría comprendido lo que le contaba. Casi habían llegado al lindero del bosque; la patryn se detuvo y lo miró de soslayo.

—El Haplo que conocía lo habría dejado atrás.

¿Qué quería decir con eso? El tono de voz no lo revelaba. ¿Era una alabanza ambigua?

¿O una acusación?



CAPÍTULO 36



EL LABERINTO

Los hombres tigres lanzaron aullidos de frustración cuando los patryn penetraron en el bosque.

—Si tú y tus amigos podéis seguir un poco más antes de descansar para curaros —dijo la mujer a Haplo—, deberíamos continuar adelante. Se han dado casos en que los hombres tigres han seguido a sus presas al interior del bosque. Y un grupo tan numeroso no se dará por vencido fácilmente.

Haplo miró a su alrededor. Hugh *la Mano* estaba pálido y tenía la cabeza cubierta de sangre, pero se mantenía en pie. No comprendía las palabras de la mujer, pero adivinaba a qué se referían. Cuando vio la mirada inquisitiva de Haplo, asintió gravemente.

—Puedo seguir.

Haplo dirigió la mirada a Alfred. El sartán volvía a pisar con ambos pies con la firmeza y seguridad de costumbre (lo cual, en el caso de Alfred, significaba tropezar con cualquier raíz que sobresaliera un poco del suelo, y así sucedió ante los ojos de Haplo). Tras recuperar el equilibrio, dirigió una sonrisa al patryn y agitó las manos. Cuando habló, lo hizo en el idioma de los humanos, como había hecho Hugh.

—He aprovechado el tumulto... Cuando han salido a ayudaros, mientras nadie miraba, yo... en fin, la idea de tener que montar otra vez en ese perro... He creído que sería más sencillo...

—Es decir, te has curado a ti mismo —resumió Haplo.

También empleó el lenguaje humano. Los patryn, que los observaban, habrían podido utilizar su magia para comprender aquella lengua mensch, pero habían decidido no hacerlo; por cortesía, probablemente. Sin embargo, no habrían necesitado la magia para entender el idioma sartán, una lengua basada en las runas. Quizá no les gustara, pero no tendrían dificultades en reconocerla.

—Sí, me he curado —confirmó Alfred—. Lo he considerado preferible. Ahorra tiempo y problemas...



—Y preguntas indiscretas —añadió Haplo con suavidad.

Alfred miró a hurtadillas a los otros patryn y se ruborizó.

—Eso, también.

Haplo suspiró y se preguntó cómo no había caído antes en ello. Si los patryn descubrían que Alfred era un sartán —su enemigo ancestral, un enemigo al que aprendían a odiar desde el momento mismo en que alcanzaban a comprender qué era el odio—, no había modo de saber cuál sería su reacción. Muy bien, se dijo: intentaría mantener la ficción de que Alfred era un mensch, igual que Hugh. Ya sería bastante difícil explicar la presencia de éste, pues la mayoría de los patryn aún encerrados en el Laberinto no habrían oído hablar jamás de las razas llamadas «inferiores». En cambio, todos sabrían quién era un sartán.

Alfred miró de soslayo a Marit.

—No te traicionaré —murmuró ella en tono despreciativo—. Al menos, por ahora. Podrían descargar su ira sobre todos nosotros.

Con una mirada mordaz al sartán, se separó del lado de Haplo. Varios de los patryn empezaban a adelantarse al grupo para explorar el camino que iban a recorrer. Marit se unió a ellos.

Haplo concentró sus pensamientos en los peligros más inmediatos.

—Mantente cerca de Hugh —ordenó a Alfred—. Adviértele que no haga ninguna mención de los sartán. Es mejor que no les demos ideas.

—Entiendo. —Alfred siguió con la mirada a Marit, que avanzaba entre varios patryn—. Lo siento, Haplo —añadió en un susurro—. Por culpa mía, tu gente se ha convertido en tu enemigo.

—Olvidalo —respondió Haplo con expresión sombría—. Límitate a hacer lo que te diga. Aquí, muchacho.

Llamó al perro con un silbido y emprendió la marcha, renqueante. Alfred se retrasó hasta que Hugh le dio alcance.

Los patryn dejaron solos a Tos dos extraños, aunque Haplo advirtió que varios de ellos ocupaban posiciones en retaguardia con la vista fija en Hugh y Alfred y con las armas siempre a mano.

La mujer que dirigía lo que Haplo había tomado por una partida de caza se acercó a él y avanzó a su paso. Estaba rebosante de preguntas; Haplo advirtió el destello luminoso de la curiosidad en sus ojos castaños. Pero no le hizo ninguna. Le correspondía al jefe de la tribu interrogar a un forastero... aunque fuera el más extraño de los forasteros.

—Me llamo Haplo —se presentó, llevándose la mano brevemente a la runa del corazón, trazada en su pecho izquierdo. No era necesario que dijera su nombre, pero lo hizo por cortesía y para demostrar su gratitud por haberlo rescatado.

—Yo soy Kari —respondió ella con una sonrisa, y también rozó su runa del corazón con los dedos.

La mujer era alta y delgada, con los músculos firmes de una corredora. No obstante, debía de ser una pobladora; si no, ¿qué hacía liderando una partida de caza?

—Ha sido una suerte que os presentarais tan oportunamente —comentó Haplo, renqueante.

Kari no se ofreció a ayudarlo; hacerlo habría sido un insulto hacia Marit, que había demostrado tener cierto interés por Haplo. La mujer aminoró el paso para acoplarse al de éste. Mientras caminaban mantenía una discreta vigilancia, pero no parecía especialmente preocupada de que los siguieran.

Haplo no veía en los signos mágicos de su piel ninguna indicación de que los hombres tigres fueran tras ellos.

—No ha sido casualidad —respondió Kari con calma—. Nos han enviado a socorremos. El jefe ha creído que podíais estar en dificultades.

Esta vez fue Haplo quien se consumió de ganas de hacer preguntas, pero —por cortesía, claro— se abstuvo de interrogar a la mujer. Era privilegio del jefe explicar sus razones para hacer las cosas. Desde luego, el resto de la tribu no se atrevería nunca a ofrecer explicaciones por su cuenta o a poner sus palabras en boca de otro.

Llegados a este punto, la conversación se hizo entrecortada. Haplo miró en torno a sí con un nerviosismo que no era nada fingido.

—No te preocupes —dijo Kari—. Los hombres tigres no nos persiguen.

—No era eso —respondió Haplo—. Antes de topar con ellos, descubrimos un fuego. Temía que tal vez un dragón estuviera atacando algún poblado cercano...

Kari lo observó, divertida.

—Tú no conoces gran cosa sobre dragones, ¿verdad?

Haplo sonrió y se encogió de hombros. Por lo menos, lo había intentado.

—Está bien, de modo que no es un fuego de dragón...

—El fuego es nuestro —le informó Kari—. Nosotros lo cuidamos.

Haplo movió la cabeza.

—Entonces, quizá sois vosotros los que no sabéis mucho de dragones. El resplandor puede verse desde lejos...

— ¡Naturalmente! —Kari seguía mirándolo divertida—. Para eso está. Por eso lo prendemos en lo alto de la torre. Es un fuego de bienvenida.

Haplo frunció el entrecejo.

—Perdona que diga esto, Kari, pero si vuestro jefe ha tomado esta decisión, me temo que sufra del mal.³⁸ Me sorprende que no os hayan atacado antes.

—Lo han hecho muchas, muchísimas veces —respondió Kari como si tal cosa—. Mucho más en generaciones anteriores que ahora, desde luego. Hoy en día, muy pocas cosas del Laberinto son lo bastante fuertes o atrevidas como para atacarnos.

— ¿Generaciones pasadas? —Haplo se quedó boquiabierto.

¿Quién era capaz de hablar de generaciones pasadas, en el Laberinto? Allí, pocos niños conocían a sus propios padres. Bien, a veces, en alguna tribu numerosa de pobladores, alguien era capaz de remontar su ascendencia a un padre jefe, pero eran casos raros. En general, las tribus terminaban barridas o dispersadas y los supervivientes se incorporaban a otros grupos que los asimilaban.

En el Laberinto, el pasado no se remontaba más allá del día anterior. Y del futuro no se hablaba jamás.

Haplo abrió la boca y la cerró otra vez. Insistir en sus preguntas sería ineducado. Ya se había extralimitado suficiente. De todos modos, se sentía incómodo y echó más de un vistazo a los reveladores signos mágicos de su piel. Nada de aquello tenía sentido. ¿Acaso estaban siendo atraídos a alguna clase de trampa rebuscada?

Al fin y al cabo, se recordó a sí mismo, se hallaban en el corazón del Laberinto, en el mismo inicio de aquel mundo terrible.



—Vamos, habla sin miedo, Haplo —lo instó Kari, percibiendo su incomodidad, tal vez su suspicacia—. ¿Qué pregunta te ronda la cabeza?

—He venido aquí con un propósito —le confió él—. Busco a una persona, una niña. Debe de tener siete, quizás ocho puertas de edad. Se llama Rué.

Kari asintió con calma.

— ¿La conoces? —A Haplo se le aceleró el pulso, esperanzado. No podía creerlo. Haberla encontrado ya...

—Conozco a varias —respondió Kari.

— ¡A varias! ¿Pero cómo...?

—Rué no es un nombre fuera de lo común en el Laberinto —dijo Kari con una sonrisa de complicidad.

—Yo... supongo que no —murmuró Haplo.

Para ser sincero, nunca había pensado en ello; nunca había considerado la posibilidad de que hubiera más de una niña con aquel nombre en el Laberinto. No estaba acostumbrado a pensar en la gente por su nombre. No recordaba el de sus padres, ni el del jefe de la tribu en la que había crecido. Incluso Marit había sido «la mujer», cuando pensaba en ella. Y el Señor del Nexo era sólo eso, su señor.

Bajó la vista hacia el perro, que trotaba a su lado. El animal le había salvado la vida... y él no se había molestado nunca en ponerle un nombre, siquiera. Sólo después de haber cruzado la Puerta de la Muerte, después de haber penetrado en los mundos de los mensch, había tomado verdadera conciencia de los nombres y había empezado a pensar en la gente como seres individuales, seres importantes, distintos y separados.

Y no era el único que tenía problemas con los nombres. Volvió la cabeza hacia Alfred, que avanzaba trastabillando, tropezando con cualquier obstáculo que surgía o incluso resbalando en el trecho más llano del camino, si no encontraba otra cosa.

« ¿Cuál es tu verdadero nombre, sartán? —se preguntó Haplo súbitamente—. ¿Y por qué no se lo has revelado nunca a nadie?»

Los patryn habían recorrido una larga distancia. Haplo tenía cada vez más problemas con la pierna, que le producía un dolor terrible, hasta que Kari, finalmente, ordenó un alto. La penumbra grisácea empezaba a hacerse más oscura; la noche se acercaba. Viajar por el Laberinto era peligroso a cualquier hora, pero mucho más después de anochecer.

Llegaron a un claro del bosque, cerca de un riachuelo. Kari lo examinó, consultó con los suyos y anunció que acamparían allí a pasar la noche.

—Aprovechad para curaros —indicó a Haplo—. Os prepararemos comida. Después, dormid en paz. Nosotros montaremos guardia.

Los patryn les ofrecieron un plato caliente, cocinado en una pequeña fogata que encendieron en el centro del claro. Haplo se quedó asombrado de su osadía, pero no dijo nada. Presentar cualquier tipo de protesta habría equivalido a cuestionar la autoridad de Kari, y —como extranjero y como persona que había sido rescatada por ella— no tenía derecho a hacerlo. De todos modos, experimentó cierto alivio al observar que los patryn eran, al menos, lo bastante juiciosos como para no permitir que el fuego humeara.

Una vez atendidos los invitados, Kari les preguntó cortésmente si podía proveerlos de algo más.

—Tus dos amigos no hablan nuestro idioma —dijo, al tiempo que dirigía una mirada a Hugh y Alfred—. ¿Tienen las mismas necesidades que nosotros? ¿Podemos ofrecerles algo en especial?

—No —respondió Haplo—. Gracias.

Con todo, tuvo que reconocer la habilidad de la mujer. También el suyo había sido un buen intento.

Kari asintió y se alejó. Estableció las guardias y apostó centinelas en el suelo y en los árboles. Después, ella y el resto de su gente se sentaron a cenar, sin hacer ninguna indicación a Haplo y los demás para que se unieran al grupo. Aquello podía entenderse como una mala señal —uno no compartía la comida con su enemigo— o, al contrario, podía ser una muestra de cortesía, como si Kari y los suyos consideraran que los dos extraños estarían más cómodos a solas con sus compañeros, dado que no hablaban el idioma patryn.

Marit regresó y se unió en silencio a Haplo y los otros, sin levantar la vista de su comida, una mezcla de carne seca y fruta envuelta en hojas de parra y cocida. El perro compartió el plato de Haplo; después, se tumbó de costado y, con un suspiro de fatiga, se quedó profundamente dormido.

— ¿Qué sucede, Haplo? —Preguntó *la Mano* sin levantar la voz—. Puede que esa gente nos haya salvado la vida, pero no parece muy amistosa. ¿Ahora somos sus prisioneros? ¿Por qué nos quedamos con ellos?

—Te equivocas de medio a medio —respondió Haplo con una sonrisa—. Recelan de nosotros. No han visto nunca a nadie como vosotros y no comprenden. No; no somos prisioneros suyos. Podemos marcharnos cuando nos apetezca y no pondrán reparos. Pero viajar por el Laberinto es peligroso, como habéis comprobado. Tenemos que descansar, curar nuestras heridas y recuperar fuerzas. Ellos nos llevarán a su poblado...

— ¿Pero cómo sabes que puedes confiar en ellos? —insistió Hugh.

—Porque son de los míos —replicó el patryn.

Hugh no se dio por vencido.

—También ese pequeño asesino, Bane, era uno de los míos. Igual que su maldito padre.

—Entre nosotros, en este lugar, en esta cárcel, las cosas son distintas. Durante generaciones, desde que fuimos confinados aquí, hemos tenido que trabajar en colaboración por mera cuestión de supervivencia. Desde el momento en que nacemos, nuestras vidas están al cuidado de otros, sea de nuestros padres o de absolutos extraños. Eso no importa. Y así sigue siendo a lo largo de nuestra existencia. Ningún patryn haría daño, mataría o... o...

— ¿O traicionaría a su señor? —intervino Marit.

La patryn arrojó la comida al suelo con gesto enérgico, se puso en pie de un salto —despertando al perro, que se incorporó sobresaltado— y se alejó.

Haplo se dispuso a llamarla, titubeó y no llegó a hacerlo. ¿Qué podía decirle?

Los demás patryn habían dejado de hablar para observarla y se preguntaban qué sucedería y adonde iría. Marit cogió un pellejo de agua y se encaminó al arroyo, donde fingió llenarlo. En el Laberinto no había luna ni estrellas, pero el resplandor de la fogata se reflejaba en las hojas de los árboles y en la superficie del agua, proporcionando suficiente luz como para distinguir el camino. La patryn tuvo buen cuidado de no apartarse de la luz; lo contrario era buscarse problemas.

El resto de los patryn volvieron a la cena y a la charla. Kari siguió a Marit con la vista y luego dirigió una mirada fría y pensativa hacia Haplo.



Éste maldecía su propia estupidez. ¿En qué había estado pensando? «Los míos... un pueblo tan superior.» Empezaba a parecerle que oía las palabras de un sartán. Bueno, al menos, de uno como el difunto Samah; desde luego, no de Alfred, un sartán que tenía dificultades para sentirse superior a las lombrices.

— ¿Entonces, qué quieres decir con eso? —preguntó Hugh, rompiendo el incómodo silencio.

—Nada —murmuró Haplo—. No importa.

Aunque quizá deberían recelar de aquellos patryn, en realidad. «Nos han enviado a buscaros.» Los hombres tigres también habían sido enviados a buscarlos. Y él mismo estaba mintiendo a los suyos, los estaba engañando al ocultar entre ellos al enemigo ancestral.

Un patryn que había acompañado a Marit durante el día se acercó al arroyo y se dispuso a sentarse a su lado. Ella le volvió la espalda y apartó el rostro. El patryn se encogió de hombros y se alejó.

Haplo se incorporó dolorosamente y se acercó al agua, renqueante. Marit estaba sentada a solas, con los hombros hundidos, las piernas recogidas y la barbilla apoyada en las rodillas. Una vez, en tono burlón, Haplo había descrito aquella postura como «hacerse una pelota».

Al oír sus pasos, Marit levantó la vista con expresión ceñuda, dispuesta a repeler cualquier intromisión. Al observar que se trataba de él, se relajó un poco y no lo despidió con cajas destempladas, como Haplo temía.

—He venido por un poco de agua —dijo estúpidamente.

Ella no respondió. Su torpe comentario no merecía respuesta. Haplo se inclinó, usó la mano como cuenco y bebió, aunque en realidad no tenía sed. Después, se sentó a su lado. Marit no lo miró, sino que mantuvo la vista fija en el agua clara, fría e impetuosa.

—He preguntado por nuestra hija —informó Haplo—. En el poblado hay varias niñas de su edad que se llaman Rué. No sé por qué, pero no esperaba una cosa así.

Ella no dijo nada. Mantuvo la vista en el arroyo, cogió un palo y lo arrojó a la corriente. El agua cambió de curso, sorteó el obstáculo formando ondas y remolinos y continuó fluyendo.

—Detesto este lugar —dijo Marit de improviso—. Lo aborrezco, lo temo... Salí de él, pero en realidad nunca lo he dejado. Sueño con él, siempre. Y, cuando me encontré de nuevo aquí, tuve pánico pero una parte de mí..., una parte de mí...

Tragó saliva, frunció el entrecejo y sacudió la cabeza con gesto de irritación.

—...se sintió como si volviera a casa —la ayudó a terminar Haplo.

Marit parpadeó aceleradamente.

—Pero no es así —replicó con tono grave—. No puedo. —Volvió la cabeza hacia los patryn agrupados en torno a la fogata—. Soy distinta. —Hubo otro momento de silencio y, a continuación, añadió—: Te referías a eso, ¿no?

— ¿Cuando he dicho que Hugh y yo éramos parecidos? —Haplo sabía perfectamente cuáles eran Tos pensamientos y los sentimientos de Marit—. Ahora empiezo a comprender por qué los sartán pusieron ese nombre a la Puerta de la Muerte. Cuando cruzamos esa Puerta, tú y yo morimos en cierto modo. Por eso, cuando ahora intentamos volver aquí, regresar a nuestra antigua vida, no resulta posible. Los dos hemos cambiado. Los dos hemos sido cambiados.

Haplo sabía qué había causado su cambio. Y se preguntó con gran interés qué habría sucedido para cambiar a Marit.



—Pero cuando estaba en el Nexo no me sentía así —protestó ella.

—Eso se debe a que estar en el Nexo no es abandonar del todo el Laberinto. Desde el Nexo se ve la Última Puerta y todos los pensamientos están concentrados en el Laberinto. Se sueña con él, como tú misma has dicho. Se siente el miedo. Pero ahora sueñas con otras cosas, con otros lugares...

¿Y Hugh? ¿Soñaba *la Mano* con aquel refugio de paz y de luz que había descrito? ¿Era eso lo que hacía tan penoso, tan difícil regresar?

¿Y cuáles eran los sueños de Marit?

Fueran cuales fuesen, era evidente que no iba a contárselos.

—En el Laberinto, el círculo de mi ser sólo abarcaba a mi persona —continuó Haplo—. En realidad, nunca se amplió a nadie más, ni siquiera a ti.

Marit lo miró fijamente.

—Igual que el tuyo, en realidad, no me abarcó nunca a mí —añadió con suavidad.

Ella apartó la vista otra vez.

—Nada de nombres —prosiguió Haplo—. Sólo rostros. Círculos que se tocaban, pero que nunca se unían...

Con un estremecimiento, Marit emitió un sonido inarticulado; él dejó de hablar y esperó a que dijera algo.

Ella guardó silencio.

Haplo había tocado algún punto muy sensible de Marit, aunque no sabía cuál. Continuó hablando con la esperanza de sonsacárselo.

—En el Laberinto, mi círculo era un caparazón que me protegía de experimentar sentimientos. Así me proponía seguir pero, primero, el perro rompió el círculo y, después, cuando crucé la Puerta de la Muerte, hubo otra gente que, por decirlo así, caló en mi corazón. Mi círculo creció y se expandió.

»Yo no quería, no era mi propósito, pero ¿qué alternativa tenía? Se trataba de eso, o morir. Ahí fuera he conocido un miedo peor que cualquier espanto del Laberinto. Curé a un joven, un elfo. Y fui curado por Alfred, mi enemigo. He visto maravillas y horrores. He conocido la felicidad, el dolor y la pena. He llegado a conocerme a mí mismo.

» ¿Qué fue lo que me cambió? Me gustaría achacarlo a esa cámara. A esa Cámara de los Condenados. La Séptima Puerta de Alfred. Una vislumbre de ese «poder superior» o lo que fuese. Pero no creo que fuera ésa la causa. Fue Limbeck y sus discursos. Y Jarre, llamándole bobo. Fue la enana, Grundle, y la muchacha humana, Alake, que murió en mis brazos.

»Fue incluso ese grupito irritante de mensch de Pryan, en permanente disputa: Paithan, Rega, Roland y Aleatha. Me acuerdo de ellos y me pregunto si habrán conseguido sobrevivir.

Sonrió y movió la cabeza. Después, se tocó la piel del antebrazo. Los tatuajes emitían un leve resplandor, advirtiendo de algún peligro, pero de un peligro aún lejano.

—Deberías haber visto —continuó— la mirada de los mensch la primera vez que vieron encenderse las runas de mi cuerpo. Creí que a Grundle iban a salirse los ojos de las órbitas. Ahora, me siento entre mi propia gente como me sentía entre los mensch: soy diferente. Mis viajes han dejado huella en mí y sé que ellos lo perciben. No podré volver a ser uno de ellos nunca más.

Haplo esperó a que Marit dijera algo, pero no hizo el menor comentario. Hundió otro palo en el agua y se apartó de Haplo, rechazando su proximidad. Era evidente que deseaba estar sola.

Haplo se incorporó y regresó cojeando hasta su lecho para entregarse al reposo curativo —durante el tiempo que fuera posible— y tratar de dormir.

—Xar —suplicó Marit en silencio cuando Haplo se hubo marchado—. Esposo mío, mi Señor, ayúdame y guíame, te lo ruego. Estoy tan asustada, tan desesperadamente asustada. Y desamparada. Ya no reconozco a mi propia gente. Ya no formo parte de ella.

—¿Y me echas la culpa de ello? —replicó Xar con suavidad.

—No —dijo Marit, mientras hundía de nuevo el palo en el agua—. La culpa es de Haplo. Ha sido él quien ha traído aquí al mensch y al sartán. Su presencia nos pone a todos en peligro.

—Sí, pero puede resultarnos conveniente, al final. Dices que estáis al principio del Laberinto. Ese poblado, por lo que dices, debe de ser increíblemente grande, mucho mayor que cualquiera del que tuviese noticia. Esto me conviene. He trazado un plan.

—Sí, mi Señor. —Marit se sintió aliviada, inmensamente aliviada. Xar iba a aliviar la carga de sus hombros.

—Cuando llegues al poblado, esposa, quiero que hagas lo siguiente...

La oscuridad era ahora mucho más intensa; Haplo apenas alcanzó a reconocer el camino de vuelta al campamento. Hugh lo recibió con una expresión de esperanza que se borró de su rostro cuando observó que el patryn traía las manos vacías.

—Pensaba que habías ido a buscar más comida.

—No hay nada más —respondió Haplo con un gesto de cabeza—. Aquí tenemos un refrán: «Cuanto más hambriento estás, más deprisa corres».

La Mano refunfuñó y, con una mueca sombría, acudió al arroyo a llenar el estómago con agua. Se desplazó hasta allí silencioso y sigiloso, como lo hacía siempre. Como había aprendido a moverse. Marit no lo oyó acercarse y, cuando apareció junto a ella, la patryn dio un violento respingo.

—Un respingo culpable —le contó más tarde a Haplo, al describirle el incidente—. Y habría jurado que la oí hablar con alguien.

Haplo descartó tan posibilidad; ¿qué otra cosa podía hacer? Marit le ocultaba algo, de eso estaba seguro. Ardía en deseos de confiar en ella, pero no podía. ¿Y ella? ¿Sentiría lo mismo por él? ¿Desearía confiar en él? ¿O estaría feliz y satisfecha de odiarlo?

Marit volvió al lugar de acampada y, uniéndose al círculo de los patryn, arrojó el odre del agua en su centro como presente. Tal vez estaba dispuesta a demostrar que ella, al menos, aún se sentía integrante de su gente.

Kari extendió una invitación a Haplo para que hiciera lo mismo. El patryn podría haberse unido a ellos de haber querido, pero estaba demasiado cansado y dolorido como para moverse. Tenía la pierna casi incapacitada y los arañazos del rostro seguían abrasándole. Necesitaba curarse a sí mismo y cerrar el círculo de su ser... como mejor pudiera, teniendo en cuenta que el círculo estaba roto y así seguiría para siempre.

Improvisó un lecho de agujas de abeto secas y se acostó en él.

Hugh *la Mano* se sentó a su lado.

—Yo haré la primera guardia —se ofreció el asesino sin alterarse.



—No, nada de eso —indicó Haplo—. Sería un insulto; daría la impresión de que desconfiamos de ellos. Acuéstate y descansa. Tú, también Alfred.

Hugh hizo ademán de iniciar una protesta; después, se encogió de hombros y se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en un tronco nudoso.

— ¿Alguna norma dice que tengo que dormir? —preguntó, al tiempo que cruzaba las piernas y sacaba la pipa.

Haplo le dirigió una sonrisa cansada.

—Por lo menos, que no se te note demasiado... —Dio unas palmaditas al perro, que se había echado a su lado. El animal levantó la cabeza perezosamente, lo miró con un parpadeo y volvió a sus sueños.

Hugh *la Mano* se colgó la pipa de los labios.

—No te preocupes. Si alguien me pregunta, diré que padezco de insomnio. De insomnio eterno.

Dirigió una mirada torva a Alfred. El sartán se ruborizó, y el resplandor del fuego del campamento contribuyó a incrementar el color de su rostro. Llevaba un rato buscando un rincón donde dormir pero, primero, se había golpeado en la cabeza con una roca medio enterrada y más tarde se había instalado, al parecer, sobre un hormiguero, pues de improviso se había puesto en pie de un salto y había empezado a darse palmadas en las piernas.

— ¡Basta! —le ordenó Haplo, irritado—. Estás llamando la atención.

Alfred se apresuró a dejarse caer al suelo otra vez. Una leve expresión de dolor cruzó su rostro. Tanteó con una mano el suelo bajo su cuerpo, sacó una pina y la arrojó lejos. Al advertir la mirada de desaprobación de Haplo, el sartán se tumbó sobre la tierra y trató de aparentar que estaba cómodo. Con disimulo, su mano se deslizó de nuevo bajo su huesudo trasero y sacó otra pina.

Haplo cerró los ojos e inició el proceso curativo. Poco a poco, el dolor de la rodilla remitió y los cortes ardientes del rostro se cerraron. Pero él tampoco podía conciliar el sueño. El insomnio eterno, lo había denominado Hugh.

Los otros patryn montaron la guardia y apagaron el fuego. Los envolvió la oscuridad, rota sólo por el leve resplandor de los signos mágicos de su piel. El peligro los acechaba en todo instante.

Marit no volvió con el grupo ni se quedó con Kari y los suyos, sino que escogió para dormir un lugar equidistante de ambos.

Hugh dio una chupada a la pipa vacía. Alfred se puso a roncar. El perro cazó algo en un sueño.

Y en cuanto a Haplo, en el preciso instante en que había llegado a la conclusión de que no iba a pegar ojo, se quedó dormido.



CAPÍTULO 37



LA CIUDADELA PRYAN

Xar había tomado una decisión. Había establecido sus planes. Ahora se disponía a ponerlos en marcha. Había convenido con Marit que los patryn del Laberinto se ocuparan de Haplo y lo protegieran hasta la llegada de Sang-drax.

En cuanto a éste, Xar había llegado a la conclusión de que la lealtad de la serpiente dragón no era un factor importante. Después de mucho reflexionar, el Señor del Caos estaba seguro de que la principal motivación de Sang-drax era el odio: la serpiente dragón aborrecía a Haplo y quería vengarse de él. No descansaría hasta dar con Haplo y destruirlo. Pero eso llevaría algún tiempo; incluso para alguien tan poderoso como Sang-drax, el Laberinto no resultaría fácil de atravesar. Para cuando tuviera sus anillos enroscados en torno a Haplo, Xar estaría allí para ocuparse de que su presa no quedara maltratada hasta el punto de resultar inservible.

El problema inmediato de Xar era la muerte de los mensch. Dado su poder y su dominio de la magia, la eliminación de dos elfos, dos humanos y un enano (ninguno de ellos excesivamente inteligente) no debería ser un trastorno. El Señor del Nexo podría haberlos destruido a todos de golpe con unos cuantos pases de manos y un par de palabras. Pero no era la manera de morir lo que lo preocupaba, sino el estado de los cadáveres después de la muerte.

Durante un par de días, estudió a los mensch en diversas circunstancias y llegó a la conclusión de que ni siquiera muertos serían capaces de resistir a los titanes. El elfo era alto pero muy delgado, con una estructura ósea frágil. El humano tenía buena talla, sus huesos eran fuertes y su musculatura potente; por desgracia, parecía estar sufriendo las fiebres de un amor contrariado y, en consecuencia, había descuidado en gran manera aquel cuerpo. La humana era más baja, pero musculosa. El enano, pese a su corta estatura, tenía la fuerza de los de su raza y era lo mejor de aquel mal lote. La muchacha elfa ni contaba.



Así pues, era fundamental que los mensch fueran, en su muerte, mejores que cuando estaban vivos. Sus cadáveres tenían que ser fuertes y sanos. Y, sobre todo, tenían que estar dotados de la potencia y la resistencia de las que carecían sus cuerpos vivos. El mejor modo de eliminarlos era mediante el veneno, pero tenía que ser una pócima especial: algo que matara el cuerpo y, al mismo tiempo, lo hiciera más sano. Una paradoja de lo más intrigante.

Xar empezó por una botella de agua corriente. Mediante la magia rúnica, actuando sobre las posibilidades, transformó la estructura química del agua. Al final, confió en haberlo conseguido: había elaborado un elixir que mataría, no inmediatamente sino al cabo de un breve plazo, una hora más o menos, durante la cual el cuerpo iniciaría un rápido desarrollo de los tejidos muscular y óseo, en un proceso que sería potenciado después mediante la nigromancia.

El veneno tenía un pero: los cuerpos se gastarían mucho más deprisa que los cadáveres ordinarios. Pero Xar no necesitaba mucho tiempo a los mensch; sólo el suficiente como para que él pudiera alcanzar la nave.

Cuando tuvo preparado el elixir, con su aditivo final de un agradable aroma a vino con especias, Xar preparó un banquete. Elaboró con su magia succulentos platos, vertió el vino envenenado en una gran jarra de plata que colocó en el centro de la mesa y fue al encuentro de los mensch para invitarlos a una fiesta.

La primera con quien se tropezó fue la humana, cuyo nombre no conseguía recordar nunca. Con sus modales más encantadores, el Señor del Nexo le pidió que lo acompañara aquella noche en una cena de los más deliciosos manjares, cortesía de sus facultades mágicas. Instó a la muchacha a que invitara a todos los demás, y Rega, excitada con aquel cambio en la monotonía habitual, se apresuró a hacerlo.

Fue en busca de Paithan. Sabía dónde encontrarlo, naturalmente. Cuando llegó a la puerta de la Cámara de la Estrella, se asomó al interior.

— ¿Paithan? —dijo desde allí, dudando de si entrar. No había vuelto a pisar la cámara desde que la máquina maldita casi la había dejado ciega—. ¿Puedes venir aquí fuera? Tengo que decirte una cosa.

— ¡Hum...! No puedo salir en este momento, querida. Es decir, en fin, puede que tarde un rato en...

— ¡Pero es algo importante, Paithan!

Rega penetró un paso en la sala, titubeante. La voz de Paithan venía de una dirección rara.

—Tendrá que esperar... Ahora no puedo... Me he metido en un pequeño... No estoy seguro de cómo nacer para bajar de aquí, ¿ves?

Rega no veía nada, al menos de momento. Su irritación venció por fin al temor a la luz y se adentró en la Cámara de la Estrella. Con los brazos en jarras, recorrió la sala con la mirada.

—Paithan, déjate de juegos ahora mismo. ¿Dónde estás?

—Aquí..., aquí arriba...

La voz de Paithan le llegó desde lo alto. Perpleja, Rega volvió la cabeza y miró en la dirección de la que parecía proceder.

— ¡En el nombre de los antepasados, Pait! ¿Qué haces ahí?

El elfo, encaramado en el asiento de una de las enormes sillas, la miró desde lo alto. Su expresión y su voz reflejaban un gran apuro.

—He subido para... hum... En fin, para observar las cosas desde aquí. La vista, ya sabes.



— ¿Y bien, qué tal? —preguntó Rega.

Paithan acogió su sarcasmo con una mueca.

—No está mal —respondió, mirando a su alrededor con fingido interés—. Muy interesante, en realidad.

— ¡La vista! ¡Narices!

—No, querida. Desde este ángulo no puedo verlas. Tendrías que volverte un poco...

— ¡Te has encaramado ahí para intentar averiguar cómo funciona la maldita silla! —Lo acusó Rega—. Y ahora no puedes volver a bajar. ¿Qué te proponías? ¿Fingir que eras un titán? ¿O quizá pensaste que la máquina te tomaría por uno de ellos? Aunque no sería extraño. ¡Tienes el cerebro de uno de esos monstruos!

—Tenía que intentar algo, Rega —se disculpó Paithan en tono quejumbroso—. Me parecía una buena idea. Los titanes son la clave de la máquina. Ahora estoy seguro de ello. Por eso no funciona como es debido. Si estuvieran aquí...

—... nosotros estaríamos muertos —lo cortó Rega con tono sombrío—. Ya no tendríamos que preocuparnos por nada... ¡y menos aún por esa máquina estúpida! ¿Cómo has subido hasta ahí?

—Subir ha sido fácil. Las patas de la silla son un poco bastas y tienen muchos asideros. Además, los elfos siempre hemos sido buenos escaladores y...

—Entonces, ¿por qué no bajas de la misma manera?

—No puedo. Me caería. Ya lo he intentado una vez y me ha resbalado el pie. He podido agarrarme en el último momento, cuando ya me veía cayendo de cabeza a ese pozo. —Paithan se agarró al borde del gigantesco asiento—. No creerías lo profundo y oscuro que se ve el pozo desde aquí. Apuesto a que llega directamente hasta el fondo de Pryan. Me imagino cayendo y cayendo...

— ¡Deja de pensar en eso! —le dijo Rega, furiosa—. ¡No haces más que empeorar las cosas!

—No pueden empeorar mucho más —repuso Paithan, abatido—. Sólo de mirar hacia abajo, se me revuelve el estómago. —Su rostro había adquirido un tinte verdusco.

— ¡Es a mí a quien le revuelve el estómago todo esto! —Murmuró Rega para sí al tiempo que retrocedía un par de pasos y contemplaba al elfo con aire pensativo—. Lo primero que haré cuando lo haya sacado de aquí, si lo consigo, será cerrar la puerta de este condenado lugar y arrojar la llave...

— ¿Qué dices, querida?

—Digo que traeré a Roland para que te lance una cuerda. Así podrás asegurarla al brazo de la silla y deslizarte por ella.

— ¿Es preciso que llames a tu hermano? —Refunfuñó Paithan—. ¿Por qué no te encargas tú?

—Porque se necesita un brazo fuerte para que la cuerda alcance tan lejos —respondió Rega.

—Roland no me dejará en paz, después de esto —insistió él, compungido—. Escucha, tengo una idea. Ve a buscar al hechicero...

— ¿Eh? —intervino una voz temblorosa—. ¿Alguien ha llamado a un hechicero?

El viejo entró en la cámara. Al ver a Rega, sonrió y se quitó el decrepito sombrero.

—Aquí estoy. Me alegro de ser de utilidad. Mi nombre es Bond. James Bond.



— ¡Este hechicero, no! —Susurró Paithan—. ¡El otro, el que sabe lo que se hace!

— ¡Por todos los...! —El anciano se quedó paralizado—. ¡El doctor No! ¡Me ha encontrado! ¡No temas, querida, yo te salvaré! —tendió las manos temblorosas hacia Rega.

—No puedo traer al Señor Xar —le explicaba ésta a Paithan—. Eso es lo que venía a decirte. Está ocupado preparando una fiesta. Estamos invitados...

—Una fiesta. ¡Qué maravilla! —El anciano lanzó una sonrisa radiante—. Me encantan las fiestas. Tengo que desempolvar el esmoquin. Hace tiempo que lo tengo entre bolas de naftalina...

— ¡Una fiesta! —Repitió Paithan—. ¡Sí, seguro que nos divertiremos! A Aleatha le encantan las fiestas. Así la sacaremos de ese extraño laberinto donde pasa las horas, últimamente.

—Y la apartaremos del enano —añadió Rega—. No he dicho nada porque..., en fin, porque es tu hermana, pero creo que ahí sucede algo raro.

— ¿Qué insinúas? —Paithan dirigió una mirada furibunda a Rega.

—Nada, pero es evidente que Drugar la adora y, reconozcámoslo, Aleatha no es muy exigente en cuanto a hombres...

— ¡Desde luego que sí! ¡Al fin y al cabo, se encandiló con tu hermano! —replicó Paithan maliciosamente.

Rega enrojeció de rabia.

—No me refería a...

El anciano siguió la mirada de Rega y dio un enérgico respingo.

— ¡Sí, señor! ¡Es el doctor No!

—No... —empezó a decir Paithan.

— ¡Lo ves! —chilló Zifnab con aire triunfante—. ¡Lo reconoce!

— ¡Soy Paithan! —gritó éste, inclinándose sobre el borde de la silla más de lo que pretendía. Con un estremecimiento, se deslizó rápidamente hacia atrás.

—El muy estúpido se ha quedado atascado ahí arriba —explicó Rega con tono gélido—. Tiene miedo de bajar.

—No es verdad —replicó Paithan, malhumorado—. No llevo el calzado adecuado, eso es todo. Resbalaría.

— ¿Estás segura de que no es No?

—Sí, no es No; Quiero decir que no, no es... ¡Basta ya! —Rega empezaba a sentirse aturdida—. Tenemos que bajarlo de ahí. ¿Conoces algún hechizo?

— ¡Uno de maravilla! —Respondió el anciano al instante—. Como los trucos de *Operación Trueno*. ¡Eso es! Prendemos fuego a las patas de la silla y, cuando se consuman...

—Me parece que eso no funcionará —protestó Paithan en voz alta.

El anciano replicó con un resoplido:

—Claro que sí. La pata arde en llamas y, muy pronto, la silla se queda sin un apoyo y... ¡bruuum!, se derrumba.

—Ve a buscar a Roland —dijo Paithan en tono resignado—. Y llévate a ése —añadió, con una mirada ceñuda al anciano.

—Vamos, señor —dijo Rega. Tratando de contener la risa, la humana condujo al anciano, entre las protestas de éste, fuera de la Cámara de la Estrella—. Sí, la verdad es que me gustaría prender fuego a la silla. Ni siquiera me importaría quemar a Paithan. Pero será en otra ocasión, quizá. ¿No te gustaría ayudar al Señor Xar en los preparativos de la fiesta...?



— ¡Una fiesta! —Al anciano se le iluminó la expresión—. ¡Me encantan las buenas fiestas!

— ¡Y daos prisa! —La voz de Paithan se quebró de pánico—. ¡La máquina empieza a ponerse en marcha! ¡Creo que la estrella empezará a brillar muy pronto!

Como había dicho Paithan, últimamente Aleatha pasaba la mayor parte del tiempo en el laberinto, con Drugar. Y, tal como había prometido, no había comunicado a nadie su descubrimiento. Tal vez lo habría hecho, si se hubieran portado bien con ella; Aleatha rara vez se tomaba la molestia de guardar un secreto. Pero los demás, incluido Roland (sobre todo, él), seguían tan idiotas e inmaduros como siempre.

—Paithan está enfrascado en esa estúpida máquina —contó la elfa a Drugar mientras se adentraban en el laberinto—. Y Rega está enfrascada en intentar apartar a Paithan de la estúpida máquina. En cuanto a Roland, quién sabe qué estará haciendo... ¡Bah!, ¡y a quién le importa! —Añadió con desdén—. Por mí, pueden quedarse todos con ese repugnante Señor Xar. Tú y yo sí que hemos conocido una gente interesante, ¿verdad, Drugar?

El enano asintió. Siempre estaba de acuerdo con todo lo que ella decía y estaba más que dispuesto a acompañarla al laberinto cada vez que ella quisiera.

Ya habían estado allí por la mañana, cuando la máquina de la estrella estaba en funcionamiento, pero, como había anunciado Drugar, aquella gente de niebla no se presentó. Aleatha y el enano esperaron mucho tiempo, pero no apareció nadie. El mosaico de la estrella radiante del anfiteatro permaneció desierto.

Aleatha, aburrida, deambuló en torno al mosaico y lo contempló detenidamente.

—Fíjate, Drugar —dijo, al tiempo que hincaba la rodilla—. Este dibujo es idéntico al de la puerta de la ciudad, ¿no?

Drugar se inclinó para examinarlo. Sí, el mismo símbolo. Y en el centro de las runas había un espacio vacío, igual que en el signo mágico de la puerta de la muralla.

Drugar se llevó los dedos al amuleto que colgaba de su cuello. Cuando había colocado el amuleto en el espacio vacío del símbolo mágico, la puerta se había abierto. Notó los dedos helados y un temblor en la mano. Rápidamente, se apartó del mosaico y miró a Aleatha, temiendo que se hubiera dado cuenta de su reacción y se le hubiese ocurrido la misma idea.

Pero la elfa ya había perdido el interés. La gente inmaterial no estaba presente y el lugar, por tanto, le resultaba aburrido. Había expresado su deseo de marcharse, y Drugar no puso la menor objeción a escoltarla.

Ese mismo día por la tarde, los dos regresaron al lugar. La luz de la máquina de la estrella estaba encendida y despedía un fulgor deslumbrante. Esta vez, la gente de niebla deambulaba de nuevo por el escenario del anfiteatro.

Aleatha se sentó y observó sus movimientos con una mezcla de frustración y alegría, tratando de captar sus voces.

—Están hablando —comentó—. Veo cómo mueven la boca. Y mueven las manos al hablar, como para ayudarse a dar forma a las palabras. Es gente de carne y hueso, estoy segura, ¿pero dónde están? ¿Y de qué hablan? ¡Resulta tan irritante no poder averiguarlo!

Drugar jugueteó de nuevo con el amuleto, en silencio.

No obstante, las palabras de la elfa quedaron grabadas en la mente del enano. Poco a poco, éste empezaba a ver a la gente de niebla como lo hacía Aleadla: como



seres reales. Poco a poco, fue observando detalles de las figuras vaporosas y creyó reconocer a algunos de los enanos del día anterior. Para él, todos los elfos y humanos eran iguales y no tenía modo de saber si eran o no los mismos de otras veces. Pero de los enanos —de uno de ellos en particular—, Drugar estaba seguro de haberlos visto anteriormente.

Ese enano en particular era un comerciante de cerveza. Así se lo indicó a Drugar el trenzado de su barba, que denotaba el gremio al que pertenecía, y la jarrita de plata. Ésta, colgada de una cinta de terciopelo anudada en torno al cuello, era utilizada para ofrecer a los clientes una degustación de su producto. Y, según todos los indicios, su cerveza era buena. El enano parecía un individuo acomodado, a juzgar por sus ropas. Elfos y humanos lo saludaron con respeto, entre reverencias y gestos de cabeza. Algunos humanos incluso hincaron la rodilla para hablar con él de modo que sus ojos quedaran a la misma altura (una cortesía que Drugar no había imaginado posible en el trato entre un humano y un enano; aunque, a decir verdad, Drugar no había tenido muchas relaciones con humanos o elfos a lo largo de su vida, algo que siempre había agradecido).

—He decidido llamar a ese elfo de ahí «maese Gorgo» —comentó Aleatha. Ya que la gente de niebla no le decía nada, la elfa había empezado a hacer comentarios sobre las figuras. Había comenzado a darles nombres y a imaginar las relaciones que existían entre ellas. En realidad, le encantaba colocarse justo al lado de alguno de los seres vaporosos y hacer comentarios acerca de él con el enano.

—Una vez conocí a un maese Gorgo. Tenía unos ojos tan saltones como los de este pobre hombre. Aunque éste viste bien; mucho mejor que Gorgo, que no tenía el menor gusto en ropas. Y la mujer que está con él... es espantosa. Fíjate cómo se agarra a él: no debe de ser su esposa. Parece que ahí están de moda los vestidos con escote pronunciado pero, si yo tuviera sus pechos, llevaría la ropa abrochada hasta la barbilla. Y vaya humanos tan atractivos tenemos por aquí. Fíjate cómo van y vienen con entera libertad, como si fueran los dueños del lugar. Esos elfos tratan a sus esclavos humanos con demasiada despreocupación. Fíjate bien, Drugar, ahí está ese enano de la jarrita de plata. Es el mismo que vimos ayer. ¡Y está hablando con maese Gorgo! Y ahí se acerca un humano para unirse a la conversación. Creo que lo llamaré Rolf. Una vez tuvimos un esclavo con ese nombre, que...

Pero Drugar había dejado de prestar atención. Con la mano en el amuleto, dejó el banco que había ocupado hasta entonces y, por primera vez, se aventuró entre aquella gente que parecía tan real y era tan falsa, que hablaba tanto y permanecía tan silenciosa.

— ¡Drugar! ¡Por fin estás aquí, entre nosotros! —Aleatha soltó una carcajada y se puso a dar vueltas en una animada danza que hinchó las faldas en torno a su cuerpo—. Qué divertido, ¿verdad? —La elfa interrumpió la danza y frunció los labios con gesto enfurruñado—. Pero sería más divertido si fueran de carne y hueso. ¡Ah, Drugar, a veces preferiría que no me hubieras traído aquí! El lugar me gusta, pero me produce tanta nostalgia... ¿Qué estás haciendo, Drugar?

El enano no respondió. Se arrodilló en el centro de la estrella radiante, se quitó el amuleto que colgaba en torno a su cuello y colocó el objeto en el espacio vacío del centro del símbolo mágico, igual que había hecho en la puerta de la ciudad.



Escuchó un grito de Aleatha, pero el sonido llegaba lejano, muy lejano, y Drugar ni siquiera estuvo seguro de haberlo captado...

Una mano le dio una palmada en la espalda.

— ¡Tú, señor! —dijo una voz resonante, en el idioma de los enanos. Una jarrita de plata se balanceó ante la nariz de Drugar—. Creo que eres forastero en nuestra hermosa ciudad. Y bien, señor, ¿te apetece probar la mejor cerveza de todo Pryan?



CAPÍTULO 38



EL LABERINTO

La mañana siguiente, Haplo despertó curado y descansado y permaneció un buen rato tumbado, sin moverse, pendiente de los sonidos del Laberinto. Mientras había estado atrapado en aquel lugar, lo había aborrecido. El Laberinto le había arrebatado todo lo que había amado en su vida. Pero también le había proporcionado todo cuanto había amado. Hasta aquel instante, el patryn no se había dado cuenta de ello; sólo ahora alcanzaba a comprenderlo.

La tribu de pobladores que lo había acogido cuando era un chiquillo, después de la muerte de sus padres... Haplo no recordaba los nombres, pero podía ver sus rostros bajo la pálida luminosidad grisácea que apenas era una leve claridad en las densas sombras, pero que constituía la luz diurna en el Laberinto. No había vuelto a pensar en aquella gente desde hacía mucho tiempo, desde el día en que se había marchado. Los había apartado de sus pensamientos entonces, como suponía que ellos lo habrían apartado de los suyos. Pero ahora sabía que no era así. Los hombres que habían rescatado al chiquillo asustado quizá pensaban en él, todavía. La anciana que lo había acogido y alimentado aún debía de preguntarse dónde estaba y qué había sido de él. El joven que le había enseñado el arte de grabar las runas en las armas quizá sentía interés todavía por saber si sus enseñanzas habían resultado provechosas.

En aquel momento, Haplo habría ofrecido una fortuna por poder reunirse con ellos, hablar con ellos y darles las gracias.

—Me enseñaron a odiar —musitó, prestando atención al rumor de los animalillos y a los trinos de los pájaros. Era la primera vez que reparaba en ellos; en realidad, no podía decir que los hubiera olvidado. Acarició las mandíbulas del perro, que dormitaba con la cabeza sobre el pecho de su amo—. Nunca me enseñaron a amar.

Se incorporó bruscamente hasta quedar sentado. El perro, perturbada su paz, se levantó, bostezó, se estiró y salió corriendo en persecución de unas ardillas ocupadas en buscar provisiones. Marit estaba acostada aparte de Haplo y su grupo, y a distancia, también, de los otros patryn. Dormía como Haplo la

recordaba, enroscada en el mismo ovillo apretado. Él evocó las noches a su lado, con los cuerpos enredados, el vientre apretado contra su espalda y acunándola entre los brazos con aire protector, y se preguntó qué habría sentido durmiendo con ella y su hija, la niña entre ellos, abrigada, protegida, amada...

Con gran sorpresa y desconcierto, notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. Apurado y casi irritado consigo mismo, las enjugó rápidamente.

Oyó quebrarse un palo a su espalda.

Empezó a darse la vuelta pero, antes de que terminara el gesto, Hugh *la Mano* ya se había incorporado de un salto y hacia frente a Kari.

—Está bien, Hugh —dijo Haplo en idioma humano, al tiempo que se ponía en pie—. Kari nos ha hecho saber que se acercaba.

Así era. Kari había pisado el palo a propósito, advirtiéndoles cortésmente de su proximidad.

— ¿Esos que llamas mensch no necesitan dormir? —Preguntó la patryn a Haplo—. Mi gente ha observado que tu amigo ha pasado despierto toda la noche.

—Ellos no tienen magia rúnica que los proteja —explicó Haplo con la esperanza de que no se sintiera ofendida—. Hemos soportado muchos peligros. El mensch... es decir, los dos mensch —Haplo se acordó de incluir a Alfred— se sienten nerviosos, como es lógico, en un lugar tan extraño y aterrador como éste.

« ¿Y por qué han venido a este lugar tan extraño y aterrador? » La pregunta casi asomó en los labios de Kari. Haplo escuchó las palabras con la misma claridad que si las hubiese oído en voz alta. Pero no le correspondía a ella interrogarlo sobre aquellos extremos. La patryn dirigió una mirada conmisericordiosa a Hugh, cambió unas palabras con Haplo en su idioma y le entregó una hogaza de pan duro.

— ¿Qué te ha dicho? —quiso saber *la Mano*, siguiendo con una mueca ceñuda a la patryn mientras ésta se alejaba.

—Dice que debes de correr más rápido que un conejo; de lo contrario, no habrías vivido tanto —respondió Haplo con una sonrisa.

Hugh no lo encontró divertido. Lanzó una mirada sombría a su alrededor.

—Me sorprende que nada viva mucho tiempo en este lugar. Estos bosques producen una sensación nefasta. Me alegraré cuando salgamos de ellos.

Contempló malhumorado la masa de pan descolorido que Haplo tenía en las manos y preguntó si aquello era el desayuno. Haplo asintió.

—No me apetece.

Con la pipa en la boca, el asesino se dirigió hacia el arroyo.

Haplo volvió la vista hacia el lugar donde Marit había pasado la noche. La mujer ya estaba despierta y se aplicaba a la primera cosa que hacían todos los patryn por la mañana: comprobar el estado de las armas habituales y preparar otras nuevas. En aquel momento estaba revisando una lanza de grandes dimensiones con una punta de piedra en la que había grabado numerosas runas. Era un arma de calidad; muy probablemente, regalo de algún patryn de aquel grupo. Haplo recordó al que había acudido al encuentro de Marit la noche anterior. Sí, el hombre llevaba una lanza parecida.

—Excelente —comentó Haplo, acercándose a Marit—. Un trabajo espléndido.

Marit se sobresaltó y su mano se cerró en torno al asta del arma.

—Lo siento —añadió él, sorprendido de su reacción—. No pretendía asustarte. Marit se encogió de hombros, fría e indiferente.

—No te he oído llegar, eso es todo. Este lugar espantoso... —dijo de improviso, al tiempo que echaba una mirada a su alrededor—. ¡Había olvidado cuánto lo detestaba!

Marit sacó una navaja —otro regalo, tal vez— y empezó a perfeccionar un signo mágico grabado en la punta de piedra. Sus ojos no miraron directamente a Haplo en ningún instante.

— ¡Lo aborrezco! —repitió en voz baja.

—En cambio, por extraño que parezca —dijo Haplo—, esta mañana me he despertado pensando que, de algún modo, me alegraba de estar aquí otra vez. Mis recuerdos no son tan malos...

Impulsivamente, el patryn extendió las manos hacia ella. Marit echó la cabeza hacia atrás y se volvió de repente. Los cabellos, movidos por la inercia, azotaron el rostro de Haplo. Enseguida, la patryn interpuso la lanza entre ambos.

—Ahora estamos en paz. Te he salvado la vida. Ya no te debo nada. Recuérdalo.

Lanza en ristre, la mujer se alejó. Varios miembros del grupo de Kari se disponían a abandonar el claro para explorar el camino. Marit se unió a ellos y ocupó un lugar junto al patryn que le había dado la lanza.

Haplo la siguió con la mirada, perplejo. El día anterior, Marit había reclamado derechos sobre él y había advertido a Kari que no se le acercara. Y después, por la noche, había conversado con él y se había alegrado —al menos, así se lo había parecido a Haplo— de tenerlo cerca.

Aquello se había borrado. De repente, todo era distinto. ¿Qué había sucedido en aquel lapso de tiempo? No tenía la menor idea.

Kari y los suyos estaban levantando el improvisado campamento y se disponían a emprender la marcha. Los pájaros habían callado y el único ruido del bosque era la irritada cháchara de un trío de ardillas que, desde las ramas, arrojaban cáscaras de nuez al perro que ladraba al pie de un árbol. Haplo echó un vistazo a su piel: los signos mágicos emitían un leve resplandor. Peligro; no inminente, pero tampoco muy lejano. Nunca muy lejano.

Masticó un pedazo de pan. Le llenó el estómago; es lo único que pudo decir en su honor.

— ¿Puedo..., puedo coger un poco?

Haplo encontró a Alfred a su lado, con la vista puesta en la hogaza. Prácticamente, se la arrojó al sartán.

Alfred agarró el pan después de que estuviera a punto de escurrírsele entre las manos y mordisqueó una esquina. Se dispuso a comentar algo, pero Haplo lo interrumpió.

— ¡Aquí, perro estúpido! —Lanzó un silbido—. ¡Basta de alboroto!

El animal calló de inmediato al oír el tono de recriminación, severo e inhabitual. Con la cabeza gacha y un trotecillo, volvió a su lado mansamente, como si se preguntara qué había hecho para merecerlo.

— ¿No tienes hambre? —preguntó Alfred.

Haplo dijo que no con la cabeza.

—Pues deberías comer algo...

—Aquí corres peligro —anunció Haplo en tono lúgubre.

Alfred puso cara de alarma y casi dejó caer el pan. Miró a su alrededor con expresión temerosa, como si esperara encontrar una manada de hombres tigres surgiendo de entre los árboles. En lugar de eso, vio solamente a Hugh *la Mano*,

desnudo hasta la cintura, que sumergía la cabeza y los hombros en la impetuosa corriente. No muy lejos, el grupo de patryn se aprestaba a emprender la marcha.

Kari agitó la mano en dirección a Haplo, invitando a éste y a sus compañeros a unirse a ellos. Haplo respondió con otro gesto, indicando a la mujer que se pusiera en camino. Kari lo miró con aire dubitativo y expresión ceñuda. Dividirse no era una buena idea y Haplo lo sabía tan bien como ella. Pero, en realidad, él y los suyos no formaban parte del grupo, se dijo con amargura. Dirigió una sonrisa tranquilizadora a la patryn y levantó la mano con la palma vuelta hacia ella para indicar que no sucedía nada, que los alcanzarían en un momento. Kari se encogió de hombros y partió.

—Dices que estoy en peligro. No entiendo... —murmuró Alfred.

—Debes volver atrás.

— ¿Atrás? ¿Adonde? —Alfred miró a Haplo, confuso e impotente.

—Al Vórtice. Hugh *la Mano* te acompañará. ¡Diablos, no podrías quitártelo de encima de ninguna manera! Creo que tenéis buenas posibilidades de conseguirlo. Los hombres tigres, si aún siguen rondando por aquí, nos seguirán a nosotros.

—Pero el Vórtice quedó destruido.

— ¡Para ti, no, sartán! ¡He visto tu magia! Mataste al rey de las serpientes dragón y resucitas a los muertos. Seguro que eres capaz de levantar los cascotes de la condenada montaña hasta dejarla como estaba antes.

—Pero dijiste que no utilizara la magia —protestó Alfred—. Ya viste lo que sucedió...

—Creo que el Laberinto te dejará en paz esta vez... sobre todo si sabe que te propones abandonarlo.

Alfred se sonrojó. Agachó la cabeza y miró de reojo a Haplo.

—Tú... dijiste que me necesitabas...

—Mentía. No te necesito. No necesito a nadie. Lo que he venido a hacer aquí es inútil, de todos modos. Mi hija está muerta. Asesinada por vuestra maldita prisión. Vamos, sartán. Vete de aquí.

—«Sartán», no. Me llamo...

— ¡No me digas que te llamas Alfred! —De pronto, Haplo estaba furioso—. ¡Ése no es tu nombre! Alfred es un nombre mensch que adoptaste cuando decidiste disimular tu naturaleza haciéndote pasar por uno de ellos. Nadie sabe cuál es tu verdadero nombre porque es un nombre sartán y nunca has confiado en nadie lo suficiente como para revelárselo, de modo que...

—Coren.

— ¿Qué? —Haplo se detuvo en seco, con un parpadeo.

—Me llamo Coren —repitió Alfred sin levantar la voz.

— ¡Que me...! —Haplo rebuscó en sus conocimientos del lenguaje rúnico de los sartán—. Eso significa «escoger», o algo parecido.

Alfred asintió con una débil sonrisa.

—«Elegido», para ser preciso. Yo, elegido. Resulta ridículo, ¿verdad? El nombre no significa nada, desde luego. Entre los sartán es muy corriente. Casi todas las familias tienen..., tenían algún miembro llamado así. Supongo que con la esperanza de que el nombre sea un buen augurio. Ya ves por qué no te lo he revelado nunca. No es que desconfiara de ti; no quería que te burlaras.

—No me resulta divertido —respondió Haplo.

Alfred dio muestras de gran incomodidad.

—Pues debería. Es toda una ironía, realmente.

Hugh *la Mano* regresó del arroyo sacudiéndose el agua de la cabeza y los hombros. Al llegar al claro vacío se detuvo, preguntándose sin duda qué había sido de los demás.

—Ese nombre tuyo no te parecería tan divertido cuando despertaste y te encontraste solo en el mausoleo, ¿verdad, Coren? —lo interpeló Haplo sin alzar la voz.

Alfred se sonrojó de nuevo; después palideció. Un temblor se adueñó de sus manos y dejó caer el pan, para extrema satisfacción del perro. El sartán se derrumbó sobre un tocón de árbol y exhaló un suspiro que arrancó un estertor de su garganta.

—Tienes razón. Elegido. Elegido para seguir vivo cuando todos mis seres queridos habían muerto. ¿Por qué? ¿Para qué? Cualquiera de ellos era mucho mejor que yo. Cualquiera era más valioso. —Alfred levantó la vista con una expresión atribulada en sus pálidas facciones. La mano temblorosa se cerró con fuerza—. Entonces aborrecí mi nombre. Lo odié. Me alegré de adoptar el nombre que utilizo ahora y me propuse olvidar el otro. Y lo conseguí. Se me había borrado de la memoria... hasta que te encontré.

Alfred suspiró de nuevo con una triste sonrisa.

Haplo volvió la mirada al asesino y le hizo una seña.

La Mano se encaramó con agilidad a las ramas de un árbol y estudió el camino en la dirección que habían tomado los otros patryn. Descendió del árbol y levantó un dedo.

Así pues, se dijo Haplo, Kari los tenía bajo observación. Había dejado a uno del grupo esperándolos. Una nueva muestra de cortesía. La patryn estaba preocupada y no quería que se perdieran.

Soltó un bufido.

Alfred seguía parlotteando, visible y profundamente aliviado de poder soltar lo que llevaba dentro.

—Cada vez que me hablabas, Haplo, aunque me llamaras Alfred, yo entendía «Coren». Resultaba atemorizador y, al mismo tiempo, me sentaba bien oírlo. Era atemorizador porque no comprendía a qué venía aquello, pero también era un placer pues me recordaba mi pasado, mi pasado remoto, cuando mi familia y mis amigos vivían todavía.

»Me preguntaba cómo podías hacer tal cosa, quién eras... Al principio creí que podías ser uno de los míos, pero enseguida supe que no. Sin embargo, tampoco podías ser un mensch, evidentemente. Y entonces recordé. Recordé la historia de los tiempos antiguos. Recordé los relatos acerca del..., discúlpame, del enemigo ancestral.

»Esa noche, en Ariano, cuando fuimos encerrados en el tonel, te sometí a un hechizo y te hice dormir.

Haplo lo miró asombrado, con los ojos como platos.

— ¿Un hechizo? ¿Tú a mí?

—Me temo que sí —confirmó Alfred, sonrojándose—. Sólo era un hechizo de sueño. Llevabas esos vendajes en las manos para ocultar los tatuajes, de modo que me acerqué, levanté una délas vendas y vi...

— ¿De modo que fue así como lo supiste? —Con un gesto, Haplo indicó al asesino que se uniera a ellos—. Lo imaginaba. Y, por fascinante que haya sido ese viaje por los recuerdos, Coren, nada de ello cambia el hecho de que corres peligro y debes marcharte...



—Claro que lo cambia —replicó Alfred, poniéndose en pie tan deprisa que sobresaltó al perro. El animal se incorporó a cuatro patas con un bufido, con las orejas erguidas y el pelo del cuello erizado, preguntándose qué sucedía—. Ahora sé qué significa mi nombre.

— ¡Es sólo un nombre, maldita sea! No significa nada. Tú mismo lo has dicho.

—Para mí, sí que significa. Tú me lo has hecho ver, Haplo. Incluso lo has dicho. No «Elegido», sino «El que elige». Ése es el verdadero sentido de la palabra. Hasta ahora, siempre se ha encargado otro de tomar las decisiones por mí. Me desmayo —Alfred abrió las manos en gesto de impotencia—, o me derrumbo o, si alguna vez me lanzo a alguna acción —miró de reojo a Hugh con aire culpable—, luego lo «olvido».

»Pero ahora las cosas han cambiado. —Alfred se plantó ante el patryn, muy erguido y solemne—. Ahora decido quedarme aquí. Dijiste que me necesitabas. Hiciste que me avergonzara de mí mismo.

Tú has tenido el valor de entrar en este lugar espantoso... ¿por qué motivo? ¿Por ambición? ¿Por poder? No; has venido por amor. Y el Laberinto tiene miedo, en efecto, pero no de mí. ¡Te teme a ti, Haplo! Has traído a él la única arma que no sabe combatir.

Alfred alargó la mano hacia abajo, dio unas tímidas palmaditas al perro y acarició sus orejas sedosas.

—Sé que es peligroso y no estoy seguro de si seré de alguna utilidad, pero escojo quedarme —dijo con un susurro, sin mirar a Haplo—. Escojo quedarme aquí contigo.

—Nos están observando —anunció Hugh *la Mano*, reapareciendo detrás de ellos—. A decir verdad, cuatro tipos han dado media vuelta y vienen hacia aquí. Con todas sus armas. Por supuesto, puede que nos aprecien tanto que no soportan tenernos lejos de sus ojos, pero lo dudo...

Hugh sacó la pipa del bolsillo y la estudió, pensativo. Se la llevó a la boca y habló entre dientes:

—Marit nos ha traicionado, ¿verdad?

—Sí —respondió Haplo, y volvió la mirada hacia atrás, hacia la montaña desmoronada de la que procedían.



CAPÍTULO 39



LA CIUDADELA PRYAN

Roland, Rega y Paithan se hallaban en la antesala de la Cámara de la Estrella. Por debajo de la puerta de ésta se filtraba una luz brillante. Paithan y Roland se frotaban los ojos.

— ¿Veis algo, ya? —preguntó Rega, inquieta.

—Sí —respondió Roland con aspereza—. Manchas. Si me has dejado ciego, elfo...

—Se te pasará. —Paithan empleó el mismo tono—. Dale tiempo.

— ¡Te dije que no miraras abajo! —exclamó Roland, furioso—. ¡Pero no! ¡Tenías que asomarte a ese maldito pozo y desmayarte!

— ¡No lo he hecho! ¡Me han resbalado las manos! Y, respecto al pozo, resulta fascinante... —dijo el elfo, estremeciéndose— y muy escalofriante...

—Algo parecido a lo que sucede con tu hermana —replicó el humano, burlón.

Paithan lanzó un puñetazo hacia donde había sonado la voz, pero no acertó y estrelló el puño contra una pared. Con un grito de dolor, empezó a lamerse los nudillos ensangrentados.

—Paithan, mi hermano no habla en serio —intervino Rega—. Sólo pretende burlarse. Está tan enamorado de Aleatha que es incapaz de ver las cosas como son.

— ¡Y tal vez nunca vuelva a verlas de ninguna manera! —Exclamó Roland—. Respecto a que esté enamorado de esa descocada...

— ¿Descocada? —Paithan cargó contra Roland—. ¡Discúlpate ahora mismo!

Los dos rodaron por el suelo enzarzados, golpeándose mutuamente.

— ¡Basta! —Rega se plantó junto a ellos, gritando y soltando alguna que otra patada a cualquiera de los contendientes que se ponía al alcance de su puntera—. ¡Estaos quietos los dos! Se supone que vamos a la fiesta...

La mujer dejó la frase sin terminar. Xar había aparecido al pie de la escalera que conducía a la Cámara de la Estrella. Con los brazos cruzados sobre el pecho, tenía la vista levantada hacia ellos con una expresión sombría y ceñuda.



—La fiesta... —repitió Rega, nerviosa—. ¡Paithan, levántate! ¡Xar está aquí! ¡Vamos, Roland! ¡Parecéis un par de idiotas!

Paithan aún no alcanzaba a ver demasiado bien pero, al captar el tono tenso de la voz de Rega, dejó de golpear a su adversario y se puso en pie tambaleándose. Las mejillas le ardieron de vergüenza al imaginar lo que estaría pensando el viejo hechicero.

—Me has dejado un diente bailando —murmuró Roland, de cuya boca salía un poco de sangre.

— ¡Cállate! —masculló Rega.

Los efectos de la luz cegadora empezaban a remitir. Paithan pudo distinguir por fin al hechicero. Xar intentaba aparentar que encontraba divertida la escena pero, aunque las arrugas en torno a sus ojos querían mostrar una sonrisa tolerante, su mirada era más fría y oscura que el pozo de la escalera que conducía a la Cámara de la Estrella. Cuando Paithan miró aquellos ojos, notó un nudo en el estómago. Incluso se descubrió dando un paso atrás, de forma automática, para retirarse del rellano superior de la escalera de caracol.

— ¿Dónde están los otros? —preguntó Xar con voz afable y obsequiosa—. Quiero que asistáis todos a la fiesta.

— ¿Qué otros? —preguntó Rega, evasiva.

—La otra mujer. Y el enano —indicó Xar, sonriente.

— ¿Te has fijado en que no parece recordar nunca nuestros nombres? —murmuró Roland a Paithan entre dientes.

— ¿Sabéis una cosa? —intervino Rega—, Aleatha tenía razón. Ese hombre es repulsivo. —La humana alargó la mano y cogió la de Paithan—. En realidad, no quiero asistir a esa fiesta.

—Creo que no tenemos más remedio que acudir —respondió el elfo sin alzar la voz—. ¿Qué excusa podríamos ofrecer?

—Dile, sencillamente, que no queremos —dijo Roland, refugiándose detrás de Paithan.

— ¿Dile? ¿Por qué no te encargas tú de hacerlo? —replicó el elfo.

—Creo que no le caigo bien.

— ¿Dónde está tu hermana, elfo? —Las cejas de Xar se juntaron en el centro de su frente—. ¿Y el enano?

—No lo sé. No los he visto. Eh... ¡iremos a buscarlos! —Se apresuró a ofrecerse Paithan—. ¿Verdad que sí?

—Sí. Ahora mismo.

—Yo también voy.

Los dos humanos y el elfo echaron a correr escalera abajo. Al llegar al pie, se detuvieron. Xar se encontraba ante ellos, obstruyéndoles el paso. Roland y Rega forzaron a Paithan a tomar la palabra.

—Eh... vamos a buscar a Aleatha..., a mi hermana —explicó Paithan con un hilo de voz—. Y al enano. A Drugar, el enano.

Xar asintió con otra sonrisa.

—Daos prisa o se enfriará la comida.

—Tienes razón.

Paithan se escabulló de la presencia del hechicero y se lanzó como un dardo hacia la puerta.

Rega y Roland avanzaron pisándole los talones. Ninguno de los tres dejó de correr hasta que estuvieron fuera del edificio principal, en la amplia escalinata de



mármol a cuyos pies se abría la ciudad desierta. Nunca la ciudadela había producido la impresión de estar tan vacía.

—Esto no me gusta —dijo Rega con voz temblorosa—. Y ese Señor Xar, todavía menos. ¿Qué quiere de nosotros?

— ¡Chitón! Ten cuidado —le avisó Paithan—. Nos está observando. No, no mires. Está ahí arriba, en un mirador.

— ¿Qué vamos a hacer?

— ¿Qué podemos hacer? —Intervino Roland—. Acudiremos a la fiesta. ¿Acaso queréis enfurecerlo? Quizá ya no recordéis lo que hizo a los titanes, pero yo sí. Además, ¿qué puede haber de malo en la invitación? Yo diría que nos asustamos de nuestra propia sombra.

—Roland tiene razón. Sólo es una fiesta. Si el hechicero nos deseara algún mal, y no hay ninguna razón para ello, seguro que podría causárnoslo sin tomarse tantas molestias.

—No me ha gustado su manera de mirarnos —insistió Rega con terquedad—. Y parecía demasiado impaciente. Demasiado excitado.

—A su edad y con su aspecto, no creo que lo inviten a muchas celebraciones —apuntó Roland.

Paithan observó la figura vestida de oscuro recortada en el mirador, inmóvil y silenciosa.

—Creo que deberíamos complacerlo. Será mejor que nos demos prisa en encontrar a Drugar y a Aleatha.

—Si se han metido en el laberinto, no habrá modo de dar con ellos. Y mucho menos enseguida —predijo Rega.

Paithan emitió un suspiro de frustración.

—Vosotros dos quizá deberíais regresar; yo intentaré encontrar a Aleatha...

— ¡No, no! —Protestó Roland, al tiempo que se pegaba materialmente al elfo—. Iremos todos.

—Está bien —asintió Paithan—. Entonces, supongo que deberíamos dividirnos...

— ¡Mirad! ¡Ahí viene Aleatha! —exclamó Rega, señalando con la mano.

La amplia escalinata en la que se encontraban dominaba una vista de la parte posterior de la ciudad. Aleatha acababa de aparecer en la esquina de un edificio; su vestido hecho trizas era una brillante mancha de color en contraste con el mármol blanco.

—Bien. Ahora sólo nos queda Drugar. Y supongo que al viejo no le importará que falte el enano...

—Le sucede algo —anunció Roland de improviso—. ¡Aleatha!

Bajó a grandes zancadas los anchos escalones y echó a correr hacia la elfa. Aleatha avanzaba hacia ellos con paso agitado; a la carrera, en realidad. Paithan intentó recordar la última ocasión en que había visto correr a su hermana.

En aquel instante, Aleatha se había detenido y estaba apoyada en la pared de un edificio, con una mano sobre el pecho en un gesto que parecía de dolor.

— ¡Aleatha! —exclamó Roland cuando llegó cerca de ella.

La elfa tenía los ojos cerrados. Al oírlo, los abrió, lanzó una mirada de gratitud al humano y, con un sollozo, alargó las manos hacia él y casi se derrumbó en sus brazos.

El la sostuvo, sujetándola con firmeza.

— ¿Qué sucede? ¿Qué te pasa?



— ¡Drugar! —consiguió articular Aleatha.

— ¿Qué te ha hecho? —Exclamó Roland, estrechándola en sus brazos con ferocidad—. ¿Te ha hecho daño? ¡Por los antepasados que lo voy a...!

— ¡No, no! —Aleatha movió la cabeza enérgicamente. Sus cabellos flotaron en torno a su rostro en una nube rubio ceniza que emitía ligeros reflejos. Tomó aliento con esfuerzo y añadió—: ¡El enano ha..., ha desaparecido!

— ¿Desaparecido? —Paithan llegó al lugar en compañía de Rega—. ¿Qué significa eso, Thea? ¿Cómo ha podido desaparecer?

—No lo sé. —Aleatha levantó la cabeza y mostró sus azules ojos, desorbitados y asustados—. Lo tenía al lado, al alcance de la mano y, de pronto...

Apoyó la cabeza en el pecho de Roland y empezó a llorar. El humano le dio unas palmaditas en la espalda y dirigió una mirada de interrogación al elfo.

— ¿De qué está hablando?

—Ni idea—reconoció Paithan.

—No os olvidéis de Xar —intervino Rega sin alterarse—. Aún sigue observándonos.

— ¿Han sido los titanes? Vamos, Thea no te pongas histérica...

—Demasiado tarde —anunció Rega, tras volverse hacia ella.

Aleatha había roto en un incontrolable sollozo. De no ser por Roland, se habría derrumbado en el suelo.

—Miradla. Tiene que haberle sucedido algo terrible —murmuró el humano, sosteniéndola en brazos con ternura—. Normalmente, no reacciona así. Ni siquiera cuando el dragón nos atacó.

Paithan tuvo que darle la razón. Él también empezaba a sentirse nervioso e impaciente.

— ¿Qué debemos hacer con ella?

Rega tomó el mando de la situación.

—Tenemos que tranquilizarla lo suficiente como para que nos cuente qué ha sucedido. Llévemola al edificio principal. Acudamos a esa estúpida fiesta y démosle a beber un buen vaso de vino. Si realmente ha sucedido algo tan terrible... por ejemplo, que los titanes hayan entrado y hayan raptado a Drugar, el Señor Xar debería saberlo. Tal vez él pueda protegernos.

— ¿Por qué iban los titanes a entrar y raptar a Drugar? —interpeló Paithan. Era una pregunta perfectamente lógica, pero quedó sin respuesta. Roland no alcanzó a oírla a causa de los sollozos e hipidos de Aleatha, y Rega dedicó una mirada despectiva al elfo y movió la cabeza con gesto recriminatorio.

—Que beba un vaso de vino —repitió, y los tres volvieron en comitiva al edificio principal, transportando a Aleatha.

Xar salió a recibirlos a la puerta y torció el gesto al observar a la elfa con una crisis nerviosa.

— ¿Qué tiene?

—Ha sufrido una especie de conmoción —explicó Paithan, elegido portavoz una vez más gracias a un empujón de Rega por la espalda—. No sabemos qué le sucede porque está tan perturbada que no es capaz de decírnoslo.

— ¿Dónde está el enano? —preguntó Xar, ceñudo.

Al oírlo, Aleatha soltó un grito sofocado.

— ¿Que dónde está el enano? ¡Ésta sí que es buena! —Se cubrió el rostro con las manos y soltó una violenta carcajada.



Paithan estaba cada vez más preocupado. Nunca había visto tan alterada a su hermana.

—Tiene por costumbre vagar por el laberinto y...

Rega intervino, nerviosa:

—Hemos pensado que un vaso de vino...

Elfo y humana se dieron cuenta de que estaban hablando a la vez y se callaron. Xar lanzó una mirada penetrante a Rega.

—Vino... —murmuró. Volvió la vista a la elfa y añadió—: Tienes razón. Un buen vaso de vino la reconfortará enormemente. Todos deberíamos tomar uno. ¿Dónde decís que está el enano?

—No lo hemos dicho —respondió Paithan con cierta impaciencia, receloso de aquella insistencia en Drugar—. Si conseguimos que Aleatha se tranquilice, quizá lo averigüemos.

—Sí, la tranquilizaremos —dijo Xar sin alzar la voz—. Entonces averiguaremos lo que necesitamos saber. Por aquí —indicó, y se deslizó furtivamente detrás de ellos, con los brazos abiertos—. Por aquí.

Paithan había visto a los agricultores humanos en tiempo de cosecha, cuando recorrían los campos moviendo las guadañas entre las altas mieses, segándolas con amplios movimientos. Los brazos de Xar le recordaron esas guadañas, como si en cualquier momento fueran a caer sobre ellos, y sintió el impulso de dar media vuelta y salir de allí. Pese a ello, se obligó a seguir a los demás.

¿Qué había de temer, al fin y al cabo? Se sentía ridículo. Se preguntó si los dos humanos compartirían sus temores y les dirigió una breve mirada. Roland estaba tan preocupado por Aleatha que se habría arrojado por un precipicio sin enterarse. Rega, en cambio, daba visibles muestras de nerviosismo. No dejaba de volver la cabeza hacia Xar mientras éste los apremiaba con aquellos brazos como hojas de guadaña.

El hechicero condujo a los mensch hacia una amplia sala circular que antiguamente había sido, quizás, un salón de banquetes o de recepciones. En el centro había una mesa redonda. La estancia se hallaba situada bajo la Cámara de la Estrella y era uno de los lugares de la ciudadela desierta en el que los mensch no habían entrado nunca.

Al llegar ante la puerta en arco que daba paso a la sala, Paithan se detuvo en seco, tan de improviso que Xar topó con él. El brazo del viejo hechicero rodeó la cintura del elfo. Rega se detuvo junto a Paithan, alargó la mano y tiró de la manga a su hermano, alertándolo de la situación.

—¿Qué sucede ahora? —La voz de Xar tenía un leve tono de irritación.

—Nosotros no..., no vamos a entrar ahí —declaró el elfo.

—Esta cámara no quiere que entremos en ella —lo secundó Rega.

—Tonterías —replicó Xar—. Sólo es una sala más.

—No. Es mágica —dijo Paithan en voz baja, con un tono de temor reverencial—. Se oyen voces. Y el globo...

Miró a su alrededor y no terminó la frase.

—¡Ha desaparecido! —exclamó Rega.

—¿De qué habláis? —Xar había recuperado el tono afable—. Decidme.

—Verás... Ahí, colgado sobre la mesa, había un globo de cristal que tenía cuatro extrañas luces en su interior. Y, cuando me acerqué a mirar y puse la mano sobre la mesa, de repente empecé a oír voces. Voces que hablaban en un idioma



extraño. No entendí lo que decían, pero no parecía que me quisieran cerca, de modo que... me marché...

—Y ninguno de nosotros ha vuelto aquí desde entonces —añadió Rega con un estremecimiento.

—Pero ahora el globo ha desaparecido. —Paithan clavó la mirada en Xar—. Tú lo has movido.

— ¿Que yo lo he movido? —Xar adoptó una expresión divertida—. ¿Y por qué habría de hacer tal cosa? Este salón no es diferente de otras estancias de la ciudadela. No he encontrado ningún globo ni he oído voces, pero es un lugar magnífico para una fiesta, ¿no os parece? Vamos, haced el favor de pasar. Nada de magia, os lo aseguro. No sufriréis ningún daño...

— ¡Fijaos! ¡Qué banquete tan espléndido! —Exclamó Roland—. ¿De dónde ha salido toda esa comida?

—Bueno... —dijo Xar con aire modesto—, una pizca de magia, tal vez. Y ahora, por favor, pasad y sentaos. Comed, bebed...

—Déjame en el suelo —ordenó Aleatha de improviso, con una voz muy calmada, sólo ligeramente llorosa.

Roland dio un respingo y la elfa casi le resbaló de las manos. La visión de la comida le había resultado irresistible.

— ¡Tenemos que volver atrás! —Aleadla se agitó entre sus brazos—. ¡Déjame en el suelo, estúpido! ¿No entendéis? ¡Tenemos que volver al laberinto! Drugar se ha ido con ellos. Tenemos que obligarlo a volver.

— ¿Adonde ha ido el enano? ¿Y con quién? —quiso saber Paithan.

— ¡Déjame en el suelo!

Aleatha dirigió una mirada furibunda a Roland y éste, ceñudo, la depositó en el suelo sin la menor delicadeza.

—Supongo que no pensarás que ha sido un placer —murmuró el humano con frialdad, y se acercó a la mesa rebosante de bocados exquisitos—. ¿Dónde está el vino?

—En una jarra —Xar señaló la mesa con un gesto, sin apartar la vista de Aleatha—. ¿Dónde has dicho que está el enano, querida?

La elfa le dirigió una mirada altiva, le volvió la espalda y se dirigió a Paithan.

—Estábamos en el laberinto. Encontramos... el teatro. Allí había gente, un montón de gente. Elfos, humanos y enanos...

—Déjate de bromas, Thea. —Paithan se sonrojó de bochorno.

— ¿Dónde está el vino? —murmuró Roland con la boca llena.

—Hablo en serio —exclamó Aleatha con un enérgico pisotón—. No son gente de carne y huesos. Sólo son gente de bruma. Se hacen visibles cuando se enciende la luz de la estrella. Pero... pero ahora... —se le quebró la voz—. ¡Ahora, Drugar es uno de ellos! ¡Se ha... transformado en uno de esos seres de niebla!

Asió del brazo a su hermano e insistió, irritada:

—Ven conmigo, ¿quieres, Paithan?

—Cuando hayamos comido un poco, quizás. —El elfo intentó aplacar a su hermana—. Tú también deberías tomar algo. Ya sabes cómo se ven las cosas con el estómago vacío.

— ¡Sí! —La palabra sonó con un siseo desagradable en los labios de Xar—. Comed y bebed. Os sentiréis mucho mejor.

—He encontrado la jarra del vino —anunció Roland—, pero está vacía. Alguien se lo ha bebido todo.



— ¿Qué? —Xar se volvió en redondo.

Roland le mostró la jarra vacía.

—Compruébalo si quieres.

Xar agarró la jarra y miró el interior con gesto airado. En el fondo del recipiente quedaba un pequeño resto del líquido rojizo. Lo olió y volvió la vista a los *menschen*, que se encogieron, alarmados ante su furia.

— ¿Quién se lo ha bebido?

Una vocecilla fina y estridente, que salía de debajo de la mesa, entonó una canción:

—«Goldfinger...»

Xar palideció; después, enrojeció de indignación. Llevó la mano bajo la mesa, agarró un pie que asomaba y tiró de él. Detrás del pie apareció el resto del anciano, tendido boca arriba y canturreando para sí, feliz y contento.

— ¡Tú! ¡Te has bebido el vino..., todo el vino! —Xar apenas podía articular palabra.

Zifnab lo miró desde el suelo con ojos lacrimosos.

—Un aroma delicioso. Un color exquisito. Un regusto un poco áspero, pero supongo que eso se debe al veneno... —Tumbado de espaldas, reemprendió el canturreo—. «Sólo se vive dos veces...»

— ¡Veneno! —Paithan se agarró a Rega, que a su vez se apretó contra él. Roland se atragantó a medio bocado y escupió lo que comía.

— ¡El viejo miente! —exclamó Xar con voz áspera—. No hagáis caso a ese viejo chiflado. No habla en serio...

El Señor del Nexo se apresuró a agacharse, puso la mano en el pecho del viejo y empezó a murmurar unas palabras al tiempo que movía los dedos en unos extraños gestos. Pero, de pronto, el rostro del viejo chiflado se contorsionó de dolor. Con un grito espantoso, levantó las manos al aire como si quisiera agarrarlo y su cuerpo se retorció violentamente. Alargando el brazo, se aferró al borde de la falda de Aleatha.

— ¡Veneno! ¡Xar lo reservaba... para vosotros! —dijo a duras penas.

Su cuerpo se enroscó de agonía. Después, se puso rígido, presa de un temblor incontrolable. Con un último grito convulso, el viejo quedó inmóvil. Tenía los ojos abiertos, desorbitados y fijos. Su mano permaneció firmemente aferrada a la falda de Aleatha. Estaba muerto.

Paralizado de espanto, Paithan contempló el cadáver. Roland se había retirado a un rincón, entre náuseas.

Xar los barrió a todos con la mirada, y Paithan apreció el destello de la hoja de la guadaña que se disponía a segarlos como espigas.

—Habría sido una muerte indolora —comentó el Señor del Nexo—. Rápida y sencilla. Pero ese estúpido lo ha trastocado todo. Tenéis que morir. Y vais a morir...

Xar alargó la mano hacia Aleatha.

La elfa lo miró aterrorizada, incapaz de moverse, con el vestido prendido en la mano del muerto. Aleatha tuvo la vaga impresión de que Paithan saltaba delante de ella, desviaba la mano del hechicero y...

Sin más aspiración que escapar de aquel lugar horrible, de aquel hombre terrible, de aquel cadáver espantoso, Aleatha arrancó la falda de entre los dedos del muerto y huyó de la cámara a la carrera, impulsada por el pánico.



CAPÍTULO 40



EL LABERINTO

— ¿Qué significa eso de que «ella nos ha traicionado»? —preguntó Alfred con inquietud.

—Que Marit les ha revelado que eres un sartán —respondió Haplo—. Y que yo te he traído al Laberinto por mi voluntad.

Alfred reflexionó detenidamente sobre el asunto.

—Entonces, al único que ha traicionado en realidad es a mí. Soy yo quien os pone en peligro a los dos. —Continuó sus reflexiones y añadió—: Podéis decirles que soy vuestro prisionero. Eso...

Dejó la frase sin terminar al ver la expresión sombría de Haplo.

—Marit sabe que no es así. Ella conoce la verdad. Y no tengo ninguna duda de que se la ha contado. Lo único que me pregunto —agregó Haplo sin variar el tono, con la vista perdida en el bosque—es qué más les habrá contado.

— ¿Vamos a quedarnos aquí, sin más? —quiso saber Hugh *la Mano*, ceñudo.

—Sí —respondió Haplo sin alterarse—. Vamos a quedarnos aquí.

—Podríamos echar a correr...

—Buena idea —asintió el patryn—. He intentado convencer a Coren de que...

—Alfred —lo corrigió tímidamente el sartán—. Por favor. Yo me llamo así. No..., no conozco a esa otra persona. Y no estoy dispuesto a volver atrás, como propones.

—Yo voy a donde él vaya —declaró Hugh. Los patryn ya estaban a la vista y seguían acercándose—. Podemos luchar.

—No —se opuso Haplo, sin detenerse a considerar siquiera tal posibilidad—. No voy a luchar con mi propia gente. Ya es suficiente desgracia... —se interrumpió y dejó la frase a medias.

—Se lo están tomando con calma. Quizá te hayas confundido con ella.

Haplo rechazó la sugerencia con un movimiento de cabeza.

—No están acostumbrados a tomar prisionero a otro patryn. Nunca ha habido necesidad de algo así. —Contempló el cielo plomizo y los árboles en sombra. Cuando volvió a hablar, lo hizo en un murmullo, para sí—.

Éste ha sido siempre un lugar terrible, peligroso y mortal. Pero al menos estábamos unidos: todos juntos contra él. Ahora, en cambio, ¿qué he hecho...?

Los patryn, conducidos por una Kari impasible, rodearon al dispar trío.

—Se han formulado graves acusaciones contra ti, hermano —anunció a Haplo.

Su mirada se volvió entonces hacia Alfred, que se sonrojó hasta la calva e improvisó una expresión de absoluta culpabilidad. Kari frunció el entrecejo y miró de nuevo a Haplo. Probablemente, esperaba que él lo negara todo.

Pero Haplo se encogió de hombros y no dijo nada. Echó a andar. Alfred, Hugh *la Mano* y el perro lo siguieron. Los patryn cerraron filas tras ellos.

Marit no estaba en el grupo.

La comitiva avanzó sigilosamente por el bosque. Los patryn lo hacían incómodos, agitados. Cada vez que Alfred se caía —lo cual sucedía continuamente, pues las circunstancias y el terreno se conjugaban para hacerlo aún más torpe de lo habitual—, los patryn aguardaban inflexibles a que se pusiera en pie de nuevo, sin prestarle ayuda ni permitir que Haplo o Hugh se acercaran al sartán.

Al principio, observaban a Alfred con torvas expresiones de enemistad pero luego, después de verlo estrellarse de bruces tras tropezar con una raíz de un árbol, caer en un hoyo y casi romperse la cabeza contra una rama baja, los patryn empezaron a cambiar miradas dubitativas aunque redoblaron la vigilancia. Por supuesto, podía ser una comedia destinada a ganarse su confianza.

Haplo recordó haber pensado exactamente lo mismo en su primer encuentro con Alfred.

Cuánto les quedaba por aprender.

Respecto al asesino humano, los patryn lo trataban con desdén.

No debían de tener la menor noticia de la existencia de los mensch; el propio Haplo desconocía las llamadas «razas inferiores» hasta que Xar le había informado de quiénes eran.³⁹ Además, Marit debía de haberles contado que Hugh *la Mano* no tenía conocimientos de magia rúnica y que, por tanto, era inofensivo. Haplo se preguntó si también se habría acordado de decirles que no se podía matar a aquel hombre.

Cuando algún patryn volvía la vista por casualidad hacia Haplo, lo cual sucedía rara vez, lo hacía con expresión torva y furiosa. Haplo se preguntó con inquietud qué les habría contado Marit. Y por qué.

El bosque empezó a aclararse. La partida de caza se aproximaba al lindero de la arboleda y, al llegar a aquel punto, Kari ordenó un alto. Ante ellos se extendía un amplio campo abierto de hierba corta y ondulada. Haplo descubrió con asombro signos de que algún animal había pastado en la zona. Si allí hubiera habido mensch, habría imaginado que cuidaban ovejas y cabras. Pero allí no había mensch. Allí sólo había patryn, congéneres suyos, y los patryn eran corredores, luchadores; no pastores.

Ardió en deseos de sondear a Kari pero, en aquellas circunstancias, la mujer no respondería a ninguna pregunta suya; no le diría ni si era de día o de noche.

A un centenar de pasos, en el campo abierto, corría un río de aguas oscuras y turbulentas que se abría paso entre empinadas riberas. Y más allá, al otro lado del río...

Haplo se quedó boquiabierto.

Más allá del río de aguas negras y repulsivas, se levantaba una ciudad.



Una ciudad. En el Laberinto.

No podía creer lo que veía, pero allí estaba. Aunque parpadeara, la alucinación no desaparecía. Allí, en una tierra de pobladores, de nómadas que pasaban la vida tratando de escapar de su prisión, había una ciudad. Construida por gente que no tenía por objetivo escapar. Por gente que se había establecido, que estaba a gusto allí. No sólo eso, sino que habían encendido un fuego guía, una baliza para llamar a otros: venid a nosotros, venid a nuestra luz, venid a nuestra ciudad.

Sólidos edificios de piedra, cubiertos de marcas rúnicas, se alzaban impasibles en la ladera de una montaña gigantesca, en cuya cima ardía el fuego. Probablemente, se dijo Haplo, aquellos edificios habían empezado como cuevas. Ahora se extendían hacia afuera y el suelo de algunos de ellos descansaba en el techo de otros. Descendían por la montaña de manera ordenada y se apelotonaban al pie de la ladera. La propia montaña parecía extender unos brazos protectores en torno a la ciudad construida en su regazo; una gran muralla, construida con piedra de la montaña, circundaba la ciudad. Las runas mágicas grabadas en la muralla reforzaban las defensas.

— ¡Caramba! —Murmuró Alfred—. ¿Es... esto es normal?

No; no era normal.

Marit había reaparecido. Era evidente que no le complacía estar allí, pero la perspectiva de tener que atravesar el peligroso cauce en campo abierto, presa fácil para cualquier enemigo, la había obligado a esperar al resto de la partida. Con todo, permaneció apartada de los demás, con los brazos cruzados ante el pecho. No miró en absoluto a Haplo; al contrario, evitó meticulosamente dirigirle la mirada.

A él le habría gustado hablar con la mujer. Hizo ademán de acercarse a ella, pero varios patryn le cerraron el paso. Parecían incómodos; debía de ser la primera vez que desconfiaban o temían un mal de uno de los suyos.

Haplo suspiró. ¿Cómo podría hacerles comprender...? Levantó las manos con la palma hacia el frente, indicando que no pretendía causar ningún daño y que obedecería sus órdenes.

Pero el perro no estaba para prohibiciones. La travesía del bosque había sido un aburrimiento para el animal. Cada vez que olfateaba algo interesante y se disponía a salir en su persecución, su amo lo llamaba a su lado con tono imperioso. El perro habría tolerado la situación si hubiera recibido muestras de que su presencia era apreciada, pero Haplo estaba preocupado, sumido en pensamientos lúgubres y melancólicos, y no se había molestado en dar unas palmaditas en la cabeza al animal ni había reaccionado a sus lametones amistosos.

De no ser por Alfred, el perro habría considerado el viaje como un gasto inútil de energías. El sartán, como de costumbre, había resultado tremendamente entretenido. El animal había comprendido que sería responsabilidad suya que Alfred lograra cruzar el bosque sano y salvo. No había habido modo de evitar ciertos desastres menores (un perro tiene sus limitaciones), pero el animal había conseguido salvarlo de varias catástrofes seguras, bien tirando de él para desenredarlo de los zarcillos de la repugnante enredadera de sangre o arrojándolo al suelo para evitar que pisara un hoyo con el fondo erizado de estacas puntiagudas, una típica trampa tendida por snogs merodeadores.

Por fin, habían llegado a un terreno llano y sin obstáculos y, aunque el perro sabía que ello no significaba necesariamente que Alfred estuviera a salvo, el sartán mantenía, de momento, una completa inmovilidad. Si existía alguien capaz de meterse en problemas sin moverse siquiera, ése era Alfred, pero el perro había considerado que podía relajar un poco la vigilancia.

Los patryn se reunieron en las lindes del bosque mientras varios de ellos se desplegaban para asegurarse de que todo estaba tranquilo antes de cruzar el río. El animal miró a su amo y comprendió con pesar que no podía hacer nada por él salvo recordarle, con un lametón, que allí tenía un perro para ofrecerle consuelo. Como recompensa, la mano distraída de Haplo le dio unos golpecitos en la testuz. El perro buscó una nueva distracción a su alrededor y vio a Marit.

Una amiga. Alguien a quien no veía desde hacía horas. Alguien que, por su expresión, necesitaba un perro.

El animal se acercó a ella con un trotecillo.

Marit estaba de pie a la sombra de un árbol, con la mirada fija en algo que el perro no podía ver. Pero quizás estaba haciendo algo importante, de modo que se acercó silenciosamente, como para no molestarla. Por fin, apretó el lomo contra la pierna de Marit y levantó la cabeza hacia ella con una mueca de alegría.

Marit, sobresaltada, dio un respingo que también hizo saltar al animal y ambos retrocedieron un paso, observándose con alarma.

— ¡Ah, eres tú! —exclamó Marit y, aunque no comprendió las palabras, el perro entendió el tono en que las decía; un tono que, si bien no era abiertamente complacido, tampoco resultaba inamistoso.

La mujer transmitía una sensación de soledad y de pesar, de desesperada infelicidad. El perro la perdonó por haberlo asustado y avanzó de nuevo, meneando el rabo, para renovar su vieja amistad.

—Vete —dijo ella. Pero, al mismo tiempo, su mano acarició la cabeza del animal. La caricia se transformó pronto en un contacto desesperado; sus dedos se clavaron dolorosamente en las carnes del animal.

La sensación no resultaba muy agradable, pero el perro contuvo un gáñido; percibía que la mujer también sufría un gran dolor y, que, de algún modo, aquello la aliviaba. Sin dejar de menear el rabo con movimientos lentos y pausados, permaneció sin inmutarse al lado de la mujer y permitió que ella le tirara de las orejas y le estrujara la cabeza contra el muslo, ofreciéndole su presencia, ya que no podía darle nada más.

Haplo levantó la cabeza y miró en dirección a ellos.

— ¡Perro, aquí! ¿Qué haces? No la molestes. No le gustas. ¡Y no te apartes de mi lado!

Los dedos de Marit habían detenido su doloroso masaje y se habían vuelto suaves y estimulantes pero, de pronto, volvió a clavar sus afiladas uñas en el pelaje del animal.

Esta vez, el perro soltó un aullido.

— ¡Vete! —masculló Marit con rencor, apartando de sí al animal.

El perro entendió. Siempre entendía.

Ojalá pudiera transmitir su comprensión a su amo.

—Ya podemos pasar. El lugar es seguro —informó Kari—. Bastante seguro, por lo menos.

El puente que cruzaba el río, realizado en un único y estrecho arco de roca y con numerosas runas grabadas en ésta, apenas medía un pie humano de anchura



y su piedra estaba resbaladiza a causa de la espuma levantada por las aguas bravas que corrían al fondo de la profunda garganta. El puente formaba parte de las defensas que los patryn habían establecido en torno a la ciudad. Sólo podía cruzarlo una persona a la vez, y con el mayor cuidado. Un resbalón y el río se cobraría su víctima, engulléndola en sus rápidos espumeantes, en sus aguas oscuras y gélidas.

Los patryn, acostumbrados a cruzar y ayudados de su magia natural, atravesaron el arco de piedra con facilidad. Una vez en el otro lado, varios de ellos se dirigieron a la ciudad, sin duda para anunciar su regreso al líder de la comunidad. Marit cruzó con uno de los primeros grupos y, según observó Haplo, aguardó junto a la orilla.

Kari se acercó a él. Ella y otros tres patryn se habían desplegado en la ribera, vigilando los árboles que tenían a su espalda.

—Haz cruzar a tu gente —indicó la mujer—. Diles que se apresuren —añadió, dirigiendo una mirada a sus tatuajes. Los signos mágicos de la piel de ambos despedían un resplandor azul más intenso que antes.

Hugh *la Mano*, con la pipa en la boca, estudió detenidamente el angosto puente con gesto ceñudo; después lo cruzó sin apenas vacilar. Sólo una breve pausa para tantear el terreno. El perro trotó tras él y se detuvo un momento a medio camino para ladrarle a algo que creyó ver en el agua.

Ya sólo quedaba Haplo. Y Alfred.

—Yo... ¿también tengo que... que...? —El sartán observó el puente entre balbuceos.

—Sí, tienes que cruzar —lo ayudó Haplo.

—¿Qué le sucede? —intervino Kari, irritada.

—Tiene miedo de... —Haplo se encogió de hombros y dejó la frase a medias. Kari podía terminarla por sí misma.

La patryn se mostró suspicaz.

—Tu compañero tiene poderes mágicos.

—¿Marit no te ha hablado de eso? —Haplo sabía que sus palabras sonaban mordaces, pero no le importaba gran cosa—. No puede utilizar su magia. La última vez que lo hizo, el Laberinto la aprovechó para usarla contra él, igual que un caodín atrapa una lanza y la emplea contra quien se la ha arrojado. Estuvo en un tris de matarlo.

—Él es nuestro enemigo... —Kari inició una protesta.

—Qué raro —replicó Haplo sin alterarse—. Creía que nuestro enemigo era el Laberinto.

Kari abrió la boca y volvió a cerrarla. Movié la cabeza y dijo:

—No lo entiendo. No entiendo nada de esto. Me alegraré mucho de entregaros al dirigente Vasu. Será mejor que busques algún modo de hacer cruzar a tu amigo... y pronto.

Haplo acudió junto a Alfred, que contemplaba con ojos desorbitados de miedo el estrecho paso que debía atravesar. Kari y sus tres compañeros mantenían su inquieta vigilancia del bosque. Los demás patryn aguardaban en la ribera opuesta.

—Vamos —lo animó Haplo—. No es más que un río.

—No, no lo es —dijo Alfred, dirigiendo una mirada a las oscuras aguas con un estremecimiento—. Tengo la sensación de que... de que me odia.

Haplo se detuvo, perplejo. Pues sí; en realidad, era muy posible que el río aborreciera al sartán. Estuvo tentado de decirle a éste una mentira piadosa, pero



sabía que Alfred no le creería. Decidió que era mejor la verdad que cualquier otra cosa que Alfred pudiera extraer de su imaginación.

—Este es el Río de la Rabia. Recorre el Laberinto con sus aguas profundas y rápidas. Según la leyenda, es lo único del Laberinto que creamos los patryn. Cuando los primeros de nuestro pueblo fueron arrojados a esta prisión, su rabia fue tan terrible que manó de sus bocas y se convirtió en este río.

Alfred miró al patryn, horrorizado.

—El agua está mortalmente fría. Incluso yo, protegido por la magia rúnica, sólo podría sobrevivir en ella breves momentos. Y, si no lo mata a uno el frío, el agua lo estrella contra las rocas o las hierbas subacuáticas se enredan a uno y lo sumergen hasta que se ahoga.

Alfred se había puesto blanco como la leche.

—No puedo...

—Una vez cruzaste el Mar de Fuego —dijo Haplo—. También podrás cruzar esto.

Alfred sonrió vagamente. Sus pálidas mejillas recobraron un vestigio de color.

—Es cierto, crucé el Mar de Fuego, ¿verdad?

—Avanza a gatas —le aconsejó Haplo, al tiempo que lo empujaba hacia el puente—. Y no mires abajo.

—Crucé el Mar de Fuego —se repitió Alfred.

Al llegar a la estrecha pasarela, palideció de nuevo, tragó saliva y, tras una profunda inspiración, colocó las manos en la piedra húmeda.

Se estremeció.

—Y será mejor que te apresures —añadió Haplo, inclinándose hacia adelante para hablarle al oído—. Algo feo se nos echa encima.

Alfred se volvió hacia él y abrió la boca. Quizá pensaba que Haplo lo había dicho para darle prisa, pero el sartán observó el acusado resplandor de la piel del patryn. Con un gesto desconsolado de asentimiento, Alfred cerró los párpados con fuerza y empezó a cruzar a gatas, guiándose sólo por el tacto.

—¿Qué hace? —exclamó Kari, asombrada.

—Cruzar el puente.

—¿Con los ojos cerrados?

—Teniendo en cuenta cómo se maneja con ellos abiertos —replicó Haplo secamente—, supongo que así tiene alguna oportunidad.

—Va a llevarle el resto del día... —apuntó Kari tras contemplar durante unos tensos momentos el lento avance de Alfred.

Y no disponían de tanto tiempo. Haplo se rascó la mano; el resplandor de las runas, que le advertía del peligro, era cada vez más intenso. Kari volvió la mirada hacia el bosque. Los patryn de la otra ribera miraban con expresión sombría.

Habían llegado varios patryn procedentes de la ciudadela. En el centro del grupo había un hombre joven, de la edad aproximada de Haplo. Abstraído en apremiar mentalmente a Alfred, Haplo no lo habría distinguido de los demás de no ser porque aquel individuo era insólito para los cánones patryn.

La mayoría de éstos, tanto hombres como mujeres, eran delgados y de músculos acerados, adaptados a una vida dedicada a huir o a luchar para sobrevivir. La carne cubierta de signos mágicos de aquel hombre era blanda, su cuerpo era rechoncho y tenía los hombros redondeados y el vientre prominente. Sin embargo, a la vista del trato deferente que le dedicaban los demás patryn,



Haplo dedujo que se trataba del jefe, del dirigente Vasu, nombre que significaba «brillante», «benéfico», «excelente».

Vasu se detuvo al borde de la empinada ribera opuesta para observar la escena y escuchó con la cabeza ligeramente inclinada a varios patryn que le explicaban lo que sucedía. El jefe no impartió órdenes. Kari estaba al mando allí, por derecho. Era su grupo. En aquella situación, el dirigente era un mero observador que sólo ejercería su autoridad si las cosas se torcían.

Y, de momento, todo iba bien. Alfred avanzaba mejor de lo que Haplo se había atrevido a esperar. La superficie rocosa del puente, aunque mojada, era áspera. El sartán podía introducir los dedos en las rendijas y en los salientes e impulsarse. En cierto momento, le resbaló la rodilla. Reaccionó con rapidez y consiguió mantener el equilibrio, pero quedó a caballo sobre el puente. Sin abrir ni un instante los ojos, continuó avanzando resueltamente.

Estaba a medio camino cuando se alzó del bosque un aullido.

—Lobunos... —dijo Kari con un juramento.

Los aullidos que emiten los lobunos son fantasmagóricos y escalofriantes. Es un sonido animal, pero contiene palabras que hablan de carne desgarrada, de sangre caliente, de huesos quebrados y de muerte.

Un aullido resonó en el bosque; otros se alzaron en respuesta.

Alfred, sorprendido y alarmado, abrió los ojos. Vio el agua negra que se agitaba al fondo del precipicio. Dominado por el pánico, se aplastó contra la piedra, se abrazó al puente y se quedó paralizado.

Haplo soltó un juramento.

— ¡No te desmayes! ¡Maldita sea, Alfred, no se te ocurra desmayarte!

Los lobunos no aúllan, no descubren su presencia, a menos que estén dispuestos para atacar. Y, a juzgar por el ruido, era toda una manada; demasiados como para que Kari y su reducido grupo pudieran hacerles frente sin más ayuda.

Vasu hizo un breve gesto con la mano. Los patryn se colocaron a lo largo de la ribera y apuntaron sus flechas y lanzas, preparadas para cubrirles la retirada. Hugh le gritó a Alfred que continuara avanzando y se inclinó cuanto pudo sobre el puente, con la intención de agarrar al sartán y ponerlo a salvo en la orilla tan pronto pudiera.

Haplo saltó a su extremo del puente.

— ¡No lo conseguirás! —Le gritó Kari—. La magia del puente sólo permite que cruce una persona a la vez. Yo me ocuparé de eso.

Levantó la lanza y apuntó con ella hacia Alfred.

Haplo la asió por el brazo y le impidió el lanzamiento. Ella se desasíó con gesto enérgico y le dirigió una mirada iracunda.

— ¡Ése no vale la vida de tres de los míos!

—Prepárate a cruzar —dijo Haplo y se dispuso a dar un paso.

Pero, en aquel instante, el perro dejó atrás a Hugh *la Mano*, aterrizó en el puente y avanzó hacia el sartán.

Haplo se detuvo y esperó. A él, sin duda, la magia le impediría el paso; en cambio, era posible que al perro no lo afectara. Escuchó a su espalda el estruendo de los lobunos que avanzaban entre los matorrales. Los aullidos se hacían más potentes. Alfred continuó tumbado sobre el vientre, contemplando el agua con horrible fascinación, incapaz de moverse.

El perro corrió ligero por el puente; al llegar a Alfred, soltó un ladrido e intentó sacarlo de su estupor.



Alfred no pareció enterarse siquiera de su presencia.

Decepcionado, el animal pidió ayuda a su amo con la mirada.

Kari levantó la lanza. En la otra orilla, Vasu efectuó un movimiento rápido e imperioso con su amplia mano.

— ¡El cuello! —Gritó Haplo—. ¡Cójelo por el cuello!

Una de dos: o el perro entendió lo que le decía, o llegó casualmente a la misma conclusión. Cerró los dientes con fuerza en torno al cuello de la camisa del sartán y tiró de él.

Alfred emitió un gemido y se agarró al puente aún más fuerte.

El perro soltó un gruñido desde lo más hondo de la garganta. *¿Qué prefieres?*, parecía decir. *¿El cuello de la camisa... o el de carne y hueso?*

Alfred tragó saliva y aflojó su desesperado abrazo. El perro reculó por el estrecho arco de piedra arrastrando con él al sartán, que se dejaba hacer sin oponer resistencia. Hugh y varios patryn aguardaban al extremo del puente. Cuando pudieron, rescataron a Alfred y lo depositaron en tierra firme.

— ¡Ve! —ordenó Kari, posando la mano en el hombro de Haplo.

Ella estaba al mando; suyo era el privilegio de ser la última en cruzar. Haplo no perdió tiempo en protestas y se apresuró a salvar el puente. Cuando estuvo al otro lado, lo siguieron los demás patryn.

El lobuno apareció de entre los árboles cuando Kari ponía el pie en la húmeda piedra. La bestia soltó un alarido de decepción al ver que sus presas habían escapado y corrió en pos de Kari, esperando capturar aquélla, al menos. Una lluvia de lanzas y flechas, potenciadas por la magia rúnica, voló sobre el río y detuvo la persecución. Kari llegó al otro lado sana y salva. Marit la esperaba y la ayudó a saltar a tierra.

Más lobunos se habían unido al primero y todos se dirigieron al puente. Los signos mágicos de la roca emitieron un destello rojo y la piedra mojada estalló en llamas mágicas. Los lobunos retrocedieron entre aullidos amenazadores y recorrieron la ribera observando a sus presas con un destello de voracidad en sus amarillos ojos. Pero no se atrevieron a cruzar.

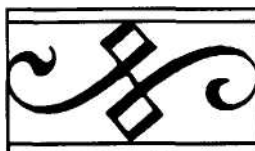
Cuando Kari estuvo a salvo, Haplo fue a ver cómo se encontraba Alfred. Vasu se acercó también a echar una ojeada. El dirigente se movía con agilidad para tener un cuerpo tan gordo y desgarrado. Cuando llegó junto al sartán, el caudillo patryn miró a su prisionero.

Alfred yacía en el suelo. Tenía el mismo color que si hubiera pasado varios días en el río y temblaba hasta el punto de que le castañeteaban los dientes. Brazos y piernas se contraían y se agitaban espasmódicamente, por efecto todavía del pánico.

—Aquí está el antiguo enemigo —dijo Vasu, y pareció que exhalaba un suspiro—. Aquí tenéis lo que nos han enseñado a odiar.



CAPÍTULO 41



LA CIUDADELA PRYAN

— ¡Aleatha, corre! —gritó Roland, al tiempo que se plantaba ante Xar de un salto.

El Señor del Nexo cogió al humano por la garganta y lo arrojó a un lado como si fuera uno de los mágicos muñecos parlantes de los elfos. Xar invocó las posibilidades y puso en acción la magia rúnica. En un abrir y cerrar de ojos, todos los portales en arco de acceso a la cámara circular quedaron tapiados y sellados.

Cuando lo hubo hecho, Xar miró a su alrededor y empezó a maldecir amargamente. Había atrapado a tres mensch en la cámara. Sólo a tres. La elfa había escapado.

Pero tal vez fuera mejor así, reflexionó Xar. Ella lo conduciría al enano.

Volvió a concentrarse en sus cautivos. Uno de ellos, el elfo, contemplaba el cadáver del viejo y la jarra vacía que yacía en el suelo junto al cuerpo.

El elfo levantó la mano y miró a Xar con expresión horrorizada.

— ¿Es cierto que envenenaste el vino? ¿Y que te proponías hacérselo beber?

—Desde luego que sí —replicó Xar con irritación. No tenía tiempo para tonterías—. Y ahora tendré que quitaros la vida de una manera mucho menos adecuada a mis necesidades. Con todo, tendré cierta compensación... —Movié el cadáver con la punta del zapato—. Un cuerpo extra. No contaba con él.

Los mensch se acurrucaron juntos y la mujer se arrodilló al lado del humano, que yacía en el suelo con la garganta desgarrada y ensangrentada como si la hubiesen atacado unas zarpas afiladas.

—No os vayáis a ninguna parte —indicó Xar con sutil ironía—. Volveré.

El Señor del Nexo empleó la magia de las runas para escapar de la habitación sellada y fue en pos de la elfa y del enano. Y, sobre todo, en pos del amuleto sartán de este último.

« ¡Aleatha, corre!» El aviso de Roland latió en su corazón y zumbó dolorosamente en sus oídos. Y, por encima de las palabras, la elfa percibió el ruido de las pisadas del terrible hechicero.



« ¡Aleatha, corre! ¡Corre!»

Consumida de miedo, echó a correr.

Captó el sonido de los pasos amenazadores a su espalda. El Señor Xar la perseguía, y a la elfa le dio la impresión de que él también le susurraba las últimas palabras de Roland.

—Corre, Aleatha —la apremiaba.

Su voz, aquel tono burlón que utilizaba, resultaba aterradora. La voz la instaba a correr más deprisa y le impedía pensar con coherencia. Aleatha huyó al único sitio que la intuición le decía que podía resultar seguro: el laberinto.

Xar no tuvo dificultades para descubrir a Aleatha. La vio correr calle abajo en un revuelo de sedas desgarradas y enaguas hechas trizas y la persiguió a placer, conduciéndola como a una oveja. Xar quería el terror de la elfa, deseaba su pánico. Medio desquiciada, la mensch lo conduciría al enano sin darse cuenta.

El Señor del Nexo se dio cuenta de su error demasiado tarde. Lo advirtió cuando vio el laberinto y a Aleatha corriendo hacia allí y las runas sartán que rodeaban la entrada.

Aleatha desapareció en su interior. Xar se detuvo a la entrada, observó con recelo las runas sartán y analizó aquella última dificultad.

Los tres mensch atrapados en la cámara circular observaron las paredes tapiadas, se miraron entre ellos y contemplaron el cadáver del viejo, contraído y frío, que yacía en el suelo.

—Esto no es real —murmuró Rega con una vocecilla—. No está sucediendo de verdad.

—Quizá tengas razón —asintió Paithan, impaciente, y se lanzó contra la pared de ladrillos que un rato antes era una puerta.

Se estrelló contra ella, lanzó una exclamación de dolor y se deslizó al suelo.

—Es bastante real, te lo aseguro. —Una brecha sangrante en la frente lo demostraba.

— ¿Por qué nos hace esto Xar? ¿Por qué..., por qué quiere matarnos? —preguntó Rega con tono trémulo.

— ¡Aleatha! —Roland se incorporó hasta quedar sentado en el suelo con expresión aturdida—. ¿Dónde está Aleatha?

—Ha escapado —le informó Rega en un susurro—. Gracias a ti.

Roland se tocó con cuidado la herida ensangrentada del cuello y ensayó una sonrisa.

—Pero Xar ha ido tras ella —añadió Paithan. Dirigió una mirada a las paredes tapiadas por la magia y sacudió la cabeza—. No creo que mi hermana tenga muchas posibilidades.

El humano se puso en pie.

— ¡Tiene que haber un modo de salir!

—No hay ninguno —contestó Paithan—. Olvidalo. Estamos acabados.

Roland no le hizo caso y se puso a aporrear una pared y a gritar:

— ¡Socorro! ¡Ayudadnos!

— ¡Estás chiflado! —dijo el elfo en tono burlón—. ¿Quién crees que va a oírte?

— ¡No lo sé! —Roland se volvió hacia él, enfurecido—. ¡Pero es mucho mejor que quedarse aquí sentado, sollozando y esperando la muerte!

Se volvió hacia la pared y se disponía a emprenderla a golpes de nuevo cuando el caballero de aspecto imponente, vestido de negro de pies a cabeza,

apareció entre los ladrillos como si se limitara a cruzar el umbral de la puerta que antes había allí.

—Discúlpame, señor —dijo al asombrado Roland con deferencia—, pero he creído oír que llamabas. ¿Puedo ayudarte en algo?

Antes de que Roland pudiera responder, el caballero imponente vio el cadáver.

— ¡Oh! ¿Qué has hecho esta vez, mi señor?

Se arrodilló junto al cuerpo y le buscó el pulso en vano. Levantó la cabeza con una expresión terrible, severa y aciaga. Paithan, alarmado, cogió a Rega y la estrechó contra él. Los dos juntos retrocedieron hasta tropezar con Roland.

El caballero imponente se irguió...

... y continuó haciéndolo.

Su cuerpo se hizo más y más grande, se alzó más y más alto. Su mole llenó la vista de los mensch. Una enorme cola escamosa se agitó amenazadora. Unos ojos de reptil centellearon de furia. La voz del dragón estremeció la cámara sellada. — ¿Quién ha matado a mi mago?

Aleatha corrió por el laberinto. Estaba perdida, irremisiblemente perdida, pero no le importaba. En su mente consumida por el terror, cuanto más perdida estuviera, más posibilidades tendría de despistar a Xar. Estaba tan asustada que no se dio cuenta de que el hechicero ya no la perseguía.

Los setos rasgaron su vestido, se enredaron en su cabello y le arañaron las manos y los brazos. Las piedras del camino se clavaron en sus delicados pies. Una punzada de dolor le atravesaba el costado cada vez que tomaba aire. Mareada y con los pies magullados, se vio obligada a detener su aterrorizada carrera por un puro agotamiento y se derrumbó en el camino entre jadeos y sollozos.

Una mano la tocó.

Aleatha soltó un chillido y se acurrucó contra el seto. Pero lo que se cernía sobre ella no era la túnica negra y el rostro cruel de Xar, sino la barba negra y la cara preocupada del enano.

— ¿Drugar? —Aleatha no alcanzaba apenas a ver entre una neblina teñida de rojo sangre y no estuvo segura de si el enano era de carne y hueso o aún seguía siendo uno de aquellos seres de bruma.

Sin embargo, el contacto de la mano había sido real.

— ¡Aleatha! —Drugar se inclinó con una mueca de inquietud, pero no intentó volver a tocarla—. ¿Qué te pasa? ¿Qué ha sucedido?

— ¡Oh, Drugar! —Aleatha alargó la mano tímidamente y tocó el brazo del enano con cautela. Al comprobar que era sólido y tangible, se agarró a él, con frenesí, con una fuerza salida del terror, hasta casi levantarlo del suelo—. ¡Eres de verdad! ¿Por qué me dejaste? ¡Estaba tan asustada! Y luego..., luego ha venido lo del Señor Xar. Él... ¿Has oído eso?

La elfa volvió la cabeza y miró a su espalda con expresión temerosa.

— ¿Será él? ¿Ves si se acerca? —Hizo un esfuerzo por ponerse en pie—. Tenemos que huir y escondernos...

Drugar no estaba acostumbrado a tratar con crisis de nervios. Entre los enanos, ésta no existe. Comprendió que había sucedido algo terrible; era preciso descubrir de qué se trataba. Tenía que tranquilizar a Aleatha y no disponía de tiempo para mimarla, como le dictaban los impulsos. Durante unos segundos no supo qué decir, pero vino en su ayuda un recuerdo del pasado que la desconcertante experiencia había hecho revivir en su mente.

Los niños enanos son famosos por su testarudez. Un bebé enano que no consigue lo que quiere es capaz, en ocasiones, de contener el aliento hasta que se pone azul y pierde la conciencia. En tales ocasiones, el padre o la madre arrojan agua al rostro del pequeño, y la impresión hace que éste suelte una exclamación e, involuntariamente, tome aire.

Drugar no disponía de agua, pero tenía un frasco de cerveza que había traído consigo para demostrar que no se había tratado de una mera alucinación. Quitó el tapón del frasco y echó cerveza al rostro de Aleatha.

A la elfa no le había sucedido nada parecido en toda su vida. Farfullando y bañada en cerveza, recobró el dominio de sí... con ganas de venganza. Todos los horrores que había presenciado y experimentado se vieron anegados y ahogados bajo un diluvio de un líquido parduzco de olor repulsivo.

Temblando de cólera, Aleatha exclamó:

— ¿Cómo te atreves?

—El Señor Xar —dijo Drugar, asiéndose a lo único que tenía sentido de cuanto ella había dicho—, ¿dónde está? ¿Qué te ha hecho?

Al principio, Drugar pensó que había ido demasiado lejos. Sus palabras habían evocado todo lo sucedido y Aleatha se echó a temblar. El enano le acercó el frasco de barro.

—Bebe —le ofreció—. Y cuéntame qué ha sucedido.

Aleatha hizo una profunda inspiración. Detestaba la cerveza, pero tomó el frasco y dio un trago de la fresca bebida. El sabor amargo le provocó una náusea, pero se sintió mejor. Entre toses, titubeos y divagaciones, le contó a Drugar todo lo que había visto y oído. El enano la escuchó con una expresión sombría, sin dejar de acariciarse la barba.

—Probablemente, a estas alturas estarán todos muertos. —La elfa se atragantó con sus lágrimas—. Xar debió de matarlos y luego ha salido detrás de mí. Ahora mismo, quizás esté aquí dentro, buscándome. Buscándonos, quiero decir. Xar ha preguntado por ti insistentemente.

— ¿Ah, sí? —Drugar acarició el amuleto que llevaba colgado al cuello—. Hay un modo de detenerlo. Hay algo que podemos hacer.

Aleatha dirigió una mirada esperanzada al enano entre los empapados mechones de su cabello.

— ¿Qué?

—Debemos abrir la puerta y dejar que los titanes entren en la ciudad.

— ¡Estás loco! —Aleatha miró a Drugar y empezó a apartarse de él. El enano la cogió por la mano—. No, nada de eso. Escúchame. Venía a decírtelo. ¡Mira! ¡Mira esto! —Levantó el frasco de cerveza y añadió—: ¿De dónde crees que he sacado esto?

Aleatha movió la cabeza en un gesto de negativa.

—Tenías razón —prosiguió Drugar—, esta gente de bruma no son sombras. Son personas de verdad. De no haber sido por ti, nunca habría podido... —Al enano le brillaron los ojos, y carraspeó, con turbación—. Viven en otra ciudadela como ésta. He estado allí y lo he visto. He visto allí a mi gente y a la tuya. Incluso humanos. Viven todos juntos en una ciudad y se llevan bien. ¡Viven! —Repitió Drugar con aquel intenso fulgor en la mirada—. ¡Los enanos viven! ¡No soy el último de mi raza!

Dirigió una mirada emocionada al frasco de alfarería.

—Me han dado esto para que os lo traiga como demostración.



—Otra ciudad... —Aleatha iba asimilando lentamente sus palabras—. Has estado en otra ciudad. Elfos y humanos. Cerveza. Has vuelto con la cerveza. Ropas preciosas... —Con manos temblorosas, se alisó su propia falda llena de sietes—. ¿Puedo..., puedo ir allí contigo, Drugar? ¡Podríamos hacerlo ahora! Así escaparíamos de Xar...

Drugar rechazó la propuesta con un ademán de cabeza.

—Aún existe la posibilidad de que los demás sigan vivos. Tenemos que abrir la puerta y dejar entrar a los titanes. Ellos nos ayudarán a detener a Xar.

—Los titanes lo matarán —anunció Aleatha con voz apagada y ánimo abatido—. Y a nosotros, también, pero supongo que esto no importa...

—No lo harán —insistió Drugar con gran seriedad—. Debes confiar en lo que digo. Mientras estaba en esa otra ciudadela he descubierto una cosa. Todo ha sido un error, un malentendido. Los titanes no hacían más que preguntar dónde estaba la ciudadela, ¿verdad? Pues lo único que teníamos que decirles era: «Aquí. Aquí está la ciudadela. Entrad».

— ¿De veras? —Aleatha reaccionó con esperanza, primero, y luego con cautela—. Demuéstramelo. Llévame a ese lugar.

— ¿Quieres que tu hermano muera? —El enano frunció el entrecejo. Su voz se hizo más áspera—. ¿No quieres salvar a Roland?

—Roland... —Aleatha repitió el nombre suavemente, con una caída de ojos—. Lo quiero. Lo quiero de verdad, aunque no sé por qué. Es tan..., tan... —La elfa suspiró—. Me dijo que huyera. Se interpuso entre mí y el hechicero y me salvó la vida...

—Vámonos ya —la apremió Drugar—. Vayamos a ver qué ha sido de ellos.

— ¡Pero no podemos abandonar el laberinto! —Protestó Aleatha, de nuevo con aquel tono histérico en la voz—. Xar está ahí fuera, esperándonos. Sé que está ahí...

—Tal vez se ha marchado ya —apuntó Drugar, al tiempo que se encaminaba hacia la salida desandando todos sus pasos—. Ya veremos.

Aleatha lo vio alejarse. La idea de seguirlo la aterrorizaba, pero aún más espanto le producía la perspectiva de quedarse sola. Recogió la falda desgarrada y corrió tras el enano.

Xar no podía entrar en el laberinto; las runas sartán le impedían el paso. Entre maldiciones, deambuló ante la puerta de entrada y estudió las posibilidades. Podía abrir los setos a llamaradas, pero probablemente tendría que quemar todo el laberinto para dar con los mensch, y unos cadáveres achicharrados no le serían de mucha utilidad.

Lo que necesitaba en aquellos momentos era paciencia. La elfa tendría que salir alguna vez, se dijo. No podía pasarse la vida allí. El hambre y la sed la obligarían a abandonar el laberinto. Los otros tres mensch estaban cerrados en la cámara tapiada y no se moverían de allí. Podía esperar el tiempo que fuera preciso.

Extendió sus sentidos aguzando el oído en busca de la elfa y captó su carrera apresurada, sus sollozos y su caída. Entonces escuchó otra voz.

Xar sonrió. No se había equivocado. El enano. La elfa lo había conducido hasta el enano. Escuchó su conversación sin prestar atención a la mayor parte de lo que decían. Una historia absurda. No había duda de que el enano estaba bebido. El Señor del Nexo soltó una carcajada ante la sugerencia de que se abrieran las puertas de la ciudadela a los titanes. Los mensch eran más estúpidos de lo que había creído.



—Yo mismo abriré las puertas, enano —murmuró—. ¡Cuando hayáis muerto! ¡Entonces podréis hacer amistad con los titanes, si queréis!

La pareja se disponía a salir del laberinto. Xar estaba satisfecho. No había esperado que lo hicieran tan pronto.

Se acercó a un edificio próximo y se ocultó entre sus sombras. Desde allí podía observar la entrada del laberinto sin ser visto. Dejaría que se alejaran lo suficiente como para que no pudieran ganar la verja y refugiarse otra vez en su interior.

—Mataré ahora a esos dos —murmuró para sí—. Dejaré los cuerpos aquí, de momento. Cuando haya dado muerte a los otros, volveré a buscarlos y empezaré los preparativos para resucitarlos.

Captó las recias pisadas del enano avanzando por el camino central, en dirección a la verja de entrada. La elfa lo acompañaba con pisadas mucho más ligeras, apenas distinguibles. En cambio, escuchó perfectamente sus cuchicheos frenéticos.

— ¡Drugar! ¡No salgas, por favor! Sé que está ahí. ¡Lo sé!

Perspicaces, aquellos elfos. Xar se obligó a aguardar pacientemente y tuvo su recompensa cuando vio asomar el rostro del enano con su barba negra tras el seto, a la entrada del laberinto. El rostro se desvaneció otra vez, al instante, y reapareció tras una pausa.

Xar tuvo buen cuidado de no moverse y se confundió con la sombra que lo protegía.

El enano avanzó un paso, cauteloso, con la mano en el hacha que llevaba al cinto. Miró en una dirección y otra de la calle que conducía al laberinto y, por último, hizo una señal.

—Aleatha, vamos. Está despejado. No veo al Señor Xar por ninguna parte.

La elfa asomó la cabeza con suma precaución.

—Está ahí, Drugar, en alguna parte. Sé que está ahí. ¡Corramos!

Tomó de la mano al enano y echaron a correr juntos calle arriba, alejándose del laberinto directamente hacia donde acechaba Xar.

Dejó que se acercaran; después, se plantó de un salto en mitad de la calle, justo frente a ellos.

—Qué lástima que tuvieras que perderte mi fiesta —dijo al enano.

Xar levantó la mano y trazó las runas que los habían de matar.

Los signos mágicos se encendieron en el aire, descendieron sobre los perplejos mensch en un brillante destello... y, de pronto, empezaron a desmoronarse.

— ¿Qué...? —Xar, furioso, empezó a recomponer la magia. Entonces se percató del problema.

El enano se había colocado delante de la elfa y sostenía en la mano el amuleto con las runas sartán. El talismán los protegía a ambos.

No por mucho tiempo. Su magia era limitada. El enano no tenía idea de cómo utilizarla, salvo aquel débil intento de protección. Xar reforzó el hechizo.

Los signos mágicos ardieron en grandes llamas. Su luz resultaba cegadora y estalló sobre el enano, sobre su insignificante amuleto, con un rugido de fuego. Se escuchó una explosión tremenda, un grito de dolor, un alarido terrible.

Cuando el humo se dispersó, el enano yacía en el pavimento. La elfa se arrodilló a su lado y se inclinó, suplicándole que se levantara. Xar dio un paso adelante con la intención de acabar con su vida. Una voz resonó en el aire y lo detuvo: — ¡Tú has matado a mi amigo!



Una sombra oscura ocultó el sol. Aleatha levantó la cabeza, vio al dragón y observó que el monstruo atacaba a Xar. No comprendía nada, pero no importaba. Se inclinó sobre Drugar, le tiró de la barba, le suplicó que se levantara, que la ayudara... Estaba tan fuera de sí que ni siquiera se dio cuenta de que, después de tocar al enano, tenía las manos cubiertas de sangre.

— ¡Drugar, por favor!

El enano abrió los ojos. Levantó la vista hacia aquel rostro encantador, tan cercano al suyo, y sonrió.

— ¡Vamos, Drugar! —lo instó ella, llorosa—. ¡Levántate! ¡Deprisa! El dragón...

—Voy a... estar con... mi pueblo... —murmuró Drugar muy despacio.

— ¡No, Drugar! —Aleatha soltó una exclamación entrecortada. Por fin había advertido la sangre—. No me dejes...

El enano frunció el entrecejo para hacerla callar. Con las pocas fuerzas que le quedaban, y que perdía rápidamente, puso el amuleto en sus manos.

—Abre la puerta. Los titanes te ayudarán, confía en mí. Tienes que... confiar en mí.

Drugar la miró, suplicante. Aleatha titubeó. La magia tronaba a su alrededor: el dragón rugía de furia mientras la voz de Xar entonaba unas palabras extrañas.

La elfa cerró las manos con fuerza en torno a las del enano.

—Confío en ti, Drugar.

Él cerró los ojos y emitió un gemido de dolor, pero sonrió.

—Mi gente... —murmuró, y entregó suavemente el postrer aliento.

— ¡Drugar! —gritó Aleatha, guardando el amuleto entre sus ensangrentadas manos.

La magia de Xar centelleó. Un viento tremendo, levantado por las violentas sacudidas de la gigantesca cola del dragón, agitó los cabellos de la elfa y los aplastó contra su rostro.

Aleatha había dejado de llorar. En aquel momento estaba tranquila y sorprendida de su calma. Ya nada importaba. Nada en absoluto.

Con el amuleto firmemente asido, olvidada por el hechicero y por el dragón, depositó un beso en la frente del enano. Después, se puso en pie y echó a andar resueltamente calle abajo.

Paithan, Roland y Rega se encontraron hundidos hasta las rodillas en un enorme montón de ladrillos, vigas y bloques de mármol desmoronados.

— ¿Estáis...? ¿Hay algún herido? —preguntó Paithan, mirando a su alrededor aturdido y confuso.

Roland levantó el pie y, al hacerlo, desplazó un enorme montón de ladrillos que lo cubría.

—No —dijo con cierto titubeo, como si no alcanzara a creerlo—. Estoy ileso, aunque no me preguntes cómo es posible.

Rega se sacudió el polvo de mármol del rostro y los ojos.

— ¿Qué ha sucedido?

—No estoy seguro —respondió Paithan—. Recuerdo que el hombre de negro preguntaba por su mago y, de pronto, era un dragón quien preguntaba por él con voz chillona y luego..., luego...

—La cámara reventó, o algo así —lo ayudó Roland. Se encaramó a los escombros y avanzó por ellos hasta llegar junto a sus compañeros—. La cabeza del dragón atravesó el techo y la sala empezó a derrumbarse y recuerdo que pensé: «Ya está, muchacho; esto es el fin».



—Pero no lo ha sido —intervino Rega, pestañeando—. No nos ha sucedido nada. No entiendo cómo hemos podido sobrevivir.

La humana contempló la terrible destrucción que la rodeaba. La deslumbrante luz solar inundaba la sala, y las motas de polvo centelleaban en ella como mil y una diminutas gemas.

— ¿A quién le importa cómo? —Dijo Roland, dirigiéndose a un gran boquete abierto en la pared—. Lo hicimos y eso me basta. ¡Larguémonos de aquí! ¡Xar estará detrás de Aleatha, sin duda!

Paithan y Rega se ayudaron mutuamente a salvar una pila de ladrillos y escombros.

Antes de marcharse, Paithan dirigió una mirada al lugar. La sala circular con su mesa redonda estaba destruida. Las voces que alguna vez habían resonado en aquella estancia no volverían a escucharse allí.

Los tres salieron corriendo del hueco de la pared justo a tiempo de ver que el cielo se iluminaba con una gigantesca bola de fuego. Atemorizados, retrocedieron y se refugiaron en el hueco de una puerta. Un gran estruendo sacudió el suelo.

— ¿Qué sucede? ¿Alguien ve algo? —Preguntó Roland—. ¿Veis a Aleatha? Voy a salir.

— ¡No, nada de eso! —Paithan sujetó al humano—. Yo estoy tan preocupado por ella como tú. Es mi hermana, pero dejándote matar no vas a ayudarla. Espera a que averigüemos qué sucede.

Roland, sudoroso y ceniciento, se detuvo temblando; parecía dispuesto a salir corriendo a pesar de todo.

—El dragón está luchando con Xar —susurró Rega, asombrada.

—Creo que tienes razón —asintió Paithan, pensativo—. Y, si el monstruo acaba con él, es muy probable que nosotros seamos los siguientes.

—Nuestra única esperanza es que se maten mutuamente.

— ¡Voy en busca de Aleatha! —Roland se lanzó escalinata abajo.

— ¡Roland, no! ¡Te matarán! —Rega echó a correr tras él.

— ¡Ahí está Aleatha! ¡Thea! ¡Por aquí! —Gritó Paithan—. ¡Thea! ¡Aquí arriba!

Descendió apresuradamente los peldaños que llevaban a la calle. Aleatha pasó por delante de la escalinata. O no podía escuchar a su hermano, o hacía oídos sordos a las llamadas de éste. Pasó caminando a toda prisa, sin detenerse, a pesar de que Roland había sumado su potente vozarrón a los gritos, más débiles, del elfo.

— ¡Aleatha! —Roland pasó como una centella junto a Paithan, alcanzó a Aleatha y la asió del brazo. Vio la sangre que embadurnaba la delantera de su vestido y exclamó—: ¡Estás herida!

Aleatha lo miró fríamente.

—Suéltame.

Habló con tal calma y con tal autoridad que Roland obedeció, asombrado.

La elfa se volvió y continuó avanzando por la calle.

— ¿Qué tiene? ¿Adonde va? —preguntó Paithan, jadeante, cuando llegó junto a Roland.

— ¡Ya lo ves! —Exclamó Rega—. ¡La puerta!

—Y lleva el amuleto de Drugar...

Los tres apretaron el paso hasta llegar a la altura de Aleatha. Esta vez fue Paithan quien la detuvo.



—Thea —dijo con voz temblorosa—, cálmate, Thea. Cuéntanos qué ha sucedido. ¿Dónde está Drugar?

Aleatha lo miró, miró a Roland y a Rega y dio muestras de reconocerlos por fin.

—Drugar está muerto —dijo con un hilo de voz—. Ha muerto... para salvarme —así con fuerza el amuleto.

—Lo siento, Thea. Tiene que haber sido terrible para ti. Ahora, vamos, volvamos a la ciudadela. Aquí fuera no estamos seguros.

Aleatha se desasíó de su hermano.

—No —respondió con una extraña calma—. Yo no volveré. Ahora sé qué tengo que hacer. Drugar me dijo que lo hiciera. Esa gente es real, ¿sabéis? La ciudad es real. Y llevan unas ropas tan hermosas...

Dio media vuelta y echó a andar otra vez. La puerta de la ciudad quedaba ya a la vista. La luz de la estrella irradiaba de la Cámara; el extraño tarareo resonaba en el aire. Explosiones y crujidos sacudían la ciudadela desde dentro. Al otro lado de las murallas, los titanes se hallaban en estado de trance hipnótico.

— ¡Thea! —gritó Paithan con desesperación.

Los tres se lanzaron a detenerla.

Aleatha se volvió en redondo y sostuvo el amuleto en alto como había visto hacerlo a Drugar ante Xar.

Perplejos, los demás retrocedieron. No se sabía qué los detenía, si la magia del amuleto o, más bien, el porte autoritario de Aleatha.

—No comprendéis —declaró—. Todo el tiempo se ha tratado de esto. De un malentendido. Drugar me lo dijo: «Los titanes nos salvarán». —Miró hacia la puerta y añadió—: Simplemente... no comprendíamos.

— ¡Aleatha! ¡Drugar intentó matarnos en una ocasión! —exclamó Rega.

— ¡No puedes fiarte de él! ¡Es un enano! —agregó Paithan.

Aleatha le dirigió una mirada compasiva. Recogió la falda hecha harapos con una mano, avanzó hasta la puerta y, con la otra, colocó el amuleto en el centro.

— ¡Se ha vuelto loca! —musitó Rega, frenética—. ¡Hará que nos maten a todos!

— ¡Qué más da! —Replicó Roland de repente, con una risotada—. El dragón, el mago, los titanes... Cualquiera de ellos acabará con nosotros. ¿Qué importa cuál?

Paithan intentó moverse pero notó el cuerpo sumamente cansado, casi incapaz de sostenerse en pie.

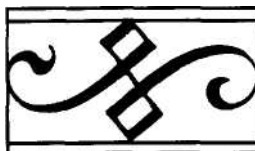
—Thea, ¿qué estás haciendo? —preguntó, angustiado.

—Voy a dejar entrar a los titanes —respondió la elfa.

El amuleto emitió una llamarada. La puerta de las runas se abrió de par en par.



CAPÍTULO 42



ABRÍ EL LABERINTO

Escoltado por Vasu, Haplo y sus compañeros cruzaron las enormes puertas de hierro que daban paso a las calles de Abri. No los vigilaba ningún otro patryn; el dirigente había asumido la responsabilidad en persona, tras indicar a Kari y a los suyos que regresaran a sus casas y descansaran del esfuerzo. Los patryn, no obstante, se congregaron a respetuosa distancia para observar a los extraños. Corrió la voz, y las calles no tardaron en poblarse de hombres, mujeres y niños, más curiosos que hostiles.

Por supuesto, la ausencia de guardias no significaba que confiaran en ellos, reflexionó Haplo con ánimo sombrío. Al fin y al cabo, se encontraban atrapados dentro de una ciudad amurallada con una única salida, cuyas puertas estaban protegidas por runas y por centinelas. No; Vasu no corría ningún riesgo.

Abri era —y eso significaba el nombre— un refugio de roca. Los edificios estaban hechos sólo de piedra. Las calles se hallaban sucias y eran poco más que anchos caminos de tierra apisonada por el largo uso. Pero las calzadas eran lisas y uniformes, muy adecuadas para los carromatos y las carretillas que transitaban arriba y abajo. Los edificios eran utilitarios, de esquinas cuadradas y con ventanucos que se podían cegar rápidamente si la ciudad era objeto de un ataque.

Y, en caso de necesidad extrema, en las montañas había cuevas a las que podía huir la población en busca de protección. No era de extrañar que al Laberinto le hubiera resultado difícil destruir Abri y a su gente.

—Y, pese a todo, sigue siendo una prisión —apuntó Haplo al tiempo que movía la cabeza en un gesto de negativa—. ¿Cómo es posible que decidáis quedaros aquí, dirigente Vasu? ¿Por qué no tratáis de escapar?

—Me han dicho que eras un corredor...

Haplo miró a Marit, situada al otro lado de Vasu. La patryn mantuvo la mirada fija al frente, con la barbilla levantada. Su expresión era fría e impenetrable, sólida y firme como las murallas de piedra.

—Sí —respondió Haplo—. Era un corredor.



—Y conseguiste escapar del Laberinto. Alcanzaste la Última Puerta y la cruzaste.

Haplo asintió, reacio a hablar del tema. El recuerdo no era agradable.

— ¿Y cómo es el mundo más allá de la Última Puerta? —quiso saber Vasu.

—Hermoso —contestó, evocando el Nexo—. Una ciudad inmensa, enorme. Bosques y suaves colinas, comida en abundancia...

— ¿Un mundo pacífico? —Inquirió Vasu—. ¿Sin amenazas ni peligros?

Haplo estuvo a punto de responder afirmativamente pero, de pronto, recordó. Guardó silencio.

— ¿Existe una amenaza, entonces? —Insistió Vasu con suavidad—. ¿Un peligro?

—Uno muy grande —respondió Haplo en voz baja, pensando en las serpientes dragón.

— ¿Eras feliz allí, en tu Nexo? ¿Más feliz que cuando estabas en el Laberinto?

De nuevo, Haplo volvió la mirada a Marit.

—No —dijo en un murmullo.

Ella siguió sin mirarlo. No necesitaba hacerlo. Marit comprendía a qué se había referido Haplo. Un acceso de fiebre ardiente se alzó de su cuello e inundó sus mejillas con un intenso rubor.

—Muchos de quienes vagan a su aire están en una prisión —apuntó Vasu.

Haplo cruzó su mirada con la del dirigente y se quedó sorprendido e impresionado. Sus pardos ojos eran tan apacibles como fofo era su cuerpo. Sin embargo, en el fondo de sus pupilas ardía una llama interior, una inteligencia, una sabiduría. Haplo empezó a revisar la opinión que tenía del hombre. De ordinario, el jefe de la tribu era escogido por ser el más fuerte, el más experto superviviente. Así, el jefe, hombre o mujer, solía ser uno de los miembros ya maduros, recio y duro. Aquel Vasu, en cambio, era joven y blando y no habría podido afrontar el desafío de cualquier otro miembro de la tribu. En su primer encuentro con él, Haplo se había preguntado cómo se las arreglaría un hombre tan débil como Vasu para mantener su autoridad sobre un pueblo tan fiero y orgulloso.

Ahora empezaba a comprenderlo.

— ¡Tienes razón, dirigente! —intervino Alfred. Su expresión era radiante; sus ojos contemplaban a Vasu con admiración y respeto.

Y Haplo observó que el sartán incluso conseguía dar unos pasos sin tropezar con sus propios pies—. ¡Tienes razón! Yo me he tenido prisionero a mí mismo durante tanto tiempo, tantísimo... —Suspiró y movió la cabeza—. Debo encontrar un modo de liberarme.

—Tú eres un sartán —declaró Vasu. Sus ojos se clavaron en Alfred y lo volvieron del revés—. Uno de los que nos arrojaron aquí.

Alfred se sonrojó.

Haplo hizo rechinar los dientes, esperando oír los balbuceos y las excusas de costumbre.

—No —replicó Alfred, e hizo una pausa, irguiéndose en toda su estatura—. No lo soy. Es decir, sí, soy un sartán. Pero no, no soy uno de los que os encerraron aquí. Los responsables fueron mis antepasados, no yo. Yo sólo acepto la responsabilidad de mis propios actos. —Su rostro enrojeció aún más. Se volvió hacia Hugh *la Mano* con una mueca pesarosa—. Ya son suficiente carga.

—Un argumento interesante —concedió Vasu—. No somos responsables de los crímenes de nuestros padres, sólo de los nuestros.



Y aquí tenemos a uno que es inmortal, según me han dicho.

Hugh apartó la pipa de los labios.

—Puedo morir —declaró con amargura—. Lo que no puedo es permanecer muerto.

—Otro prisionero —comentó Vasu, comprensivo—. Hablando de cárceles, ¿por qué has vuelto al Laberinto, Haplo?

—Para encontrar a mi hija.

— ¿Tu hija? —Vasu levantó una ceja. La respuesta lo había tomado por sorpresa, aunque ya debía de conocer la historia gracias a Kari—. ¿Cuándo la viste por última vez? ¿Con qué tribu la dejaste?

—No la he visto nunca. No tengo idea de dónde está. Se llama Rué.

— ¿Y para eso has vuelto? ¿Para encontrarla?

—Sí, dirigente Vasu. Para eso.

—Echa un vistazo a tu alrededor, Haplo —indicó Vasu con suavidad.

Haplo lo hizo. La calle en la que estaban se había llenado de niños: chicos y chicas, dedicados a sus juegos o camino de algún recado, que se detenían a contemplar a los extraños con ojos brillantes; bebés colgados de la espalda de alguno de sus padres; pequeñajos que se metían entre los pies, y rodaban por el suelo para levantarse otra vez con la terca insistencia de los más jóvenes.

—Muchos son huérfanos que han llegado a nosotros gracias al faro —dijo Vasu con voz calmada—. Y muchas de esas niñas se llaman Rué.

—Sé que mi búsqueda parece desesperada —protestó Haplo—, pero...

— ¡Basta! —exclamó Marit de pronto. Se volvió hacia él con una mueca colérica—. ¡Deja de mentir! ¡Dile la verdad!

Haplo la miró, absolutamente perplejo. Todos dejaron de andar y esperaron a ver qué sucedía a continuación. Una multitud de patryn se acercó a ellos y los observó, pendiente de sus palabras. A un gesto del dirigente, los patryn retrocedieron a una distancia prudente, pero continuaron esperando.

Marit dirigió la palabra a Vasu.

— ¿Has oído hablar de Xar, el Señor del Nexo?

—Sí, hemos oído hablar de él. Incluso aquí, en el centro del Laberinto, se conoce a Xar.

—Entonces, sabrás que es el más preclaro de todos los patryn que han existido jamás. Xar le salvó la vida a este hombre. —Marit señaló a Haplo—. Lo ama como a un hijo... ¡y este hombre lo ha traicionado!

Marit echó la cabeza hacia atrás y miró a Haplo con desdén.

—Es un traidor a su propia gente. Ha conspirado con el enemigo —su mirada acusadora se dirigió hacia Alfred— y con los mensch —sus ojos se volvieron hacia Hugh— para destruir a Xar, Señor de los patryn. La verdadera razón de Haplo para presentarse de nuevo en el Laberinto es formar un ejército. Se propone conducir a ese ejército fuera del Laberinto en una guerra contra su señor.

— ¿Es cierto eso? —preguntó Vasu.

—No —respondió Haplo—, pero ¿por qué habrías de creerme?

—Sí, traidor; ¿por qué? —dijo una voz entre la multitud—. Sobre todo, cuando ese secuaz tuyo empuña un puñal antiguo de magia terrible, forjado por los sartán para nuestra destrucción.

Perplejo, Haplo trató de distinguir quién había hablado. La voz le sonaba vagamente familiar. Tal vez era el hombre que había acompañado a Marit durante el trayecto. Pero, cosa extraña, Marit también parecía sobresaltada, tal vez

molesta, incluso, por aquella última acusación. También ella intentaba, al parecer, localizar a la persona que había hablado.

—Es cierto que tuve un arma como la que dices —Hugh *la Mano* apartó la pipa de sus labios y añadió, atrevido—: ¡Pero se perdió, como ella bien sabe!

Y apuntó a Marit con la boquilla de la pipa.

Sólo que ya no era tal pipa.

— ¡Sartán bendito! —exclamó Alfred, horrorizado.

El asesino empuñaba la Hoja Maldita, el puñal de hierro con las runas de muerte sartán grabadas en la hoja. Soltó el arma y ésta cayó al suelo y empezó a retorcerse y agitarse como si fuera un ser vivo.

Los signos mágicos tatuados en la piel de Haplo se iluminaron con una llamarada, igual que las runas de Vasu, de Marit y de todos los demás patryn de las proximidades.

— ¡Recógelo! —dijo Alfred con labios pálidos y temblorosos.

— ¡No! —*La Mano* movió la cabeza enérgicamente—. ¡No voy a tocar esa condenada arma!

— ¡Cógela! —Ordenó Alfred, alzando el tono de voz—. ¡Se siente amenazada! ¡Deprisa!

— ¡Hazlo! —intervino Haplo, ceñudo, mientras sujetaba al perro, que se disponía a acercarse al objeto para olisquearlo.

A regañadientes y con mucha cautela, como si se dispusiera a coger una serpiente venenosa por la nuca, Hugh se agachó y recuperó el puñal con una mirada de odio hacia el objeto.

—Juro que... ¡que no sabía nada! La pipa...

—La Hoja Maldita no ha querido separarse de él —intervino Alfred. El sartán parecía abrumado—. Ya me extrañó entonces, Haplo, cuando dijiste que te habías deshecho de él. El puñal, pensé, encontraría un modo de permanecer con el humano. Y así fue. Para ello adoptó la forma de la posesión más preciada de Hugh...

—Dirigente Vasu, te sugiero con el mayor respeto que disuelvas esa multitud —dijo Haplo, tenso, con la mirada en el puñal. Su mirada era aún furiosa, pero ya no tanto como antes—. El peligro es muy grande.

—Y aumenta proporcionalmente —añadió Alfred en un susurro, con las mejillas rojas de vergüenza ante las consecuencias de los delitos de sus antepasados—. Con toda esta gente alrededor...

—Sí, lo percibo —respondió Vasu en tono tétrico—. Oídmeme, volved a vuestras casas y llevaos a los niños.

«Llevaos a los niños.» Una chiquilla intentaba ver algo, aproximándose, ajena al peligro. Tenía la carita ovalada, la barbilla prominente... Se parecía bastante a Marit. Y la edad encajaba, aproximadamente...

Un hombre llegó hasta la pequeña, posó una mano sobre el hombro de ésta con gesto protector y la hizo retroceder. El hombre y Haplo cruzaron la mirada un instante. Haplo notó que le ardía el rostro. El patryn se llevó a la niña.

La multitud se dispersó con rapidez, en obediente cumplimiento de las órdenes del dirigente. Con todo, Haplo advirtió rostros y ojos que lo observaban con desconfianza y rencor desde las sombras. Tuvo pocas dudas de que muchas de las manos estarían acariciando un arma.

¿Y de quién era la voz que había hablado? ¿Y qué fuerza había provocado que el puñal revelara su verdadera naturaleza?



—Alfred —dijo Haplo, al recordar de pronto un detalle—, ¿por qué no cambió el puñal cuando los hombres tigres nos atacaron?

—No estoy seguro. Pero, como recordarás, Hugh estaba sin sentido a causa de un golpe en la cabeza.

O tal vez había sido el propio puñal lo que había alertado a los hombres tigres.

—Nunca en la historia de Abri, que ha estado aquí desde el principio, nos ha traído tanto peligro uno de los nuestros —declaró Vasu. Sus pardos ojos eran duros, severos e implacables.

—Debes encarcelarlos, dirigente —propuso Marit—. Mi señor, Xar, viene hacia aquí. Él se ocupará de ellos.

De modo que Xar acudiría al Laberinto, se dijo Haplo. ¿Cuánto hacía que Marit lo sabía? Por fin, muchas cosas empezaban a encajar y a cobrar sentido.

—No quiero encarcelar a uno de los nuestros. ¿Aceptas, Haplo, esperar en Abri la llegada del noble Xar? —Preguntó Vasu—. ¿Me das tu palabra de honor de que no intentarás huir?

Haplo titubeó. Vio el reflejo de su imagen en los ojos del dirigente, tan maravillosamente nítidos y suaves y, en aquel mismo instante, tomó la decisión.

—No; no daré tal palabra, pues no podría mantenerla. Xar ya no es mi señor. Se deja guiar por el mal; su ambición no es gobernar, sino esclavizar, y he visto adonde conduce esa ambición. No estoy dispuesto a continuar sirviéndole y obedeciéndolo. —Con voz serena, añadió—: Haré cuanto esté en mi mano por desbaratar sus planes.

Marit hizo una profunda inspiración.

— ¡Él te ha dado la vida! —exclamó. Escupió a los pies de Haplo, dio media vuelta sobre sus talones y se alejó.

—Sea —dijo Vasu—. No tengo más remedio que consideraros, a ti y a tus compañeros, un peligro para todos. Seréis retenidos en prisión a la espera de la llegada de Xar.

—Está bien. Aceptaremos pacíficamente, dirigente Vasu —asintió Haplo—. Hugh, guarda el puñal.

El asesino lanzó una mirada ceñuda (no a Haplo, sino a la Hoja Maldita) y guardó el arma en el cinto.

—Supongo que esto significa que he perdido la pipa —murmuró con aire melancólico.

A una señal de Vasu, varios patryn aparecieron de entre las sombras, dispuestos a escoltar a los prisioneros.

—Nada de armas —ordenó Vasu—. No las necesitaréis.

Miró de nuevo a Haplo, quien advirtió algo en sus pardos ojos. Algo insondable, desconcertante.

—Os acompañaré —se ofreció el dirigente—. Si no os importa.

Haplo se encogió de hombros. No estaba en posición de plantear exigencias.

—Por aquí.

Vasu se mostró enérgico y eficiente. Incluso le ofreció una mano a Alfred, que había resbalado en un guijarro y yacía de espaldas con aire desvalido, como una tortuga vuelta del revés.

Con la ayuda del dirigente, Alfred se reincorporó. Sus hombros, habitualmente hundidos, estaban aún más encorvados como si, de nuevo, hubiera caído sobre ellos alguna carga penosa.



Se encaminaron hacia la montaña. Su destino debía de ser las cavernas que penetraban en el subsuelo. Unas grutas que se extendían a gran profundidad bajo el faro cuyas llamas guiaban los pasos entre las brumas cenicientas.

El perro se arrimó a la pierna de Haplo y lo interrogó con una mirada de sus brillantes ojos. *¿Vamos a seguir con esta indignidad, o quieres que ponga fin al asunto?*

Haplo dio unas palmaditas tranquilizadoras al animal. Con un suspiro que expresaba su esperanza de que Haplo supiera lo que estaba haciendo, el perro avanzó dócilmente al lado de su amo.

Haplo se preguntó qué significaría aquella extraña mirada en los ojos del dirigente. Dándole vueltas al asunto, Haplo recordó las palabras de Kari respecto a que Vasu la había enviado deliberadamente a buscarlos para llevarlos de vuelta a Abri.

¿Cómo lo había sabido Vasu? ¿Qué sabía Vasu?

Al marcharse, Marit no había ido muy lejos; sólo lo suficiente como para desaparecer de la vista de Haplo. Se mantuvo a la sombra de un majestuoso roble que le ofrecía abrigo y aguardó a ver cómo Haplo y los otros eran conducidos a prisión. La patryn era presa de un temblor que atribuyó a la indignación. ¡Haplo había reconocido su culpa! ¡La había reconocido abiertamente! ¡Y aquellas acusaciones! ¡Había afirmado que Xar se dejaba guiar por el mal! ¡Era monstruoso!

Xar tenía razón respecto a Haplo: era un traidor. Y Marit había hecho bien en seguir las órdenes de Xar, en hacerlo detener y mantener preso hasta que Xar pudiera acudir a buscarlo. Y Xar llegaría muy pronto, en cualquier momento.

Naturalmente, contaría a su señor lo que había dicho Haplo. Y, con ello, el destino de éste quedaría sellado. Era justo. Sí, justo y necesario. Haplo era un traidor..., un traidor a todos ellos...

Entonces, ¿a qué venía aquella duda que la roía?

Marit lo sabía. No le había hablado a nadie del puñal sartán. A nadie.

Siguió observando hasta que el trío hubo desaparecido; después, de improviso, se percató de que varios patryn se acercaban a ella y la contemplaban con curiosidad. Sin duda, querían comentar aquel suceso insólito en sus vidas.

Marit no estaba de humor para chacharas. Fingió no haber reparado en ellos, dio media vuelta y se alejó, dando a entender que sabía adonde se dirigía. En realidad, no era así. Ni siquiera se fijó por dónde iba. Necesitaba pensar, tratar de descubrir qué andaba mal...

Notó un escozor en la piel. Los signos mágicos de las manos y los brazos despedían un leve resplandor. Marit, extrañada, levantó la vista rápidamente. Se había alejado más de lo que se proponía y se encontraba cerca de la muralla que rodeaba Abri. En el Laberinto, el peligro acechaba en cualquier sitio; no debería haberla sorprendido que se hubiera activado la magia de su piel. Y, sin embargo, la ciudad parecía tan segura...

Una mano se cerró en torno a su brazo. Marit desenvainó la daga antes de saber siquiera de quién era la mano.

Un patryn.

Bajó la daga, pero la mantuvo en la mano. No alcanzó a ver el rostro del patryn, cuyos largos y desaliñados cabellos colgaban sobre sus ojos. El resplandor de las runas de aviso y la comezón de la piel no disminuyeron un ápice. Si acaso, ahora eran más intensos.



Marit se desasíó y se apartó del extraño patryn. Al hacerlo, observó que la magia del hombre no reaccionaba al peligro. Los tatuajes de su piel no resplandecían; difícilmente habrían podido hacerlo, según comprobó: no eran estructuras rúnicas auténticas, sino imitaciones.

Marit no perdió un instante en hablar o en preguntarse quién o qué podía ser aquel desconocido. En el Laberinto, quienes esperaban a preguntar rara vez vivían lo suficiente como para escuchar la respuesta. Ciertas especies de aquel lugar, como los espectrales, tenían la facultad de cambiar de forma. Empuñando la daga, la patryn se lanzó contra el impostor.

El arma desapareció; se transformó en humo, y éste se desvaneció en el aire.

— ¡Ah, me has reconocido! —Dijo una voz familiar—. Ya esperaba que lo harías.

En realidad, no era así. Marit se había percatado de que no era un patryn, pero no lo había reconocido... hasta que el extraño apartó de su rostro los mechones de pelo hirsuto y dejó a la vista su único ojo rojo.

—Sang-drax —murmuró Marit en tono desagradable. Debería haberse alegrado de ver a la serpiente dragón, pero su inquietud no hizo sino aumentar—. ¿Qué quieres?

— ¿No te informó Xar de mi llegada? —El ojo solitario parpadeó.

—Mi señor me informó que se presentaría él en persona —replicó Marit. Sus pensamientos volaron a la espantosa visión de las serpientes dragón en Chelestra. Le disgustaba la proximidad de Sang-drax y deseaba alejarse de él—. ¿Tal vez Xar está aquí ya? Si es así, iré a...

—Mi señor ha sufrido un desafortunado contratiempo —la interrumpió Sang-drax—. Me ha enviado para que me encargue de Haplo.

—Mi señor ha dicho que vendrá él —reiteró Marit. El cambio de planes no le gustaba y se preguntó a qué venía todo aquello—. Si no fuera a hacerlo, me lo habría dicho.

—Al Señor del Nexo le resulta un poco difícil comunicarse contigo, en este momento —respondió Sang-drax y, aunque su tono era respetuoso, a Marit le pareció advertir una mueca burlona en su rostro.

—Si mi señor te ha enviado en busca de Haplo, será mejor que vayas a su encuentro —dijo con frialdad—. ¿Qué quieres de mí?

— ¡Ah!, llegar hasta Haplo está resultando un problema—Explicó Sang-drax—. He conseguido hacerlo detener, pero...

— ¡Eras tú, entonces! ¡Tú sabías lo del puñal!

—No quiero ser irrespetuoso, pero el dirigente Vasu es un estúpido mentecato. Estaba dispuesto a permitir que Haplo y su amigo sartán deambularan libremente por la ciudad. A mi señor no le habría gustado tal cosa. Cuando vi que tú no ibas a intervenir... —el ojo de la serpiente dragón emitió un destello rojo—, me vi forzado a hacerlo yo.

»Como me disponía a decir, mi objetivo era tener a Haplo encerrado en una mazmorra, imposibilitado de moverse. A él y a ese sartán amigo suyo. Así podré capturarlo fácilmente y sin poner en peligro a tu gente.

Sang-drax inclinó la cabeza y el ojo se cerró durante un momento.

—Pero ahora no consigues llegar hasta él, ¿no es eso? —aventuró Marit.

—En efecto. —La serpiente dragón se encogió de hombros y añadió, con tono modesto—: Los centinelas me reconocerían enseguida como impostor. Pero si tú me llevaras dentro...



Marit apretó los dientes. Le costaba un verdadero esfuerzo físico permanecer tan cerca de la serpiente dragón. Todos sus instintos la impulsaban a matar a Sang-drax o salir huyendo.

—Debemos darnos prisa —agregó éste al percibir sus titubeos—. Antes de que los guardias puedan organizarse.

—Primero, tengo que hablar con mi señor —declaró Marit con rotundidad—. Lo que propones contradice las órdenes previas de Xar. Tengo que estar segura de que es ésta su voluntad.

Sang-drax hizo visible su disgusto.

—Quizá sea difícil establecer contacto con mi señor. Digamos que está ocupado en otros asuntos. —Su voz tenía un tono de mal agüero.

—Entonces, tendrás que esperar —contestó Marit—. Haplo no irá a ninguna parte...

— ¿De veras crees eso? —La serpiente dragón le dirigió una mirada conmisericordiosa—. ¿Piensas que se quedará dócilmente en la celda, esperando a que Xar venga a buscarlo? No, Haplo tiene algún plan, eso no lo dudes. ¡Insisto, debo capturarlo ahora mismo!

Marit no sabía qué pensar, pero había algo que sí tenía claro: no creía las palabras de Sang-drax.

—Hablaré con Xar —declaró con firmeza—. Cuando reciba sus instrucciones, las obedeceré. ¿Dónde puedo encontrarte?

—No te preocupes, patryn. Ya te encontraré yo a ti.

Sang-drax dio media vuelta y continuó su camino por la calle desierta. Marit esperó a que estuviera a veinte pasos de ella; entonces, fue tras él, resguardándose en las sombras de la muralla.

¿Qué pretendía realmente la serpiente dragón? Marit no creía que Xar lo hubiera enviado, ni las insinuaciones de que su señor estaba en algún tipo de dificultades.

Vigilaría los pasos de Sang-drax para descubrir en qué andaba metido.

La serpiente dragón dobló la esquina de un edificio, aún con su forma patryn. Marit observó que Sang-drax también tenía la cautela de mantenerse pegado a las sombras y de evitar a cualquier patryn auténtico. No se cruzó con muchos de ellos. Aquella parte de la ciudad, cerca de la muralla, estaba casi desierta. Allí los edificios eran más viejos, probablemente de una época anterior a la construcción de la muralla, y tal vez se habían dejado allí como una segunda línea de defensa. Un escondite perfecto para la serpiente dragón.

Pero ¿cómo había entrado en la ciudad? Había patryn apostados en las murallas y en la puerta y su magia mantenía a distancia al intruso más poderoso. No obstante, allí estaba Sang-drax y, evidentemente, había pasado inadvertido; de lo contrario, la ciudad habría sido un tumulto.

Una duda empezó a corroer a Marit: ¿cuál era el auténtico poder de la serpiente dragón? La patryn siempre había dado por sentado que sus poderes eran superiores. El suyo era el pueblo más poderoso del universo... ¿verdad? ¿No era eso lo que Xar repetía una y otra vez?

«Se deja guiar por el mal», había dicho Haplo.

Marit apartó de sus pensamientos a Haplo.

Sang-drax penetró en un callejón sin salida. Marit se detuvo a la entrada, pues no quería encontrarse atrapada. La serpiente dragón continuó avanzando con paso relajado.



Marit cruzó al otro lado del callejón y se apostó en el quicio de una puerta, desde donde podía observar sin ser vista.

Sang-drax volvió la vista en varias ocasiones, pero nunca más de un instante y, además, sin mucha atención. Estaba a medio callejón cuando se detuvo y miró cautelosamente en una dirección y otra. Después, se introdujo en un portal en sombras y desapareció.

Marit esperó, tensa, sin atreverse a dar un paso hacia allí hasta estar convencida de que la serpiente dragón no volvería a salir.

No sucedió nada; no hubo el menor movimiento, y el callejón continuó vacío. De pronto, la patryn captó unas voces bajas e indistintas procedentes del edificio en el que había entrado Sang-drax.

Marit trazó una serie de signos mágicos en el aire, y unas volutas de bruma empezaron a extenderse por el callejón. Con paciencia, la patryn desarrolló su hechizo lentamente, pues la aparición repentina de un banco de niebla habría resultado demasiado sospechosa.

Cuando ya no pudo distinguir la achaparrada y cuadrada silueta del edificio de enfrente, Marit cruzó hasta el callejón utilizando la niebla como protección. Ya se había fijado un objetivo: una ventana en la pared del edificio que corría perpendicular al callejón.

Sang-drax debería haber estado en mitad de éste, pendiente de ella, para haberla visto. Pero la serpiente dragón no estaba a la vista. En cuanto a Marit, era apenas una silueta borrosa, reconocible por el débil resplandor de las runas de advertencia de sus manos y brazos desnudos.

Cuando llegó junto a la ventana, se aplastó contra la pared y se arriesgó a echar una mirada al interior.

La habitación, pequeña, estaba completamente desnuda. Antiguos nómadas, los patryn no empleaban apenas mobiliario en sus viviendas. Nada de mesas y sillas o cosas parecidas; alfombras para sentarse y jergones para dormir eran los únicos muebles que consideraban necesarios.

En medio de la habitación vacía estaba Sang-drax, conversando con otros cuatro patryn... que tampoco eran tales, como no tardó en descubrir Marit. Ésta no alcanzaba a ver con claridad las marcas rúnicas de su piel, ya que la niebla del callejón había dejado sumido en sombras el edificio, pero el propio hecho de que la habitación estuviera a oscuras era lo que las delataba. Los tatuajes mágicos de un auténtico patryn habrían emitido un leve resplandor, como hacían los de Marit.

Más serpientes dragón, disfrazadas de patryn. Y todas ellas hablaban con fluidez el idioma de los patryn. A Marit, este detalle le resultó perturbador. Sang-drax dominaba el idioma patryn, pero había pasado mucho tiempo con Xar. ¿Cuánto tiempo hacía que aquellas otras serpientes tenían bajo observación a su gente?

—... están en marcha. Nuestras hermanas se agolpan en la Última Puerta. Sólo esperamos tu señal —decía una de las serpientes dragón.

—Excelente —respondió Sang-drax—. No tardaré en enviárosla. Los ejércitos del Laberinto ya se están formando. Cuando llegue lo que se entiende por amanecer en esta tierra, atacaremos la ciudad y la destruiremos. Cuando la ciudad esté arrasada, permitiré escapar a un puñado de «supervivientes» para que difundan su historia de destrucción y despierten el terror ante nuestra llegada.

—Pero no permitirás que uno de los supervivientes sea ese sartán, Alfred, ¿verdad? —preguntó otra serpiente dragón con un siseo.



—Claro que no —replicó Sang-drax con aspereza—. El Mago de la Serpiente morirá aquí, igual que Haplo, el patryn. Los dos son demasiado peligrosos para nosotros, ahora que Xar conoce la existencia de la Séptima Puerta. ¡Maldito sea ese estúpido Kleitus, que lo puso sobre la pista!

—Tenemos que encontrar un modo de ocuparnos del lázaro —apuntó uno de sus acompañantes.

—Todo a su momento —repuso Sang-drax—. Cuando hayamos terminado esto, volveremos a Abarrach para encargarnos del lázaro; después, nos ocuparemos del propio Xar. Lo primero, sin embargo, será conquistar y controlar el Laberinto. Cuando cerremos la Última Puerta, el mal encerrado en este lugar centuplicará su poder... y, con él, también el nuestro. Aquí, nuestra especie crecerá y se multiplicará, a salvo de intromisiones y con una fuente de nutrición permanente y asegurada. El miedo, el odio y el caos serán nuestra cosecha...

— ¿Qué ha sido eso? —Una de las serpientes dragón volvió la cabeza hacia la ventana—. ¿Alguien que nos espía?

Marit no había hecho el menor ruido, aunque lo que acababa de escuchar le había producido tal flojera de piernas que había estado a punto de caer al suelo.

Sang-drax se acercó a la ventana.

Con paso sigiloso, en absoluto silencio, Marit se sumió en la espesa niebla y desanduvo sus pasos rápidamente hasta salir del callejón.

— ¿Lo ha escuchado todo? —preguntó la serpiente dragón. Sang-drax dispersó la bruma con un gesto de la mano. —Sí, todo —respondió, satisfecho.



CAPÍTULO 43



LA CIUDADELA PRYAN

La luz cegadora brillaba en la torre de la ciudadela. El leve murmullo, cuyas palabras eran audibles pero indescifrables, resonó en las calles. Al otro lado de la muralla, los titanes permanecían a cierta distancia, en estado de trance. Dentro, Aleatha sostenía el amuleto en el centro de las runas de la puerta.

—Será mejor que echemos a correr —apuntó Paithan, y se pasó la lengua por los labios resacos.

—Yo no me voy sin Aleatha —declaró Roland.

—Y yo no me voy sin Roland —terció Rega, colocándose junto a su hermano.

Paithan los observó a ambos con una mezcla de exasperación y de desesperado aprecio.

—Y yo no iré a ninguna parte sin vosotros dos. Supongo —añadió— que eso significa que vamos a morir todos.

—Por lo menos, estaremos juntos —susurró Rega al tiempo que alargaba una mano para coger la de Paithan, mientras con la otra asía la de su hermano.

—Mientras la luz siga encendida, estaremos a salvo —dijo Roland, tras reflexionar sobre el asunto—. Paithan, tú y yo corremos hasta la puerta, cogemos a Aleatha y volvemos a la ciudadela. Después...

En aquel momento, la puerta se abrió de golpe y la luz de la torre se apagó bruscamente. Los titanes del exterior empezaron a agitarse. Paithan se preparó a la espera de que los titanes penetraran en la ciudad y los aplastaran. Esperó... y siguió esperando.

Los titanes permanecieron inmóviles, con sus cabezas ciegas vueltas hacia la puerta abierta. Aleatha se colocó entre ellos, justo en el umbral de la entrada.

—Por favor —dijo con el porte lleno de elegancia de una reina elfa—, por favor, entrad.

Paithan soltó un gemido y cruzó una mirada con Roland. Los dos se aprestaron a echar a correr hacia Aleatha.

— ¡Quietos! —les ordenó Rega con voz asombrada—. ¡Mirad!

En actitud pacífica, humilde, reverente, los titanes dejaron caer sus garrotes del tamaño de árboles y empezaron a desfilar en silencio colina arriba hacia la puerta.

El primer titán que llegó hasta ella se detuvo y volvió la cabeza carente de ojos hacia Aleatha.

¿Dónde está la ciudadela? ¿Qué debemos hacer?

Paithan cerró los ojos. No podía mirar. A su lado, Roland emitió un gemido de angustia.

—Aquí está la ciudadela —se limitó a decir Aleatha—. Estáis en casa.

Herido y exhausto, Xar buscó refugio en la biblioteca y logró llegar hasta ella antes de derrumbarse en el suelo. Allí permaneció largo rato con el cuerpo roto y sangrante, demasiado débil como para curarse a sí mismo.

A lo largo de su existencia, Xar había luchado con muchos adversarios poderosos. Había combatido a muchos dragones, pero nunca con uno de magia tan poderosa como aquella bestia furiosa sin alas.

Pero Xar le había dado tanto como había recibido.

Aturdido de dolor, mareado por la pérdida de sangre, Xar no tenía una idea muy clara de qué había sucedido con el dragón. ¿Lo había matado? ¿Lo había dejado tan malherido que se había visto obligado a retirarse? No lo sabía y, en aquel preciso momento, poco le importaba. La bestia había desaparecido. Ahora, Xar tenía que reponerse enseguida, antes de que los estúpidos mensch lo encontraran en aquel estado de debilidad.

El Señor del Nexo juntó las manos y cerró el círculo de su ser. Una sensación cálida se extendió por su cuerpo y empezó a sumirlo en el sueño reparador que le devolvería todo su vigor y su energía. Casi se había dejado vencer por la modorra cuando una voz que lo llamaba con tono de urgencia lo despertó de nuevo.

Rápidamente, se quitó de encima la modorra. No había tiempo para dormir. Con toda seguridad, el dragón rondaba por alguna parte, recuperándose también del enfrentamiento.

—Marit... Apareces en el momento oportuno. ¿Has obedecido mis órdenes? ¿Están en prisión Haplo y el sartán?

—Sí, mi Señor, pero temo que has..., que has cometido un error terrible.

—Que he cometido un error... —El Señor del Nexo se incorporó, rígido y letal—. ¿A qué te refieres, hija mía, con eso de que he cometido un error?

—Sang-drax es un traidor. He oído sus maquinaciones. Él y sus congéneres se proponen atacar la ciudad y destruirla. Después, tienen la intención de cerrar la Última Puerta. Nuestra gente quedará atrapada. Tienes que venir...

—Lo haré —replicó Xar, apenas capaz de contener la rabia—. Iré a encargarme de Haplo y de ese sartán que, evidentemente, han conseguido pasarte a su siniestra causa...

—No, mi Señor. ¡Te lo ruego! Tienes que creerme...

Xar silenció la voz de Marit como se proponía hacerlo con la propia mujer la siguiente vez que la tuviera delante. Probablemente, Marit trataba de invadir sus pensamientos, de espiarlo.

Aquél era un truco de Haplo; sin duda, intentaba atraerlo al Laberinto con aquellas estúpidas fantasías.

—Volveré al Laberinto, sí —murmuró Xar con una mueca torva y se puso en pie con renovadas energías, muchas más que si hubiera dormido una quincena seguida—. Y vosotros dos, hijos míos, lamentaréis que lo haga.



Pero, antes, tenía que encontrar a los mensch. Sobre todo, a la elfa que había huido con el amuleto del enano.

Extendió su oído por medio de la magia y buscó las pendencieras voces de los mensch y el espantoso gruñido del dragón. Al principio, le resultó difícil captar algo. El canturreo irritante que procedía de lo alto de la ciudadela parecía más potente que nunca. Después, por fortuna, el murmullo cesó y la luz se apagó.

Entonces oyó a los mensch. Y lo que oyó le produjo sorpresa y alarma. ¡Estaban abriendo la puerta a los titanes! ¡Aquellos idiotas, aquellos estúpidos, aquellos...! Le faltaban las palabras.

Se acercó a una pared de sólida piedra y dibujó un signo mágico en el mármol. En él apareció una ventana, como si siempre hubiera existido. Ahora, desde allí, Xar alcanzaba a ver la puerta y distinguió a los mensch, apretujados unos junto a otros como torpes corderillos que eran. Observó la puerta abierta y vio entrar por ella una larga fila de titanes.

Con cierta expectación morbosa, Xar esperó presenciar cómo los titanes convertían a los mensch en una pulpa sanguinolenta. Les estaría bien merecido, aunque una muerte así trastocaría considerablemente sus planes. En cualquier caso, tal vez podría aprovechar la momentánea distracción de los titanes para escapar sano y salvo.

Ante la perplejidad de Xar, los titanes pasaron junto a los cuatro mensch sin prestarles gran atención, aunque tampoco pasaron por alto por completo su presencia (uno de los titanes llegó a coger al humano y apartarlo de su camino con mano delicada). De pronto, volvieron sus ciegas cabezas hacia arriba. La luz de la ciudadela se encendió de nuevo, descendió hacia ellos y los iluminó, haciéndolos casi hermosos.

Los titanes avanzaban en dirección a Xar. Su destino era la ciudadela.

Las siete sillas. Gigantes que no podían ver, que no serían afectados por aquella luz enloquecedora. Los titanes regresaban a la ciudadela para cumplir su destino... fuera éste cual fuese.

Pero lo más importante era... ¡que la puerta seguía abierta! Los titanes estaban distraídos y el dragón no parecía rondar por las cercanías. Era su oportunidad.

Xar dejó la biblioteca, cruzó el edificio a toda prisa y lo abandonó por detrás en el momento en que los titanes hacían su entrada por delante.

Siempre por callejas secundarias, Xar se encaminó hacia la puerta. Cuando la tuvo a la vista, hizo un alto para reconocer el terreno. Sólo siete titanes habían entrado en la ciudadela. El resto permanecía fuera, pero en sus rostros había la misma expresión beatífica de los que habían entrado. Tres de los mensch estaban junto a la puerta y desde allí contemplaban con ojos desorbitados de asombro a los gigantes. El cuarto, la elfa, se encontraba justo en el camino de Xar, obstruyendo la puerta. La mirada del Señor del Nexo se fijó ansiosamente en el amuleto embadurnado de sangre que la mensch sostenía en las manos.

Aquel amuleto le permitiría atravesar las runas sartán y abordar la nave. Al aparecer, ya no tenía que preocuparse de los titanes.

Los siete titanes continuaron su avance, lento y firme, hacia la ciudadela. Xar se aventuró a salir a plena vista. Los titanes pasaron junto a él sin prestarle la menor atención.

Excelente, pensó, frotándose las manos.

Se dirigió rápidamente a la puerta.

Como era de esperar, su presencia desató un tumulto entre los mensch. La humana soltó un chillido, el elfo balbuceó y el humano se adelantó con la intención de causar daño físico a Xar. El Señor del Nexo les lanzó un hechizo como si arrojara un hueso a una manada de lobos hambrientos. El hechizo los alcanzó y los mensch se quedaron muy quietos y muy silenciosos.

La elfa se volvió hacia él con los ojos desorbitados por el miedo.

Xar se acercó a ella con una mano extendida al frente.

—Dame el amuleto, querida —le dijo en un susurro—, y nadie te hará daño.

La elfa abrió la boca, pero no salió de ella sonido alguno. Con una profunda inspiración, movió la cabeza y logró articular:

— ¡No! Era de Drugar. —Escondió la piedra tras la espalda—. Yo... no te lo daré. No importa lo que me hagas. Sin él, no podré viajar a la otra ciudad...

Tonterías, se dijo Xar. No tenía idea de a qué se refería, ni le importaba. Se disponía a dejarla seca, a convertirla en un montón de polvo (con el amuleto intacto en lo alto), cuando uno de los titanes cruzó la puerta y se plantó delante de Aleatha.

No le harás daño. La voz resonó en la cabeza de Xar. *Está bajo nuestra protección.*

Una magia sartán, tosca pero inmensamente poderosa, irradió del titán como la luz de la estrella irradiaba desde lo alto de la ciudadela.

Xar podría haberse enfrentado a aquella magia, pero estaba débil tras el combate con el dragón. Además, no era necesario pelearse. Sencillamente, el Señor del Nexo escogió la posibilidad de encontrarse detrás de la elfa, en lugar de delante de ella. La elfa apretaba el amuleto entre sus manos, a salvo —al menos, eso creía— tras la espalda.

Xar cambió de lugar, alargó la mano, arrancó la piedra de entre sus dedos y corrió hacia la puerta.

Oyó a su espalda los gritos de consternación de la elfa.

Los titanes no le prestaron atención mientras corría entre ellos, se adentraba en la jungla y se dirigía a la nave para, con ella, viajar al Laberinto.

—Pobre Drugar —murmuró Rega, al tiempo que se pasaba la mano por los ojos—. Ojalá me hubiera portado mejor con él.

—Estaba tan solo... —Aleatha se arrodilló junto al cuerpo del enano y tomó la mano fría de éste entre las suyas.

—Me siento fatal, pero yo no creía... —intervino Paithan—. Yo pensaba que Drugar deseaba estar solo.

—Ninguno de nosotros se molestó en preguntárselo —asintió Roland calmamente—. Estábamos demasiado ocupados pensando en nosotros mismos.

—O en cierta máquina —añadió Paithan en un susurro inaudible, y elevó una mirada furtiva en dirección a la Cámara de la Estrella.

En aquel momento, los titanes estaban probablemente allá arriba, sentados en los enormes asientos. ¿Qué harían allí? La máquina se había detenido; hacía ya bastante rato que la luz de la estrella no brillaba. Sin embargo, en la atmósfera se podía mascar un palpito tenso, una excitación contenida. Paithan deseaba como nada en el mundo subir allá arriba y verlo con sus propios ojos. Y lo haría, pues ya no temía a los titanes. Pero estaba en deuda con el enano. Le debía muchísimo... y parecía que el único modo de recompensarlo era permanecer plantado ante su cuerpo inerte, abrumado de pesar.

—Parece feliz —apuntó Rega.



—Más que cuando estaba entre nosotros —murmuró Paithan.

—Vamos, Aleatha —dijo Roland, ayudándola a ponerse en pie—. No es preciso que tú lo llores. Tú te portaste bien con él. Tengo..., tengo que reconocer que te admiro por ello.

Aleatha se volvió a mirarlo con perplejidad.

—¿De veras?

—Yo también, Aleatha —intervino Rega con timidez—. Antes no me caías demasiado bien. Te consideraba débil y necia, pero has demostrado ser la más fuerte de todos. Yo... quiero que seamos amigas de verdad.

—Has sido la única con ojos en la cara —añadió Paithan a regañadientes—. Todos los demás estábamos tan ciegos como los titanes. Supiste ver al auténtico Xar. Y supiste valorar al enano como se merecía.

—Drugar se sentía solo —murmuró Aleatha. Bajó la vista hacia el cuerpo del enano e insistió—: Se sentía tan solo...

—Te quiero, Aleatha —declaró Roland. Extendió los brazos al frente, posó las manos en los hombros de la elfa y la atrajo hacia sí—. Más aún: me gustas.

—¿Que te gusto? —repitió Aleatha, asombrada.

—Sí. —Roland se sonrojó, incómodo—. Antes, no; antes, te amaba pero no me caías bien. Eras demasiado... *hermosa* —pronunció la palabra con disgusto. Después, apareció en sus ojos un destello cálido y, con una sonrisa, añadió—: Ahora, en cambio, eres hermosa.

Aleatha se mostró perpleja. Se acarició el cabello, sucio y descuidado, que caía en mechones sobre sus delicados hombros. Tenía el rostro manchado de polvo y surcado de lágrimas, la nariz hinchada y los ojos enrojecidos. Había despertado el amor del humano, pero no su aprecio. Sí, lo entendía perfectamente: nunca le había caído bien a nadie. Ni siquiera a sí misma.

—Basta de juegos, Aleatha —dijo Roland con ternura. La presión de sus manos en los hombros de la elfa se incrementó y sus ojos se volvieron hacia el cuerpo del enano—. Nunca se sabe cuándo va a terminar la partida...

—Está bien, Roland, basta de juegos —asintió ella, al tiempo que descansaba la cabeza en el pecho del humano.

—¿Qué hacemos con Drugar? —Preguntó Paithan con voz ronca tras unos momentos de silencio—. Yo no tengo idea de las ceremonias funerarias de los enanos.

Llevadlo a los suyos, dijo una voz de titán.

—Llémoslo a los suyos —repitió Aleatha.

Paithan rechazó la propuesta con un gesto de cabeza.

—Eso estaría bien, si supiéramos dónde encontrarlos. O si hubiera todavía algún superviviente...

—Yo sé cómo hacerlo —declaró Aleatha—. ¿Verdad que sí?

—¿Con quién hablas, Thea? —preguntó Paithan, algo asustado.

5/, *lo sabes*, fue la respuesta.

—Pero ahora no tengo el amuleto —dijo la elfa.

No lo necesitas. Espera a que se encienda la luz de la estrella.

—Por aquí —indicó Aleatha a los demás, con confianza—. Venid conmigo.

Se despojó del chal y lo extendió respetuosamente sobre el cuerpo de Drugar. Roland y Paithan levantaron del suelo al enano. Rega se colocó junto a Aleatha y avanzó a su altura. Todos juntos, entraron en el laberinto.

—¿Puedo levantarme ya? —preguntó una voz quisquillosa.



—Sí, señor, pero debes darte prisa. Los otros podrían volver en cualquier momento.

El montón de escombros empezó a moverse. Unos cuantos ladrillos de la parte superior rodaron hasta el suelo.

— ¡Estáte quieto, señor, por favor! —exclamó el dragón.

—Podrías echarme una mano —murmuró la voz irritada—. O una zarpa. Lo que estés usando en este momento.

Con un suspiro de resignación, el dragón empezó a escarbar entre los cascotes con una mano de escamas verdes. Finalmente, tras agarrar al viejo por el cuello de su túnica de color gris rata (que en aquel momento presentaba un tono rojizo ladrillo), el dragón extrajo al viejo de las ruinas de la estancia.

— ¡Me echaste encima esa pared a propósito! —exclamó el anciano, agitando el puño.

—Fue necesario, señor —respondió el dragón, ceñudo—. Estabas respirando.

— ¡Pues claro que respiraba! —Exclamó su interlocutor con marcado enojo—. ¡Uno sólo puede contener el aliento unos minutos! ¿O acaso esperabas que me pusiera azul y me muriese de veras?

Un destello brillante y alegre iluminó los ojos del dragón; después, la bestia suspiró como si lamentase una ocasión perdida irremediablemente.

—Me refiero, señor, a que se notaba mucho que respirabas. Tu pecho se levantaba y se hundía visiblemente. Incluso llegaste a hacer un ruido, en cierto momento, y eso no es algo muy normal en un muerto...

—Se me coló un pelo de la barba en la nariz —murmuró el anciano—. Pensé que iba a escapárseme un estornudo.

—Sí, señor. Fue entonces cuando derribé la pared encima de ti. Y ahora, si estás preparado de una vez...

— ¿Y los mensch? ¿Se encuentran bien? —Preguntó el mago, asomando la cabeza por el hueco de la pared—. ¿Estarán a salvo?

—Sí, señor. Los titanes están en la ciudadela. Los siete escogidos ocuparán sus lugares en las siete sillas. Entonces, empezarán a canalizar la energía procedente del pozo y utilizarán sus poderes mentales para irradiarla a Pryan y, por último, a través de la Puerta de la Muerte. Los humanos y los elfos conseguirán ponerse en contacto con otros de sus razas que habitan en las otras ciudadelas. Y, ahora que los titanes vuelven a estar bajo control, los mensch podrán aventurarse en la jungla sin miedo. Encontrarán a otros de sus razas... y también a otros enanos, a los cuales ofrecerán la seguridad de estos muros.

— ¡Y vivirán felices y comerán perdices! —concluyó el anciano, jubiloso.

—Yo no diría tanto, señor —dijo el dragón—. Pero llevarán una existencia tan feliz como es razonable esperar. Tendrán mucho de que ocuparse; sobre todo, cuando hayan establecido comunicación con sus congéneres de los otros mundos, Ariano y Chelestra. Eso debería darles bastante en que pensar.

—Me gustaría quedarme a verlo —comentó el anciano con nostalgia—. Me gustaría ver a la gente feliz, colaborando junta en la construcción de unas vidas pacíficas. No sé por qué —continuó con una mueca ceñuda—, pero creo que eso me ayudaría a hacer desaparecer esos sueños terribles que tengo en ocasiones. Ya sabes a cuáles me refiero. —El anciano se puso a temblar—. Esos sueños horribles de incendios voraces y edificios que se derrumban, y la gente agonizando... y no puedo ayudar a los moribundos...



—Sí, claro que puedes, señor Bond —lo interrumpió suavemente el dragón, al tiempo que pasaba su mano con zarpas sobre la cabeza del mago—. Eres el mejor agente secreto de Su Majestad. ¿O tal vez hoy prefieres ser cierto mago chiflado? Siempre has tenido bastante apego por este papel...

—No. —El anciano apretó los labios—. Nada de magos. No quiero que me encasillen.

—Muy bien, señor Bond. Creo que Moneypenny anda buscándote.

— ¡Esa chica siempre anda detrás de mí! —Asintió el anciano con una risilla de complicidad—. Bien, vámonos. Démonos prisa. No debemos hacer esperar a «cu».

—Creo que la inicial es «eme», señor...

— ¡La que sea!

Los dos empezaron a difuminarse en el aire, a confundirse con el polvo. La mesa construida por los sartán yacía hecha astillas bajo los ladrillos y los bloques de piedra.

Muchos ciclos más tarde, cuando Paithan y su esposa, Rega, se convirtieron en gobernantes de la ciudad llamada Drugar, el elfo ordenó sellar aquella cámara.

Aleatha declaró que oía voces procedentes de allí, voces tristes que hablaban en un idioma extraño. Nadie más podía escucharlas pero, dado que la elfa era ahora Suma Sacerdotisa de los Titanes y su esposo era el Sumo Sacerdote Roland, nadie puso en duda su palabra.

La cámara fue convertida en mausoleo de un viejo mago bastante bobo que había dado su vida por ellos dos veces y cuyo cuerpo, por lo que ellos sabían, yacía enterrado bajo las ruinas.



CAPÍTULO 44



ABRÍ EL LABERINTO

—Disculpa, Haplo...

El cuchicheo de Alfred sacó a Haplo de sus debates internos. Se volvió al sartán, casi satisfecho de bajar sus armas mentales y volver sus sombríos pensamientos hacia otra cosa, probablemente tan sombría como éstos.

— ¿Sí, qué quieres?

Alfred dirigió una mirada temerosa a los guardias que marchaban a su lado y se aproximó más a Haplo.

— ¡Por todos los...! ¿De dónde ha salido eso?

Haplo asió a Alfred y evitó que tropezara de narices con una pared de roca sólida.

—La montaña lleva aquí mucho tiempo —comentó el patryn y condujo a Alfred hasta la boca de la caverna sin soltarlo, pues los torpes pies del sartán parecían capaces de descubrir todas y cada una de las piedras sueltas, fisuras e irregularidades del camino. Tras un largo y ceñudo examen, los guardias parecían haber considerado a Alfred inofensivo, pues habían dejado de prestarle atención para concentrar ésta casi exclusivamente en Hugh *la Mano*.

—Gracias —murmuró el sartán—. Lo..., lo que quería preguntarte... y quizá parezca una tontería...

—Viniendo de ti... —Haplo se estaba divirtiendo.

Alfred sonrió, apurado.

—Estaba pensando en esa prisión a la que nos llevan. Creía que tu gente no hacía una cosa así... a uno de los suyos.

—Yo creía lo mismo —replicó Haplo con sarcasmo.

Vasu, que los había acompañado con la misma actitud silenciosa y preocupada que Haplo, levantó la cabeza.

—Sólo en casos de extrema necesidad —apuntó con solemnidad—. Sobre todo, por el propio bien del prisionero. Algunos de los nuestros padecen lo que llamamos el mal del Laberinto. En las tierras más allá de nuestras murallas, la enfermedad suele conducir a la muerte.



—Más allá de las murallas —añadió Haplo, ominoso—, quien sufre del mal del Laberinto pone en peligro a toda su tribu.

—Y esos enfermos, ¿qué es de ellos? —quiso saber Alfred.

—Normalmente —explicó Haplo, encogiéndose de hombros—, se vuelven locos y acaban saltando por algún despeñadero. O cargan solos contra una manada de lobunos. O se ahogan en el río...

Alfred se estremeció.

—Pero hemos descubierto que, con tiempo y paciencia, podemos ayudar a esos desdichados —intervino Vasu—. Los mantenemos en un lugar donde están a salvo, donde no pueden hacerse daño a sí mismos ni hacérselo a los demás.

—Y es ahí donde nos llevas —dijo Haplo.

—En el fondo, la decisión de encerrarlos es vuestra —replicó Vasu—. Tengo razón, ¿no? Si quisierais marcharos podríais hacerlo.

—¿Y traer la destrucción a mi propio pueblo? No he venido aquí para eso —declaró Haplo.

—Podrías desembarazarte de ese humano... y de su puñal.

—No. La responsabilidad es mía. Yo he traído aquí el puñal; sin saberlo, pero lo he traído. Entre los tres —señaló a Alfred y a Hugh— quizá logremos dar con un modo de destruirlo.

Vasu asintió en un gesto de comprensión y conformidad.

Haplo guardó silencio un momento; después, añadió con aplomo:

—Pero no permitiré que Xar me lleve.

—No lo hará sin mi consentimiento. —Vasu endureció la expresión—. Te lo prometo. Escucharé lo que tenga que decirme y decidiré en consecuencia.

Haplo estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se reprimió y mantuvo un rostro impasible.

—Tú no conoces a Xar, dirigente Vasu. Mi señor coge lo que le apetece. No está acostumbrado a que le nieguen nada.

Vasu sonrió con indulgencia.

—Quieres decir que no tendré nada que decir sobre el tema, ¿no es eso? —Se dio unas palmaditas complacidas en su orondo vientre y agregó—: Quizá te parezca blando, Haplo, pero no me subestimes.

Haplo no quedó muy convencido, pero ponerlo en duda habría sido una descortesía. Cuando llegara el momento, tendría que enfrentarse a Xar él solo. El pensamiento lo sumió de nuevo en su oscura lucha interior.

—No puedo evitar preguntarme, dirigente Vasu —intervino Alfred—, cómo hacéis para mantener encerrada a la gente. Si tenemos en cuenta que nuestra magia se basa en las posibilidades y disponemos de toda la vasta gama de posibilidades de escapar... No es que me proponga intentarlo... —se apresuró a decir—. Además, si prefieres no decirlo, lo comprenderé...

—En realidad, es muy sencillo —respondió Vasu con expresión seria—. En el reino de las posibilidades, siempre existe la posibilidad de que no existan posibilidades.

Alfred miró al patryn con ojos vidriosos.

El perro le dio un ligero mordisco en el tobillo para salvarlo de meter el pie en un hoyo.

—La ausencia de posibilidades —murmuró, meditabundo, y sacudió la cabeza con gesto abatido.

Vasu sonrió.

—Con mucho gusto os lo explico. Como ya debéis de imaginar, la reducción de todas las posibilidades a ninguna requiere de un hechizo extremadamente difícil y complejo. Colocamos a la persona en una zona pequeña y cerrada, como una mazmorra. La necesidad de esta zona cerrada es debida a la naturaleza del hechizo, que exige que el tiempo se detenga en esa zona, pues sólo deteniendo el tiempo puede evitarse la posibilidad de que sucedan cosas en el tiempo.

»Pero no sería aconsejable ni factible detener el tiempo para toda la población de Abri. Así pues, hemos construido lo que se conoce como el «pozo», una pequeña cámara situada en lo más hondo de la gruta, donde el tiempo se detiene literalmente. La persona existe en ese segundo congelado y, durante ese segundo, mientras la magia actúe, no existe ninguna posibilidad de escapar. El prisionero continúa vivo en la celda pero, si permanece allí mucho tiempo, no cambia físicamente ni envejece. Los enfermos del mal del Laberinto nunca permanecen aquí demasiado tiempo; sólo el necesario para que les demos consejo y los curemos.

— ¡Qué ingenioso! —se admiró Alfred.

—Nada de eso —replicó Haplo con severidad.

Solitaria y preocupada, Marit deambuló por las calles hasta mucho después de que la penumbra del Laberinto diera paso a la noche. Muchos patryn le ofrecieron su hospitalidad, pero Marit la rechazó y los observó a todos con cautela, recelosa.

Desconfiaba de ellos. Ya no podía seguir confiando en su gente y la reflexión la llenó de pesadumbre. Se sentía más sola que nunca.

Debería acudir al dirigente Vasu, se dijo. Para advertirle, ¿pero de qué? La historia resultaba desquiciada, improbable. Serpientes ¹ dragón disfrazadas de patryn. Un ataque a la ciudad. La Última Puerta, sellada...

— ¿Y por qué habría de confiar en Vasu? —Se preguntó entre dientes—. Quizás está aliado con ellas. Tengo que esperar a mi señor. Ésas son mis órdenes. Y, sin embargo...

«Guiado por el mal...»

Haplo la creería. Era el único que la entendería y que sabría qué hacer. Pero tratar aquel asunto con él sería traicionar la confianza de Xar.

«He venido a buscar a mi hija...»

¿Y qué habría sido de aquella hija, de la niña que había entregado a la tribu hacía tanto tiempo? ¿Qué sería de ella y de todas las hijas e hijos de los patryn, si la Última Puerta quedaba sellada? ¿Era posible que Haplo le hubiera contado la verdad?

Marit dirigió los pasos hacia las mazmorras de la montaña.

Las calles estaban oscuras y silenciosas. Los patryn ya se habían encerrado en sus viviendas para protegerse, junto a sus familias, de la insidiosa maldad del Laberinto, cuya fuerza aumentaba de noche.

Pasó junto a las casas, vio las ventanas iluminadas, escuchó voces procedentes del interior. Las familias, juntas. A salvo, de momento...

Impulsada por el miedo, apretó el paso.

Abri había empezado como ciudad en las entrañas de la montaña, pero ningún patryn vivía allí ya. La necesidad de refugiarse en cuevas como animales acosados había quedado atrás.

Las entradas a la montaña habían sido tapiadas, le explicó un patryn en respuesta a su pregunta. Estaban cerradas y sólo se utilizaban en ocasiones de

emergencia. Sólo permanecía abierto un acceso, la entrada que conducía a las mazmorras.

Mientras se encaminaba hacia allí, Marit ensayó qué decirles a los centinelas y trató de encontrar el modo de convencerlos para que le permitieran ver a Haplo. Sólo entonces reparó en la comezón del brazo, en el escozor, y se dio cuenta de que no era la única que se proponía entrar en la cueva.

Marit tenía a la vista la entrada de la caverna, un hueco negro contra la oscuridad de la noche, más suave y más gris. Dos patryn montaban guardia ante ella. Pero no eran verdaderos patryn. Las runas de su piel no emitían el menor resplandor.

La mujer bendijo su magia por haberla puesto sobre aviso. De lo contrario, habría caído directamente en sus manos. Oculta en las sombras, observó y escuchó.

Otras cuatro siluetas convergieron en la caverna. Las voces de los dos que montaban guardia, bajas y siseantes, se propagaron en el aire nocturno.

—Podéis acercaros tranquilos. No ha aparecido nadie por aquí.

— ¿Los prisioneros están solos ahí dentro?

Marit reconoció la voz de Sang-drax.

—Solos y atrapados en un pozo temporal —fue la respuesta.

—Una maravillosa ironía —comentó Sang-drax—. Esos estúpidos patryn serán los responsables de su propia destrucción, por haber encarcelado a los únicos que podían salvarlos. Nosotros cuatro entraremos. Vosotros, quedaos aquí y aseguraos de que no nos molesta nadie. Supongo que no sabréis dónde los tienen, ¿verdad?

—No. No esperarías que los acompañásemos hasta allí, ¿no? Nos habrían reconocido.

—No importa —dijo Sang-drax con un gesto de despreocupación—. Los encontraré. Desde aquí ya alcanzo a oler el aroma a sangre fresca.

Los falsos patryn se rieron a coro.

— ¿Tardarás mucho en tu «trabajo»? —preguntó uno de ellos.

—Merecen una muerte lenta —apuntó otro—. Sobre todo el Mago de la Serpiente, que mató a nuestro rey.

—Por desgracia, tengo que despacharlos deprisa —respondió Sang-drax—. Los ejércitos se están agrupando y tengo que estar presente para organizarlos. Y vosotros debéis apresurar la marcha hacia la Última Puerta. Pero no os sintáis decepcionados. Mañana nos daremos un festín de sangre y, una vez que la Última Puerta quede cerrada, así continuaremos durante toda la eternidad.

Marit llevó la mano a la daga. El solitario ojo rojo paseó la mirada a su alrededor y recorrió la zona en que se hallaba la patryn, que se acurrucó en la oscuridad. Aquel ojo la hechizaba, invocaba imágenes de muerte, terribles y torturadas. Tuvo ganas de dar media vuelta y escapar. La mano, sin fuerzas, resbaló de la empuñadura de la daga, que no había llegado a sacar del cinto.

El ojo encendido de Sang-drax se rió y tomó una decisión.

Impotente, Marit vio penetrar en la cueva a las cuatro serpientes dragón. Las otras dos criaturas se apostaron a la entrada.

No bien Sang-drax hubo desaparecido, Marit se recuperó. Tenía que entrar en la gruta, llegar hasta la cámara mágica para alertar a Haplo y liberarlo, si era posible. El recuerdo de Xar pasó fugazmente por su cabeza. «Si mi señor estuviera



aquí —se dijo—, si hubiera oído a las serpientes dragón como las he oído yo, tomaría sin duda la misma decisión.»

La patryn levantó el palo afilado que llevaba consigo. Desde aquella distancia, el lanzamiento sería sencillo. Mientras sostenía la tosca jabalina en la mano, recordó la terrible serpiente dragón que había visto en las aguas de Chelestra. ¿Qué sucedería si sólo conseguía herirla? ¿Cambiaría a su forma original? Imaginó a las gigantescas serpientes, heridas, revolviéndose violentamente y sembrando la destrucción entre los patryn.

Y, aunque consiguiera matar a aquellas dos, ¿cómo podría llegar hasta Haplo antes que Sang-drax? Estaba perdiendo el tiempo. Mejor dejar a las serpientes dragón, de momento. La magia la conduciría hasta Haplo como había hecho anteriormente, en Ariano. Trazó los signos mágicos en el aire, se imaginó en compañía de Haplo y...

Nada. La magia no surtió efecto.

— ¡Por supuesto! —Exclamó con una áspera maldición—. Haplo está en una prisión. No puede salir. ¡Ni yo entrar!

Vasu. Tenía que encontrarlo. El dirigente tenía la llave y podía conducirla hasta allí.

Y si Vasu se mostraba poco dispuesto...

Marit acarició la daga. Si así sucedía, ella lo obligaría a obedecer. Pero lo primero era averiguar dónde vivía el dirigente... y debía darse prisa.

Salió a la calle en busca de algún patryn todavía despierto que pudiera facilitarle información. No había llegado muy lejos cuando tropezó con un hombre envuelto en una capa, que surgió de las sombras.

Sobresaltada y nerviosa, Marit dio un paso atrás.

—Tengo que encontrar al dirigente Vasu —dijo, observando con recelo al nombre de la capa—. No te acerques. Limitate a decirme dónde vive.

—Aquí tienes a Vasu, Marit —dijo su interlocutor, al tiempo que echaba hacia atrás la capucha. La patryn vio el reflejo de sus tatuajes mágicos en los ojos de Vasu y el brillo de los signos mágicos de éste bajo la tela.

Marit se abrazó a él, reconfortada, y no se detuvo un solo instante a preguntarse cómo era que Vasu había aparecido allí.

— ¡Vasu! ¡Tienes que llevarme enseguida junto a Haplo! ¡Ahora mismo!

—Desde luego —asintió el dirigente, y dio un paso hacia la caverna.

— ¡No, Vasu! —Marit se apresuró a detenerlo—. Tenemos que usar la magia. Haplo corre un terrible peligro. No me pidas que te lo explique...

— ¿Tiene que ver con los intrusos? —preguntó Vasu con frialdad.

Marit se quedó boquiabierta.

—He estado al corriente de su presencia desde que llegaron —se limitó a explicar Vasu—. Los hemos tenido bajo vigilancia. Me complace saber —añadió con más solemnidad, fijando sus castaños ojos en ella— que no estás aliada con ellos.

— ¡Pues claro que no! Son unos seres horribles, maléficos. —Marit se estremeció.

— ¿Y Haplo y los otros?

— ¡No, dirigente, no! Haplo me avisó... Previno a Xar...

La mujer enmudeció.

— ¿Y qué hay de Xar? —inquirió Vasu con suavidad.

«Guiado por el mal...»



Marit movió la cabeza.

— ¡Por favor, Vasu, no hay tiempo! ¡Las serpientes dragón ya están en la caverna! ¡Van a matar a Haplo...!

—Antes tendrán que encontrarlo —respondió el dirigente de la ciudad—. Quizá descubran que es una tarea más difícil de lo que imaginaban. Pero tienes razón. Debemos darnos prisa.

A una señal de su mano, las calles que Marit creía apaciblemente dormidas se llenaron de pronto de patryn. No era extraño que no hubiese reparado en ellos. Todos llevaban capas para ocultar las runas de advertencia que resplandecían tenuemente en sus cuerpos. A otra señal de Vasu, los patryn abandonaron sus escondites y empezaron a avanzar con sigilo hacia la caverna.

Vasu tomó del brazo a Marit y trazó una serie de runas con mano rápida. Los signos mágicos los rodearon, rojos y azules, y se hizo la oscuridad.

Haplo yacía en un jergón en el suelo, con la mirada en las sombras. Igual que las paredes de la cueva, de pequeñas dimensiones y forma más o menos cuadrada, el techo estaba cubierto de signos mágicos que brillaban débilmente, rojos y azules. Éstos y cuatro pequeños candiles encendidos, situados en las esquinas de la cámara, constituían toda la iluminación.

—Tranquilo, muchacho —dijo al perro.

El animal estaba inquieto e incómodo. Se había dedicado a dar vueltas a la pequeña estancia hasta que el propio Haplo había empezado a ponerse nervioso. De nuevo, le ordenó que se tumbara. El perro obedeció, dejándose caer junto a él. Pero, aunque se quedó quieto, mantuvo la cabeza alta y las orejas tiesas, reaccionando a sonidos que sólo él podía captar. De vez en cuando, de lo más hondo de su garganta escapaba un gruñido.

Haplo tranquilizó al can lo mejor que pudo, con unas palmaditas en la cabeza y diciéndole que todo andaba bien.

Al patryn le habría gustado que alguien le diera unas palmaditas en la suya y le dijera lo mismo. Ninguno de sus dos compañeros era de gran consuelo.

Alfred estaba extasiado con la cámara, con los signos mágicos de las paredes, con el hechizo que reducía todas las posibilidades a la única posibilidad de que no hubiese ninguna posibilidad. Hacía preguntas, parloteaba acerca de lo brillante que era todo... Llegó el punto en que Haplo deseó que hubiera sólo una posibilidad más: la de que existiera una ventana por la que arrojar al sartán.

Finalmente, por suerte, el sartán cayó dormido y ahora yacía en el camastro entre suaves ronquidos.

Hugh *la Mano* no había dicho palabra. Permanecía sentado muy erguido, lo más lejos posible de la pared resplandeciente. Su mano zurda se abría y se cerraba. En ocasiones, sin darse cuenta de lo que hacía, se llevaba la mano a la boca como si sostuviera la pipa. Luego, al recordar lo sucedido, fruncía el entrecejo y bajaba la mano sobre el muslo, donde reanudaba su abrir y cerrar.

—Puedes usar la pipa —le indicó Haplo—. Seguirá siendo una auténtica pipa a menos que algo te amenace.

Hugh movió la cabeza y lanzó una mirada colérica.

— ¡Jamás! Ahora sé qué es. Si me la llevara a los labios, notaría el sabor de la sangre en la boquilla. ¡Maldito el día en que la vi!

Haplo volvió a acostarse en el jergón. Varado en el tiempo, estaba atrapado en aquella cámara pero sus pensamientos seguían siendo libres de vagar más allá. De

todos modos, aquello tampoco lo llevaba a ninguna parte. Sus pensamientos seguían recorriendo el mismo círculo, sin llegar a ninguna parte, volviendo siempre al punto de partida.

Marit lo había traicionado. Iba a entregarlo a Xar. Haplo debería haberlo esperado; al fin y al cabo, había sido enviada a matarlo. Pero, entonces, ¿por qué no había intentado hacerlo cuando había tenido la oportunidad? Estaban en paz. Marit le había salvado la vida. La ley estaba satisfecha, si alguna vez había importado eso. Quizás había sido sólo una excusa. ¿A qué venía el cambio? Y, ahora, Xar venía a buscarlo. Xar lo quería. ¿Para qué? ¿Importaba, acaso? Marit lo había traicionado...

Haplo levantó la vista y encontró ante él a Marit.

— ¡Haplo! —Exclamó la patryn con alivio—. ¡Estás sano y salvo!

Haplo se había puesto en pie y la miraba. Y, de pronto, la tenía en sus brazos y él estaba en los suyos, sin que ninguno de los dos tuviera una idea medianamente clara de cómo había sucedido. El perro, para no ser menos, se apretujó entre ellos.

La estrechó con fuerza. Las incógnitas no importaban. Nada importaba. Ni la traición, ni el peligro que la había llevado allí, fuera cual fuese. En aquel momento, Haplo lo habría bendecido. Hasta habría podido desear aquel momento congelado en el tiempo, sin posibilidad de terminar.

Los signos mágicos de las paredes emitieron un gran destello y se apagaron. Vasu se hallaba en el centro de la estancia, roto el hechizo.

—Sang-drax —anunció Marit; no necesitaba añadir nada más—. Está aquí. Viene a matarte.

— ¿Qué? ¿Qué? —Alfred se había incorporado en su camastro y pestañeaba con el aire adormilado de un búho viejo—. ¿Qué sucede?

Hugh *la Mano* ya estaba en pie, alerta, preparado para intervenir.

— ¡Sang-drax! —De pronto, Haplo se sintió terriblemente fatigado. La herida de su corazón empezó a palpar, dolorosa—. Ése es el que conocía la existencia de ese puñal maldito, ¿verdad?

—Sí —respondió Marit, clavándole los dedos en los brazos—. ¡Ah!, una cosa más, Haplo. He oído una conversación de Sang-drax con las otras tres serpientes dragón. ¡Se disponen a atacar la ciudad y...!

— ¿Atacar Abri? —repitió Alfred, perplejo—. ¿Quién es Sang-drax?

—Una de las serpientes dragón de Chelestra —explicó Haplo, sombrío.

Alfred, con la tez muy pálida, retrocedió con paso vacilante hasta topar con la pared.

— ¿Cómo..., cómo han podido llegar hasta aquí esos monstruos?

—Cruzando la Puerta de la Muerte... gracias a Samah. Ahora se encuentran en todos los mundos, dedicadas a difundir el caos y la maldad. Y, según parece, ya están aquí, también.

— ¿Y se disponen a atacar Abri? —Vasu no podía creerlo. Se encogió de hombros y murmuró—: Muchos lo han intentado...

—Sang-drax habló de ejércitos —apuntó Marit con premura—. Ejércitos de snogs, de caodines, de lobunos... de todos nuestros enemigos, organizados y agrupados. Miles de ellos, tal vez. Atacarán al amanecer. Pero antes, Sang-drax se dispone a matarte, Haplo. A ti y a alguien que llamaron «el Mago de la Serpiente», el cual, por lo visto, mató al rey de las serpientes dragón.

Haplo se volvió a Alfred.



— ¿Por qué me miras? —protestó éste. Se había puesto tan pálido que casi parecía traslúcido—. ¡Yo no fui!

—Claro que no —dijo Haplo—. Fue Coren.

Alfred se estremeció y bajó la vista, abrumado. Sus pies parecían hacer cosas raras por propia voluntad, deslizándose adelante y atrás y efectuando un pequeño zapateo con las puntas y los tacones de su calzado sobre el suelo de piedra.

— ¿Cómo has descubierto todo esto? —preguntó Vasu.

—He reconocido a Sang-drax —explicó Marit, incómoda—. Ya lo conocía de..., de otra ocasión. Me ha pedido que lo condujera hasta Haplo. Según me dijo, Xar le envió para que se encargara de llevar a Haplo a su presencia, pero no quedé muy convencida y, cuando nos separamos, lo seguí. Espié su conversación con las otras serpientes dragón sin que ellas se dieran cuenta de mi presencia...

—Claro que se dieron cuenta —la interrumpió Haplo—. Sang-drax no necesitaba en absoluto de ti para llegar hasta mí. Esas criaturas querían que conocieras sus planes. Desean nuestro miedo...

— ¡Ya lo tienen...! —musitó Alfred con aire lastimero.

—Ahora vienen hacia aquí —insistió Marit con desesperación—. Vienen a matarte. Tenemos que marcharnos...

—Sí —intervino Vasu—. Ya habrá tiempo para preguntas más tarde. —Evidentemente, tenía muchas incógnitas por aclarar—. Os llevaré a...

—No, me parece que no los llevarás a ninguna parte —dijo una voz siseante que surgía de las sombras.

Sang-drax, todavía en la forma de un patryn, y tres de sus compañeras aparecieron en la cámara a través de las paredes.

—Esto va a ser tan sencillo como exterminar ratas en un tonel. Es una lástima que no tenga tiempo para hacer más divertido el asunto. Me gustaría tanto haceros sufrir... ¡Sobre todo a ti, Mago de la Serpiente! —Su solitario ojo, como una tea encendida, se concentró en Alfred con un destello malévolo.

—Creo que te equivocas de persona —repuso Alfred débilmente.

—A mí me parece que no. Tu disfraz es tan fácil de descubrir como el mío. —Sang-drax se volvió en redondo para mirar de frente a Vasu—. Puedes probar cuanto quieras, dirigente. Verás que la magia no te sirve de mucho.

Vasu contempló con perplejidad el signo mágico que había trazado en el aire. Las runas empezaban a disgregarse y su magia agonizaba; sus llamas menguaron hasta convertirse en inocuas volutas de humo.

— ¡Oh, vaya! —exclamó Alfred, y se desplomó en el suelo casi con elegancia.

Las serpientes dragón avanzaron. El perro gruñó y enseñó los dientes, agazapado delante de Haplo y de Marit. Ésta sostenía en las manos su jabalina. Haplo empuñaba la daga de la mujer. Pero de poco iban a servirles las armas.

Armas..., armas...

Las serpientes dragón estaban cada vez más cerca. Sang-drax había escogido a Haplo. La criatura avanzaba con la mano extendida, dispuesta a alcanzar la runa del corazón del patryn.

—Voy a terminar de una vez lo que empecé —siseó.

Haplo retrocedió, llevando consigo a Marit y al amenazante perro, hasta topar con Hugh.

— ¡El puñal sartán! —Susurró Haplo—. ¡Úsalo!



La Mano empuñó la Hoja Maldita y, de un salto, se interpuso entre Haplo y Sang-drax. La serpiente dragón soltó una carcajada y se dispuso a ocuparse del humano antes de terminar con los patryn.

De pronto, Sang-drax se encontró ante un titán que blandía una gruesa rama de árbol a modo de garrote.

Con un rugido, el gigante atacó salvajemente a la serpiente dragón. Sang-drax esquivó el golpe y retrocedió. Sus compañeros se enfrentaron al titán arrojando lanzas y hechizos mágicos, pero su magia no detuvo un ápice a la Hoja Maldita.

— ¡Retirada! —ordenó Sang-drax. Después, dirigió una torcida sonrisa a Haplo—: Un tipo listo, pero ¿qué vas a hacer ahora? ¡Vamos, amigos míos! Que acabe con ellos su propia arma.

Las serpientes dragón desaparecieron.

— ¡Hugh! ¡Detén eso! —exclamó Haplo.

Pero, en presencia de su enemigo ancestral, la Hoja Maldita continuó sus intentos de matar. El titán deambuló por la cámara, enfurecido, descargando su garrote contra las paredes y volviendo su ciega cabeza para detectarlos con el olfato.

Unos signos mágicos se encendieron de nuevo en el aire pero, casi al instante, se consumieron y desaparecieron.

—Me lo temía —Vasu, frustrado, soltó un juramento—. Las serpientes dragón han sometido esta cámara a alguna clase de hechizo y mi magia no funciona.

El titán se volvió hacia ellos, ladeando la cabeza, en respuesta a la voz de Vasu.

— ¡No ataques! —Haplo detuvo a Marit, que se disponía a arrojar la jabalina—. Si no se siente amenazado, quizá nos deje en paz.

—Me temo que seguirá sintiéndose amenazado mientras quede con vida un solo patryn —apuntó Hugh en tono tétrico.

El titán se aproximó.

Hugh *la Mano* se puso a correr delante del titán, a gritarle, con la esperanza de distraerlo. Haplo agarró al inconsciente Alfred, que corría el peligro de ser aplastado por los enormes pies del monstruo, y lo arrastró hasta una de las esquinas de la estancia.

Vasu y Marit intentaron rodear al gigante con el propósito de atacarlo por detrás, pero el titán percibió el movimiento, se volvió y descargó otro golpe. La rama se abatió con un silbido horrible y se estrelló contra la pared detrás de Marit. De no haberse arrojado al suelo cuan larga era, el impacto le habría aplastado el cráneo.

Haplo abofeteó repetidamente a Alfred.

— ¡Despierta! ¡Maldita sea, despierta! ¡Te necesito!

El perro le prestó ayuda y cubrió las mejillas de Alfred de babosos lametones. Los pies del titán, enormes y pesados, estremecieron la caverna. Hugh *la Mano* se plantó de nuevo entre la criatura y Haplo con aire protector. Vasu intentó invocar un nuevo hechizo sin gran éxito.

— ¡Alfred! —Haplo sacudió al sartán hasta que a éste le castañetearon los dientes.

Alfred abrió los ojos, dirigió una mirada aterrorizada al titán aullante y, con un leve gemido, cerró los párpados.

— ¡No, no lo hagas! —Haplo agarró al sartán por el cuello y lo obligó a sentarse muy erguido—. No es un titán de verdad. ¡Es el puñal! ¡Tiene que haber

algún tipo de magia que puedas usar para detener un arma sartán! ¡Piensa, maldita sea! ¡Piensa, o nos matará a todos!

—Magia... —repitió Alfred, como si fuera un concepto nuevo y original—. Magia sartán. ¡Tienes razón! Me parece que quizás existe un modo...

Se puso en pie, vacilante. El titán no le prestó atención. Su ciega cabeza estaba concentrada en los patryn. Una mano enorme descendió y apartó a un lado a Hugh. Después, el titán se dirigió hacia Haplo.

Alfred se plantó ante el gigante. Con su cómica figura envuelta en ropas finas muy gastadas y los cabellos ralos que le caían hasta la espalda desde la cabeza, considerablemente calva, el sartán levantó una mano temblorosa con gesto solemne y con voz vacilante ordenó:

—Basta.

El titán desapareció.

En el suelo de la estancia, a los pies de Hugh estaba la Hoja Maldita. El arma se estremeció un instante, con las runas iluminadas. Los signos mágicos emitieron un destello y se apagaron.

— ¿Ya no es peligroso? —preguntó Haplo, sin apartar la vista del puñal. . — No —confirmó Alfred—. Mientras nada amenace a maese Hugh.

Haplo dirigió una mirada colérica al sartán.

— ¿Vas a decirme que habrías podido hacer eso desde el principio? ¿Que bastaba con decir: «basta» en sartán?

—Supongo que sí, pero no se me había ocurrido hasta que lo has mencionado. Y, en realidad, no estaba seguro de si funcionaría. Pero, cuando me he detenido a pensar en ello, me ha parecido lógico que el sartán que confeccionó el puñal proporcionara a su usuario algún medio de controlar el arma. Y, con toda probabilidad, tenía que ser algo sencillo que resultara fácil de enseñar a los mensch...

—Sí, sí —lo cortó Haplo, cansado de oírlo—. Ahórrate las explicaciones y límitate a enseñarle esa condenada palabra a Hugh, ¿quieres?

— ¿Qué significa todo esto? —El asesino no tenía mucha prisa en recuperar el arma.

—Significa que, en adelante, puedes controlar el arma. No atacará a nada que tú no quieras. Alfred te enseñará la magia que necesitas dominar para ello.

—Podemos marcharnos —anunció Vasu tras echar una ojeada en torno a la cámara—. El hechizo de esas criaturas ya se ha desvanecido, pero jamás me había encontrado ante un poder semejante. Es mucho mayor que el mío. ¿Qué son esas criaturas? ¿De dónde salen? ¿Quién las creó, los sartán?

Alfred palideció.

—Me temo que sí. Samah me contó que una vez había hecho esa misma pregunta a las serpientes dragón: « ¿Quien os creó?». «Vosotros», fue la respuesta.

—Resulta extraño —comentó Haplo sin alzar la voz—. Es la misma contestación que me dieron cuando les pregunté yo: « ¿Quién os creó?». «Vosotros», respondió.

— ¿Qué importa quién los crease? —exclamó Marit, impaciente—.

Esas criaturas están aquí y se disponen a atacar la ciudad. Y después, cuando esté destruida... —Marit movió la cabeza a un lado y a otro, pugnando consigo misma—. No puedo creerlo. Seguro que Sang-drax no hablaba en serio.

— ¿Qué más dijeron? —quiso saber Haplo.



—Sang-drax afirmó que, después, iba a cerrar definitivamente la Última Puerta.



CAPÍTULO 45



ABRÍ EL LABERINTO

Vasu se dispuso a abandonar las cavernas para preparar a su gente ante el inminente ataque. Se ofreció a llevar con él a Hugh *la Mano* y a Alfred, no porque fueran a significar una gran ayuda, sino porque el dirigente quería vigilar de cerca a ambos... y al puñal mágico. Marit debería haberlo acompañado —ella sí podía resultar de utilidad—; pero, cuando Vasu la miró, ella fijó la vista en otra dirección y evitó darse por aludida.

Vasu se volvió hacia Haplo, que jugaba con el perro y también evitaba su mirada. El dirigente sonrió y se marchó, llevándose a Hugh y a Alfred.

Haplo y Marit estaban solos, sin contar al perro. Éste se tumbó sobre el vientre y disimuló lo que podía ser una sonrisa, ocultando el hocico entre las patas.

Marit, repentinamente inquieta, puso una expresión de asombro al descubrir que se habían quedado solos en la cámara.

—Supongo que deberíamos irnos. Hay mucho trabajo que...

Haplo la tomó en sus brazos.

—Gracias —le dijo—. Por salvarme la vida.

—Lo he hecho por nuestro pueblo —respondió ella, tensa entre sus brazos, rehuendo su mirada—. Tú conoces la verdad acerca de Sang-drax. Eres el único. Xar...

Se detuvo, horrorizada. ¡Qué había estado a punto de decir!

—Sí —murmuró Haplo, estrechando aún más su abrazo—. Yo sé la verdad sobre Sang-drax. Y Xar no. ¿Es esto lo que ibas a decir, Marit?

—No es culpa suya —protestó ella. Contra su voluntad y contra su costumbre, Marit se descubrió relajándose en los poderosos brazos de Haplo—. Esas criaturas lo halagan, lo seducen. No le permiten ver su verdadera forma...

—Yo también me decía eso —respondió Haplo sin alzar la voz—. Pero he dejado de creerlo. Xar conoce la verdad. Sabe que son maléficas. Presta oído a sus halagos porque le complacen. Cree que las controla pero, cuanto más se convence de ello, más lo someten ellas a su dominio.

El signo de Xar que llevaba en la piel le produjo un escozor insoportable. Inició un gesto para tocarlo, para frotarlo como se frota uno cuando se da un golpe, para aliviar el dolor, pero se contuvo. El pensamiento de que Haplo viera la marca le descomponía el estómago.



¿Y por qué no había de verla?, se dijo a sí misma con irritación. ¿Por qué había de sentirse avergonzada? Era un honor, un gran honor. Haplo se equivocaba acerca de Xar. Una vez que su señor conociera la verdad acerca de las serpientes dragón...

—Xar se acerca —insistió con terquedad—. Tal vez se presente durante la batalla. Él nos salvará, luchará por nosotros, su pueblo, como siempre ha hecho. Y entonces comprenderá, verá cómo es Sang-drax en realidad...

Marit apartó a Haplo de un empujón y le volvió la espalda. Se llevó la mano a la frente y rascó la marca oculta bajo el tupido flequillo.

—Creo que deberíamos colaborar en la defensa. Vasu necesitará de nosotros...

—Marit —dijo Haplo—, te quiero.

El signo mágico de la frente de la patryn era como un aro de hierro en torno al cráneo. Un aro que lo apretaba, que lo constreñía. Las sienes le latían con punzadas de dolor.

—Los patryn no aman —replicó Marit con voz apagada, de espaldas todavía.

—No. Sólo odiamos —asintió Haplo—. Si hubiera amado más y odiado menos, tal vez no te habría perdido. Ni habría perdido a nuestra hija.

—No la encontrarás nunca, ¿sabes?

—Sí que lo haré. En realidad, ya lo he hecho. Hoy mismo la he visto.

Marit dio media vuelta y lo miró fijamente.

—¿Qué? ¿Cómo puedes estar seguro?

Haplo se encogió de hombros.

—No lo estoy. A decir verdad, supongo que no era ella. Pero podría haberlo sido. Y por ella lucharemos. Por ella venceremos. Y por ella encontraremos el modo de evitar que Sang-drax cumpla la amenaza de cerrar la Última Puerta...

Marit volvía a estar entre sus brazos y lo estrechaba con fuerza. Los círculos de sus respectivos seres se unieron para formar uno solo, completo, sin final.

Viendo que nadie iba a necesitar un perro durante un rato, el animal suspiró satisfecho, rodó de costado y se durmió.

Al salir de las cavernas, Vasu recorrió las calles de Abri disponiendo los preparativos para el combate. Rodeadas de un territorio hostil, bajo permanente amenaza cuando no ataques, las murallas de la ciudad estaban reforzadas con magia; incluso los tejados de las viviendas tenían runas de protección. Muy pocas criaturas del Laberinto intentaban atacar Abri. Preferían acechar tras las murallas, en los bosques, para asaltar a los grupos de cultivadores y los ganaderos. De vez en cuando, alguna bestia alada —dragones, grifos u otros— decidía hacer una incursión dentro de los muros de defensa. Pero tales sucesos no eran frecuentes.

Lo que preocupaba a Vasu eran aquellos comentarios acerca de unos ejércitos. Hasta aquel momento, como había dicho Haplo, los monstruos del Laberinto habían permanecido prácticamente desorganizados. Los caodines solían atacar a los lobunos. Éstos se mantenían en constante defensa de su territorio frente a los hombres tigres merodeadores. Los dragones errabundos mataban cualquier cosa que pareciera apta para ser devorada. Sin embargo, Vasu no se llamaba a engaño: aquellas rivalidades menores quedarían olvidadas rápidamente si se presentaba la oportunidad de aliarse e invadir la ciudad fortificada que los había tenido a raya tanto tiempo.

Vasu dio la alarma, reunió a la gente en la gran plaza central y les reveló el peligro. Los patryn recibieron la terrible noticia con calma, aunque con rostro sombrío. Su silencio era señal de aceptación. Se dispersaron y se dedicaron a sus



respectivas tareas con eficiencia y hablando lo indispensable. Las familias se despidieron, se dijeron adiós sin demorarse, sin una lágrima. Los adultos ocuparon sus posiciones en la muralla. Los hijos mayores condujeron a los más pequeños a las cavernas de la montaña, cuyas tapias fueron derribadas para la ocasión. Grupos de exploradores, envueltos en ropas negras para ocultar las runas que ya brillaban como un mal presagio, se deslizaron al otro lado de la verja de hierro y recorrieron la ribera del río para reforzar la magia de los puentes e intentar calcular la fuerza y la disposición del enemigo.

— ¿Qué hay de ese maldito fuego? —Hugh *la Mano* volvió la cabeza hacia la llama que hacía de faro—. Dices que por aquí hay dragones. Esa luz los atraerá como a insectos.

—Nunca ha sido apagada —respondió Vasu—. Desde que se encendió por primera vez. Pero no creo que eso importe mucho —añadió secamente, tras echar un vistazo a los signos mágicos que resplandecían en su piel—. Los insectos ya están acudiendo.

Hugh movió la cabeza, poco convencido.

— ¿Te importa si echo un vistazo al resto de tus defensas? Tengo cierta experiencia en esta clase de cosas.

Vasu no supo qué responder. Alfred se apresuró a tranquilizarlo:

—Ahora, la Hoja Maldita estará bastante segura. Y maese Hugh sabe controlarla. Mañana, en cambio, si hay batalla...

Hugh guiñó un ojo al sartán.

—Tengo una idea respecto a eso, no te preocupes.

Alfred suspiró y contempló la ciudad con tristeza.

—Bien, hemos hecho cuanto hemos podido —comentó Vasu, imitando el suspiro del sartán—. No sé vosotros, pero yo estoy hambriento. ¿Os apetece venir a mi casa? Seguro que os vendrá bien comer y beber un poco.

Alfred se mostró asombrado y complacido.

— ¡Será un honor para mí!

Mientras cruzaban la ciudad, Alfred se percató de que, por ocupados que estuvieran, todos los patryn que encontraban a su paso dirigían alguna muestra de respeto a Vasu, aunque sólo fuera una leve inclinación de cabeza o un gesto de la mano esbozando en el aire un rápido signo mágico ritual de amistad. Vasu, indefectiblemente, devolvía el saludo con otro gesto rápido.

Su hogar no era distinto de cualquier otra vivienda patryn, salvo que parecía más vieja que la mayoría y estaba apartada de las demás. Encajada contra la montaña, era un vigía fornido y resuelto que apoyaba la espalda contra una superficie firme para enfrentarse al enemigo.

Vasu fue el primero en entrar. Lo siguió Alfred, que tropezó en el peldaño de la entrada pero consiguió sostenerse antes de caer de bruces en el suelo. La vivienda estaba limpia y bien cuidada y, como todas las casas patryn, casi vacía de muebles.

— ¿No estás casa... quiero decir, no vives con nadie? —Alfred se sentó en el suelo torpemente, doblando con dificultad sus largas piernas bajo el cuerpo.

Vasu cogió pan de una cesta suspendida del techo. De éste colgaban también unas ristras de embutidos que evocaron a Alfred una divertida anécdota del perro de Haplo.



—No, por ahora vivo solo —respondió Vasu, añadiendo a la frugal comida una fruta de una clase desconocida—. No hace mucho tiempo que soy dirigente. He heredado el puesto de mi padre, que ha muerto recientemente.

—Mis condolencias por la pérdida —murmuró Alfred con cortesía.

—La suya fue una vida bien vivida —dijo Vasu—. Nosotros celebramos tales existencias, no las lloramos. —Dejó la comida en el suelo, entre los dos invitados, y se sentó con ellos—. Nuestra familia ha ostentado el cargo durante generaciones. Por supuesto, cualquier hombre o mujer tiene derecho a disputarlo pero, de momento, nadie lo ha hecho. Mi padre se esforzó en gobernar bien, con justicia. Yo me propongo emular su ejemplo lo mejor que pueda.

—Parece que lo estás logrando.

—Así lo espero. —La mirada preocupada de Vasu se perdió en la oscuridad del exterior por el ventanuco de la estancia—. Mi pueblo no ha afrontado nunca un desafío semejante, una amenaza tan terrible.

— ¿Qué hay de la Última Puerta? —preguntó Alfred tímidamente, consciente de que tales asuntos no eran en realidad de su incumbencia, de que sabía muy poco de ellos—. ¿No debería enviarse a alguien para avisar a..., a alguien?

Vasu emitió un leve suspiro.

—La Última Puerta está lejos, muy lejos de aquí. El enviado no llegaría vivo... o a tiempo.

Alfred contempló la comida, pero tenía muy poco apetito.

—Pero basta de charla deprimente. —Vasu volvió a concentrarse en su plato con una sonrisa animosa—. Necesitamos la energía que nos da la comida. Y quién sabe cuándo podremos tomar otra colación como ésta. ¿Quieres que me ocupe de la bendición, o prefieres hacerla tú?

— ¡No, no! Tú, por favor —se apresuró a decir Alfred, sonrojándose. No tenía idea de qué entendería el patryn por una bendición adecuada.

Vasu extendió las manos y empezó a hablar. Alfred se unió a sus palabras inconscientemente, repitiéndolas sin pensar lo que hacía... hasta que se dio cuenta de que el dirigente estaba pronunciando la bendición en idioma sartán.

A Alfred se le cortó la respiración con un extraño ruido, medio sofocado en la garganta, que llamó la atención del dirigente. Vasu se detuvo a media bendición y levantó la vista.

— ¿Te encuentras bien? —preguntó, preocupado.

Alfred contempló los tatuajes resplandecientes de la piel de Vasu con ojos desorbitados y expresión confusa.

—Tú no eres... ¿No serás?... No puedes ser... un sartán.

—Sólo en parte —respondió Vasu, impertérrito. Levantó los brazos y contempló los signos mágicos con orgullo—. Nuestra familia se ha adaptado con el paso de los siglos. Al principio, llevábamos los tatuajes sólo como disfraz. No para engañar a los patryn, entiéndeme; lo único que pretendíamos era encajar entre ellos. Desde entonces, a través de los matrimonios mixtos, hemos podido utilizar la magia, aunque no en el mismo grado que un patryn puro. Sin embargo, lo que nos falta en magia patryn, lo compensamos utilizando la magia sartán.

— ¡Matrimonios mixtos! Pero... ¿y el odio? —Alfred recordó el Río de la Rabia—. Sin duda, os perseguirían...

—No —dijo Vasu con calma—. Los patryn sabían por qué habíamos sido enviados aquí.

— ¡El Vórtice!



—Exacto. Aparecimos del seno de la montaña, donde habíamos sido enviados a causa de nuestras creencias heréticas. Mis antepasados se oponían a la Separación y a la construcción de esta prisión. Eran un peligro, una amenaza para el orden establecido. Como tú mismo, supongo; al menos, es lo que debo imaginar, aunque eres el primer sartán que llega al Vórtice desde hace siglos. Esperaba que las cosas hubieran cambiado.

—Aquí seguís todavía, ¿no es cierto? —comentó Alfred con suavidad, dando vueltas a su plato con dedos temblorosos.

Vasu lo contempló unos instantes en silencio.

—Supongo que las explicaciones serían demasiado largas y prolijas —dijo finalmente.

—En realidad, no —repuso Alfred con un suspiro—. Los sartán nos encerramos en nuestra propia prisión. Una prisión tan segura como la que hicimos para vosotros. Los muros de la nuestra eran el orgullo; el miedo, nuestros barrotes. La fuga era imposible, pues para ello deberíamos haber derribado los muros y abierto las rejas. No nos atrevimos a hacerlo. Nuestra cárcel no sólo nos mantenía encerrados, sino que mantenía fuera a cualquier otro, ¿comprendes? Nosotros nos protegimos dentro y cerramos los ojos al resto y nos dedicamos a dormir. Y así, dormidos, hemos pasado todos estos años. Y, al despertar, todo había cambiado excepto nosotros. Ahora, el único sitio que reconocemos es nuestra prisión.

—Pero éste no es tu caso —indicó Vasu.

Alfred se sonrojó. Con una débil sonrisa, protestó:

—No es mérito mío. Conocí a un hombre con un perro...

Vasu asintió.

—Cuando nuestra gente llegó aquí, lo más fácil habría sido rendirse y morir. Fueron los patryn quienes nos mantuvieron vivos. Nos acogieron, nos aceptaron, nos protegieron hasta que adquirimos fuerzas suficientes para defendernos solos.

Alfred empezaba a comprender lo sucedido.

—Y la idea de construir una ciudad debe de haber sido una propuesta sartán.

—Sí, creo que lo fue, pero de eso hace mucho tiempo y se ha perdido el recuerdo. Resultaría lógico para los sartán, que procedían de ciudades y gustaban de vivir en grupos numerosos. Los sartán comprendían las ventajas de agruparse, establecerse en un lugar y colaborar para hacerlo fuerte.

»Ya en el mundo antiguo, los patryn eran nómadas de tendencias solitarias. Entre ellos, la unidad familiar era muy importante. Y sigue siéndolo. Pero en el Laberinto, muchas familias quedaban rotas y los patryn tuvieron que adaptarse por razones de supervivencia. La solución que adoptaron fue ampliar la unidad familiar en tribu. Así, los patryn aprendieron de los sartán la importancia de agruparse para la defensa mutua, y los sartán aprendieron de los patryn la importancia de la familia.

—Lo peor de ambos pueblos nos condujo a este final —comentó Alfred con emoción—. Lo peor lo perpetuó. Aquí, habéis tomado lo mejor y lo habéis empleado para construir la estabilidad, para encontrar la paz en medio del caos y del terror.

—Esperemos que no haya llegado el final... —apuntó Vasu en tono sombrío. Alfred suspiró y movió la cabeza. Vasu lo observó con detenimiento—. Los intrusos te llamaron el Mago de la Serpiente...

Esta vez, Alfred sonrió y agitó las manos.

—Lo sé. Ya me han llamado así otras veces. No tengo idea de qué significa.



—Yo sí —declaró Vasu inesperadamente.

Alfred levantó la vista, perplejo.

—Cuéntame qué sucedió para que te ganaras ese apodo —dijo el dirigente.

—Ahí está lo bueno: no lo sé. Y no creas que me niego a responder, que no quiero colaborar. Daría cualquier cosa... Intentaré explicarme.

»Para resumir, cuando desperté de mi sueño me descubrí solo. Todos mis compañeros habían muerto y estaba en el mundo del aire, Ariano, un mundo poblado por mensch.

Hizo una pausa y observó a Vasu para ver si lo seguía. Así era, al parecer, aunque el patryn no decía nada. Su atento silencio animó a Alfred a continuar.

—Estaba aterrorizado. Todo este poder mágico —Alfred se miró las manos— y estaba solo. Tuve miedo. Si alguien descubría lo que era capaz de hacer, quizá..., quizás intentaría aprovecharse de mí. Imaginé las coacciones, las súplicas, los apremios, las amenazas... No obstante, yo deseaba vivir entre los mensch y ser de utilidad para ellos. Pero no fui de gran ayuda. —Alfred suspiró otra vez—. El caso es que adopté una costumbre sumamente nefasta. Cada vez que me amenaza un peligro, me... me desmayo.

Vasu lo observó, asombrado.

—La alternativa era utilizar la magia, ¿comprendes? —continuó Alfred, sonrojado—. Pero eso no es lo peor. Al parecer, he obrado algún hechizo notable..., un acto de magia muy destacado, según dicen, y no recuerdo haberlo hecho. En ese momento debía de estar completamente consciente, pero, una vez producido el hecho, no me queda el más vago recuerdo de ello. Bueno, supongo que sí, pero muy adentro. —Alfred se llevó la mano al corazón—. Porque me siento incómodo cada vez que se comenta el asunto. ¡Pero te juro que no tengo el menor recuerdo consciente!

— ¿Qué clase de magia? —se interesó el dirigente. Alfred tragó saliva y se humedeció los labios resecos.

—La nigromancia —respondió en voz baja, angustiada y casi inaudible—. El humano, Hugh *la Mano*, estaba muerto y yo lo devolví a la vida.

Vasu llenó los pulmones y expulsó el aire muy despacio.

— ¿Y qué más?

—Según dicen, me..., me transformé en una serpiente. En un dragón, para ser exacto. Haplo corría peligro. Estábamos en Chelestra y también había unos chiquillos... Las serpientes dragón iban a matarlos —dijo con un estremecimiento—. Haplo dice que no fue así. No lo sé. —Movié la cabeza y repetí—: Sencillamente, no lo sé.

— ¿Qué sucedió?

—Un magnífico dragón verde y dorado apareció de la nada y se enfrentó a las serpientes. El dragón destruyó al rey de las serpientes.

Haplo y los chiquillos quedaron salvados. Y lo único que recuerdo es que desperté en la playa.

—Un auténtico mago de la serpiente —asintió Vasu en un murmullo.

— ¿Qué es un mago de la serpiente, dirigente? ¿Tiene algo que ver con esas serpientes dragón? De ser así, ¿cómo es posible? Esas criaturas eran desconocidas entre los sartán en la época de la Separación... al menos, hasta donde sé.

—Parece extraño que tú, un sartán de pura cepa, no lo sepas —fue la respuesta de Vasu, mientras observaba a Alfred con cierta desconfianza—. Y que yo, un mestizo, sí.



—No es tan extraño —replicó Alfred con una expresión de desolación—. Vosotros habéis mantenido brillantemente encendido el fuego del recuerdo y de la tradición. En nuestra obsesión por intentar rehacer lo que destruimos, dejamos que nuestro fuego se apagara. Y, por último, yo era muy joven cuando me quedé dormido... y muy viejo cuando desperté.

Vasu reflexionó sobre ello en silencio; después, se relajó y sonrió.

—Lo del Mago de la Serpiente no tiene nada que ver con esos que llamas serpientes dragón, aunque tengo la impresión de que llevan existiendo más tiempo del que tú calculas. «Mago de la Serpiente» sólo es un título que denota capacidad, facultades. Nada más.

»En la época de la Separación había una jerarquía de magos entre los sartán, simbolizada por nombres de animales: lince, coyote, ciervo... Era un asunto muy complejo e intrincado. —Los bellos ojos de Vasu estaban fijos en Alfred—. Serpiente era un grado muy cercano a la cúspide. Un Mago de la Serpiente es extraordinariamente poderoso.

—Entiendo. —Alfred dio muestras de incomodidad—. Supongo que tal grado requiere una preparación, años de estudio...

—Por supuesto. Semejante poder implica responsabilidades.

—Es lo único en lo que nunca he sido muy bueno.

—Habrías podido ser de inmensa ayuda para mi gente, Alfred.

—Si no me desmayo —apuntó Alfred con amargura—. Aunque, a decir verdad, tal vez te convendría que así sucediese. Os haría correr más riesgos de los que merezco. El Laberinto parece capaz de volver mi magia en contra mía...

—Porque no la controlas. Ni te controlas tú mismo. Toma el dominio de tus actos, Alfred. Sé el héroe de tu propia vida. No dejes que otro interprete ese papel.

— ¡Ser el héroe de mi propia vida! —repitió el sanan en un susurro. Casi se echó a reír. Resultaba tan ridículo...

Los dos hombres permanecieron sentados en sociable silencio. Fuera, la negrura empezó a dar paso a la apagada luminosidad gris del día. El amanecer y la batalla se avecinaban.

—Eres dos personas, Alfred —dijo Vasu al cabo de un rato—. Una por dentro y otra por fuera. Existe un abismo entre ambas y tienes que tender un puente para salvarlo de un modo u otro. Las dos tenéis que entrar en contacto.

Alfred Montbank, de mediana edad, medio calvo, torpe y cobarde.

Coren, dador de vida, criatura de poder, de fuerza, de valor. El escogido.

Las dos personas no podrían juntarse jamás. Habían permanecido separadas demasiado tiempo. Alfred tomó asiento, desalentado.

—Creo que sólo conseguiría precipitarme de ese puente —murmuró, apenado.

Sonó un cuerno, una llamada de aviso, y Vasu se puso en pie.

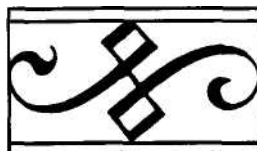
— ¿Vendrás conmigo?

Alfred intentó ofrecer un porte valiente. Cuadró los hombros, se incorporó del asiento... y tropezó con la esquina de la alfombra.

—Uno de los dos lo hará —respondió, y se puso en marcha con un suspiro.



CAPÍTULO 46



ABRÍ EL LABERINTO

Bajo la luz cenicienta del amanecer, a los patryn les dio la impresión de que se había aliado contra ellos hasta el último de sus enemigos del Laberinto.

Hasta el momento en que se habían asomado desde la muralla y habían contemplado con asombro lo que tenían delante, algunos habían dudado de los avisos, incrédulos ante la llamada de alarma. Muchos habían considerado exagerados los temores del dirigente. De vez en cuando había habido algún intruso en la ciudad, pero nunca habían causado mucho daño. Alguna manada de lobunos podía llevar a cabo un ataque. A veces era quizás una legión de aquellos caodines tan difíciles de matar.⁴⁰ ¿Cómo podían juntarse fuerzas tan numerosas como anunciaba el dirigente, sin que los vigías se percataran de ello? El bosque y las tierras que lo rodeaban no habían resultado más peligrosas de lo normal.

Pero ahora la tierra bullía de muerte.

Lobunos, caodines, hombres tigres, snogs y multitud de otros monstruos, creados y criados por la magia maléfica del Laberinto, se amontonaban a lo largo de la orilla del río presa de un nervioso frenesí, hasta formar lo que parecía otro Río de la Rabia.

El bosque ocultaba las fuerzas enemigas congregadas en su seno, pero los patryn observaron cómo se mecían las copas de los árboles, agitadas por el movimiento de los ejércitos. Una gran polvareda se levantaba allí donde los árboles gigantes eran abatidos para servir de puentes y de arietes o para ser transformados en escalas con las que asaltar las murallas.

Y más allá del bosque, en las praderas dispuestas para la siembra, creció una cosecha espantosa. Brotando en la noche como las malas hierbas que prosperan con la oscuridad, las filas de enemigos se extendían hasta el horizonte.

40. Los caodines, criaturas semejantes a insectos, poseen un caparazón externo duro que resulta muy difícil de penetrar, incluso con armas mágicas. El caodín debe ser atacado con precisión para que su muerte sea instantánea; de lo contrario, el atacante se encontrará enfrentado a dos de esas criaturas donde antes sólo había una.



Y a la cabeza de aquellos ejércitos había unas criaturas nunca vistas hasta entonces en el Laberinto: unas serpientes enormes de escamas grises, carentes de alas y de patas, que avanzaban reptando. Aquellas criaturas rezumaban una baba que emponzoñaba la tierra, el agua, el aire: cualquier cosa que tocara. Su olor repulsivo, a materia descompuesta, era una película aceitosa en el aire. Los patryn pudieron percibirlo en la lengua y en la garganta, notaron cómo les cubría los brazos y las manos y cómo oscurecía su visión.

Los ojos encendidos de las serpientes despedían un intenso resplandor rojo sediento de sangre, y sus bocas desdentadas se abrían de par en par para engullir el terror y el miedo que inspiraba su presencia, para alimentarse con ellos y hacerse cada vez más grandes, más fuertes, más poderosas.

Una de las serpientes tenía un único ojo y con él escrutaba las almenas de la muralla de la ciudad con malévol fijeza, como si buscara a alguien en particular.

Llegó el amanecer, la luminosidad grisácea que surgía de una fuente nunca vista y que sólo servía para iluminar levemente, sin proporcionar el menor calor o alivio. Pero, aquel día, el tono ceniciento de la mañana iba acompañado de un halo azul, de una aureola roja. La magia rúnica de los patryn no había brillado nunca con tal intensidad, reaccionando con toda su potencia a las poderosas fuerzas dispuestas contra ella.

Los signos mágicos refulgían en la muralla de protección con un brillo tan cegador que muchos de los que esperaban la señal del ataque en la orilla del río tuvieron que protegerse los ojos. El cuerpo de los propios patryn brillaba como si cada uno de ellos se consumiera en su propia llama vibrante.

Sólo una silueta permanecía a oscuras, solitaria y afligida, casi asfixiada de terror.

— ¡Estamos perdidos!

Alfred se asomó entre las almenas. Sus manos, agarradas a la muralla, temblaban de tal manera que desprendieron algunos fragmentos de roca, los cuales cayeron en una pequeña cascada de arena que le cubrió los zapatos.

—Sí, la situación es desesperada—respondió Haplo a su lado—. Lamento haberte metido en esto, amigo mío.

El perro iba y venía a lo largo de la muralla con aire nervioso, lanzando gañidos porque no alcanzaba a ver nada; de vez en cuando, se ponía alerta y respondía con gruñidos a los aullidos desafiantes de un lobuno o al siseo insolente de una serpiente dragón. Marit permaneció junto a Haplo con la mano cerrada con fuerza en torno a la de él. Los dos se intercambiaban continuas miradas y sonreían, encontrando el valor y el consuelo en los ojos del otro.

Mientras los contemplaba, Alfred notó que aquel consuelo lo abarcaba también a él. Por primera vez desde que conocía a Haplo, Alfred veía al patryn casi completo, casi en paz. Todavía no estaba completo del todo, pues el perro aún seguía con él. Fuera cual fuese la razón que había llevado a Haplo a volver al Laberinto, lo había devuelto a su hogar. Y el patryn estaba satisfecho de encontrarse allí, de poder morir allí.

«Amigo mío», lo había llamado.

Alfred lo oyó a duras penas entre los chillidos del ejército invasor y las palabras avivaron un pequeño fuego en su interior.

— ¿De veras lo soy? —preguntó a Haplo con timidez.

— ¿Eres qué?



La conversación había pasado a otra cosa, al menos entre Haplo, Marit y Hugh *la Mano*. Alfred no había prestado atención. Se había quedado absorto con la voz que llegaba del otro lado del abismo.

—Eso..., eso que has dicho: amigo tuyo —apuntó con turbación.

— ¿Yo te he llamado así? —Haplo se encogió de hombros—. Seguramente se lo decía al perro —añadió, pero acompañó sus palabras de una sonrisa.

—Sabes que no... —insistió Alfred, rojo de satisfacción.

Haplo guardó silencio. Los ejércitos asaltantes lanzaron alaridos y aullidos, gritos confusos y maldiciones. El silencio de Haplo envolvió a Alfred como una manta reconfortante. Sus oídos no captaron los gritos de muerte; sólo oyeron a Haplo, cuando éste volvió a hablar:

—Sí, Alfred, eres amigo mío.

Haplo le tendió una mano firme y poderosa, tatuada de runas azules en el revés.

Alfred alargó la suya, blanca, arrugada, de muñecas huesudas y huesos finos, con la piel fría y sudorosa de miedo.

Las dos manos se encontraron, se asieron y permanecieron firmemente encajadas.

Dos seres que se tendían la mano a través de un abismo de odio. En aquel momento, Alfred miró a su interior y se encontró.

Y ya no tuvo miedo.

Otro estridente toque de corneta y se inició la batalla.

Los patryn habían destruido los puentes que cruzaban el río o habían instalado trampas mágicas en ellos. Aquellos obstáculos, no obstante, sólo detuvieron al enemigo momentáneamente; no fueron para él más que un inconveniente menor. El estrecho puente de piedra que había costado a Alfred aquellos penosos momentos estalló en un destello de magia, llevándose consigo a un puñado de enemigos que habían cometido la estupidez de aventurarse por el angosto pasadizo.

Pero, antes de que los últimos fragmentos hubiesen llegado a las turbulentas aguas del fondo, unas criaturas de largos colmillos arrastraron hasta la ribera del río seis grandes troncos. Unos dragones —los verdaderos dragones del Laberinto—⁴¹ levantaron los troncos con sus zarpas y con su magia, y los depositaron en los lugares previstos. Legiones de aquellos temibles enemigos cruzaron el obstáculo del cauce. Cuando alguno de ellos resbalaba y caía al torrente, como sucedía con muchos, los demás lo abandonaban a su suerte.

A más altura sobre los acantilados se alzaban varios puentes de piedra permanentes. Los patryn dejaron éstos intactos, pero utilizaron la magia de las runas grabadas en ellos para confundir al enemigo, despertando un profundo pánico en quienes intentaban cruzarlos; de ese modo, quienes avanzaban en

41. A diferencia de las maléficas serpientes (o serpientes dragón) y de los dragones «buenos» de Pryan, los dragones del Laberinto son descendientes de los que existían en el Universo antiguo, antes de la Separación. Son reptiles espantosos, de gran tamaño, con enormes alas y dotados de una magia poderosa y de una maldad abominable. No matan a su víctima directamente, sino que les gusta coger prisioneros y torturar a sus víctimas durante días, sometiéndolos a una muerte lenta. Haplo menciona en otro momento que los dragones del Laberinto eran la única criatura contra la que jamás había luchado. Cada vez que temía tener alguno cerca, el patryn huía para salvar la vida. Que Haplo supiera, Xar, el Señor del Nexo, era el único patryn que había luchado contra un dragón del Laberinto y había sobrevivido

vanguardia daban media vuelta y huían presa del pánico, con lo que desorganizaban y ponían en estampida a los que los seguían.

Los patryn que defendían la muralla se animaron al observar lo que sucedía, convencidos de que el grueso del enemigo no conseguiría alcanzar la ciudad, pero su alegría se apagó cuando las enormes serpientes se irguieron y se lanzaron de cabeza contra la parte inferior de los puentes, una zona desprotegida por la magia. Las runas de las piedras resplandecieron con furia, pero las grietas se extendieron y perturbaron la magia, la debilitaron y, en algunos casos, la destruyeron por completo. Los comandantes enemigos reagruparon a sus tropas con gritos furibundos. La retirada fue contenida y los ejércitos del Laberinto se lanzaron a través de los puentes agrietados, que temblaron bajo su peso pero resistieron.

A media mañana, el cielo sobre Abri quedó oscurecido por las alas de dragones y grifos, de murciélagos gigantescos y de aves de presa de alas coriáceas, que se lanzaban en picado sobre los defensores patryn. Hordas de caodines, manadas de lobunos y tropas de hombres tigres cruzaron a la carrera la tierra de nadie hasta el pie de la muralla. Se levantaron torres de asalto y se apoyaron escalas contra los muros. Los arietes golpearon las puertas de hierro con estruendo ensordecedor.

Los patryn desencadenaron una lluvia de defensas mágicas sobre sus enemigos: las lanzas se transformaban en dardos llameantes, las jabalinas estallaban en una rociada de chispas que consumían la carne que tocaban, las flechas volaban directamente al corazón de la víctima escogida, guiadas por una magia que impedía que fallaran. El humo y una niebla mágica impidieron la visión a los monstruos que descendían desde el cielo y varios se estrellaron de cabeza contra la montaña. La magia de las runas inscritas en la muralla y en los edificios de Abri repelió a los invasores. Las escaleras de madera apoyadas en los muros se volvieron agua. Las torres de asalto se incendiaron y se consumieron. Los arietes de hierro se fundieron y el metal licuado consumió a cuantos estaban próximos.

Confundidos ante la fuerza y poder de la magia patryn, los ejércitos enemigos vacilaron y retrocedieron. Alfred, que observaba desde su puesto en las murallas, empezó a pensar que se había equivocado.

— ¡Estamos venciendo! —dijo con tono excitado a Haplo, que había hecho una pausa para tomar aliento.

—No, nada de eso —respondió el patryn con aire sombrío—. Ésa sólo ha sido la primera oleada. Su objetivo era ablandar nuestras defensas y obligarnos a gastar nuestra reserva de armas.

—Pero se están retirando —protestó el sartán.

—Sólo se reagrupan. Y esta lanza que tengo en la mano es la última que me queda. Marit ha ido a buscar más, pero no las encontrará.

Los arqueros estaban a cuatro manos, buscando por el suelo cualquier flecha perdida. Incluso recuperaban los dardos clavados en los cuerpos de los muertos para utilizarlos contra quienes los habían disparado. Abajo, protegidos por la muralla, los que eran demasiado viejos para el combate se inclinaban sobre las pocas armas que quedaban y trazaban unas runas apresuradas, mediante las cuales reponían la magia que ya empezaba a desaparecer de ellas.

Pero todos los esfuerzos no bastarían para mantener a raya al enemigo, que ya se disponía a su siguiente ataque. A lo largo de las murallas, los patryn empuñaron espadas y puñales y se aprestaron a afrontar el asalto, que se libraría cuerpo a cuerpo.



Marit regresó con un par de jabalinas y una lanza rota.

—Es todo lo que he podido encontrar.

— ¿Me permites? —Intervino Alfred, colocando la mano sobre las armas—. Puedo crear otras idénticas.

Haplo movió la cabeza.

—No. Tu magia, ¿recuerdas? ¿Quién sabe en qué podrían convertirse?

— ¡Ah! —exclamó Alfred, abatido—. No puedo ser de ninguna ayuda.

—Por lo menos, no te has desmayado —apuntó Haplo.

El sartán levantó la vista, algo perplejo.

— ¡Es verdad!

—Además, no creo que importe, a estas alturas —añadió Haplo fríamente—. Podrías convertir en lanzas las ramas de todos los árboles del bosque y no cambiaría las cosas. El ataque lo conducen las serpientes dragón.

Alfred se asomó sobre las almenas. Las rodillas le fallaron y estuvo a punto de perder el equilibrio. El perro se acercó y trató de darle ánimos con un lametón y un alegre meneo de rabo.

El Río de la Rabia se había congelado, probablemente por efecto de la magia de las serpientes, y ejércitos de criaturas avanzaban ahora a través de su sólida superficie negra. Tras rodear la ciudad, las serpientes empezaron a lanzarse con todas sus fuerzas contra la muralla. La piedra con inscripciones rúnicas se estremeció con los impactos. En la muralla aparecieron unas grietas, pequeñas al principio, pero luego cada vez más grandes. Una y otra vez, las serpientes atacaron los propios huesos de Abri. Las grietas se extendieron y empezaron a ensancharse, dividiendo las runas y debilitando la magia.

Los patryn combatieron a las serpientes con todas las armas y todos los hechizos mágicos imaginables, pero las armas golpeaban las grises escamas de su piel y salían rebotadas sin producir daño y la magia estallaba sobre las serpientes sin surtir efecto. Avanzaba la tarde, y los ejércitos enemigos permanecieron en el río helado y alentaron a las serpientes, a la espera de que la muralla se derrumbara.

El dirigente Vasu subió hasta la posición de Haplo. Un súbito impacto hizo temblar la muralla bajo sus pies.

—Has dicho que una vez combatiste contra esos seres, Haplo. ¿Cómo podemos detenerlos?

—Con acero —respondió éste—. Una hoja con inscripciones de magia rúnica, hundida directamente en la cabeza. ¿Puedes encontrarme una espada?

—Eso significaría luchar fuera de la muralla —gritó Vasu sobre el estruendo de los golpes.

—Dame un grupo de gente experta con el puñal y la espada —lo apremió Haplo.

—Tendríamos que abrir las puertas —apuntó Vasu con expresión sombría.

—Sólo lo imprescindible para dejarnos salir. Después, volveríais a cerrar.

Vasu movió la cabeza.

—Nada de eso. No podría permitirlo. Quedaríais atrapados ahí fuera...

—Si fracasamos, poco importará eso —replicó Haplo téticamente—. O morimos ahí fuera, o lo hacemos aquí dentro. Fuera tenemos una oportunidad.

—Iré contigo —se ofreció Marit.

—Yo también—dijo Hugh *la Mano*, frustrado e impaciente por entrar en acción. El asesino había intentado participar en la lucha, pero cada lanza que



arrojaba iba a parar lejos de su objetivo y las flechas que disparaba podrían haber sido flores, por el daño que hacían.

—Tú no puedes matar —le recordó Haplo.

—Ellas no lo saben —contestó Hugh con una mueca.

—En eso tienes razón —reconoció Haplo—. Pero quizá deberías quedarte aquí y proteger a Alfred...

—No —intervino éste con decisión—. Maese Hugh es necesario. Todos vosotros seréis necesarios. A mí no me sucederá nada.

— ¿Estás seguro? —Haplo acompañó la pregunta de una penetrante mirada. Alfred se sonrojó. Haplo no le preguntaba si estaba seguro de que no le sucedería nada; se refería a otra cosa. Haplo siempre había sido capaz de leerle los pensamientos. Pero, claro, aquello solía suceder entre amigos...

—Estoy seguro —respondió con una sonrisa.

—Buena suerte, entonces, Coren —murmuró Haplo.

Acompañados del perro y de Hugh *la Mano*, los dos patryn —Haplo y Marit— se marcharon y pronto desaparecieron entre la niebla y el humo de la batalla.

—Buena suerte a ti, amigo mío —dijo Alfred en un susurro.

Cerró los ojos, sondeó en las profundidades de su ser (un lugar que nunca hasta entonces había visitado, al menos conscientemente) y empezó a revolver entre la confusión allí reinante en busca de las palabras de un hechizo.

Kari y su partida de cazadores se prestaron voluntarios a ir con Haplo a combatir contra las serpientes. Armados con el acero, todos procedieron a efectuar las inscripciones mágicas en la hoja según las instrucciones de Haplo.

—La cabeza es la única parte vulnerable de las serpientes, que yo sepa —explicó éste—. Entre los ojos.

No era preciso mencionar lo que todos podían ver: que las serpientes eran poderosas, que las colas como látigos podían golpearlos hasta que su magia protectora cediera, que los cuerpos enormes podían aplastarlos y las fauces abiertas y desdentadas podían devorarlos.

Cuatro serpientes reptaban en torno a la muralla. Una de ellas era Sang-drax.

—Ése es nuestro —dijo Haplo, y cruzó la mirada con Mark, que asintió con aire resuelto y ceñudo. El perro ladró, excitado, y corrió en círculos delante de la puerta.

Los muros seguían resistiendo, pero no lo harían mucho tiempo más. Las grietas ya se extendían desde la base hasta las almenas; el fulgor deslumbrante de las runas empezaba a disminuir y, en algunos puntos, se había apagado. Las huestes de criaturas del Laberinto aprovechaban estos puntos débiles para instalar escalas, y comenzaban a ascender por la muralla. A veces, en sus ataques, las serpientes derribaban a sus propios aliados, pero no se inmutaban. Otra horda acudía enseguida a ocupar el lugar de los muertos.

Haplo y su grupo se colocaron ante la puerta.

—Nuestra bendición va con vosotros —dijo Vasu y, con un gesto de la mano, dio la señal.

Los patryn que guardaban la magia de la puerta colocaron las manos en las runas. Los signos mágicos emitieron un destello y se apagaron. Las puertas empezaron a abrirse. Haplo y los suyos salieron rápidamente, escurriéndose por la rendija. Al advertir una brecha en las defensas, una jauría de lobunos emitió un aullido al unísono y se lanzó hacia allí. Los patryn acabaron con ellos rápidamente. Los pocos lobunos que consiguieron atravesar la línea se



encontraron atrapados entre ésta y las puertas de hierro cuando éstas se cerraron con un gran estruendo.

Haplo y quienes lo acompañaban estaban ahora atrapados fuera de su ciudad, sin manera de volver atrás. Por orden estricta de Haplo, las puertas no volverían a abrirse hasta que las serpientes hubieran muerto.

Los símbolos mágicos de las espadas y de los propios cuerpos de los patryn emitían un intenso resplandor. A indicación de Haplo, los equipos se separaron, desplegándose en pequeños grupos para desafiar a las serpientes una a una, evitar que se agruparan y alejarlas de la muralla.

Las serpientes se burlaron de ellos y abandonaron unos instantes su tarea de demolición para eliminar aquellas insignificantes molestias antes de volver a ella. Sólo Sang-drax comprendió el peligro y lanzó un aviso, pero sus congéneres no prestaron atención.

Una de las serpientes, al ver que aquellas criaturas diminutas la atacaban, se lanzó directamente hacia ellas con la intención de cogerlas entre las fauces y devolver los cuerpos al otro lado de la muralla.

Kari, flanqueada por tres de los suyos, se mantuvo firme ante la pesadilla que descendía sobre ella. Empuñando la espada, esperó hasta que la terrible cabeza estuvo justo encima de ella; entonces, con todas sus fuerzas, hundió la afilada hoja con sus signos mágicos llameantes, rojos y azules, en la cabeza del reptil.

La espada se hundió hasta la empuñadura y manó la sangre. La serpiente se irguió, agonizante, y al hacerlo arrancó la espada de las manos de Kari. Cegada por la sangre que llovía sobre ella y mareada por el olor pestilente y ponzoñoso, la patryn cayó al suelo. El gigantesco cuerpo de la serpiente rodó por el suelo con la intención de aplastarla, pero los compañeros de Kari la retiraron a rastras. La criatura agitó la cola soltando latigazos que habrían destrozado a los patryn de haberlos alcanzado, pero sus movimientos se hicieron más y más débiles. La cabeza de la serpiente se estrelló contra el suelo, rozando la muralla, y se quedó inmóvil.

Los patryn lanzaron vítores; sus enemigos, maldiciones. Las otras serpientes, más cautas ahora que una de las suyas había muerto, contemplaron a sus atacantes con respeto, lo cual complicó la tarea de los patryn y la hizo aún más peligrosa.

La cabeza de la serpiente tuerta se cernió sobre Haplo.

— ¡Éste será nuestro último encuentro, Sang-drax! —exclamó el patryn.

—Desde luego que sí. Has dejado de serme útil y ya no te necesito vivo.

— ¡Será nuestro último encuentro porque ya no te tengo miedo! —replicó Haplo.

— ¡Ah! Pues deberías tenerlo —dijo Sang-drax, volviendo su cabeza de serpiente para intentar ver a Marit y a Hugh, que acechaban por su lado ciego—. En este momento, varias de mis hermanas se dirigen a la Última Puerta con órdenes de cerrarla definitivamente. ¡Quedaréis atrapados aquí para toda la eternidad!

— ¡Los patryn del Nexo lucharán para impedirlo!

—Pero no conseguirán vencer. Y tú tampoco podrás conmigo. ¿Cuántas veces me has derribado sin conseguir otra cosa que ver cómo me levanto de nuevo?

Sang-drax lanzó un ataque con la cabeza, pero su movimiento no fue más que una finta. Al tiempo que la hacía, agitó la cola y golpeó con ella a Haplo por la espalda. La magia protegió el cuerpo del patryn; de lo contrario, el impacto le



habría partido el espinazo. La cola, de todos modos, lo derribó y lo dejó en el suelo, aturdido. La espada se le escapó de la mano.

El perro se plantó ante su amo caído en actitud protectora, con los dientes al descubierto y el pelo del cuello erizado.

Pero la serpiente no prestó más atención a Haplo. El patryn estaba fuera de combate y ya no era una amenaza. El ojo rojo localizó a Marit. Sang-drax abrió las fauces y se abatió sobre su presa. Marit se quedó inmóvil, como si estuviera paralizada de terror, y no hizo el menor movimiento para defenderse. Las mandíbulas ya se cerraban cuando un fuerte impacto golpeó a la serpiente por el lado ciego.

Hugh *la Mano* se había lanzado él mismo contra la cabeza de la serpiente, con todas sus fuerzas. Con un puñal patryn cubierto de runas en la mano, intentó hundirlo en las escamas grises, pero el arma se rompió. *La Mano* continuó tenazmente agarrado al monstruo, asido a la órbita del ojo vaciado. Había tenido la esperanza de que la Hoja Maldita volvería a la vida y atacaría a su enemigo para defenderlo, pero tal vez las serpientes tenían ahora el control del puñal como parecían haber hecho en el pasado. Hugh no podía hacer otra cosa que seguir allí colgado e intentar, al menos, estorbar el ataque de la serpiente y dar a Marit y Haplo la oportunidad de matarla.

Sang-drax agitó la cabeza a un lado y otro, tratando de quitarse de encima al molesto mensch. Pero Hugh *la Mano* era fuerte y continuó asido con terca determinación. Un relámpago amarillo recorrió la piel gris de la serpiente con un chisporroteo. El asesino lanzó un alarido. Una descarga eléctrica sacudió su cuerpo y lo obligó a soltarse, retorciéndose de dolor.

Cayó al suelo, pero había ganado el tiempo preciso. Marit había podido acercarse lo suficiente para hundir la espada en la cabeza de Sang-drax. La hoja de acero penetró en la mandíbula y ascendió por su nariz; la herida era dolorosa, pero no mortal.

Marit intentó liberar la espada pero Sang-drax alzó la cabeza bruscamente, con lo que arrancó el arma de su mano bañada en sangre.

Haplo estaba en pie con la espada en la mano, pero todavía se tambaleaba, dolorido y confuso. Marit corrió a coger la espada que él sostenía débilmente. La mano de Haplo se cerró sobre la suya.

— ¡Detrás de mí! —le susurró él en tono urgente.

Marit comprendió el plan. Se apretó tras Haplo teniendo buen cuidado de apartarse del brazo armado de éste, que ahora colgaba fláccidamente al costado. El perro se movió delante de él, saltando, lanzando mordiscos al aire y provocando a la serpiente con agudos gañidos y ladridos.

Debatiéndose entre terribles dolores, Sang-drax vio a su enemigo débil y herido y se abalanzó sobre la presa. Cuando distinguió la radiante espada levantada hacia él, cuando vio centellear la magia con un fulgor que cegaba su único ojo bueno, era demasiado tarde. No podía detener su impulso hacia abajo, pero al menos destruiría al hombre que se disponía a destruirlo.

Marit se incorporó. La cabeza de la serpiente no la había alcanzado por muy poco. Se disponía a participar en el ataque pero, en el último momento, Haplo la había apartado hacia atrás de un empujón. La serpiente se había desplomado sobre Haplo, empalándose ella misma en la espada. Agarrado a ésta con ambas manos, Haplo había hundido la hoja en Sang-drax y había desaparecido junto con



el perro, sin un grito, bajo la cabeza de la criatura, que se debatía en sus últimos estertores.

En torno a Marit se desarrollaban otros combates. Una de las serpientes había matado a los patryn que la atacaban e iba en ayuda de su compañera. Kari también había corrido a ayudar a los suyos, que luchaban por salvar sus vidas. Marit apenas les prestó atención.

Distinguió a Haplo, cubierto de sangre (suya y de la serpiente). Yacía en el suelo, inmóvil.

Corrió hasta él e intentó levantar la pesada cabeza de la serpiente para rescatarlo. Hugh *la Mano*, que empezaba a incorporarse a duras penas, sacudiendo la cabeza con gesto de aturdimiento, lanzó un grito de advertencia.

Marit se volvió. Un lobuno se aprestaba a saltar sobre ella. Lo hizo y la derribó al suelo; las garras de la fiera se clavaron en su carne y los colmillos buscaron su garganta.

Y, de pronto, el lobuno desapareció de encima de ella. Marit abrió los ojos y tuvo la desquiciada impresión de que el atacante salía volando hacia atrás. Entonces se dio cuenta de que la fiera estaba siendo transportada hacia arriba en las zarpas de la criatura más hermosa y maravillosa que la patryn había visto en su vida.

Un dragón de escamas verdes y alas doradas, con una cresta bruñida que resplandecía como un sol, sobrevoló el cielo gris lleno de humo, descendió, agarró al lobuno y arrojó a la bestia a la muerte contra las rocas cortantes de un acantilado. Después, el dragón regresó en vuelo rasante, atrapó a la serpiente muerta y la arrastró lejos de Haplo.

Las otras serpientes, alarmadas del nuevo enemigo, abandonaron a los patryn y se dispusieron a enfrentarse al dragón.

Marit levantó en brazos a Haplo. Estaba vivo; los tatuajes de su piel emitían un leve resplandor azulado. Pero la sangre empapaba su piel en la runa del corazón. Su respiración era trabajosa e irregular. El perro —increíblemente en pie e ileso después de quedar sepultado bajo la serpiente— trotó junto a su amo y le dio un inquieto lametón en la mejilla.

Haplo abrió los ojos y vio a Marit. Luego observó el brillante cuerpo verde y las destellantes alas doradas del maravilloso dragón.

—Bien, bien —musitó con una sonrisa—. Alfred.

— ¡Alfred! —Marit lanzó una exclamación y alzó la cabeza.

Pero una sombra le impidió ver. Una figura se cernía sobre ella. Al principio, no supo qué o quién; no podía ver nada más que una silueta negra contra el resplandor que despedía el dragón. A Haplo se le cortó la respiración y luchó vanamente por incorporarse.

Y entonces se oyó una voz, y Marit la reconoció.

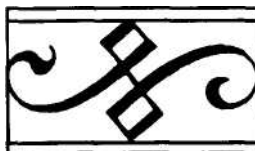
—De modo que ése es tu amigo Alfred —dijo Xar, el Señor del Nexo, levantando la mirada—. Un sartán muy poderoso, ciertamente.

La mirada de Xar volvió a centrarse en Marit y en Haplo.

—Es una suerte que esté ocupado en otra cosa —añadió Xar.



CAPÍTULO 47



EL LABERINTO

Xar había encontrado la ciudad de Abri gracias al fuego del faro. Encendida en lo alto de la montaña, por encima de las nieblas y del humo, por encima del resplandor de la magia que protegía la ciudad, la baliza brillaba intensamente y Xar se había encaminado directamente hacia ella.

Había conducido su nave hasta las ruinas del Vórtice; viajar en una nave con runas sartán tenía sus ventajas, aunque el viaje había resultado incómodo para el patryn. No le había dado tiempo a reconstruir los signos mágicos del exterior de la nave antes de abandonar Pryan y había evitado modificar los del interior, consciente de que quizá necesitaría toda su fuerza para afrontar lo que se le presentara en el Laberinto.

Aunque no se dejaba impresionar con facilidad, Xar se había asombrado ante el número de fuerzas enemigas que atacaba la ciudad. Había llegado al inicio de la batalla y había presenciado ésta desde un lugar seguro, en lo alto de las montañas, cerca del faro. Xar se había calentado a su lumbre mientras contemplaba el ataque de los ejércitos del caos contra su pueblo.

No lo sorprendió ver a las serpientes dragón. El Señor del Nexo había aceptado por fin que Sang-drax lo traicionaba.

La Séptima Puerta. Todo guardaba relación con la Séptima Puerta.

—Sabéis que, si la encuentro, os dominaré —dijo a las serpientes dragón, cuyos cuerpos grises, cubiertos de baba, lanzaban el asalto contra las murallas de la ciudad—. El día que Kleitus me habló de la

Séptima Puerta... ese día empezasteis a temerme. En ese momento os convertisteis en mi enemigo.

A Xar no le importaba que Haplo le hubiera advertido de la traición de las serpientes dragón desde el primer momento. En aquel instante, lo único que le importaba al Señor del Nexo era la Séptima Puerta. Ésta se agigantaba en su cabeza, borrando de ella todo lo demás.



Lo que debía hacer era localizar a Haplo entre los miles de patryn que resistían al enemigo, lo cual no le resultaría demasiado difícil. Conociendo a los hombres y a las mujeres como los conocía, estaba bastante seguro de que allí donde encontrara a Marit —y eso sería sencillo, dado el vínculo que había entre los dos— estaría Haplo. Su única preocupación era que pudiera intervenir aquel entremetido sartán, Alfred.

La batalla se prolongó largo tiempo. Los patryn se defendían bien, y Xar experimentó un sentimiento de orgullo en el pecho. Aquél era su pueblo. Y, una vez que encontrase la Séptima Puerta, él lo conduciría a la gloria. Sin embargo, no tardó en impacientarse. El tiempo que desperdiciara allí sería tiempo perdido para la búsqueda de la puerta de marras. Colocó la mano en el signo mágico y estaba a punto de llamar a Marit, dispuesto a bajar a buscar personalmente a Haplo, cuando vio que se abría la puerta de la ciudad y salía un puñado de héroes para expulsar a las serpientes dragón.

Y, naturalmente —Xar no tuvo que molestarse siquiera en mirar—, entre ellos estaba Haplo. La última batalla de éste con Sang-drax había terminado en empate; ambos habían infligido y recibido heridas que no curarían más. Haplo no desperdiciaría la ocasión de acabar con su enemigo, pese a que las posibilidades estaban en su contra.

—Claro que no —comentó Xar, observando el duelo con interés y aprobación—. Eres mi hijo.

El Señor del Nexo esperó hasta que la batalla hubo terminado y Sang-drax quedó destruido; entonces, invocó la magia rúnica para elevarse del suelo y transportarse hasta el ensangrentado campo de batalla.

La primera reacción de Marit al ver a Xar fue de inmenso alivio. Allí estaba el padre fuerte que, una vez más, defendería, protegería y socorrería a sus hijos.

— ¡Mi Señor, has venido a ayudarnos!

Haplo intentó incorporar el cuerpo hasta quedar sentado, pero estaba muy débil y dolorido. La sangre le empapaba la delantera de la camisa e incluso manchaba el chaleco de cuero que llevaba encima de ella. Notó crujir los bordes astillados de los huesos fracturados; el menor movimiento era una tortura insoportable.

Marit lo ayudó prestándole su fuerza y su apoyo. Cuando levantó la vista, encontró los oscuros ojos de Xar fijos en ella, pero la mujer estaba demasiado aturdida por la batalla y demasiado regocijada por su presencia como para advertir la sombra que Xar extendía sobre ellos.

—Mi Señor... —Haplo habló con un hilo de voz. Xar tuvo que hincar la rodilla junto a él para entender lo que decía—. Aquí podemos defendernos. La mayor amenaza, el mayor peligro, está en la Última Puerta. Las serpientes dragón se proponen cerrarla. Nos... —un acceso de tos le impidió continuar.

—... nos dejarán atrapados para siempre en esta prisión, mi Señor —tomó la palabra Marit con tono urgente—. Su maldad aumentará; de eso se encargarán las serpientes dragón. El Laberinto se convertirá en una cámara de muerte, sin esperanza, pues no habrá modo de escapar.

—Tú eres el único que puede alcanzar la Última Puerta a tiempo —dijo Haplo, pronunciando cada palabra con un esfuerzo visiblemente doloroso—. Eres el único que puede detenerlas.

Tras esto, se derrumbó en brazos de Marit. El rostro de ésta, tan cercano al suyo, dejó de manifiesto la inquietud y la preocupación que le inspiraba. Ninguno

de los tres prestó atención a la batalla que se desencadenaba en torno a ellos; la magia de Xar los tenía encerrados en un capullo de seguridad y silencio, los protegía de la muerte y del azar de la guerra.

La mirada de Xar se perdió en la distancia hasta que, sin moverse de donde estaba, alcanzó a ver la Última Puerta (lo cual entraba dentro del reino de las posibilidades y, por tanto, de sus poderes mágicos). Sus facciones se pusieron tensas y serias, arrugó el entrecejo y entrecerró los ojos con rabia. Marit intuyó que estaba viendo la terrible batalla que se libraba allí entre las serpientes y la gente del Nexo, que abandonaba sus pacíficos hogares para defender la única vía de escape que tenían sus hermanos atrapados en el Laberinto.

¿Estaba teniendo lugar ya el combate, o Xar estaba viendo el futuro?

La mirada del Señor del Nexo volvió allí, y sus ojos eran ahora duros, fríos y calculadores.

—La Última Puerta caerá, pero yo la abriré de nuevo. Cuando haya encontrado la Séptima Puerta, me tomaré cumplida venganza.

— ¿A qué te refieres, mi Señor? —Marit lo miró sin comprender—. No te preocupes por nosotros, mi Señor. Aquí nos las arreglaremos. Tú debes salvar a nuestro pueblo.

—Eso tengo intención de hacer, esposa —replicó Xar con tono seco.

Marit se encogió.

Haplo escuchó la palabra y notó el escalofrío que recorría aquellos brazos cuyo contacto era tan reconfortante, tan grato. Abrió los ojos y la miró. El rostro de la mujer estaba manchado de sangre; sangre de ambos, de la serpiente... Sus cabellos despeinados dejaban ahora a la vista la marca de su frente, los signos entrelazados de ella y de Xar.

—Déjame a mí, esposa —ordenó Xar.

Marit dijo que no con la cabeza y se agachó sobre Haplo con gesto protector. Xar extendió un brazo y posó la mano en su hombro. Con un grito, la mujer cayó al suelo, completamente inerte y con su magia rúnica desorganizada.

Xar se volvió a Haplo.

—No te resistas a mí, hijo mío. Déjate ir. Libérate del dolor y de la desesperación, de la agonía de esta vida.

El Señor del Nexo deslizó los brazos debajo del magullado cuerpo de Haplo, éste hizo un débil intento de desasirse, y el perro se apresuró a intervenir, lanzando frenéticos ladridos a Xar.

—Sé que no puedo hacer daño al animal —dijo éste con la misma frialdad—. Pero puede pagarlo ella.

Marit se retorció, impotente, y sacudió la cabeza. El signo de su frente resplandeció como una brasa encendida.

— ¡Perro, basta! —susurró Haplo entre unos labios cenicientos.

El perro emitió un gáñido de incompreensión pero, enseñado a obedecer, se retiró. Xar levantó en brazos a Haplo con la misma ternura y facilidad que si atendiera a un chiquillo herido.

—Levántate, esposa —dijo a Marit—. Cuando me haya ido, tendrás que defenderte.

La magia que la tenía paralizada la dejó en libertad. Débil, Marit se levantó y se acercó un paso a Xar y, sobre todo, a Haplo.

— ¿Adonde lo llevas, mi Señor? —Preguntó, y la esperanza libró una última batalla en su corazón—. ¿Al Nexo? ¿A la Última Puerta?



—No, esposa. —La voz de Xar era fría—. Regreso a Abarrach. —Con visible satisfacción, contempló a Haplo y añadió—: Regreso a la nigromancia.

— ¿Cómo puedes permitir que suceda esta desgracia a tu pueblo? —exclamó ella, colérica.

Xar respondió con una llamarada en los ojos: —Los patryn han sufrido toda su vida. ¿Qué importa un par de días más? Cuando vuelva triunfante, cuando la Séptima Puerta quede abierta, todos los sufrimientos habrán terminado.

« ¡Será demasiado tarde!» Marit tenía las palabras en la punta de la lengua, pero miró a los ojos a Xar y no se atrevió a pronunciarlas. Tomó una mano de Haplo y la apretó contra su runa del corazón.

—Te quiero— le susurró.

Él abrió los ojos. Sin voz, sólo con el movimiento de los labios manchados con su propia sangre, le transmitió un mensaje:

— ¡Busca a Alfred! Alfred puede... detenerlas...

—Sí, busca al sartán —intervino Xar con una risotada—. Estoy seguro de que estará más que contento de defender la prisión que su propia raza construyó.

El Señor del Nexo pronunció las runas, y se formó en el aire un signo mágico. La runa llameante alcanzó a Marit y le cruzó la frente como un látigo.

El dolor la atravesó como si la hubiera herido de una cuchillada. La sangre le resbaló sobre los ojos impidiéndole la visión. Jadeante, mareada del dolor y de la conmoción, cayó de rodillas.

— ¡Xar! ¡Mi Señor! —exclamó a voz en grito mientras se limpiaba la sangre de los ojos.

Xar no hizo caso. Con Haplo en sus brazos, el Señor del Nexo atravesó tranquilamente el campo de batalla. Un escudo de magia los envolvía y los protegía.

Trotando tras ellos, solitario e inadvertido, iba el perro.

Marit se incorporó como impulsada por un resorte con la idea desesperada de detenerlos, de atacar a Xar por la espalda y rescatar a Haplo pero, en aquel preciso instante, un torbellino de siglas empezó a girar en torno a ellos —en torno a los tres, incluido el perro—y todos desaparecieron.



CAPÍTULO 48



ABRÍ EL LABERINTO

La batalla llegó a su término con la caída de la tarde. Las serpientes dragón estaban vencidas y destruidas; ya no amenazaban con abrir brechas en la muralla. El maravilloso dragón verde, un ser como no se había visto otro igual en el Laberinto, se unió a los patryn para derrotar a las serpientes. La muralla aguantó y su magia fue reforzada rápidamente. La puerta resistió. Hugh *la Mano* fue el último en cruzarla antes de cerrarse definitivamente. Hugh traía en brazos a Kari, a la que había encontrado herida bajo un puñado de cadáveres de caodines. La llevó al interior de la ciudad y allí la dejó en manos de los suyos.

— ¿Dónde están Haplo y Marit? —preguntó Hugh.

Vasu, que dirigía la restauración de la magia de la puerta, se volvió a mirarlo con súbita consternación.

—Creía que estaban contigo.

— ¿No han entrado?

—No. Y yo no me he movido de aquí.

—Ordena que abran la puerta otra vez —dijo Hugh—. Todavía deben de estar ahí fuera.

— ¡Abrid! —Indicó Vasu a los centinelas—. Iré contigo.

Hugh observó al gordinflón y se dispuso a protestar, pero entonces recordó que él no podía matar.

La puerta se abrió, y los dos hombres se dieron de bruces con una banda de enemigos. Sin embargo, muertos sus líderes, el gusto por la batalla parecía haber abandonado a los demás. Muchos se batían en retirada hacia el río y contribuían a crear confusión entre las filas.

— ¡Allí! —Hugh señaló con la mano.

Herida y aturdida, Marit deambulaba sin rumbo al pie de la muralla. Una manada de lobunos, atraídos por el aroma de la sangre, seguía su rastro.

Vasu empezó a cantar con una profunda voz de barítono.

Hugh decidió que el tipo se había vuelto loco. ¡Aquél no era momento para un aria! Pero, de pronto, un enorme arbusto de espinas largas y afiladas brotó del



suelo y rodeó a los lobunos. Las espinas se engancharon en su espesa pelambre y les impidieron avanzar. Unas ramas flexibles envolvieron sus patas. Los lobunos aullaban y lanzaban alaridos pero, cuantos más esfuerzos hacían por escapar más enredados quedaban.

Marit ni siquiera se percató de lo que sucedía. Vasu continuó su canto y las espinas se hicieron más tupidas y numerosas. Arriba, sobre la muralla, los patryn esperaban a que Marit estuviera a salvo para acabar con las bestias atrapadas en las zarzas.

Hugh *la Mano* corrió hasta ella y la cogió.

— ¿Dónde está Haplo? —le preguntó.

Ella lo miró con los párpados casi pegados por efecto de la sangre coagulada. Marit no podía verlo bien; eso, o no lo reconocía.

—Alfred —le dijo en patryn—. Tengo que encontrar a Alfred.

— ¿Dónde está Haplo? —repitió Hugh en el idioma humano, con un tono de frustración.

—Alfred. —Marit repitió el nombre una y otra vez.

Hugh comprendió que no sacaría nada de ella en su estado de confusión. La tomó en brazos y corrió de nuevo hacia Vasu. El dirigente los acogió bajo la protección de su magia hasta que hubieron alcanzado la puerta sanos y salvos.

Cuando cayó la noche, el fuego del faro aún ardía con todo su fulgor. La magia de la muralla parpadeaba y bajaba de intensidad, pero las runas seguían emitiendo luz. Los últimos enemigos desaparecieron en la espesura dejando tras de sí a los muertos.

Los viejos que habían pasado el día grabando runas portadoras de muerte en las armas dedicaron la noche a devolver la vida a los heridos y moribundos.

La herida de la cabeza de Marit no amenazaba su vida, pero los curanderos no conseguían sanarla por completo. El arma que le había desgarrado la frente, fuera cual fuese, debía de estar impregnada en veneno, explicaron los expertos a Hugh tras mostrarle la marca inflamada y en carne viva sobre las cejas.

Pero, al menos, Marit estaba consciente; demasiado consciente, en opinión de los médicos, que tenían dificultades para mantenerla en la cama. Ella no hacía más que pedir que la dejaran hablar con Vasu y finalmente, viendo que no podían hacer otra cosa para tranquilizarla, habían mandado a buscarlo.

El dirigente se presentó. La ciudad de Abri se mantenía en pie, pero muchos habían entregado la vida por ella. Entre los muertos estaba Kari. Y también alguien a quien Vasu temía mencionar, sobre todo a la mujer que lo observaba acercarse a su lecho de dolor.

—Alfred —dijo Marit al instante—. ¿Dónde está? Ninguno de estos estúpidos lo sabe o quiere decírmelo. ¡Tengo que dar con él! ¡Él puede llegar a la Última Puerta a tiempo de enfrentarse a las serpientes dragón! ¡Alfred puede salvar a nuestro pueblo!

Los patryn no podían mentirse entre ellos y Vasu era lo bastante patryn como para saber que ella se daría cuenta del engaño, por piadoso que éste fuera.

—Alfred es un mago de la serpiente. Se transformó en dragón y...

— ¡Todo eso ya lo sé! —Le interrumpió Marit con impaciencia—. Seguro que ya ha vuelto a cambiar, a estas alturas. ¡Llévame a él!

—Es que... no ha vuelto —murmuró Vasu.

La vida desapareció de los ojos de Marit.

— ¿A qué te refieres?



—A que ha caído del cielo, tal vez herido de muerte. Estaba luchando con una legión de dragones del Laberinto...

— ¡Tal vez! —Marit se agarró a la palabra, se aferró a ella—. ¡No lo habéis visto morir! ¡No sabéis si está muerto o no!

—Marit, vimos cómo caía...

Ella se levantó del lecho apartando las manos de los curanderos que intentaban impedirlo.

—Muéstrame dónde.

—No puedes salir ahí fuera —declaró Vasu con severidad—. Es demasiado peligroso. Merodean manadas de lobunos y grupos de hombres tigres furiosos por la derrota, esperando poder capturar a alguno de nosotros.

—El asesino humano. ¿Dónde está?

—Aquí, Marit. —Hugh *la Mano* se adelantó. Hasta aquel momento había permanecido observando junto al lecho, sin atraer la atención—. Te acompañaré. Yo también necesito encontrar a Alfred —añadió en tono sombrío.

—Es nuestra única esperanza —asintió Marit, y los ojos se le llenaron de lágrimas por un instante—. Es la única esperanza de Haplo.

Reprimió las lágrimas con un parpadeo y alargó la mano para tomar sus armas, de las cuales la habían despojado los curanderos.

Vasu no preguntó a qué se refería. La magia de Xar no había cegado los ojos del dirigente de Abri. Vasu había visto al Señor del Nexo y había presenciado la reunión de los tres. Había visto marcharse a Xar, llevándose a Haplo... y al perro. Y había supuesto que Xar no se dirigía a librar la batalla por la Última Puerta.

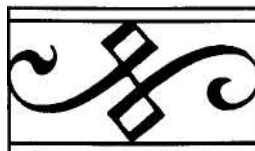
—Dejadla —ordenó a los médicos. Éstos se apartaron a un lado.

Vasu condujo a Marit y a Hugh *la Mano* hasta la muralla. Les indicó dónde había visto caer de los cielos al dragón, como una llamarada verde y dorada. Abrió la puerta de la ciudad y los vio alejarse en la oscuridad.

Después permaneció largas horas, hasta el amanecer, contemplando con desesperación el apagado resplandor rojizo que iluminaba el horizonte en la dirección de la Última Puerta.



APÉNDICE I

LA HOJA MALDITA CONJETURAS⁴²

De todas las cosas desdichadas que hizo mi pueblo poco antes de la Separación, el desarrollo de un arma como este puñal maldito —ahora en posesión de maese Hugh— resulta de lo más deplorable. Y es una prueba palpable de que involucramos a inocentes —humanos, elfos y enanos, la propia gente a la que se suponía que estábamos protegiendo— en nuestra batalla contra los patryn.

Queda fuera de duda que el arma estaba realizada para su utilización por los mensch. La he examinado, he estudiado las runas que llevaba grabadas y estoy convencido. Fue fabricada con prisas —resulta evidente por su diseño vulgar y su manufactura tosca—, de modo que, muy probablemente, eran elaboradas en grandes cantidades.

¿Tanto pánico tenían Samah y el Consejo a los patryn como para armar legiones enteras de mensch con aquellas armas espantosas? Tristemente, sólo puedo suponer que la respuesta es sí. No obstante, en ninguna parte he encontrado referencias a guerras en las que intervinieran mensch en los últimos tiempos del mundo antes de la Separación. Las batallas que se producían entre sartán y patryn se libraban por lo general en desafíos individuales: terribles torneos de magia que, invariablemente, resultaban mortales para uno o ambos contendientes.

Pero, a juzgar por la información de esos últimos tiempos que me proporcionó mi querida Orla, creo que puedo imaginar lo sucedido. Consumidos por el miedo, aterrorizados ante la idea de que los patryn estuvieran formando sus propios ejércitos (lo cual podía ser cierto o no), Samah y el Consejo decidieron preparar una defensa y equiparon con estas armas mágicas a un número enorme de mensch. Con todo, dudo que tuvieran la intención de enviar a los mensch a la guerra (Samah, desde luego, no habría confiado en ellos). Lo más probable es que los ejércitos mensch fueran a ser utilizados como señuelo para llevar a cabo una acción de distracción que proporcionara a los sartán el tiempo necesario para penetrar en la Séptima Puerta y proceder a la Separación.

Tal batalla, al parecer, no llegó a producirse. Tal vez los mensch se rebelaron (¡así lo espero!), o quizás incluso Samah tuvo ciertos remordimientos de conciencia sobre el hecho de forzar a otros a librar batallas por él. Según parece, la mayoría de las armas malditas quedaron destruidas durante la Separación o fueron confiscadas por los sartán antes de establecer a los mensch en los nuevos mundos.

¿Cómo pudo escapar al control este puñal? Sin duda, cayó en manos de algún elfo poco escrupuloso que, impresionado por el poder del arma, decidió guardarla para sí. El puñal sería un aliado bien dispuesto, deseoso de colaborar en su propia supervivencia. El elfo estaba entrenado en el uso del arma pero, debido a alguna circunstancia —tal vez a una muerte prematura—, la información no fue transmitida a las generaciones futuras y lo único que cambió de manos fue el puñal. El elfo debió de ignorar que estaba traspasando un legado tan mortífero.

¿Cómo funciona la Hoja Maldita?

Lo que viene a continuación son mis conjeturas, basadas en los testimonios de Hugh y de Haplo sobre el comportamiento del arma en plena acción y en mi propio estudio de los signos mágicos grabados en ella. (Quisiera destacar un punto; al potenciar el arma con la magia rúnica, los sartán hicimos precisamente aquello que siempre hemos despreciado tanto en los patryn: dar vida a lo que no está creado para tenerla.)

1. La primera acción que realiza el puñal es anular la capacidad del enemigo para percibir el peligro. Así, Haplo no recibió la menor advertencia de que Hugh *la Mano* lo acechaba en la Factoría ni tuvo el menor aviso de que el asesino lo esperaba emboscado en la nave.

2. La segunda acción de la hoja reduce las posibilidades de respuesta del enemigo. El arma no puede eliminar todas las posibilidades, pues tal cosa requeriría mucho más poder del que posee, pero es capaz de limitar el abanico de opciones a las que puede manejar con facilidad.

3. La tercera acción del arma consiste en analizar los puntos débiles y fuertes del enemigo y reaccionar en consecuencia. A veces, la hoja puede llevar a cabo esta reacción con facilidad, como en la desgraciada «lucha» entre los dos hermanos elfos. Enfrentado a una daga de duelo, el puñal sólo tuvo que convertirse en una espada para acabar con su enemigo. Cuando Hugh *la Mano* tuvo su primer encuentro con Haplo, el arma se transformó en un hacha para enfrentarse a la espada de Haplo.

Obsérvese, sin embargo, que, cuando el arma encuentra nuevos oponentes que se suman a los anteriores, su fuerza se incrementa. El puñal se convirtió en murciélago cuando atacó a Marit y a Haplo a la vez. Al fallar el ataque, se convirtió en titán.

También de interés es el hecho de que la espada parece hacer uso de los pensamientos y recuerdos de las víctimas. Haplo dice que no recuerda haber pensado concretamente en titanes durante la breve escala que la nave hizo en Pryan (¡es preciso reconocer que el patryn tenía muchas cosas en la cabeza!), pero me parece bastante lógico pensar que Haplo debía de tener presentes, por lo menos en el subconsciente, a los gigantes que había encontrado en aquel mundo.

Y esto es todo lo que he conseguido determinar acerca del puñal hasta el momento. Para avanzar en mis conjeturas tendría que ver el arma en acción (¡algo que prefiero no hacer!).



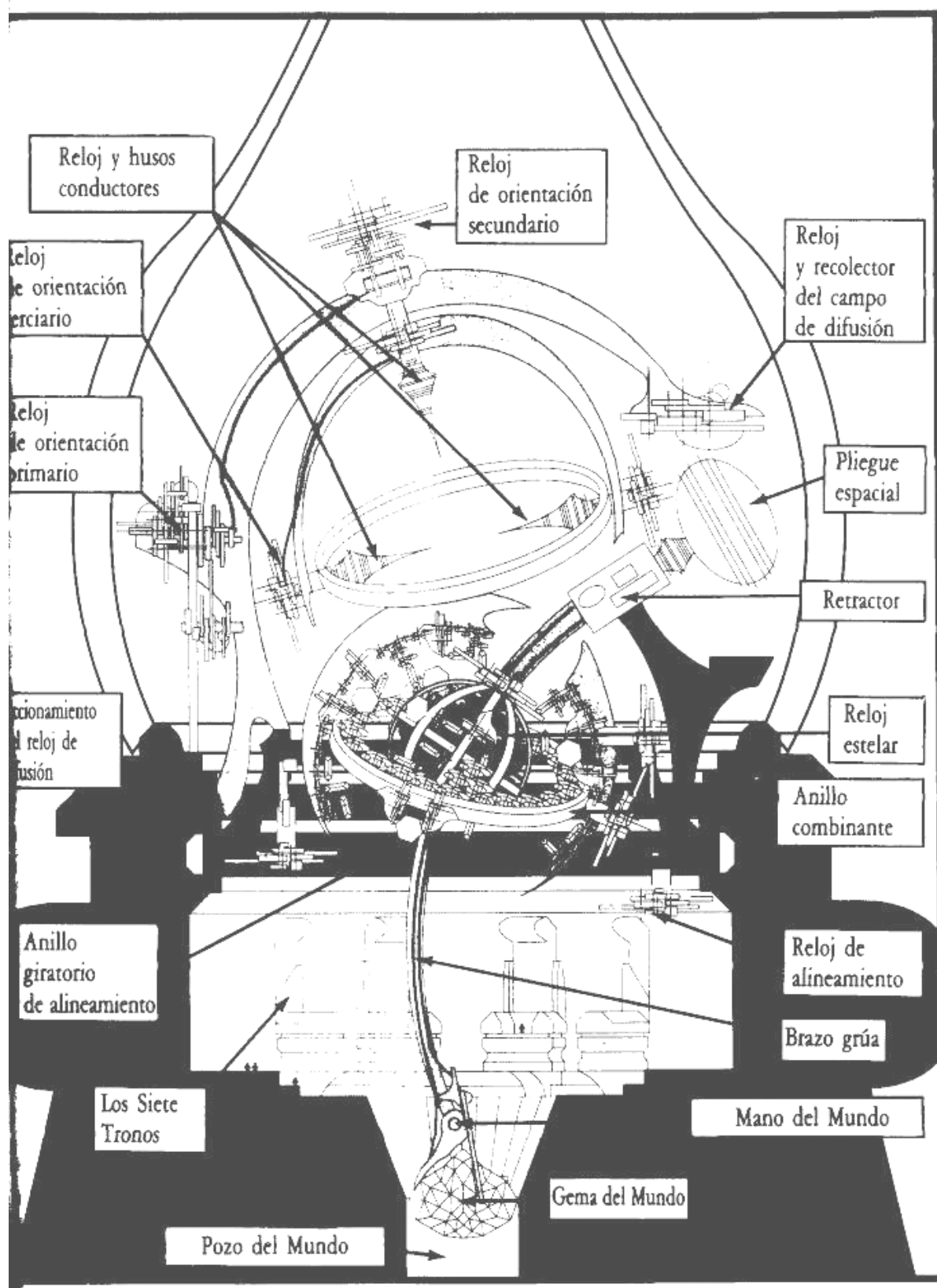
Aprovecho este momento para añadir cierta información que he obtenido acerca de la Hoja Maldita.⁴³ La primera parte de esa información es positiva: el arma puede ser controlada por el usuario. Lo único que debe hacer es pronunciar la palabra « ¡basta!» en sartán.

La segunda parte, en cambio, es terrible. ¡Según parece, el puñal también puede ser controlado por fuerzas exteriores! Tengo pruebas de que las serpientes dragón son capaces de ejercer cierta influencia sobre el arma.

El puñal fue creado por efecto del miedo y diseñado para matar, de modo que era comprensible que experimentara una atracción natural por las serpientes dragón. Y se dice que, a su vez, éstas son capaces de controlar su magia. No pueden hacer que la hoja se vuelva contra quien la empuña, pero pueden dirigir las acciones y reacciones de la hoja para que se adecuen a sus propósitos. Ahora, Haplo está convencido de que fue la Hoja Maldita lo que atrajo tras nuestros pasos a los hombres tigres. Y también emitió, según parece, algún tipo de llamada a las serpientes dragón para alertarlas de su presencia en Abri.

Tiene que haber algún modo de destruir esa arma. Por desgracia, no se me ocurre ninguna en este momento, pero mi mente está bastante confusa y agitada. Si tuviera tiempo para reflexionar y estudiar el asunto más a fondo, quizás...

Cámara de la Estrella de las ciudadelas de Pryan





APÉNDICE II



LAS CÁMARAS DE LAS ESTRELLAS DE PRYAN

*Extractos de El Libro de las Estrellas, escrito por Paithan, Gran Maese de la Ciudadela de Drugar, quien ha revisado y corregido el texto.*⁴⁴ Que el lector disfrute de la iluminación de las estrellas.

OJO DE SOLES⁴⁵

Pryan es un mundo de poder que mantiene en funcionamiento los otros mundos que existen más allá del nuestro. Sus latidos hacen llegar a esos mundos separados la sangre vital en forma de energía, luz y calor. Sin la energía de las estrellas que brillan sobre nuestro hogar y sin la fuerza de nuestra luz, los mundos más allá de nuestro entendimiento se encuentran adormilados, medio muertos por falta de nutrición.

Los soles estacionarios de Pryan conservan toda su energía dadora de vida dentro de los confines del inmenso interior de ese mundo, y la luz de los soles da vida a los habitantes. Sin embargo, esta importante función no es sino una parte del verdadero fin para el que fueron creados.

La luz de los soles de Pryan, que se origina en cuatro cuerpos celestes separados y no en un único sol, como los percibimos nosotros desde la distancia, se transmite directa o indirectamente a la roca que forma los cimientos de este mundo. Yo he visto con mis propios ojos esa roca y confirmo que existe y que es real.⁴⁶ Este suelo de roca recoge, pues, la energía generada por los soles y por los bosques que se alzan sobre él y la almacena en su seno en cantidades cada vez mayores.

354

^{44.} *Estoy en deuda con los titanes y con mi hermana, Aleatha, por la traducción de las runas sartán.*

^{45.} *Una expresión peculiar de los sartán, que significa «una perspectiva desde más arriba» o, en este caso, una explicación general.*

^{46.} *Paithan añade esta explicación para quienes viven en la superficie de la cubierta vegetal de Pryan. Allí, el suelo lo forman las copas de unos árboles inmensos cuyas raíces nunca llegan a ver quienes nacen, viven y mueren en sus ramas.*

A continuación, la energía se recoge en la ciudadela, cuyas raíces se hunden profundamente en los cimientos de Pryan. Estas raíces irradian energía desde la ciudadela y la almacenan en el pozo conocido como Pozo del Mundo. Sólo el tapón de la Gema del Mundo mantiene confinada esta energía.⁴⁷

ESTRUCTURA GENERAL Y MOVIMIENTO

La zona inferior de la Cámara de la Estrella aloja los Siete Tronos, que rodean y se asoman al Pozo del Mundo. Estos tronos son inmensos, para que los titanes puedan sentarse en ellos cómodamente. La presencia de los titanes es esencial para el funcionamiento de la máquina. La cámara de los tronos está separada de la cámara superior por el armazón y el mecanismo de la Máquina de la Estrella.

Esta segunda cámara se encuentra rodeada por una enorme cúpula formada por varios paneles curvos que recuerdan los pétalos de una flor de loto. Los paneles están elaborados con cristal tintado y montados en un encaje de piezas metálicas. El cristal lleva grabadas runas sartán que, según los titanes, canalizan la luz hacia la Máquina de la Estrella. Cuando la máquina está en funcionamiento, los paneles se abren por completo para reforzar su potencia.

La Máquina de la Estrella en sí tiene dos partes principales: el mecanismo inferior, denominado Reloj Estelar, y el superior, conocido como Reloj Conductor. Ambas secciones del mecanismo están suspendidas sobre los Siete Tronos mediante monturas móviles. La Gema del Mundo se sostiene al final del Brazo Grúa, suspendido del Reloj Estelar en el seno del Pozo del Mundo, situado en el suelo.

La Gema del Mundo sella el Pozo del Mundo. Un gigantesco brazo metálico curvo terminado en una mano metálica atenaza la gema y la mantiene en su sitio mientras la máquina está en reposo. El brazo se extiende hacia abajo mediante un mecanismo de retracción que recupera la Gema del Mundo y la saca del pozo cuando las condiciones son las indicadas.⁴⁸ El brazo se retrae y se mantiene en un Pliegue Espacial, una maravillosa esfera mágica.

El Reloj Estelar está instalado en el interior de dos anillos montados en direcciones diametralmente opuestas e instalados a su vez en una enorme montura giratoria. Una vez retraída, la Gema del Mundo y los dos anillos que rodean el Reloj pueden disponerse en cualquier configuración.

La montura principal del Reloj Estelar se denomina Anillo Giratorio de Alineamiento.⁴⁹ Se trata de una montura rotatoria que puede hacer girar todo el mecanismo inferior en torno al eje del pozo.

355

^{47.} «Pozo del Mundo» y «Gema del Mundo», como otros muchos nombres curiosos que aparecen en el texto, son indudablemente invención de Paithan. Aunque reflejan el espíritu romántico del elfo, no son muy indicativos de la función que cumplen en la máquina. Con todo, el término «Gema del Mundo» podría ser una interpretación *mensch* de la runa sartán Eort—Batu 'h. Eort significa vida y poder: una estructura mágica mixta que une la magia del Fuego y la del Agua. Batu 'h parece hacer referencia al concepto de «cimiento», más que al de una piedra cristalina. De ser así, esta «Gema del Mundo» es el punto focal de una onda de vida o de poder (probablemente, las emisiones del «pozo»).

^{48.} Todavía no estoy seguro de cuáles puedan ser esas condiciones.

^{49.} Esto es una traducción directa de la estructura rúnica sartán. No estoy seguro de qué significa. Me siento como un chiquillo que examina con asombro las tripas del viejo reloj de su padre tratando de entender su funcionamiento.



Un Reloj de Alineamiento, impulsado por el Reloj de Orientación Primario y secuenciado de forma independiente mediante los Motores Diferenciales Babbage,⁵⁰ hace girar el Anillo Giratorio de Alineamiento y, con él, el Reloj Estelar.

Dentro del Anillo Giratorio de Alineamiento se monta el Anillo de Difusión. A lo largo de este arco hay un número asombroso de palancas, medidores y levas que controlan y ajustan la orientación de los espejos convexos, los prismas y las gemas, cuyo punto focal común es el Reloj Estelar. Como sucede con el Anillo Giratorio de Alineamiento, el Anillo de Difusión puede inclinarse mediante el Mecanismo del Reloj de Difusión, que parece funcionar según los mismos principios del Reloj de Alineamiento.

Un tercer anillo está montado en el interior del Anillo de Difusión y se denomina Anillo Combinante. Este anillo también va provisto de un número inmenso de palancas, tornillos y mecanismos que sostienen espejos cóncavos, prismas y gemas. Y también está enfocado hacia el Reloj Estelar. Su nombre da a entender la combinación de fuerzas y parece actuar contrarrestando el efecto del Anillo de Difusión que lo rodea. Tal vez estos dos anillos, el de Difusión y el Combinante, actúan para anularse mutuamente y mantener equilibradas las fuerzas.⁵¹

El Anillo de Alineamiento Superior es la montura base del Reloj Conductor. Igual que el Anillo Giratorio de Alineamiento, el Anillo de Alineamiento superior también gira en torno al eje del Pozo del Mundo bajo el impulso del Reloj de Orientación Primario.⁵² Asimismo, es este mecanismo el que proporciona, según parece, la energía para el resto del aparato.

El Reloj de Orientación Primario está montado sobre un gran marco curvo que puede girar mediante el Anillo de Orientación Superior. Cerca de la parte más alta de este armazón se encuentra instalado el Reloj de Orientación Secundario, que atraviesa la curva superior de la estructura mediante un mecanismo de rosca.

El Reloj de Orientación Primario y el Secundario sitúan entonces la horquilla y los anillos del Reloj Conductor en alineamiento con los husos montados debajo de éste.⁵³ Estos Husos Conductores parecen interactuar con la energía generada en el mecanismo inferior para transmitirla a los otros mundos.

LA MÁQUINA EN MOVIMIENTO

No he podido observar la máquina en pleno funcionamiento, pues la luz en la estancia es tan intensa que dejaría ciego a quien mirase. Solamente los titanes son capaces de soportar el resplandor, y no pueden proporcionarme una descripción adecuada.

356

50. *De nuevo, una traducción directa de las runas.*

51. *Por otra parte, es posible que el Anillo de Difusión separe la energía extraída de las raíces del mundo en formas ondulatorias de carácter más básico y en espectros de energía más estrechos, que a continuación podrían ser recombinados selectivamente a través del Anillo Combinante.*

52. *No he encontrado ningún mecanismo de producción o transmisión de energía en este aparato, que normalmente tendría un mecanismo a base de pesas y péndulos. Calculo que dentro del propio mecanismo existe algún medio de obtener energía de la corriente de fuerza que surge del Pozo del Mundo. A decir verdad, creo que éste es el propósito del Recolector del Campo de Difusión que aparece en el esquema de la Cámara de la Estrella.*

53. *Según los titanes, estos conductos comunican los Reinos Separados.*



Con todo, he presenciado los primeros estadios del proceso. El mecanismo se pone en acción gracias a la energía acumulada en el Pozo. Desde allí, ésta es transportada por el Brazo Grúa y pone en funcionamiento la maquinaria. Así empieza el ciclo.

Cuando la máquina comienza a moverse, el Mecanismo Giratorio de Alineamiento hace girar el Anillo Giratorio de Alineamiento, el Anillo de Difusión y el Anillo Combinante. Los espejos de ambos anillos y el Reloj Estelar rotan hasta quedar en posición. Las gemas y los prismas emiten destellos hasta quedar orientados también. El Brazo Grúa levanta la Gema del Mundo del Pozo y la encaja en el Reloj Estelar. Una luz potente y pulsante surge del Pozo del Mundo mientras la gema se eleva en el interior de la máquina. El Reloj Conductor también empieza a moverse y a cambiar la posición de sus anillos y sus husos. He observado que esta orientación cambia cada vez que se inicia el movimiento, y que nunca se repite exactamente.

Durante este proceso, se abren las placas como pétalos de flor de loto de la cúpula. En este punto, la Gema del Mundo queda situada en el centro del Reloj Estelar y toda la cámara se llena de una luz tan brillante que impide toda nueva orientación. Y esta luz es lo que nosotros tomábamos por estrellas.

PARA CONCLUIR

Los titanes se encargan ahora del funcionamiento de la Cámara de la Estrella. Su potente luz irradia desde la cúpula más alta de nuestra ciudad. La oscuridad también sigue presentándose en nuestra ciudad con regularidad, cada ciclo, aunque incluso en las horas de oscuridad sigue brillando la luz de la cámara. Y, en el cielo, seguimos viendo la luz permanente de un millar de estrellas. La ciudadela fue construida por quienes hoy han desaparecido. Por eso consideramos que nuestro propósito aquí es la sagrada misión de añadir nuestra luz a las que ya brillan en el cielo. Algún día, tal vez otros seres de mundos remotos vean esa luz y encuentren el camino de vuelta a casa.